
LA
RESOLUCIÓN
Celta
AVA GRAY

LA RESOLUCIÓN CELTA

AVA GRAY

Copyright © 2026 by Ava Gray

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves en una reseña de libro.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Saoirse
2. Saoirse
3. Bruno
4. Saoirse
5. Bruno
6. Saoirse
7. Bruno
8. Saoirse
9. Bruno
10. Saoirse
11. Bruno
12. Saoirse
13. Bruno
14. Saoirse
15. Bruno
16. Saoirse
17. Bruno
18. Saoirse
19. Bruno
20. Saoirse
21. Bruno
22. Saoirse
23. Bruno
24. Saoirse
25. Saoirse
26. Bruno
27. Saoirse
28. Bruno
29. Saoirse
30. Bruno

31. Bruno
32. Saoirse
33. Bruno
34. Saoirse
35. Bruno
36. Saoirse
37. Bruno
38. Saoirse
39. Bruno
40. Saoirse

También por Ava Gray

SINOPSIS

Nací para servir al imperio irlandés.

Acero en mi columna. Sangre en mis manos.

No me rompo. No me doblego.

Pero el imperio se está pudriendo.

Los cargamentos desaparecen. Los aliados guardan silencio.

Y cada pista me lleva directamente a *territorio italiano.*

Ahí es cuando lo conozco…

un desconocido enmascarado en su baile decadente.

Una noche. Un pecado. Un fuego que debería haber enterrado.

Pero el destino no es piadoso.

Porque cuando vuelvo a verlo,

no es solo mi enemigo…

es **Bruno Del Prete.**

El heredero italiano caído en desgracia.

Despiadado. Arrogante. *Adictivo.*

El único hombre que me hace arder cuando debería odiarlo.

Luchamos codo con codo.

Sangramos por la misma causa.

Y en algún punto entre la supervivencia y la traición,

empiezo a desearlo más que al poder mismo.

Pero la confianza es un lujo que no me puedo permitir.

Y cuando me entrega a los lobos,

cuando sus mentiras cortan más que cualquier cuchilla,

juro que nunca lo perdonaré.

Sin embargo, cuando la verdad lo hace añicos todo…

cuando mi imperio me quiere muerta,

y su contacto es lo único que me mantiene con vida…

descubro el secreto más cruel de todos:

El hombre que me arruinó la vida es también el padre de mi hijo.

Nota de la autora: Este romance de mafia oscuro y prohibido presenta a una heroína irlandesa imparable, un peligroso heredero italiano, deseo prohibido, traición, proximidad forzada y un secreto que lo cambiará todo. *Pecaminoso, lleno de suspense y deliciosamente retorcido.* No apto para cardíacos.

1

SAOIRSE

A*y*.

Todo me duele. Apoyo una palma en el suelo frío y húmedo de piedra e intento darme la vuelta, pero un dolor agudo recorre mi codo como una aguja que atraviesa un tejido, seguido de una oleada de debilidad que me obliga a volver a caer.

Mala idea.

Pero quedarme aquí tumbada no me está ayudando y no va a salvarme. No puedo quedarme aquí esperando a que vengan a por mí. Soy mejor que eso. Debería ser mejor que eso.

Pero estoy aquí. Donde sea que esté aquí.

Golpeada. Rota. Tirada como la basura de ayer y *traicionada* por un hombre lo suficientemente tonto como para enamorarme de él. Todo es mi culpa. Todo es culpa mía.

Cerrar los ojos no me trae consuelo. No hay seguridad en la oscuridad. Cada imagen que pasa por mis párpados entre las venas rojas palpitantes resaltadas por mi corazón acelerado y golpeante, es solo de Cian. La mirada de terror en sus ojos mientras la sangre

brotaba de su garganta, el gesto de dolor en sus labios y la repentina mirada fría de entendimiento de que esto era el final.

Perder a un hermano es duro. Todavía siento la pérdida de Brendan como si hubiera ocurrido la semana pasada. Pero perder a Cian, mi gemelo? Ese dolor es tan profundo que ni siquiera puedo reconocerlo, y sin embargo, se sienta como un peso bajo mis costillas, esperando el momento adecuado para surgir y consumirme. Lo único que lo mantiene a raya, que mantiene todo mi dolor a raya, es el último hilo de fuerza que titubea en mi corazón.

No quiero morir aquí. Necesito salir.

Necesito contarle a alguien lo que le pasó a Cian y lo que nos pasará a mí y a mi bebé, pero incluso cuando la orden atraviesa mi mente como una oración, mi cuerpo no obedece. Donde el agotamiento y el dolor me debilitan, las drogas que me han inyectado hacen el resto del trabajo por ellos. Mi mente grita en un cuerpo que se ha apagado, incapaz de hacer algo más que los movimientos más lentos, y cualquier cosa demasiado extrema resulta en oleadas de agotamiento y náuseas.

Voy a morir aquí. Mi bebé va a morir aquí. Cian y yo simplemente nos convertiremos en nombres perdidos en el tiempo, dos escoria más de la mafia tragada por la guerra. Lo único que me duele más que saber que Cian está muerto y que yo soy la siguiente es que Cormac nunca sabrá lo que nos pasó.

Mierda.

¡Muévete! ¡Por favor, simplemente muévete! ¡Levanta un maldito brazo, por favor!

Mi mente grita dentro de su jaula mientras yo yazco aquí con miembros pesados que no pueden entender. La frustración crece y las lágrimas calientes pican detrás de mis párpados. Soy mejor que esto. He entrenado toda mi vida para ser mejor que esto, he tomado más clases de las que puedo contar y he trabajado hasta el

agotamiento para convertir mi cuerpo en un arma. He pasado *décadas* asegurándome de que soy lo suficientemente fuerte, solo para ser derrotada por lo único que no vi venir.

El amor.

Las lágrimas caen porque no tengo la fuerza para detenerlas. Ruedan lentamente por mis mejillas frías y se empapan en la humedad que se aferra a las piedras debajo de mí.

Ruego que todo termine rápido.

Los latidos fuertes y frenéticos de mi corazón se funden lentamente en el sonido de pasos pesados que se acercan a la puerta de mi celda. Usando cada pizca de fuerza que me queda, me obligo a levantarme sobre mi codo lesionado y apenas logro contener un grito mientras cada moretón profundo y cada herida en mi cuerpo gritan en protesta. Moverse me salva del dolor.

Pero el dolor me recuerda que sigo viva.

Puede que esté enfrentando mi final, pero no pienso irme en silencio.

Los pasos se detienen justo fuera de la puerta de madera y un pesado cerrojo suena mientras lo tiran hacia atrás. La puerta se abre, bañándome en una luz blanca brillante que quema mis pupilas y me obliga a cerrar los ojos para protegerme.

—Tráiganla —ordenó una voz nasal. Los pasos inundan mi celda y el miedo eriza la nuca. Cada músculo mental se tensa, preparado para la lucha, pero mi cuerpo no recibe el mensaje, así que no hay resistencia cuando unas manos fuertes y ásperas me agarran de los brazos y me levantan. El cambio brusco de estado hace que mi estómago se revuelva, y me atraganto mientras la saliva inunda mi boca. Me arrastran hacia adelante, pero cada vez que intento abrir los ojos, la luz cegadora me obliga a volver a la oscuridad.

Vamos, Saoirse. Eres mejor que esto.

Nadie me escucha. Es un milagro que pueda poner un pie delante del otro mientras me arrastran a medias fuera de mi celda. Una sombra cae sobre mi rostro, así que abro cautelosamente un ojo y veo a un hombre alto y delgado con una barba desigual mirándome con furia. En cuanto nuestros ojos se encuentran, sus dedos delgados y larguiruchos se aferran a mi mandíbula y mueven mi cabeza de un lado al otro. Chupa sus dientes y gruñe.

—Tanto lío para una chica tan pequeña —dice con ese tono ácido y nasal.

Me eriza la piel e intento sacar la cabeza de su agarre. Me muevo demasiado lento, sin embargo, y sus labios delgados se estiran en una sonrisa malvada y divertida.

—Todavía tienes algo de lucha en ti, ¿eh? Eso no durará mucho — me empuja la cabeza hacia un lado y me suelta—. Llévensela arriba. Están listos para ella.

En cuanto se aleja, la luz cegadora regresa, así que cierro los ojos mientras un dolor pulsante irradia por mi cráneo. Las drogas que me han estado metiendo regularmente desde que terminé aquí están haciendo Dios sabe qué con mi sistema. No puedo imaginar qué le estarán haciendo a mi bebé. Como si hubiera alguna posibilidad de que sobrevivamos a esto.

Los hombres que me sostienen no pierden tiempo y me arrastran por corredores fríos y sinuosos y escaleras que se enganchan en mis pies cuando no los levanto lo suficientemente rápido. Cuanto más subimos, más fuertes se vuelven ciertos sonidos. Lo que una vez pensé que era el retumbar del subsuelo es en realidad el estruendo de las olas y el lejano sonido de los barcos grandes.

Los muelles.

Estoy cerca de los muelles.

Una pieza de información vital con la que no puedo hacer absolutamente nada.

Genial.

Subimos cada vez más alto, con ambos hombres a cada lado mío suspirando irritados cada vez que tropiezo o me caigo. Si pudiera hacer funcionar mi boca, les diría que están caminando demasiado rápido, pero ¿qué sentido tiene? No me salvará.

Pronto, caminamos en una luz lo suficientemente tenue como para que pueda abrir los ojos sin dolor. El sencillo corredor por el que caminamos no tiene nada notable aparte de varias tuberías de cobre que corren paralelas a nosotros por el techo. El aire es un poco más cálido y el estruendo de las olas pronto es ahogado por una música baja y rítmica. Miro a cada guardia que me escolta, pero sus rostros no me son familiares. Sólo peones, si tuviera que adivinar. Nos acercamos a las puertas dobles plateadas al final del corredor y estamos a un pie de distancia cuando se abren de golpe y un hombre vestido con jeans oscuros y una camiseta negra rota camina hacia nosotros.

—¿Esta es ella? —gruñó, señalándome con el pulgar.

—Sí, señor —respondió el guardia a mi izquierda.

—¿No pudieron haberla arreglado primero? —Pasó sus ojos por mí mientras sus labios se curvan en asco—. ¿Cómo carajo vamos a conseguir un buen precio si parece una mierda?

—Al jefe no le importa —dijo el guardia a mi derecha—. Dice que su nombre es su valor. A nadie le importará cómo se ve, pero puedes subirla ahí desnuda si quieres.

Mi corazón se dispara hacia mi garganta. ¿Humillación antes de la muerte? ¿Por qué carajo no?

—Nah —dice el hombre, y el alivio corre por mí como agua helada inundando mis venas—. Solo su comprador puede ver eso —agarra mi mandíbula con sus dedos gruesos y cortos de una mano, luego lame el pulgar de la otra mano. Por mucho que me recoja, no puedo evitar que frota su pulgar por mis mejillas y borre cualquier rastro de

mis lágrimas, aunque mis débiles esfuerzos hacen que sonría—. Así que no te han sacado todo el espíritu. Interesante. Tal vez yo mismo haga una oferta.

Da un paso atrás con un tirón de cabeza y soy arrastrada junto a él mientras la gravedad de sus palabras finalmente cala en mí.

¿Puja?

No puede ser.

Van a subastarme, ¿verdad?

Debería haberlo sabido. No hay una muerte fácil para mí, no en esta vida. De hecho, la muerte sería una bendición. De repente, bajo el dolor del duelo por el destino de mi gemelo, me alegro de que Cian haya muerto.

Es un destino mejor que el que me espera.

Mis guardias me arrastran por una corta escalera y de repente, el suelo bajo mis pies descalzos es cálido, de madera pulida. Me baño en una luz brillante pero cálida que brilla desde arriba como un foco, iluminando el escenario circular al que me han arrastrado. Parpadeo rápidamente, tratando de mirar a través de la bruma que rodea el escenario, pero lo que yace más allá está envuelto en oscuridad, oculto aún más por la luz que se centra en mí.

Mi corazón late cada vez más rápido. Para cuando me arrastran al centro del escenario, logro mantenerme erguida, y ambos guardias me sueltan, pero solo retroceden unos pasos. Intento mantenerme recta, como si mi postura desafiante pudiera disuadir a cualquiera de pujar por mí, pero no puedo mantener esa posición. Cada músculo está magullado, y tensarme para permanecer recta genera más dolor del que puedo soportar. Al final, simplemente me envuelvo los brazos alrededor del estómago desnudo y me aferro a los restos deshilachados de mi camisa rota mientras mis rodillas tiemblan.

—¡El artículo más esperado de la noche! —retumba una voz que parece venir de todas partes—. ¡Saoirse Gifford! Una espina en nuestro costado durante demasiado tiempo. Es joven, está sana y, como pueden ver, aún puede mantenerse en pie. ¡Ya sea que estén buscando otra perra para agregar a su colección o simplemente quieran resolver un asunto con los irlandeses, esta es su única oportunidad! ¡Puja inicial, doscientos cincuenta!

Justo cuando pienso en silencio que valgo más que eso, la cantidad sube. Quinientos. Setecientos cincuenta. Un millón. Siguen siendo migajas para esos miserables que compran humanos como si fueran mercancía.

Luchando por decidir hacia dónde mirar, parpadeo rápidamente. Mis ojos se están acostumbrando lentamente a la iluminación, y el abismo oscuro que se extiende ante mí comienza a tomar forma. De alguna manera, es peor de lo que podría haber imaginado.

Nunca he asistido a una subasta como esta. Mi familia—la mayoría de las familias—está vehementemente en contra de la trata de personas, pero en mi mente, era un asunto sucio. Me imaginaba a gente de mala reputación apiñada en un espacio reducido, compartiendo sudor y mugre mientras pujaban por personas como si fueran vacas. Pero no es así en absoluto.

Más allá de la luz dorada que me rodea, el suelo más allá de mi escenario está lleno de mesas elegantemente decoradas con flores y botellas de alcohol elegantes. Hombres y mujeres están de pie o sentados en estas mesas, vestidos con sus mejores trajes y vestidos, manteniendo conversaciones ligeras y humorísticas mientras los camareros van y vienen con bandejas de bebidas y comida. La música retumba desde una banda en el rincón más alejado mientras las personas levantan con indiferencia pancartas doradas para pujar.

No son los pozos mugrientos que imaginaba en absoluto. Más bien, parece una fiesta elegante. De alguna manera, eso lo hace peor. Los ricos y la élite aquí afuera pujando por personas me revuelve el

estómago. Se supone que yo debía detener esto. ¿Cuántas personas más vendrán después de mí por mi fracaso?

La desesperación sube como una ola en mi pecho y mi labio inferior tiembla. Hundir los dientes en la carne no hace nada para calmarla mientras las pujas monetarias por mí suben cada vez más. Y entonces un fuerte golpe me hace saltar tan violentamente que el guardia a mi izquierda se lanza hacia adelante para agarrarme, como si esperara que me desplomara.

—¡Vendido! —ruge el subastador—. ¡Por ochenta millones de dólares al número diecisiete! ¡Venga, señor! ¡Recoja su premio!

Número diecisiete. ¿Quién cojones es el número diecisiete? Escaneo con cansancio el mar de rostros que se apartan de mí, ya no interesados porque han perdido.

Entonces, un hombre avanza.

Un hombre con un espeso y ondulado cabello castaño, piel dorada y ojos azules penetrantes. Un hombre que reconozco.

La bilis sube por mi garganta en el instante en que nuestras miradas se encuentran, y una oleada de furia ardiente hace que mis brazos tiemblen.

No puede ser.

Bruno Del Prete me ha comprado.

¡El mismo hijo de puta que me metió aquí en primer lugar!

2

SAOIRSE

6 meses antes

—¿Eso es lo que llamas un disfraz? En serio, hermana, esperaba más de mi subjefa. —Mi hermano, Cormac, se acerca a mí con su característica sonrisa despreocupada y toma mi mano extendida—. Te reconocería a un kilómetro de distancia.

—Eso es porque me viste preparándome, imbécil —respondo con ligereza, dándole un codazo suave en el costado mientras nos abrazamos—. Ver mi máscara de antemano hace que sea fácil reconocerme entre la multitud, ¿no crees?

Como si fuera una señal, la multitud de elegantes invitados enmascarados que nos rodea se mueve al ritmo de la música. Podríamos estar hombro con hombro con nuestro peor enemigo y no tener ni idea. Rocky Barati eligió un baile de máscaras para anunciar su compromiso con Sarah Cogs. Una jugada interesante en la superficie, pero estoy bastante segura de que es su manera de asegurarse de que aquellos que no quieren ser vistos por Sarah puedan asistir sin enfrentarse a la aguda mirada de la ley. Un príncipe de la mafia casándose con una detective de policía es una combinación inusual hecha en el cielo. Pero solo un vistazo hacia

ellos muestra lo enamorados que están, y nadie se atreve a meterse con Rocky. Al menos no estos días.

—Vale, vale —se ríe Cormac—. Pero ¿cómo sabías que era yo? —Ajusta la máscara de seda negra y dorada que rodea sus ojos, luego desliza los dedos hacia el grupo de plumas doradas que sobresalen en la parte superior—. ¿Fue por el color?

—Sí —digo con falsa seriedad—. En cuanto vi el negro y dorado, supe al instante que eras tú.

—¿En serio?

—No, idiota —otro codazo con mi codo, y empezamos a caminar entre la multitud enmascarada—. Me preparé con Evelyn y la vi besándote. Así que, a menos que te esté engañando, lo cual ambos sabemos que nunca haría, fue bastante fácil deducir que eras tú.

—Ah —se ríe Cormac—. Pensé que tendría la oportunidad de joderte un poco.

—Lo siento, nada se me escapa.

—¿Estás segura de eso? —A pesar de que la máscara cubre la mitad de su rostro, puedo notar que está moviendo las cejas.

—Sí, estoy segura. Ahora, ¿no deberías estar con esa hermosa esposa tuya?

—Debería, pero está felicitando a Sarah y yo estoy en busca de Rocky.

—Va de rojo, por cierto —nuestro camino perezoso nos lleva a la barra abierta, donde pido dos bebidas con un gesto de la mano—. Muy apuesto, si puedo decirlo.

—¿Lo has visto? —Cormac se gira hacia mí mientras se apoya en la barra—. ¿Cómo lo reconociste? No me digas que también te preparaste con Sarah.

—No. Tiene una forma muy distintiva de caminar. Cuando hablamos antes, se esforzó mucho en poner un acento, pero Rocky es el líder de familia más relajado que he conocido, y una máscara y un acento no pueden ocultar eso.

—Cierto.

En cuestión de segundos, dos whiskies son colocados frente a nosotros. Tomando mi vaso, los chocamos y bebemos mientras observamos la magnífica fiesta que nos rodea. Rocky se ha esforzado al máximo para crear un evento tan extravagante.

La mansión está exquisitamente decorada con deslumbrantes candelabros de cristal, serpentinas coloridas que fluyen con gracia desde el techo, una orquesta completa tocando música elegante y mesas llenas de animales hechos de vidrio y más plumas de las que cualquiera pueda contar. Me compadezco del equipo de limpieza más tarde. Cientos de personas bailan y ríen, beben y comen como si fueran viejos amigos. No hay resentimientos aquí esta noche, no hay irlandeses, italianos o rusos. Todos están ocultos detrás de una máscara, y hasta ahora, todos están respetando la petición de Rocky de tener una noche de diversión.

—¿Quién habría pensado que Rocky Barati sería el que reuniría a tantas familias diferentes en un mismo lugar? —comenta Cormac en voz baja.

—Apuesto a que Matteo está furioso —me río detrás de mi copa—. —¿*Rusos en mi casa? ¿Comiendo mi comida*?

—¡*En mis tiempos, les disparábamos antes de que llegaran a la propiedad*! —Cormac se une a la imitación con una carcajada—. Aunque es bueno verlo. Estos últimos años han sido duros, y tengo la esperanza de que esta paz continúe.

Ahí está. La verdadera pregunta que Cormac quiere hacer está oculta detrás de su sonrisa y sus palabras suaves. Me está preguntando sobre mi investigación acerca de Domenico Del Prete,

el asesor y amigo de confianza de Rocky. Hace un par de meses, varias discrepancias en los envíos entre nosotros y los italianos llamaron mi atención. Un envío perdido de drogas por aquí o un camión de armas extraviado por allá no es algo tan raro en nuestro negocio. A veces, la persona equivocada está trabajando en aduanas y el producto es interceptado. Otras veces, un control de tráfico rutinario estropea las rutas. Es parte del negocio y no es algo que normalmente me preocuparía, pero las discrepancias que he estado notando parecen casi un patrón por su *falta* de patrón.

Termino lentamente mi copa y la dejo sobre la mesa, luego miro a Cormac a los ojos. —¿Confías en mí? —pregunto en voz baja.

—Sabes que sí —responde inmediatamente.

—Bien. —Es la mejor respuesta que puedo darle por ahora. Mis sospechas, por fuertes que sean, no las actuaré hasta que tenga pruebas concretas de que algo está pasando. Tal como están las cosas, no tengo ni idea de qué es ese algo, pero mi investigación discreta sobre estos envíos perdidos me hace pensar que no son accidentales ni parte del margen que esperamos. Dado el fuerte tratado de paz entre nosotros y los italianos, necesito estar segura.

—Saoirse—

—Deberías ir a buscar a Rocky —digo con una sonrisa—. Yo tengo que socializar. —Me alejo con una inclinación de cabeza y me pierdo entre la multitud. Risas alegres, copas que chocan y nubes de plumas perfumadas inundan mi atención mientras me abro paso entre los felices invitados bailando hasta que tropiezo con un hombre vestido de azul con plumas blancas y rosas ondeando sobre él.

—Cian, ¿elegiste el azul?

Cian, mi gemelo, se gira hacia mí con la boca abierta. —¡Saoirse, ¿cómo coño sabías que era yo?

Mis ojos se estrechan juguetonamente. —¿Cuándo hemos podido escondernos el uno del otro?

Mueve la cabeza de un lado a otro, luego se ríe y me rodea con un brazo, abrazándome con fuerza.

—¡Oye, cuidado con mi vestido! —Lo empujo contra su pecho antes de que su abrazo brusco arrugue las plumas melocotón y crema que adornan mi vestido ajustado—. ¡Las he puesto a mano, sabes!

—¡Da igual! —Gana nuestra lucha juguetona y me abraza con fuerza, luego sonríe al soltarme—. ¿Ya has felicitado a la feliz pareja?

—Síp.

—Mierda, no los encuentro. Esperaba que pudieras ayudarme.

—¿Qué clase de general eres que no puede encontrar a dos personas? —bromeo, luego señalo con el pulgar hacia atrás, en dirección al bar—. Cormac también los está buscando, por si quieres unirte a él.

—¡Increíble! ¡Gracias, hermana! —Me toma la cara y me da un rápido beso en la frente antes de que pueda protestar, me da un toquecito en las plumas melocotón y luego desaparece entre la multitud. Lo seguiría, pero tengo otro destino en mente.

La oficina de Domenico Del Prete.

Es fácil escabullirse de una fiesta donde todos disfrutan del anonimato. Aunque Rocky ha sido muy estricto con la seguridad, hay algunas escaleras a las que es fácil acceder cuando los guardias están distraídos por invitados borrachos y revoltosos. Con una copa de champán medio llena como excusa por si me descubren, encuentro la oficina de Domenico en una parte mucho más tranquila y apartada de la mansión. Una cerradura no es rival para mí, y después de abrirla, deslizo el ganzúa—también conocido como mi

pasador—de vuelta en mi pelo y vuelvo a asegurar mis rizos en la parte superior de mi cabeza.

Es poco probable que la oficina de Domenico tenga las respuestas que busco, pero en este punto, cualquier cosa sirve. Investigar estos envíos perdidos sola ha sido como seguir un rastro de migas de pan de tres semanas. El tratado de paz entre nosotros y los italianos significa que les proporcionamos armas y ellos nos incluyen en su negocio de drogas. Se supone que es una situación en la que todos ganamos, y cada vez que he señalado las drogas que nos faltan, los reemplazos han llegado rápidamente. Pero el hecho de que desaparezcan en primer lugar me molesta. Y que nuestras propias armas se extravíen o sean interceptadas con mayor frecuencia en la frontera está causando fricciones porque he implementado muchas medidas para evitar que este tipo de cosas sucedan. Si no supiera más, pensaría que los italianos están tratando sigilosamente de sacarnos del negocio de las drogas metiéndonos tantos problemas que ya no parece financieramente viable continuar. Eso también pondría en peligro nuestro acuerdo con los rusos, así que rezo por estar equivocada.

Necesito pruebas concretas antes de mencionarle cualquier detalle a Cormac, y tiene que estar aquí.

Pero… no lo está.

Reviso meticulosamente y en silencio la oficina de Domenico en busca de documentos o mensajes que sugieran que nos mira con desaprobación o que tiene conocimiento de dónde acaban estos cargamentos desaparecidos, pero lo más cercano que encuentro en su ordenador es un simple reconocimiento de que algunos cargamentos han desaparecido. Es extraño que no haya seguimiento, pero eso se puede explicar fácilmente como Domenico resolviendo el problema de inmediato y sin dejar rastro. Efectivamente, encuentro alguna correspondencia breve con Rocky en la que Domenico expresa su descontento por nuestro retraso en la entrega de armas, pero Rocky no comparte esas preocupaciones y

parece entender nuestro problema con el control fronterizo. De nuevo, no puedo culpar a Domenico por sus preocupaciones porque yo pensaría lo mismo si nuestras posiciones estuvieran intercambiadas.

Quizás estoy buscando en el lugar equivocado, pero mi instinto me dice que voy por el camino correcto. La última vez que intenté hablar con Domenico sobre ajustes en nuestro acuerdo para darnos un respiro mientras solucionábamos nuestro problema fronterizo, no fue muy receptivo y sugirió que necesitábamos evaluar cómo hacemos negocios internamente. Lo dijo con tanta educación que me entraron ganas de arrancarle esa expresión casual y presumida de la cara, y en cuanto se lo comenté a Cormac, me hizo jurar que mi investigación tenía una base real y no era solo una vendetta personal.

Otra búsqueda en la oficina de Domenico no me aporta nada más que un único correo electrónico que contiene la confirmación de un cargamento de drogas que nunca recibimos. El número de seguimiento es el mismo, y es el único pedido que informé como desaparecido del que él tiene confirmación de entrega. ¿Un error, quizás? A menos que las drogas aparecieran y nadie me lo dijera.

Copio el número en mi teléfono, apunto revisarlo más tarde y salgo de la oficina de Domenico como si nunca hubiera estado allí. La decepción pesa mucho en mi pecho. Aunque Domenico es un hombre inteligente, había alimentado la esperanza de encontrar algo increíblemente incriminatorio que pudiera poner fin a esta situación y permitirme seguir adelante.

Nada de suerte.

De vuelta en la fiesta, ahogo mi decepción en otra copa de champán que me tomo tan rápido que inmediatamente necesito otra. Alcanzando la última copa de una bandeja que pasa, mis dedos rozan una mano cálida que busca la misma copa y ambos nos retiramos con una disculpa mutua.

—Tómatela tú —una voz profunda y aterciopelada surge de una máscara de esmeralda brillante que cubre la mitad superior del rostro del hombre, dejando solo sus labios rosados y carnosos a la vista. Estos se apoyan sobre una barba oscura y cortada al ras y se curvan en una cálida sonrisa de lado cuando nuestros ojos se encuentran—. Por favor.

—No, tómala tú —digo mientras una oleada de calidez inesperada recorre mi pecho—. Esto es sin duda una señal de que debería parar.

—Insisto —dice el hombre enmascarado. Su lengua asoma y se desliza lentamente sobre su labio inferior—. *Por favor*. Una mujer hermosa no debería estar sin una copa en la mano en una noche como esta.

Mi corazón se acelera en el pecho y sonrío con coquetería. —¿Crees que soy hermosa? Valiente, considerando que no sabes cómo soy.

—Tu presencia es más que suficiente para asegurármelo —responde con suavidad—. Además, la belleza está en los ojos del que la mira y yo sé *exactamente* lo que veo. —Sus ojos oscuros, dos pozos de miel marrón, se vuelven tinta negra mientras mira lentamente mi cuerpo y contempla el vestido ajustado cubierto de plumas colocadas a mano—. Y no me equivoco.

—Entonces deberías tomar la copa como agradecimiento por un cumplido tan dulce. —Nunca me he considerado una mujer que se deje llevar por palabras melosas, ya que suelen venir con expectativas, pero algo de este hombre me intriga. Quizás sea lo suave de su voz en contraste con lo rudo de su barba, o cómo su traje no descansa sobre sus hombros con la perfección a medida de todos los demás hombres en esta sala. El calor me sube a las mejillas cuando sus ojos vuelven a los míos y toma la copa de champán de la bandeja, permitiendo que el pobre camarero escape entre la multitud.

—Tengo la solución perfecta —dice, acercándose tanto a mí que el calor que irradia hace que se me erice el brazo desnudo—.

Compartámosla.

3

BRUNO

—¿Compartes? —Unos ojos verdes penetrantes centellean hacia mí desde detrás de esa máscara elegante de color melocotón y azul. Su voz, aguda con un claro acento irlandés, tiene matices suaves que envían escalofríos emocionantes por mi espalda, y necesito todo mi control para no cogerla de la mano y probar esos labios rojos, llenos y voluptuosos.

—Compartir —repito—. A menos que no confíes en mí.

Su cabeza se inclina perezosamente hacia la izquierda. —¿Confío en el extraño enmascarado? Haces preguntas tan atrevidas.

—Bueno, es una noche para tomar riesgos, ¿no? ¿Por qué más la gente más peligrosa de la ciudad llevaría máscaras y bailaría como viejos amigos?

Ella parpadea, sus oscuras pestañas rozan brevemente el borde de su máscara, y sonríe. —En efecto. Entonces, ¿cómo propones que compartamos?

—Las damas primero. —Manteniendo el contacto visual, le ofrezco la copa a sus labios, pero la dejo suspendida a una pulgada de distancia para que tenga que inclinarse si quiere beber. Sus labios

rojos como rubíes se separan una pulgada y sus ojos miran rápidamente hacia la copa, luego de vuelta a mí.

—Qué caballero. —La mujer se inclina hacia adelante y presiona su labio inferior contra el borde de la copa. Justo cuando empiezo a inclinarla, su mano cálida se cierra alrededor de mi muñeca y aplica una leve presión, una sugerencia o quizás una advertencia de que, aunque me está permitiendo hacer esto, ella tiene el control.

No es que me importe.

Sus ojos brillan como gemas, reflejando la luz dorada de arriba, y cada destello resplandeciente surge como un secreto que no logro escuchar. Estoy completamente hipnotizado mientras sus labios se separan un poco más y el primer hilo de champán cae en su boca. Inclino la copa hasta que estoy seguro de que tiene un buen trago, luego la alejo suavemente. Sus labios se cierran y sus pestañas aletean ligeramente mientras traga.

No se pronuncia ni una palabra mientras levanto la copa, ahora manchada con una media luna roja de sus labios, hacia mi propia boca y bebo un trago. Su mano permanece en mi muñeca todo el tiempo. Las copas de champán no contienen mucho, así que el siguiente trago es para ella. Nos movemos de manera similar, con solo algún parpadeo ocasional que interrumpe el intenso contacto visual que mantenemos.

Debería apartar la mirada para no intimidarla, pero hay algo en la intensidad de sus ojos que me atrae. Quizás sea la máscara añadiendo al encanto o el secreto de que podría ser cualquiera en el mundo y, sin embargo, está aquí mismo, jugando mi juego de compartir una copa. Con el segundo trago, sus dedos se flexionan brevemente contra mi muñeca mientras traga y desvía la mirada hacia mi traje. Luego vuelve a mirarme a los ojos y esboza una breve sonrisa burlona. Mi segundo trago es tan suave como el primero y solo queda una pequeña cantidad.

Para ella.

Sus labios presionan contra la copa y esta vez los separa más. Inclino la copa aún más y permito que el último de champán caiga en su boca. Mientras alejo la copa y ella cierra la boca, una sola gota de champán se queda en el borde de su boca y rueda lentamente media pulgada por su barbilla.

Mi corazón se salta un latido mientras esa única gota rueda por su piel pálida como melocotón, que encuentro deseando probar. No sé si es la falta de contacto humano en estos últimos años o la ausencia de presencia femenina lo que me tiene tan enamorado de esta extraña, pero siento celos de esa gota.

Lentamente, arrastra su lengua rosada sobre su labio inferior como si persiguiera la gota, pero se queda justo a punto de alcanzarla, así que levanto mi otra mano y le acaricio delicadamente la mandíbula. Nuestros ojos se encuentran una vez más mientras mi pulgar desliza por su barbilla, atrapando la gota y acariciando al mismo tiempo la curva de su labio inferior.

—¿Ves? —digo, luchando por mantener el temblor emocionado fuera de mis palabras mientras ella enrolla su labio inferior hacia dentro—. Sabe más dulce cuando se comparte.

Apenas llegamos al armario cercano antes de que nuestros labios choquen entre sí y la copa se deslice de mi mano, rompiéndose en algún lugar del suelo donde antes estábamos. Es apenas un pensamiento mientras tropezamos hacia el armario, entrelazados en los brazos del otro. Ella cierra la puerta de una patada detrás de nosotros y luego me empuja contra la pared con un jadeo. Sus dedos son como garras presionando a través de mi camisa y su boca es tan suave y dulce como imaginé. Más dulce, de hecho, con el sabor persistente de champán en su lengua. Está casi completamente oscuro aquí dentro, no es que me importe, y algo sólido choca contra mi espinilla mientras la agarro por la cintura y cambiamos de posición. Un cubo de plástico cae a mi izquierda. Una colección de botellas tintinea y choca entre sí cuando mi codo golpea

un conjunto de estantes en mi prisa por quitarme la chaqueta del traje.

Sus manos están en mi cinturón, tirando y luchando con el cuero mientras su respiración sopla sobre mi mejilla en jadeos cortos y agudos, traicionando su ansia. No hablamos. El mismo fuego claramente arde en ambas venas.

Ella jadea cuando la ayudo a deshacer mi cinturón y abrir mis pantalones, luego mi boca vuelve a la suya, tragándome su suave gemido de deseo. Mi sangre arde, encendiendo un deseo largo y silencioso en mi alma de follar y escuchar los sonidos hambrientos de placer de una mujer hermosa. El corpiño de su vestido es firme e implacable bajo mis manos errantes, y ella se arquea hacia mí mientras acaricio hacia abajo, abajo, abajo, hasta la sedosa tela de su falda. Sus manos se encuentran con las mías y juntos levantamos su falda hasta la cintura. Tan pronto como recoge el material con una mano, me agacho lo suficiente para agarrar sus muslos fuertes y levantarla contra la pared.

Sus piernas se enganchan alrededor de mi cintura, acercándome más hacia ella. Utilizo mi cuerpo para mantenerla contra la pared mientras la sangre corre hacia abajo, y estoy más duro de lo que he estado en años. Cada fibra de mi ser anhela estar cerca de ella, estar dentro de ella, escuchar sus gemidos, sus quejidos y sus gritos mientras la follo hasta que no pueda caminar. Su vestido y las máscaras me niegan la mayoría de lo que ansío, así que me conformo con reclamar sus labios en un beso profundo y hambriento.

La energía se equipara con la energía. Cada mordisco en su labio es respondido por sus uñas largas clavándose en la parte trasera de mi cuello y en la gruesa carne de mi hombro. Cada roce de mis uñas bajando por sus muslos es correspondido por ella metiendo su lengua profundamente en mi boca y tirando fuerte de mi pelo con su otra mano. Ella me araña, acercándome cada vez más mientras simultáneamente me empuja. Mi corazón palpita en mis oídos, mi

sangre corre por mi cuerpo, encendiendo el fuego del deseo desde mi pecho hasta mi núcleo, y mi polla late al ritmo de mi corazón acelerado.

La beso con fuerza, empujándola contra la pared y manteniéndola allí mientras busco con una mano mis calzoncillos para liberarme. El calor de su coño roza la parte trasera de mi muñeca y no puedo evitar sonreír con suficiencia. Un simple toque es suficiente para demostrarme lo empapada que ya está, y por cómo tira de mi pelo, es una mujer impaciente.

Reclamo sus labios completos en otro beso mientras aparto sus bragas a un lado y meto mi polla profundamente en su calor sedoso. Su gemido fuerte resuena en mi boca mientras me niego a dejarlo escapar, y ella aprieta su agarre en mi hombro y en mi pelo. Dos embestidas y estoy completamente enterrado dentro de su calor sedoso. Sus paredes calientes son casi demasiado para soportar mientras tiemblan y se aprietan alrededor de mi polla. Me cuesta todo mi control no venirme ahí mismo.

Ella aprieta sus piernas alrededor de mi cintura y clava sus talones en la parte baja de mi espalda, luego desliza una mano para acariciar mi mejilla y mi mandíbula.

—*Joder*. Fóllame.

Una demanda que simplemente no puedo rechazar. Follo fuerte y rápido, liberando una década de deseo sexual reprimido y frustración. Es un milagro que no me corra inmediatamente, pero esta mujer, quienquiera que sea, me está dando esto y estoy decidido a hacer que su momento sea tan bueno como el mío. Cada beso es una batalla para mantenerme conectado mientras mis embestidas la sacuden de arriba abajo contra la pared. Ella se agarra a mí con toda su fuerza, gimiendo profundamente y susurrando *sí* cada vez que mis embestidas la hacen sentir especialmente bien. Cuando los besos se rompen, su cabeza se mueve de un lado a otro, y en un momento, su tacto se detiene en la base de mi máscara, pero no la quita.

La tentación está ahí, pero el misterio es parte del encanto.

Más y más fuerte la folo mientras mi cabeza cae sobre el hueco de su hombro y deposito los besos que puedo en su hombro desnudo y su clavícula. Con sus piernas manteniéndola contra mí, acaricio desde su muslo hasta su pelvis y deslizo mi pulgar hacia abajo para cubrir el pequeño haz de nervios entre sus labios. El contacto con su clítoris le arranca un nuevo gemido que me impulsa a follarla más fuerte mientras acaricio su clítoris con la mayor suavidad posible.

Ella llega al orgasmo con un grito ahogado y casi me arranca el pelo de lo fuerte que su cuerpo se tensa y se retuerce contra el mío. Tan pronto como su coño se aprieta alrededor de mi polla, soy débil ante mi propio placer y me corro con un jadeo, embistiendo mis caderas lo más profundo que puedo alcanzar.

Es éxtasis, una oleada de placer y endorfinas como no he sentido en años. Quiero más. Anhelo el mordisco de sus uñas y el tirón de sus dedos, la dulzura de sus labios y la suavidad de su piel. Pero tan pronto como llegamos juntos y compartimos esa ola de éxtasis, el momento termina y ella está saliendo de mis brazos.

Se arregla en tiempo récord, ajustando su vestido y su máscara de lo que puedo distinguir en la luz tenue. Yo soy más lento, pero ella me ayuda a encontrar mi cinturón entre un nido de fregonas y luego me da una palmadita cariñosa en la mejilla con su mano.

—Encantada de conocerte —dice con un último beso en el borde de mi mandíbula. Tengo una última visión de ella cuando abre la puerta del armario y la luz de la fiesta la ilumina. Bajo su máscara, sus mejillas están sonrosadas y su pintalabios está manchado. Lo arregla mientras me mira y guiña un ojo.

Luego se ha ido.

Qué *mujer*.

Espero un poco más después de vestirme y asegurarme de que mi máscara está en su lugar, luego salgo del armario y vuelvo a la

fiesta. Sigue siendo tan vibrante y animada como cuando llegué, y a pesar de los buenos sentimientos que perduran de mi encuentro en el armario, este lugar rápidamente me da dolor de cabeza. Demasiada gente y demasiado ruido. Del bolsillo de mis pantalones saco una nota arrugada y leo los detalles de la máscara que estoy buscando.

Una máscara de cuadros negros y blancos con tres plumas negras y una plateada.

Ese es mi objetivo.

Mientras me muevo por la fiesta, me encuentro buscando la máscara de melocotón y azul de mi mujer misteriosa, pero nunca reaparece. Tal vez solo fue un sueño. Como todos los demás.

Finalmente, después de tres vueltas por el salón de baile, encuentro la máscara que estoy buscando. Descansa en el rostro de un hombre alto, de hombros anchos, con el cabello plateado peinado y una barba igualmente cuidada que brilla contra su piel dorada. Es un tono más oscuro de lo que recordaba, pero han pasado años.

Catorce años, para ser exactos.

Me acerco a él lentamente, y la multitud se abre mientras él se disculpa de una conversación, agitando su vaso vacío. Está a punto de pasar a mi lado cuando alcanzo su brazo, y en el momento en que hago contacto, todo vuelve a mí.

Los años de dolor y sufrimiento, ira y pérdida. Todo por culpa de él. Todo porque intenté ser el mejor y nunca fue suficiente.

Él gruñe y me mira con un ceño fruncido visible incluso a través de su máscara y arranca su brazo de mi agarre. —¿Perdón?

Respiro profundamente y me quito la máscara. El reconocimiento invade su rostro, seguido de shock y el inconfundible tic de ira en su mandíbula.

—Perdone la interrupción —digo lo más calmadamente que puedo—. Hola, padre.

4

SAOIRSE

—Así que, cuéntame. ¿Qué has encontrado hasta ahora? —Entre arrastrar el tenedor de estiércol por el establo, Cormac me pregunta sobre los resultados de mi investigación sobre los italianos.

Cuando el mes pasado registré la oficina de Domenico Del Prete en el baile de máscaras y solo encontré un número de seguimiento, me sumergí en perseguir ese número hasta los confines de la tierra. Muy poca información y ningún resultado.

—¿Quieres las buenas noticias o las malas? —Lanzo una palada de estiércol al carrito de mano y apoyo el tenedor en el suelo, reclinándome sobre él—. ¿Prometes que no te enfadarás?

—Confío en ti, Saoirse. Claro que no me enfadaré. Pero necesito saber, ¿estamos teniendo problemas con los italianos?

—Bueno, las drogas siguen desapareciendo. Cada vez que indago, recibo la misma excusa de una persona distinta, lo que implicaría que es algo común y que todos están siguiendo las reglas, pero todo esto me resulta sospechoso. ¿Y el cargamento de armas que desapareció la semana pasada? El viernes sacaron el cuerpo de mi conductor del Potomac. Claro, podría haber sido un ladrón

desafortunado que se llevó un montón de rifles de asalto, pero no lo sé. Y hay… —Es casi innecesario mencionarlo, pero Cormac necesita la verdad, por muy patética que suene.

—¿Y? —pregunta Cormac, abandonando su tarea y apoyándose en la puerta del establo. Me mira como si no hubiera pasado el tiempo y aún fuéramos esos adolescentes desaliñados obligados a limpiar los establos porque mamá piensa que eso forja el carácter. El rancho familiar siempre ha *forjado carácter*, pero no de la manera en que ella piensa. Este lugar suaviza a las personas, estar aquí es agradable.

Es hogar.

—Y el mes pasado, en el baile, me colé en la oficina de Domenico y solo encontré el número de seguimiento de uno de los envíos de drogas que nos enviaron el mes anterior.

—¿Y eso es nuevo porque?

—Porque en sus registros, las drogas llegaron, pero yo sé con certeza que no fue así. Recuerdo que lo investigué porque el estúpido número de seguimiento era como ocho y seis repetidos siete veces seguidas y me hacía daño a la vista.

—Te dije que necesitas gafas.

—Vete a la mierda.

—La verdad duele.

—*En fin* —suspira profundamente y vuelve a empujar la tierra del establo—. Definitivamente fue un paquete que no nos llegó, pero recibimos un reemplazo y un extra como disculpa.

—¿Qué piensas, un fallo en el sistema?

—Tal vez, pero me preocupa, ¿sabes? Contarle todo a Cormac resalta lo poco que he averiguado, y la frustración alimenta mi próxima palada. —En la superficie, parece un error, como todos los

demás. Pero durante casi seis meses, esto ha estado ocurriendo con más frecuencia. Faltan drogas aquí y allá, armas retrasadas, problemas en la frontera, incluso uno de nuestros barcos se desvió mucho del curso. Y encima de eso, a veces nos pagan tarde y la gente ha estado desapareciendo.

—Saoirse, sabes lo común que es que la gente entre y salga de esta línea de trabajo. Especialmente los eslabones más bajos. Se ganan un billete rápido y se van a una vida nueva.

—Lo sé. Lo sé.

—Pero ¿sigues pensando que hay algo? —Cormac sigue mirándome desde su establo, y cuando asiento, deja su tenedor a un lado y camina hacia mí—. Entonces síguelo. Te conozco. Tu cerebro conecta las cosas más rápido que el mío y si piensas que hay algo aquí, entonces ve a por ello. Haz lo que tengas que hacer. Pero *en silencio*.

Termino de palear cuando él llega a mi lado y aparto mechones de pelo de mi frente sudorosa para verlo mejor. —¿Estás seguro?

—No quiero que los italianos se enteren de que no confiamos en ellos, y no puedo llevarle esto a Rocky hasta que tengas algo más concreto. El tratado ya ha sido amenazado una vez antes, y dudo que sobreviva otra vez. Pero prefiero que tú lo descubras, si hay algo, a quedarme de brazos cruzados y que las cosas se desmoronen en silencio bajo mi nariz. Este mundo no es blanco y negro, así que si me dices que hay algo, te daré los recursos que necesites.

Mi ritmo cardíaco se acelera como si de repente me enfrentara a un viejo profesor listo para escuchar acusaciones de problemas ajenos. Cormac está depositando mucha confianza en mí, no solo como su segundo al mando, sino como su hermana. Nuestra relación con los italianos ha sobrevivido mucho, pero este mundo es frágil. Una palabra en el oído equivocado y todo se derrumba.

—Creo que es algo.

Me agarra del hombro y sonríe. —Entonces vuelve conmigo cuando puedas demostrarlo.

Cormac vuelve a palear la mierda del establo mientras yo termino mi parte. Mi mente se llena con todas las pequeñas piezas que he reunido hasta ahora. Ninguna encaja con las demás, y parte de mí espera que en realidad no sean nada. Tal vez los italianos simplemente han pasado por un mal momento administrativo y varios incidentes sin relación solo hacen parecer que hay un problema.

Ese sería el resultado ideal.

Al terminar, guardo mi equipo y regreso a la casa de la granja, donde mi madre, Clodagh, me recibe con una gran sonrisa y las manos cubiertas de harina. —¿Serías un ángel y abrirías el horno por mí?

—Tengo las manos sucias —le advierto.

—No importa —se ríe—. Todos hemos contaminado nuestra buena cuota, y tú no vas a tocar la comida.

Accedo a su petición y abro el horno, recibiendo una ráfaga de aire caliente en la cara. Se inclina hacia mí y mete lo que parece ser un pastel casero en el horno, luego me hace una señal para que cierre la puerta. —¿Ya habéis terminado en los establos?

—Yo sí. Cormac estaba holgazaneando, así que tardará un rato —voy directo al fregadero y meto mis manos sucias bajo el chorro de agua caliente—. Mamá, ¿has pensado en contratar a alguien más para ayudar aquí? No he podido visitar tanto como quisiera, y me preocupas tú sola aquí.

—Oh, Saoirse, apenas estoy sola. Cian viene casi todos los fines de semana, y Evelyn pasa regularmente con su pequeño. Y tengo mucho personal, así que no te preocupes —aparece a mi lado

oliendo a frutas dulces y masa de pastelería. La harina se le pega a su mejilla curtida y polvorea su cabello gris y áspero—. No soy yo la que debería preocuparse por estar sola.

Oh, aquí vamos.

—Mamá…

—Solo digo —sonríe—. ¿Cuándo vas a venir a casa con un buen hombre del brazo, eh?

—Dado cómo esta familia encuentra sus parejas románticas, no estoy segura de que eso ocurra nunca —respondo mientras me lavo bien las manos.

—Por favor, no hables así. No quiero que te pierdas una de las grandes alegrías de la vida.

—¿El romance? —le lanzo una mirada incrédula—. ¿Cómo es eso una gran alegría?

—Cormac solía decir lo mismo y ahora míralo a él y a Evie.

—¿Acosas tanto a Cian sobre su vida amorosa?

—¡No es acoso! —me da un ligero golpe en el brazo—. Es preocupación amorosa. Te mereces a alguien que te haga feliz, y en esta vida, las oportunidades son raras.

Alguien que me haga feliz. El último hombre que lo hizo estaba oculto detrás de una hermosa máscara verde y me follaba tan fuerte en un armario que casi no podía salir con la cabeza en alto.

Con las manos limpias, las seco lentamente en un trapo mientras sigo a mamá por la cocina. —Seré honesta, no estoy buscando activamente en este momento, pero no me opongo, ¿vale? Supongo que podrías decir que estoy esperando a que el amor me encuentre.

Mamá se vuelve hacia mí con tanta esperanza en los ojos y agarra una de mis manos húmedas entre las suyas. —Solo no esperes

demasiado, ¿de acuerdo? Quiero verlos a todos felices antes de morir.

—¡Mamá! —es mi turno de darle un golpe—. No hables así. Te quedan décadas por delante.

—Soy una bomba de relojería.

—¡Mamá!

—¡Pronto me estaré marchitando, tan vacía como tu vida amorosa! —Nuestras risas mezcladas inundan la cocina mientras la abrazo con fuerza y cariño. Por mucho que nos burlemos, sé que viene de un lugar de amor y en esta familia, eso es lo único que importa.

Regreso a la ciudad unos días después, renovada y revitalizada por mi tiempo en la granja. Nada ayuda a despejar el estrés y el agobio de la ciudad como el aire fresco de la granja. Pero cada día que me quedo en la granja es otro día en que este extraño esquema podría desaparecer bajo mis narices. Con poca información sobre exactamente qué debería estar rastreando, opto por una solución clásica.

Más cámaras de seguridad y vigilancia en todas nuestras casas de cocina, un control más estricto sobre cuándo nuestra gente está en posición en el control fronterizo, un cambio en el horario de envío de nuestras armas en el extranjero y patrullas dobles en todos nuestros almacenes. Nadie recibe instrucciones exactas sobre lo que estoy buscando, así que cuando empiezan a llegar los informes de cualquier cosa sospechosa, son dolorosamente variados.

En cuestión de días, he descubierto que uno de nuestros hombres en el control fronterizo confunde lo interesante con lo sospechoso y ahora sé más de lo que jamás quisiera saber sobre los hábitos de baño de varias personas. Un almacén estaba convencido de que había un intruso y me dio esperanzas de una pista, solo para descubrir que era un zorro astuto. Varios conductores se asustaron unos a otros con historias de fantasmas y pasé toda una tarde

revisando los informes terriblemente escritos de conductores de reparto privados de sueño convencidos de que estaban a punto de ser masacrados por un hombre del gancho en la carretera.

He contratado más conductores y reducido los turnos para aliviar la presión.

Navegar por un mar de todo con la esperanza de vislumbrar algo es una tarea agotadora hasta que una noche, la esperanza llega en forma de una llamada telefónica.

—¿Señorita Gifford?

—Al habla.

—Ese hombre ha vuelto.

Me enderezo como un palo en mi asiento. —¿Qué hombre? ¿De qué estás hablando?

—Tú, eh… Bueno, querías que registráramos cualquier cosa sospechosa, ¿verdad? Pues ha habido un tipo al que he estado viendo durante la última semana más o menos.

—Un tipo… —Mis ojos recorren el mar de papeles que inundan la mesa frente a mí—. ¿Dónde estás exactamente?

Me suelta la dirección del almacén de envíos mientras yo rebusco entre los papeles en busca de sus informes.

—Pensé que podría ser algo porque soy amigo de Lewis, uno de los cocineros, y él mencionó a un tipo merodeando. Parecía bastante inofensivo, pero estoy bastante seguro de que ese mismo tipo está aquí ahora.

—Lewis y la cocina… —Eso me suena. ¿Dónde he visto eso antes? Me lleva demasiado tiempo buscar entre el montón de papeles, pero finalmente encuentro un informe que aparté antes. Habla de una persona sin hogar que simplemente se acercó demasiado a la cocina, pero si es el mismo hombre…

—Dime cómo es.

—Bastante alto. Un abrigo blanco que parece que ha visto días mejores. Piel morena, barba oscura, pero corta, ¿sabes? No de esas que son muy tupidas. Y pelo castaño, pero solo en la parte de arriba de la cabeza, no en los lados.

Es el mismo. La descripción coincide. Esto no puede ser una coincidencia.

—¡Manténlo ahí! —grito por el teléfono—. ¡No me importa cómo, solo manténlo ahí!



—¿Dónde está? Ya ha caído la noche cuando llego al almacén, pero, por suerte, el desconocido sigue ahí. Por alguna razón, lleva horas vigilando el almacén y, dado su presunto paso por algunas de nuestras otras propiedades, es razón suficiente para tener una charla con él.

—Al otro lado de la calle, detrás de la furgoneta que está aparcada en el cruce. Sale de vez en cuando, pero nunca se aleja mucho —explica el hombre que me llamó—. ¿Qué vas a hacer?

Crujiéndome los nudillos, me estiro los hombros y salgo del almacén a grandes zancadas. —Hablar con él.

—Espera, espera, ¿debería llamar a alguien?

—Si quieres. —Cuando me acerco a la furgoneta, una figura alta sale del vehículo, pero duda en el momento en que me ve—. ¡Eh!

En cuanto le llamo, echa a correr.

Mierda.

Debería haberlo esperado. Por suerte, el hombre no arranca con mucha urgencia y yo siempre he sido un corredor increíblemente

rápido, para frustración de Cian cuando éramos niños. El desconocido corre detrás de la furgoneta y sale por el otro lado, pero llego en unos segundos, y solo logra avanzar unos pasos cuando salto del suelo y choco contra él con todo mi cuerpo.

Ambos caemos. Él golpea el suelo con fuerza, soltando un gruñido, y yo aterrizo sobre él, para luego rodar rápidamente hacia un lado. —Espera ahí, amigo, ¿adónde crees que vas?

Se levanta, pero al girarse para enfrentarme, lanza un puñetazo que apenas logro esquivar al incorporarme.

Así que va a ser así.

Vuelve a lanzar otro puñetazo. Me agacho bajo su brazo y le doy un golpe en las costillas, dos golpes en la espalda, luego me pongo en cuclillas y barro con fuerza sus tobillos. Él pierde el equilibrio con un grito de sorpresa y cae sobre una rodilla, luego gira el torso y su codo choca contra mi estómago.

Retrocedo tambaleándome, sin aliento, pero la adrenalina fluye por mis venas con cada latido acelerado de mi corazón. Manteniéndome bajo, le doy una patada en la rodilla levantada, obligándole a caer de lado. Se levanta en medio segundo, lanzando otro puñetazo amplio, pero esta vez, cuando me agacho, él está preparado. Su otro puño choca contra mi mandíbula, aturdiéndome durante unos segundos y haciéndome caer al suelo. Mientras él intenta levantarse, giro mis caderas, levanto las piernas y me vuelvo a poner de pie. Siguiendo el movimiento con un giro, le doy una patada fuerte en la cara y, mientras cae, me abalanzo sobre él y le doy un golpe en la cara, haciendo que su cabeza vuelva hacia atrás, y luego uno en el estómago, obligándole a doblarse.

—¿Necesitas ayuda? —me llama una voz jadeante a mi derecha que inmediatamente me distrae. La presencia de alguien más cambia completamente el equilibrio de la pelea, y el desconocido también se da cuenta. Su atención se centra en la llegada del hombre del almacén y se dirige hacia él. Mi instinto de proteger supera mi deseo

de respuestas, así que me interpongo entre el desconocido y mi trabajador del almacén.

Desgraciadamente, él lo espera y me doy cuenta demasiado tarde. Rápidamente levanta una pierna y me da una patada poderosa en el estómago, haciéndome chocar con fuerza contra la furgoneta. Cada hueso de mi cuerpo grita de dolor por el impacto y mi visión se nubla brevemente cuando mi cabeza golpea las puertas de la furgoneta. Luego me desplomo en el suelo, jadeando por el aire y gimiendo de dolor.

—¡No! —El trabajador del almacén corre hacia mí. Está a mi lado en segundos y, cuando finalmente aclaro mi visión, el desconocido se ha ido.

¿Quién coño era? Y… ¿Por qué tengo la sensación de haberlo visto en algún lugar antes?

5

BRUNO

Tres golpes suaves en la puerta de mi habitación de motel desatan una oleada de cautela y alarma en mi cuerpo. Mis dedos se aprietan alrededor de la pistola oculta contra mi muslo mientras miro fijamente la puerta y espero escuchar el llamado de servicio de habitaciones.

No llega.

Mi agarre de la pistola se tensa.

Después de revelarme en el baile de máscaras el mes pasado, mi padre dejó muy claro que no soy bienvenido. Todos esos años separados y aún me mira como si fuera una mancha vergonzosa en la suela de su zapato, apenas digno de un segundo de su tiempo. Siempre pensé que ese tipo de dolor se desvanecería con el tiempo, pero catorce años no son suficientes para perder esa sensación aplastante de desesperación cuando tu propio padre te mira como si deseara que nunca hubieras nacido.

Ir a la cárcel por él aparentemente no fue suficiente para ganar su amor. ¿Qué más puedo hacer?

—¿Bruno? —Tres golpes siguen mientras la voz de mi hermana atraviesa la puerta cerrada—. Bruno, soy yo. ¿Mary? ¿Estás ahí? Recibí tu mensaje.

Mary.

Mierda.

No puedo llegar a la puerta lo suficientemente rápido y, cuando la abro, su amplia sonrisa de alegría se derrite rápidamente en un ceño de preocupación. —Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Miro hacia abajo mi torso desnudo, cubierto de una serie de moratones tras pelear con una mujer salvaje más temprano esta noche, y me encojo de hombros. —¿De verdad quieres saberlo?

—¡Por supuesto que sí! —Echa un vistazo por encima del hombro y luego entra en mi habitación de motel, cerrando la puerta tras ella—. Por favor, no me digas que papá tuvo algo que ver con esto.

—Por favor —respondo con sequedad—. No le importo lo suficiente como para deshacerse de mí.

—Oh, Bruno —Mary me guía hacia atrás con sus manos suaves hasta que mis rodillas chocan contra el borde de la cama y me veo obligado a sentarme. Deja su bolso a un lado y se quita el abrigo mientras habla—. Él se preocupa por ti.

—No hace falta que finjas.

—¡No estoy fingiendo! Le importas. —Mary hunde sus manos en el bolso en busca de algo—. Es solo que… —Hace una pausa y me mira a través de la cortina de su cabello—. Creo que está en shock de que hayas vuelto.

—La mayoría de los padres recibirían a su hijo con los brazos abiertos si no lo hubieran visto en catorce años.

—Claro, pero no somos la mayoría de las familias —responde Mary —. Además, las cosas han estado… locas. Pero sé que le importas.

Solo necesita tiempo.

No puedo evitar una mueca de incredulidad. —¿Cuánto tiempo más puede necesitar?

Mary suspira mientras saca varias bolas de algodón, algunas vendas y un pequeño tubo de crema antiséptica de su bolso. —Me dijiste que estabas magullado, pero no sabía que era tan grave, así que solo traje esto.

—No esperaba que vinieras.

—¡Claro que vine! —Se sienta a mi lado en la cama y toma una de mis manos—. Me alegra que hayas vuelto y estés a salvo. Te he echado de menos.

—Gracias, hermana.

—Y papá también. Creo que solo está… avergonzado de cómo ocurrieron las cosas.

—¿Qué? —A pesar del dolor que recorre mis costillas al respirar y el tirón agudo de mi labio partido cada vez que hablo, las palabras de Mary de alguna manera duelen más—. ¿Cómo puede estar avergonzado?

—Tú… te pillaron con todas esas drogas robadas, Bruno. Y mataste a un policía. Rompiste muchas reglas —dijo.

Me golpea como un tsunami. Después de todos estos años, Mary todavía no sabe la verdad sobre lo que pasó esa noche. ¿Y por qué iba a saberlo? No hay mundo en el que él admitiría esos crímenes, o el hecho de que permitió que me echara la culpa en algún intento desacertado de que se fijara en mí.

Fui una tonta al pensar que estaría orgulloso de mí por protegerlo. Solo fui un chivo expiatorio. —Sí —digo finalmente—. Supongo que rompí muchas reglas.

—No hablemos de él —decide Mary, soltando mi mano.

—¿Porque quieres decirme que le importo mientras también te escapas para verme porque estás preocupada?

Ella entrecierra los ojos y pone mala cara. —Quizá.

—¿Dime otra vez que le importo? —Es una broma tonta, una que duele porque, en el fondo, es todo lo que quiero. Catorce años en la cárcel no hicieron nada para suavizar el impulso del chico ansioso por la aprobación de su padre.

—Esa no es la única razón por la que no debería estar aquí —responde Mary con rigidez. Se concentra en el algodón que tiene en la mano y destapa una botella de agua de su bolso—. Ahora quédate quieto.

Me quedo obedientemente quieto mientras ella empieza a limpiarme la cara, con las cejas fruncidas mientras me estudia. —¿Cuál es la otra razón?

Sus dudan contra mi mejilla y no puede mirarme a los ojos mientras continúa. —Tú… ¿recuerdas lo que te escribí?

Mi corazón se hunde y le agarro la muñeca. —Mary, por favor, dime que viniste aquí con seguridad.

—¿Por qué debería hacerlo? —Arrebata su mano y luego me agarra la barbilla, obligándome a apartar la mirada mientras limpia la sangre alrededor de mi ceja—. El asesino en serie está muerto. Todo está solucionado. ¿Y por qué debería tener miedo de salir solo porque algún psicópata guardaba rencor a las mujeres rubias? Está muerto. Rocky se encargó de eso. Así que no tengo nada que temer.

Recibir su carta el año pasado fue aterrador. Me he perdido tanto de la vida de Mary, pero enterarme de que un asesino en serie obsesionado con la prometida de Rocky, Sarah, estaba atacando a mujeres rubias y que casualmente atacó a Mary fue horroroso. En una carta, casi perdí la oportunidad de volver a ver a mi hermana. Sin embargo, fue una excelente motivación para impulsar mi apelación y obtener la libertad anticipada.

—No estoy diciendo que tengas que tener miedo —digo suavemente —. Eres mi hermanita y es mi trabajo preocuparme por ti incluso desde detrás de las rejas. No deberías ir a ningún lado sin seguridad.

—No soy una niña.

—Mary —me giro hacia ella y le agarro la muñeca, sin dejar que se aleje esta vez—. Hay más peligros ahí fuera que él. Prométeme que llamarás a seguridad antes de salir y que no harás algo tan imprudente otra vez.

—¡Oye, tú me mandaste un mensaje! —replica ella—. ¡No tenía que venir!

—No te lo pedí. ¡Puedo cuidar de mí mismo!

—¡Claro que sí! —Se libera de mi agarre y se aleja enfadada—. Discúlpame por intentar ayudar.

—Yo… —No quiero una discusión ahora—. Aprecio tu ayuda, Mary. Simplemente no estoy acostumbrado a ello. He hecho las cosas por mi cuenta durante catorce años.

Ella me mira con ojos grandes, como los de un ciervo. —¿Fue aterrador?

—¿La cárcel?

Asiente mientras se sienta de nuevo a mi lado y reanuda la limpieza.

—Al principio, sí. Solo tenía veinte años. Joven y estúpido. Pensé que papá me sacaría porque era su hijo, pero cuando no lo hizo, las cosas se pusieron difíciles. Mi nombre no significaba mucho sin mi padre respaldándome.

—Oh, no —las manos de Mary se detienen—. ¿Te hicieron daño?

—Al principio. Pero aprendí a defenderme y pronto, tenía suficiente respeto como para que nadie se metiera conmigo. —Ayudó que me hice amigo de varios miembros de la Tríada China dentro. Me llevaba

lo suficientemente bien con un par de guardias como para manipularlos a mi favor, y cuando la Tríada se enteró de mis habilidades, fue fácil llegar a un acuerdo para obtener protección y una forma de amistad.

—Odio que estuvieras allí tanto tiempo —murmura ella, terminando con mi cara. Su atención se dirige a mi cuerpo magullado—. ¿Me vas a contar qué pasó?

—No. —Sonrío—. Solo sabe que gané.

—¿De verdad? —Lo incrédulo de su tono es cómico, y estoy seguro de que habría perdido si nuestra pelea no hubiera sido interrumpida. Pensarlo trae un latido de culpa en mi pecho mientras recuerdo cómo golpeé tan fuerte a esa mujer contra la furgoneta. No fue mi momento más orgulloso.

—Lo hice —repito—. Pero estaré bien. Gracias por venir a ayudarme.

—Me alegra mucho estar aquí. —Me sonríe radiante, y siento un dolor aún mayor en el pecho. Ha cambiado tanto en catorce años que es difícil creer que sea la misma niña de ocho años con coletas y dientes grandes que era mi hermana.

—Me alegra que estés aquí también.

—Y… sé que no quieres que lo diga, pero creo que deberías intentarlo con papá. Ha estado tan ocupado ayudando a Rocky todos estos años que creo que simplemente… se ha olvidado. Apuesto a que si le recordaras lo genial y útil que eras, las cosas cambiarían.

Por supuesto. Mary, de ocho años, no veía las discusiones, las conversaciones sobre mi valía, ni mis innumerables intentos por ganarme el amor de mi padre. Lo ve con la misma esperanza infantil con la que veía todo en aquel entonces.

—Sí —digo, pasando mi brazo alrededor de sus hombros y dándole un abrazo—. Quizá.

Se queda otra hora y me cuenta todo sobre su vida, desde su nuevo novio hasta sus estudios y su deseo de ser enfermera. Le digo en broma que sería terrible, dado lo mal que se comportaba cuando me cuidaba, pero se va sonriendo y jura que enviará a su seguridad cuando llegue al final de la calle. No dejo de recorrer mi habitación hasta que me envía una foto de su seguridad recogiéndola. Solo entonces me relajo.

Qué noche. Mi vigilancia de ese almacén fue interrumpida por una mujer con tanto talento como furia. Un giro inesperado. Sus golpes fueron fuertes pero cuidadosos, nada que me hiciera daño de verdad, pero los moratones están sensibles y me siento un poco como un pez destripado mientras estoy tumbado en la cama debatiendo mi próximo paso.

Si mi padre me hubiera recibido con los brazos abiertos y llenos de amor, todo esto habría terminado el mes pasado, pero parece que no ha cambiado y una vez más es ciego a mis intentos de ayudarlo.

En prisión, mi apellido finalmente se desvaneció, así que nadie pensó en mí cuando los Triads que me hice amigo empezaron a susurrar el nombre Del Prete en la oscuridad. Tres veces escuché que mencionaban a mi padre, y cada vez, o no pensaron que lo oí o no les importó. Lo que destacó en esas breves conversaciones fue que, aunque el Triad hablaba principalmente en código, capté una o dos frases.

Hablaban principalmente sobre el Mercado Negro. Eso y mi padre no combinan. Toda mi infancia fue un entrenamiento riguroso sobre los principios con los que vivía mi padre, cómo hacía todo de manera transparente y se aseguraba de que, incluso en una vida de crimen y mafia, fuéramos criminales honorables. No se le vería muerto tratando con el mercado negro. Quiero hablar con él sobre eso, advertirle de que alguien seguramente está usando su nombre para ganar influencia en el mundo subterráneo, pero dado su deseo de ignorarme, tendré que resolver este problema yo solo.

Cuando se lo presente, resuelto, no podrá ignorarme.

Mi mente divaga y casi me duermo cuando recibo una llamada de un número desconocido. —¿Qué tal? —digo.

—¿Con quién hablo? —pregunta una voz.

—Ni idea, tú me llamaste —digo, levantándome sobre un codo.

—Nombre.

Me echo a reír y compruebo el número. —No estás en mis contactos, así que probablemente te has equivocado de número, colega.

—¿No es Bruno?

Me incorporo más. —Sí, lo es. Deberías haber empezado por ahí, amigo.

—¿Bruno Del Prete?

—¿Quién pregunta?

—Puedes llamarme Daniel. Se rumorea que estás abierto a hacer algo de trabajo.

—Claro, estoy buscando.

—Hiciste algunos amigos dentro, así que te están echando una mano. Para que vuelvas a ponerte en pie.

Parece que hacerme amigo del Triad sigue dando sus frutos. Me siento completamente y reprimo un bostezo. —Te lo agradezco. ¿Qué tienes para mí?

—Primero, necesitamos saber que estás bien. Tenemos un problema que necesita solución. Hazlo, y sabremos que eres confiable.

—Claro. ¿Qué es? —La llamada termina con un clic y unos segundos después llega un mensaje. Mi estómago se retuerce en cuanto lo abro.

Cuatro palabras y una foto.

Una fotografía de la mujer que me dio una paliza esta noche.

Encárgate de ella.

6

SAOIRSE

Acogido sobre mi desayuno, siento como si hubiera envejecido diez años de la noche a la mañana debido al dolor de mis moretones incipientes que se niega a aliviarse. La idea de devorar mi avena me revuelve el estómago, así que termino moviéndola por el cuenco mientras mi gemelo, Cian, corre a mi alrededor metiéndose tostadas en la boca.

—Deberías haberme llamado —dice Cian entre bocados—. No deberías ocuparte tú solo de estas cosas.

—Soy perfectamente capaz de defenderme en una pelea, Cian.

—¿En serio? Porque parece que te han arrastrado por un seto hacia atrás.

—Mi incapacidad para dormir no tiene nada que ver con la pelea. Una mentira. El dolor en mis costillas me mantuvo despierta toda la noche y hay un latido continuo en la parte posterior de mi cráneo desde que mi cabeza chocó contra la puerta de la furgoneta. Late casi al ritmo de mi corazón.

—¿Estás segura? —Bajo su sonrisa arrogante, hay una preocupación genuina en sus ojos cuando detiene su marcha y se inclina a mi

altura—. ¿Has ido al médico?

—No necesito un médico. El tipo ni siquiera peleó bien.

—¿Sabemos quién es?

Cormac me dijo que mantuviera mi investigación en secreto, lo que, por mucho que me duela, incluye mantenerla oculta de mi gemelo. —Solo un vagabundo holgazán. Creo que estaba drogado o algo así.

—Debe haberlo estado, para poder golpearte —responde Cian. Estudia mi rostro durante un largo y silencioso momento antes de empujar mi hombro mientras sonríe—. Bueno, estaré atento a los hospitales por si aparece algún vagabundo con los puños de Saoirse Gifford marcados en él.

—Vete a tomar por culo. —Me río, conteniendo un suave gemido de dolor—. Escucha, necesito que te asegures de llamar a mamá.

—Siempre lo hago.

—Sí, pero ha vuelto a interrogarme sobre mi vida amorosa, así que entreténla con tu última escapada para que deje de molestarme.

—Sabes, la forma más fácil de hacerlo es salir ahí fuera y encontrar un amante.

—¿Cuándo tengo tiempo para el romance?

—Podrías probar el método de Cormac de enamorarse de un rehén.

—Imagínate. —Me río, divertida—. ¿Por favor?

—Vale. Pero me debes una.

—Incontables, ya lo sé.

Cian me da un fugaz beso en la coronilla mientras pasa. —Hoy estoy ocupado en el aeropuerto, ¡así que no trabajes demasiado, hermana!

—Cuídate.

Cian se va y el silencio desciende sobre la cocina. Este ático solía estar lleno de vida. Los cuatro vivíamos y trabajábamos aquí y era increíble. Luego, Brendan murió y todo cambió. No mucho después, Cormac se mudó para vivir con Evelyn, y ahora solo somos Cian y yo. Tampoco durará para siempre.

En lugar de dejarme llevar por la creciente soledad del ático, me refugio en mi oficina y busco todas las grabaciones de CCTV del almacén de anoche. No lleva mucho tiempo, y obtener acceso a las cámaras de seguridad circundantes es igual de fácil. Desafortunadamente, varias cámaras a lo largo de la calle estaban estropeadas, así que los únicos ángulos claros que tengo del desconocido de anoche son los cuatro frente al almacén y uno al final de la calle en una cámara de tráfico. Son varias horas de metraje, pero si tengo suerte, alguna de las cámaras habrá captado una vista clara del rostro de ese hombre.

Varias horas después, no estoy más cerca de descubrir quién es y el dolor en mi estómago crece como si brasas se avivaran con cada respiración. Quizás Cian tenía razón.

Necesito un médico.

Alargando la mano hacia mi teléfono, me pongo de pie—e inmediatamente, el mundo se inclina. Solo tengo unos segundos de pánico antes de que nubes negras se extiendan por mi visión y me derrumbe en el suelo.

~

—¿Dónde… dónde estoy? Al abrir un ojo, me encuentro con paredes blancas nauseabundas, pitidos repetitivos y el rostro borroso pero sonriente de Evelyn, la esposa de Cormac.

—¿Saoirse?

—¿Evie?

—Oh, gracias a Dios. —Se ríe suavemente y aprieta mi mano—. No estaba deseando hablar con Cian si no te hubieras despertado.

—Joder. —Aprieto una mano contra mis ojos y masajeo hasta que un torrente de colores estalla en mis párpados. Lo último que recuerdo es que estaba en mi oficina, y ahora estoy…

—Estás en el hospital —dice Evie con suavidad—. Llevas aquí unos veinte minutos. Pasé por el ático para invitarte a almorzar y te encontré desmayada en el suelo. Joder, estaba aterrorizada de estar encontrándome con otro hermano Gifford muerto. —Su risa nerviosa está divertida, pero su preocupación es clara.

—¿Qué pasó? —Bajo la mano y la habitación del hospital entra en visión mientras la niebla se desvanece de mi mente y Evie habla.

—No estoy segura. Te hicieron algunas pruebas mientras estabas inconsciente y un doctor te hizo un escáner. Creo que estamos esperando los resultados. —Evie aprieta mi mano y, aunque está sonriendo, su ceño está fruncido de preocupación—. Estaba muy asustada.

—Estoy bien —le aseguro, siguiendo la línea desde mi muñeca hasta el gotero de morfina. No es de extrañar que mi dolor se sienta adormecido—. Me salté el desayuno, no dormí anoche, tuve una noche difícil. —Me muevo en la cama, me incorporo y le doy a Evie la sonrisa más fuerte que puedo reunir—. Apuesto a que es por el bajo nivel de azúcar en sangre. Esto me pasa todo el tiempo.

Ella entrecierra los ojos. —Nunca había oído que te desmayaras así antes.

—Bueno, normalmente, o lo detecto a tiempo, o me despierto casi de inmediato y lo soluciono. Honestamente, apuesto lo que quieras a que eso es lo que dirá el médico.

Evie todavía parece no creerme, pero me da unas palmaditas en el dorso de la mano. —Bueno, si ese es el caso, voy a buscarte un refresco, así que vuelvo enseguida, ¿vale?

—No tienes que—

—Insisto. Además, Cormac está de camino y no quiero que piense que no te cuido.

—Evie, él nunca pensaría eso.

—Lo sé. —Se ríe. —Solo intento hacerte sentir culpable para dejarme cuidarte. Así que quédate quieta. —Me aprieta la mano y sale rápidamente de la habitación. El silencio vuelve a descender.

Mierda. Mi excusa del azúcar bajo no es del todo mentira, ya que ha pasado antes. Simplemente no es tan común como lo he hecho parecer. ¿Pasó algo anoche? ¿Ese cabrón me hizo más daño del que pensaba?

—¿Señorita Gifford? —Un suave golpe en la puerta precede a la entrada de una doctora con una carpeta en la mano y una sonrisa amable en los labios. —Me alegra verla despierta. ¿Cómo se siente?

—Hola, doctora. Estupendamente. Evie me ha informado de que me hicieron algunas pruebas mientras estaba inconsciente.

—Sí. Dado el papel de Evie aquí en el hospital, pudimos atenderla rápidamente. Las ventajas de que su cuñada sea la propietaria. —Sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos. Años de práctica, supongo.

—Suéltelo, doctora. ¿Qué me pasa?

—Nada que no se pueda solucionar. Tiene algunos hematomas graves en el riñón que le estarán causando mucho malestar, así que le recetaré unos analgésicos para ayudarle con eso y le pediré que vigile su producción de orina, ya que los riñones magullados son mucho más propensos a infecciones.

—Mierda, vale. ¿Es por eso que me desmayé?

—No, cariño, se desmayó porque tiene el hierro extremadamente bajo. ¿Ha estado tomando sus vitaminas prenatales?

—¿Mis qué?

Se acerca a la cama. —Sus vitaminas prenatales. Es muy importante tomarlas regularmente porque el embarazo es una carga muy intensa para el cuerpo, y dado su ajetreado trabajo, necesitará un poco de ayuda adicional para asegurarse de que su hijo recibe todos los nutrientes que necesita sin agotarla demasiado.

El mundo se me cae del culo. Puedo oír mi sangre rugiendo en mis oídos, saborear el hierro en la parte posterior de mi lengua, y de repente, incluso la manta alrededor de mis piernas es demasiado pesada. —Debe de haber algún error, —digo con una risa nerviosa y sin humor.

—¿De qué manera? —Ella mira sus notas, confundida.

—No estoy... No estoy embarazada.

—¿Qué? —Levanta la cabeza de golpe y sus ojos se agrandan. —Oh, Dios mío, Saoirse, lo siento mucho. Pensé que lo sabía.

—¿Saber qué?

—Usted... definitivamente está embarazada. Nosotros... salió en los análisis de sangre y en la muestra de orina que tomamos mientras investigábamos su riñón.

—¿Cómo consiguieron mi orina?

—Con una aguja. Es un procedimiento común que nosotros—

—No, se equivoca.

—Saoirse, no me equivoco. Está embarazada. Y su estilo de vida actual, más el trauma de su lesión y el esfuerzo en su cuerpo, es por lo que se desmayó. Lo siento mucho, pensé que lo sabía.

Embarazada.

¿Cómo?

Sé cómo.

Pero ¿cómo?

El hombre enmascarado del armario. Es el único hombre con el que he estado en meses. No hay nadie más que pueda ser, pero no tengo ni idea de quién es. Esto no puede ser real.

—Tengo que irme. —La doctora se queda cerca mientras me quito las vías del brazo y salgo tambaleante de la cama, cogiendo mis cosas.

—De verdad no le aconsejo que lo haga, —dice la doctora. —Necesitamos reponer sus fluidos y necesita— ¡Señorita Gifford, espere!

Me llama, pero la ignoro y me apresuro hacia el ascensor lo más rápido que puedo. No se mueve lo suficientemente rápido, así que cuando las puertas se abren en el siguiente piso, salgo corriendo y tomo las escaleras. No tengo ningún destino en mente. Solo necesito salir de este edificio y alejarme de la mujer que me dice que hay un *bebé* creciendo dentro de mí.

¿Cómo?

Un bebé.

Dentro de mí. De todas las personas.

Oh, Dios mío, he estado bebiendo. No mucho, pero he tomado varios whiskies y botellas de vino desde esa fiesta. ¡También he comido marisco! Esto no tiene sentido.

Para cuando salgo afuera, mi cabeza está dando vueltas. Tantos pensamientos chocan sobre mi investigación, la pelea, la fiesta y la impactante noticia de que estoy embarazada.

Yo.

—Joder, —jadeo mientras salgo tambaleante a la calle y empiezo a caminar sin rumbo fijo.

¿Qué hago? ¿A quién llamo? ¿Debería encontrar al padre?

Sí.

En realidad, ese es el primer pensamiento que tiene algún sentido en mi mar de mil voces internas. Cruzando la calle, apenas pienso en Evie o en el hospital que dejé atrás, o incluso en los analgésicos que tendré que volver a buscar.

Lo único en mi mente es un bebé.

Un bebé con un desconocido. ¿Cómo de imprudente puedo ser?

—¿Cian?

—¡Saoirse! ¿Estás bien? Cormac me dijo que te habías desmayado.

—Estoy bien—

—No me vengas con chorradas.

—No estoy diciendo chorradas, Cian, escúchame.

—Te escucho.

—Necesito que hagas algo por mí. Es urgente.

—Lo que sea.

—Necesito una lista de todos los que estaban en el baile de máscaras el mes pasado.

—¿Todos?

—Todos.

—Estoy en ello. Pero... ¿De qué va esto? ¿Deberías preocuparte por esto? Pensé que estabas en el hospital.

—Cian, por favor. Haz esto por mí.

—Vale. Vale, lo haré. Te quiero.

Sus palabras me hacen pausar, y un repentino calor me calienta detrás de los ojos. —Yo también te quiero. Estoy bien. Lo prometo. —Acepta mi respuesta y cuelga, pero me invade el repentino impulso de llamarle de nuevo y decirle la verdad. Si alguien puede entender un error imprudente, es él.

Pero no tengo la oportunidad de llamarle de nuevo.

Mi pulgar se cierne sobre el botón, pero antes de poder pulsarlo, alguien choca contra mi espalda y unos brazos se ciñen firmemente alrededor de mi cuerpo.

Apenas puedo reaccionar antes de que me arrastren por el callejón.

7

BRUNO

Trastornar a la misteriosa mujer fue un desafío, pero afortunadamente, la Triada ya tenía información que podía usar. Una vez que me dieron su número de teléfono, no fue difícil rastrear su ubicación y esperar para atraparla sola.

Ella extiende las piernas y logra un grito suave de alarma hasta que mi mano cubre su boca, ahogando todos sus ruidos. No es la primera vez que mato a alguien y seguramente no será la última, pero estoy oxidado. Arrebatar a alguien de la calle a plena luz del día no es el movimiento más inteligente, pero espero que la obscena aleatoriedad de ello juegue a mi favor. Solo necesito llevarla detrás del contenedor de basura y dispararle. Rápido y limpio.

Exactamente lo que se merece por golpearme tan fuerte en los huevos anoche.

Sus piernas vuelan y sus pies buscan apoyo en cualquier cosa cercana, así que guío mis pasos tambaleantes para evitar que gane un punto de apoyo que pueda usar en mi contra. Apretando mi brazo alrededor de su cintura, uso mi peso para forzarla más adentro del callejón hasta que los motores bulliciosos y los cláxones de las concurridas calles de la ciudad de Nueva York se convierten en un

suave ruido de fondo. La banda sonora perfecta para acompañar un asesinato en un callejón.

Sus dientes se clavan en mi dedo medio, pero arranco mi mano antes de que pueda arrancar un pedazo de mi carne. Ella grita de rabia, pero se convierte en un gemido de dolor mientras la lanzo con toda mi fuerza contra la pared. Sin manera de sostenerse, casi cae, pero es rápida y la mujer lanza un puñetazo en mi dirección. Sus nudillos rozan mis costillas mientras esquivo por poco y lanzo mi codo contra su cara. Golpea, enviando su cabeza contra la pared con un crujido audible.

Ella se desploma hacia adelante, pero en lugar de atacarme con el mismo fervor que anoche, se pone a la defensiva y envuelve un brazo alrededor de sus costillas para protegerse.

Espera…

Algo es diferente.

No es tan rápida ni tan fuerte como anoche. Está más débil. Más lenta. Mi experiencia en la prisión me advierte contra creer que una muestra así sea vacilación. Es como terminé con una navaja entre las costillas y tres semanas en la enfermería. Podría estar engañándome para que baje la guardia, así que avanzo hacia adelante y la sujeto contra la pared con mi brazo sobre sus hombros y mi pistola presionando contra la piel suave y expuesta de su cintura.

Ella me mira con fuego ardiendo en sus ojos y sangre brotando de la esquina de su labio donde mi codo cortó esa carne roja y suave. —Adelante —gruñe con los dientes ensangrentados—. ¿Qué estás esperando?

—¿Eso es todo? —bromeo sin aliento—. ¿Ya no queda lucha?

Sus cejas oscuras se fruncen brevemente y sus ojos recorren mi rostro, luego la sombra del reconocimiento aparece mientras un grupo de conductores furiosos tocan sus cláxones a lo lejos.

—*Tú*.

—Así que sí me reconoces.

—Quizá.

Debería matarla aquí mismo, ahora mismo. Pero algo me lo impide. —Me sorprende que te haya tomado tanto tiempo.

Ella golpea mi entrepierna con su rodilla antes de que pueda decir algo más y me tambaleo alejándome de ella mientras mis huevos rebotan hacia mi maldita garganta. Lágrimas de dolor brotan en mis ojos y una fuerte náusea se estira como caramelo por mi estómago, seguida de un pulso de debilidad que hace que mi pistola se resbale de mis dedos.

Maldita sea.

Tiene unas malditas rodillas huesudas y creo que acaba de hacer estallar uno de mis huevos. No importa cuántas veces me golpeen en las pelotas, nunca me acostumbro a este dolor. Al ver su ventaja, ella avanza hacia mí con los puños volando, pero esta vez adopto una postura defensiva mientras intento quitar las lágrimas de mis ojos y que mis testículos vuelvan a su lugar.

Ella intenta pegarme y esquivo. Corre hacia mí y me aparto. Los golpes que logra dar son más suaves y hago todo lo posible para evitar que nos hagamos daño seriamente porque claramente está herida. Eso lo hice yo, ¿no? Anoche.

Había sido como un petardo lanzado a una hoguera y no había pensado mucho en lo mucho que la había herido, pero verlo ahora, claro como el agua, me hace sentir culpable.

Joder sabe por qué. No me gusta sentirme culpable.

—¡Vamos! —grita después de que su quinto puñetazo no acierte—. ¿De qué mierda estás jugando?

Nos detenemos, jadeantes, y permanecemos en lados opuestos del callejón. —¿Qué, estás aburrida?

—No me vengas con esa mierda —gruñe—. Pedazo de mierda. Me atacas, me arrastras y me apuntas con una pistola y ahora, ¿qué, no puedes aguantar un puñetazo? ¡Hijo de puta! —Se lanza hacia mí de nuevo y, aunque sus nudillos chocan dolorosamente contra mi mandíbula, logro esquivarla y cambiamos de lado en el callejón. Mi pistola está en el suelo a varios metros. No hay forma de que pueda alcanzarla sin que ella reaccione.

—Escucha —jadeo, todavía sintiendo mis huecos en la base de la garganta—. Es solo negocios.

—¿Negocios? —Se endereza pero claramente todavía favorece un lado de su cuerpo—. No te conozco de mierda. No tenemos ningún negocio.

—No directamente —respondo—. Pero la Tríada quiere que estés muerta.

Lleva su ira como una brillante medalla de honor, y observo cómo sus músculos se tensan, preparados para otro golpe hasta que registra mis palabras y duda. Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo y frunce el ceño. —No pareces de la Tríada.

—Las apariencias engañan.

—Mierda. La Tríada es como una familia.

—Claro. —No está equivocada. Aprendí eso rápidamente en prisión después de una mandíbula rota. —Pero aceptan ayuda externa cuando les conviene. —También una buena lección desde dentro.

—¿Por qué? —exige—. Nunca he cruzado caminos con la Tríada. —Se endereza de repente y apenas oculta una mueca de dolor—. Ni siquiera operan en Nueva York.

—Sí lo hacen. —Me apoyo contra la pared de ladrillo, finalmente recuperando el aliento, ya que parece que no está lista para

arrancarme la garganta—. Solo son discretos.

Puedo ver los engranajes girando en su mente mientras busca en sus pensamientos y recuerdos cuándo podría haber llamado la atención de la Tríada, y mucho menos estar en su punto de mira. Una respuesta que no puedo proporcionar ya que solo se supone que debo matarla.

En cambio, estoy aquí hablando con ella y sin poder entender por qué. Cada vez que inhala y su labio inferior se tensa por el dolor, la culpa calienta mi estómago. ¿Es por Mary? Una visita de ella y me ha ablandado.

Joder.

—¿Quién eres? —pregunta de repente—. ¿Y por qué mierda estás intentando matarme?

—No estoy intentando —digo, con cuidado separando mis muslos para adaptarme al doloroso latido entre mis piernas—. Todavía lo voy a hacer. Esto es solo un lento calentamiento.

Sus ojos se dirigen hacia mi entrepierna y levanta una ceja. —¿En serio?

—En serio. —Asiento rápidamente—. Me llamo Bruno.

—Bruno ¿qué?

—Del Prete.

Está en proceso de avanzar cuando se congela y sus ojos brillantes y furiosos se estrechan hasta quedar en rendijas. —¿Del *Prete*?

—Sí.

—¿Como en Domenico Del Prete?

—Mi único y único padre. —Desafortunadamente.

—¿Padre? Mierda, no sabía que tuviera un hijo. ¿Desde cuándo los italianos trabajan con los malditos de la Tríada?

—Es una larga historia.

—¿Es por eso que estabas allí anoche espiando mi negocio? —Una mano se mueve hacia su cadera y descansa allí mientras el brazo más cercano a sus costillas heridas permanece flojo a su lado, listo para proteger en cualquier momento.

—Espiar es una palabra tan fea. —Cada momento que pasa alivia el dolor y me enderezo—. Estoy protegiendo mis intereses.

—Mierda. —Da un paso hacia adelante—. Los irlandeses y los italianos han tenido una alianza durante años y ahora me dices que eres el hijo de Domenico y que has estado espiándonos. ¿Y estás intentando matarme por los malditos de la Tríada? No estás protegiendo nada.

Mierda. No sabía que era irlandesa. Es obvio en su acento ahora que está hablando y no ladrando odio hacia mí, pero no me dieron absolutamente ninguna información sobre ella. No tenía ni idea.

—No es lo que piensas.

—Entonces tienes diez segundos para decirme exactamente qué es esto o tendrás que matarme.

—¿O qué?

—O sacaré la verdad de Rocky. Demonios, apuesto a que incluso su padre Matteo tendría una charla conmigo sobre esto.

—Espera—

—Dime de qué mierda estás jugando.

—No te conozco.

—¡Me conoces lo suficiente como para intentar matarme!

—No es así. —Esta situación se está desmoronando más rápido de lo que puedo controlar. Lo que se suponía que sería un asesinato fácil se ha convertido en algo mucho más complicado, y aunque he estado en prisión durante los últimos catorce años, conozco la reputación de los irlandeses. Matarla sería una sentencia de muerte.

—Entonces me importa una mierda —responde con ardor, furiosa—. La próxima vez que intentes matarme, más te vale que te comprometas de verdad. —El fuego vuelve a sus ojos y ese tono cortante hiere con la fuerza de una auténtica espada. En medio segundo, corre hacia el arma que he descartado y no me queda más remedio que derribarla al suelo.

Caemos en un montón y su gemido de dolor me atraviesa como un cuchillo al rojo vivo, haciéndome vacilar. Ella aprovecha esto para darse la vuelta y golpearme la mandíbula con la palma de su mano. Veo estrellas por un momento y apenas logro esquivar otro golpe en los huevos al rodar hacia un lado. Solo consigo alejarme un pie antes de que ella se ponga de pie sobre mí, con su bota presionando mi pecho y mi arma en sus manos.

Apuntando directamente entre mis ojos.

—Cabrón —gruñe.

—¡Espera! ¡Por favor, espera, no es lo que crees! —suplico rápidamente, levantando ambas manos como si pudieran hacer algo para protegerme de una bala—. ¡Tráfico de personas!

Ella duda, levantando las cejas. —¿Qué… Perdona?

—Yo… escucha, estuve en prisión, ¿vale? Y mientras estaba allí, los Triads me ayudaron, así que les debo algo. Pero también les oí hablar mucho sobre el mercado negro y el tráfico de personas, y usaban el nombre de mi padre como si fuera una especie de moneda, ¿entendido? —Las palabras salen de mí como vómito, amontonándose unas sobre otras en un intento desesperado por escapar antes de que esta mujer acabe con mi vida—. Así que

cuando salí, empecé a investigar porque creo que alguien está tratando de incriminarlo y quien sea que sea tiene grandes planes para lo que pasará cuando caiga. He estado rastreando algunos envíos desaparecidos, algunas drogas y armas que han desaparecido de nuestros registros sin dejar rastro. ¡Eso es todo! ¡Por eso estaba anoche en ese almacén, porque había tres cargamentos de droga desaparecidos y no sabía que tú eras irlandesa! Estoy intentando ganarme la confianza de los Triads y me llamaron y me pidieron que matara a alguien, ¡eso es todo!

El arma hace clic y cierro los ojos esperando el inevitable disparo.

No llega.

De repente, el peso de su pie desaparece de mi pecho. Abro un ojo y ella está de pie a unos metros, desmontando mi arma en piezas y tirándolas poco a poco en el cubo de basura cercano.

Joder.

—No sé si me divierte más que hayas gritado "tráfico de personas" o que lo hayas soltado todo tan rápido.

—¿De qué otra forma iba a conseguir que no me dispararas? —respondo con una ráfaga de risa nerviosa y baja. Levantándome lentamente, no le quito los ojos de encima—. Entonces… ¿esto significa que estamos en una tregua?

—Por cierto, me llamo Saoirse —dice, tirando la última pieza de mi arma a la basura y girándose para mirarme—. Ya que estás en el hábito de intentar matar a gente que no conoces. Consigue un nombre la próxima vez.

—¿Qué puedo decir? Hacía tiempo. Antes, una foto era suficiente.

Ella resopla suavemente y se frota los nudillos contra su sien izquierda. —¿Crees que alguien está intentando incriminar a tu padre?

—Estoy seguro.

Asiente lentamente. —Estamos buscando lo mismo, hasta cierto punto. Cuéntame más sobre este tráfico de personas.

—Los Triads tienen los dedos metidos en muchos tarros de miel. Oí un montón de charlas sobre muñecas del mercado negro. Que Del Prete estaba suministrando *y* comprando. Al principio pensé que eran drogas hasta que hice un amigo y me dijo que *muñecas* es jerga para personas. Y mi padre, él *nunca* se involucraría en esa mierda. Así que creo que alguien está usando su nombre para obtener influencia y poder para hacer algo realmente turbio. Todo lo que tengo es—

—Drogas y armas desaparecidas —termina por mí—. Mmm.

—¿Entonces buscamos lo mismo?

—Yo… —Sus ojos se encuentran con los míos y, aunque la desconfianza es clara, asiente—. He estado investigando algunas cosas y podrían estar conectadas, sí.

—Bueno, ¿por qué no trabajamos juntos?

—Porque intentaste matarme —replica tajante.

—Y tú casi me disparas, así que diría que estamos en paz.

Su mirada se posa en mí durante un largo minuto y cuando suspira, parece desinflarse un poco. —Si nuestras situaciones están conectadas, entonces tal vez sería inteligente. Si el tráfico está resurgiendo, necesito asegurarme de que no haya ni un solo hilo irlandés conectado a este lío.

—Entonces… —Me acerco con una sonrisa leve—. ¿Trabajamos juntos?

Saoirse frunce el ceño y se arruga la nariz. —Temporalmente. Bien. Pero solo para acabar con esto lo más rápido posible antes de que estos rumores dañen más que tus huevos. —Se estremece—. Y mis costillas.

Así que sí la herí. Mierda. ¿Por qué me siento tan mal como cuando empujé a Mary en el columpio y salió volando como un pez sin vida?

—Entonces, ¿estamos bien?

Ella me lanza una breve mirada fulminante. —Estamos inestables, pero déjame dejar una cosa clara, Bruno. Si intentas joderme o si percibo el más mínimo *indicio* de que estás tramando algo que no me gusta, te mataré. Y sonreiré mientras lo hago.

8

SAOIRSE

Esta alianza inesperada con Bruno podría ser exactamente lo que necesito, aunque la ironía de unirme al hijo del hombre que estoy investigando no se me escapa. Tengo que tener cuidado con lo que le digo porque cualquier cosa que diga podría llegar al hombre en cuestión.

Bruno está convencido de que alguien está tendiendo una trampa a su padre o simplemente está usando el nombre de la familia para obtener algún tipo de ventaja con la Tríada. Mantenerme con vida seguramente pone a Bruno en aprietos con las Tríadas, pero cuando nos encontramos una semana después en el aparcamiento de una área de descanso, parece estar bien.

Camina hacia mí con la cabeza alta y un aire de confianza que combina con la ligera sonrisa divertida que baila en sus labios. Vestido con vaqueros oscuros, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero negra, cualquiera pensaría que va a algo informal como el cine y no a asaltar una dirección de la Tríada china sacada del último informante con el que Bruno tuvo contacto.

—Me sorprende verte vivo— digo mientras me aparto del capó de mi coche donde estaba apoyado. —No creía que la Tríada fuera tan

indulgente.

—Tengo mis formas— dice con una sonrisa burlona, pero esa sonrisa rápidamente se suaviza. —Y por formas, quiero decir que creen que te derroté y te manipular para que trabajes *para* mí en su beneficio. Por si piensas que voy a traicionarte.

—No me preocupa. Te dije lo que pasaría si lo hacías, y lo dije en serio—. Trabajar con Bruno estos últimos días ha sido la distracción perfecta de todo lo demás. Mientras Cian rastrea a todos los que puede del baile de máscaras, lo único que evita que mi mente se descontrole al pensar en mi bebé es concentrarme en el trabajo. Hacer todo lo posible para evitar otro escándalo irlandés es genial para enfocarme, y estar cerca de Bruno me mantiene alerta. No confío en él, no importa lo relajada que sea su sonrisa sexy ahora que no está tratando de matarme. Esa desconfianza es como una inyección de adrenalina al corazón, y la estoy abrazando.

Aunque también podría ser su presencia. Ahora que no está intentando matarme activamente, es exasperantemente encantador. Como si necesitara más problemas en mi vida.

—No te preocupes— Bruno se ríe. —Espero que cumplas tu palabra.

—Lo haré— respondo con indiferencia. —¿Tienes la dirección?

—Sí. Es un edificio de apartamentos a un par de millas de aquí.

—¿Y tu contacto cree que es aquí donde deberíamos buscar?

—Bueno, después de unos tragos, fue bastante abierto sobre dónde ha estado haciendo negocios y mencionó que muchas muñecas han estado pasando por allí. Lo llamó una casa de paso antes de desplomarse en un cuenco de frutos secos.

—Vale. ¿Cómo sabemos que esto no te va a pasar factura?

El viento se levanta y levanta algunos mechones del cabello de Bruno en el aire. Se peinan sobre su frente cuando el viento pasa y, mientras levanta un brazo para apartar los mechones hacia atrás en

su cabello, su camiseta se levanta y un destello de piel dorada y tonificada me guiña desde su cintura.

Joder.

—Pasé un par de días con él después y no recordaba nada. Todos pueden soportar su bebida hasta que añado un par de tragos de sake. Mejor que cualquier droga, lo juro.

—Vale, te creo. Es tu cuello el que está en juego si nos atrapan— respondo, luchando por ignorar ese vistazo perfecto y provocador de piel que permanece mientras Bruno sigue arreglándose el pelo.

—Y es un cuello muy bonito— dice con una sonrisa burlona. —Entonces, ¿tu coche o el mío?

—El mío— me doy la vuelta y camino de vuelta hacia mi vehículo. —No confío en ti lo suficiente para que conduzcas.



—¿Qué te dijo sobre este lugar?

Bruno está detrás de mí, estirándose y ocultándome casualmente de la vista mientras me arrodillo frente a la puerta y deslizo cuidadosamente mis herramientas de ganzúa en la cerradura.

—Entre hipos y palabras arrastradas, solo dijo que era una casa de muñecas. Ni siquiera dio contexto —responde Bruno—. Así que si no supiera lo que son las muñecas, sería terriblemente confuso.

—¿Y te soltó la información porque…?

—Porque soy un auténtico seductor. —Puedo oír su sonrisa desde aquí.

—Pero hablando en serio, se quejaba de lo lejos que tenía que viajar solo para vigilar cosas y la mayoría de las veces ni siquiera se

molestaba porque nunca hay nadie aquí el tiempo suficiente como para que su ausencia sea un problema.

—Suena como un tipo ejemplar —murmuro.

Un coche pasa, haciendo que Bruno se acerque aún más a mí, y mi concentración tambalea. El calor que emana de él es como el de una sauna, y el aroma de su loción de afeitar ligeramente picante pero también dulce se mezcla en el aire. Es agradable. Como caminar por un campo de flores en un cálido día de verano. Estoy tan hiperconsciente de su presencia que mi espalda se eriza con cada suave roce de la tela que se desliza sobre su piel cuando se mueve, cada inhalación audible y sutil cuando respira, y el leve crujido de sus botas de cuero. Es casi como si su presencia intensa estuviera reconectando mi cerebro, haciendo que solo pueda pensar en lo agradable que fue esos momentos la semana pasada cuando me sostenía contra la pared.

Tiene suerte de que no me echara a llorar en sus brazos por las noticias que recibí en el hospital. Todavía tengo que disculparme con Evelyn por dejarla así.

La cerradura hace clic justo cuando mis pensamientos se desbocan y la puerta se abre de golpe. —Bingo.

—Una mujer de muchos talentos —dice Bruno con lo que parece genuina admiración en su voz.

—No sales mucho, ¿verdad? —digo, poniéndome de pie.

—La prisión, ¿recuerdas? Esta es la mayor emoción que he tenido en años.

—Y qué ciudadano ejemplar estás demostrando ser. —Le lanzo una sonrisa burlona y desenfundo mi pistola—. Vamos, quédate cerca.

Bruno saca su propia arma, y tengo ganas de gastarle una broma sobre la pistola que desarmé y tiré la semana pasada, pero ya

estamos dentro y el silencio es imperativo. No hay forma de saber qué encontraremos.

El pasillo está tenuemente iluminado por una sola bombilla parpadeante sobre nuestras cabezas. Dos puertas cerradas bordean la pared izquierda, mientras que la derecha solo tiene una justo delante de las escaleras. Bruno y yo intercambiamos una mirada y él se dirige hacia la puerta de la derecha. Yo tomo la de la izquierda. Puede que estemos aquí juntos, pero es más seguro separarnos cuando no tenemos ni idea de cómo opera el otro. Un movimiento en falso y podríamos matarnos mutuamente.

Detrás de mi puerta hay un polvoriento salón lleno de muebles cubiertos con telas que se han vuelto amarillas con el paso del tiempo. Cortinas raídas se aferran a la ventana, permitiendo que varios rayos de luz de luna y farolas se filtren, pintando una serie de patrones en las paredes. El papel pintado descascarillado y una fina y desgastada alfombra añaden un estado lamentable a la habitación. Arrugo la nariz contra el olor rancio a orina de gato que emana del aire espeso y polvoriento. Hace años que nadie ha estado aquí, parece.

Al fondo, al otro lado de un sofá desgastado cuyo asiento está tan hundido en el suelo que la tela protectora se ha deslizado, hay otra puerta. Esta cruje fuerte cuando la empujo con mi pistola en alto, pero la siguiente habitación está tan abandonada como la primera.

La cocina tiene un horno sin puerta frontal y una nevera sin puerta en la parte superior. La puerta inferior cuelga torcida en la oscuridad. Varias encimeras han sido arrancadas, dejando al descubierto tuberías y cables viejos, y una sola mesa con tres patas descansa contra la pared del fondo bajo dos ventanas sucias.

Vacía.

Me paso la lengua por los dientes cuando unos pasos fuera de la siguiente puerta hacen que mi ritmo cardíaco se dispare, pero

cuando levanto mi pistola hacia la puerta, es Bruno quien asoma la cabeza.

—¿Algo? —susurra.

Niego con la cabeza. —¿Tú?

Él hace lo mismo. —Un dormitorio viejo con una cama de hospital. Como si algún viejo hubiera pasado sus últimos días aquí y ha estado vacío desde entonces.

¿Mintió el contacto de Bruno? No debería sorprenderme. Las palabras de un borracho difícilmente son de fiar, pero esperaba que finalmente hiciéramos un descubrimiento. O bien hemos venido el día equivocado y lo que esperábamos encontrar simplemente no está aquí.

Entonces, las tablas del suelo crujen sobre nuestras cabezas y una llovizna de polvo cae sobre ambos.

Nuestras miradas se encuentran.

Apretando mi pistola con fuerza, sigo a Bruno fuera de la cocina y subimos las escaleras extremadamente chirriantes y tambaleantes. Cada paso es lento y cuidadoso mientras ambos intentamos distribuir nuestro peso de manera que reduzca el crujido de las tablas del suelo. Por suerte, llegamos arriba sin alertar a quienquiera que esté aquí, pero estoy empapada en sudor cuando me uno a Bruno en el rellano.

Él me lanza una mirada de preocupación, y yo lo aparto con un movimiento de ojos. El aire aquí está tan cargado de polvo que es un milagro que él no esté sudando tanto como yo. Mi corazón sigue latiendo frenéticamente mientras nos acercamos a la única puerta cerrada en todo el pasillo de arriba. Las otras dos habitaciones no tienen puerta y las limpiamos con una rápida mirada. Bruno se coloca al lado derecho de la puerta y mantiene su arma cerca del pecho—quienquiera que esté al otro lado se llevará una gran sorpresa.

Con suerte, tendrán respuestas.

Levanto la pierna y doy una patada fuerte cerca de la cerradura, haciendo que la puerta se abra de golpe con un crujido de bisagras metálicas y una astilla de madera débil. La puerta rebota en la pared opuesta y tiembla al volver hacia mí, así que extiendo mi mano para bloquearla cuando entramos corriendo en la habitación.

No hay ninguna amenaza aquí. No hay personas con armas dispuestas a defenderse, ni cajas de armas ni drogas fuera de lugar que no deberían estar aquí. No hay nada más que seis colchones sucios y finos esparcidos por el suelo. Cada uno sostiene a una mujer desnuda en varios estados de conciencia.

La bilis sube por mi garganta ante el olor agudo y ácido que impregna el aire y la falta de reacción de las mujeres ante nuestra presencia. Bruno se lanza inmediatamente hacia adelante y presiona sus dedos en la garganta de una mujer inconsciente. La inclinación aliviada de sus hombros me dice lo que necesito saber. Todas están sucias y magulladas, con el pelo despeinado y las caras marcadas por innumerables lágrimas. Están todas drogadas, a juzgar por su falta de reacción y las marcas de agujas en sus brazos.

Así que. Estas son las muñecas.

—Mierda —dice Bruno, y suena dolorido mientras se levanta—. Lo sabía y, sin embargo… no te prepara.

—No —respondo con rigidez mientras miro a cada víctima por turno —. Realmente no lo hace.

No tardé mucho en traer a mi gente aquí y cada una de estas mujeres es llevada directamente al hospital más cercano. Una mujer en particular, una rubia con tatuajes de rosas en un brazo, se encariña con Bruno y se aferra a él cuando la saca de la casa y la lleva a la ambulancia que espera. Su angustia frenética cuando intenta dejarla dentro solo amplifica el dolor que apenas puede ocultar en su rostro, así que accede a acompañarla al hospital. Hago

que mi gente registre la casa de arriba abajo para asegurarme de que no quede nadie atrás, y luego sigo la última ambulancia en mi coche. En dos horas, el lugar parece completamente intacto. Es como si nunca hubiéramos estado allí.

Los médicos tienen trabajo extra en el tratamiento de las víctimas, y como ninguna de ellas está en condiciones de hablar, las pongo todas en mi tarjeta para asegurarme de que reciban el mejor tratamiento posible. Bruno me espera en el aparcamiento, luciendo tan agotado como me siento yo.

—¿Estás bien? —pregunto al acercarme.

Se apoya en el capó de mi coche, sin su chaqueta de cuero. La última vez que la vi, la había puesto sobre los hombros de la víctima rubia. Su pelo ha perdido gran parte de su volumen y me recuerda a un cachorro triste dejado fuera demasiado tiempo. Tira de mi corazón en una dirección diferente, pero cuando sus ojos se encuentran con los míos, sonríe suavemente.

—Bien. He visto cosas peores.

—Yo también —digo, luego me reprendo a mí misma. No es precisamente una competición—. No se vuelve más fácil.

—No. —Suspira profundamente y se frota los ojos—. Lo sabía, sin embargo. Les oí hablar de muñecas. Oí a ese tipo decir que era una casa de retención, así que lo sabía, pero no esperaba que todas se vieran tan… —Se frota la mandíbula barbuda mientras busca palabras. Al no encontrarlas, infla las mejillas—. Es como ser consciente de algo terrible y luego enfrentarlo realmente por primera vez hace que parezca irreal. Como, ¿cómo puede ser real?

El hombre engreído con el andar seguro y la sonrisa burlona ha sido reemplazado por un tipo profundamente preocupado que lucha por entender la verdadera oscuridad y depravación de lo que estamos tratando.

—Concéntrate en los aspectos positivos —digo suavemente—. Las salvamos. Las sacamos de allí. Recibirán tratamiento y… tristemente, confirma lo que temía. Hay tráfico de personas justo debajo de nuestras narices. —Los rusos hicieron un gran espectáculo de limpiar este tipo de porquería hace unos años cuando Anastasia tomó el control. ¿Es posible que haya roto su palabra? Lo dudo. No estaría trabajando con las tríadas, eso es seguro.

—¿Eso es un aspecto positivo? —Bruno me mira con sinceridad—. ¿Es realmente así como lo ves?

Me encojo de hombros con la mayor naturalidad posible. —Si lo veo de otra manera, corro el riesgo de caer en un camino oscuro. Todos hacemos cosas jodidas en esta vida, pero la línea moral de las personas como producto? No cruzamos esa línea. Y alguien lo está haciendo. Así que vamos a detenerlos.

—Lo haremos —acepta Bruno, aunque suena más como una pregunta que como una decisión firme.

—Anímate. —Sonrío burlonamente y le doy un ligero codazo—. Tu pelo se está poniendo tan plano como tu estado de ánimo.

—¡Oh, no! —Ambas manos se hunden en su pelo y trata de despeinarlo lo suficiente para devolverle su aspecto voluminoso original—. Mierda.

—¿No me digas que el volumen era falso? —Jadeo—. Nuestra confianza se está desmoronando.

—Es cierto —responde con falsa tristeza—. Todo es mousse y un peine de desenredar.

—Vieja escuela. Me gusta.

—Los clásicos son los mejores.

—Justo.

—Saoirse, déjame invitarte a una copa.

Me detengo en seco a un paso de la puerta de mi coche. Es una solicitud inocente y después de una noche como esta, necesito una. Pero ¿es tan inocente cuando ya he disfrutado de ese vistazo de su cintura y la coquetería en sus sonrisas?

Al diablo. Necesito algo bueno.

Mi mano se posa en la puerta mientras me vuelvo hacia donde él todavía se apoya en el capó de mi coche.

—Una copa.

9

BRUNO

Una copa se convierte en tres, para mí, al menos. Saoirse sigue con su limonada, pero no insisto en el tema.

Lo único que quiero es pasar tiempo juntos.

Tiempo en el que podamos ser personas normales después del horror que presenciamos en aquella casa. Esas pobres mujeres… La rubia que se aferró a mí como si su vida dependiera de ello sigue teniendo mi chaqueta de cuero, pero no tengo corazón para quitársela. Si le da consuelo, estoy feliz de dejársela todo el tiempo que quiera. Para siempre, de hecho.

The Black Ox está tranquilo para ser un jueves por la noche. Hazel está ocupada en la barra limpiando vasos y pasando un paño con pulimento por la superficie. Dos hombres beben juntos en la esquina de atrás mientras Saoirse y yo nos sentamos cerca de la puerta. Ella juega con la rodaja de limón de su bebida mientras piensa cómo responder a mi pregunta.

—Bueno, si tuviera que elegir a qué hermano llevaría conmigo a una isla desierta, sería Cian, mi gemelo. No solo porque es mi gemelo, sino porque si alguien es lo suficientemente inteligente para

encontrar una manera de contactar con el mundo exterior y rescatarnos, sería él.

—¿Es un tipo de supervivencia? —Me río mientras doy un sorbo a mi vaso.

—No, simplemente tiene suerte —responde encogiéndose de hombros—. Tiene esa habilidad para salir adelante en la vida. En serio, una vez le dispararon y, por algún motivo, la bala no tocó ningún órgano vital, aunque desde el ángulo debería haberlo matado. Se ha caído de árboles sin un rasguño, saltó desde una ventana del tercer piso y solo se torció el tobillo, mientras que yo me rompí el brazo y tres costillas —se ríe suavemente—. Alguien lo tiene bendecido.

—¿Por qué demonios saltabas desde una ventana del tercer piso? —pregunto.

Sus ojos se estrechan juguetonamente y acerca la rodaja de limón a sus labios. —No voy a revelar todos mis secretos.

—Está bien, guárdate esa historia —respondo—. La descubriré tarde o temprano.

—¿Ah, sí? —arquea una ceja.

—Sí.

Saoirse pone los ojos en blanco y luego muerde el limón. Su hermoso rostro se contrae inmediatamente como si fuera un malvavisco siendo apretado entre dos dedos, pero lo ácido no la detiene y sigue mordiendo y chupando la fruta. Es extrañamente entrañable y no puedo apartar la mirada de ella. El horror en su rostro cuando entró en aquella habitación se queda en mi mente como una pequeña piedra rebotando en mi cabeza, y su rapidez para ayudar a esas mujeres es admirable. Yo no tenía idea de qué hacer o a quién llamar, pero ella sí.

Ella ayuda a la gente.

Y yo estaba a punto de matarla.

Ahora estoy hipnotizado por su perfecto delineado alado que no se ha corrido ni una vez, el rosa de sus labios mientras se sonrojan y se presionan contra el limón, y la forma adorable en la que sus mejillas se hinchan como las de un hámster.

Basta, Bruno.

No puedo dejar que mis pensamientos divaguen, incluso después de dos refrescos y un whisky.

—Mi hermana solía hacer eso —digo una vez que Saoirse termina de chupar la vida de su rodaja de limón.

—¿Se le pasó? —pregunta mientras dobla la cáscara de limón entre sus dedos.

—¿De verdad? —Me entran ganas de otro whisky—. No tengo ni idea. Tenía ocho años cuando entré en prisión.

Saoirse hace una pausa y ladea ligeramente la cabeza hacia la izquierda, haciendo que unos mechones de su pelo castaño rocen su hombro. Mi boca se seca.

—¿Por qué estuviste en prisión?

—Drogas. —Puedo ser sincero sin entrar en detalles—. Así que todo lo que sé de Mary es… antiguo.

—¿No has pasado tiempo con ella? —Saoirse deja su cáscara de limón doblada sobre la servilleta—. No te estoy juzgando, pero la familia es importante.

El alcohol calienta mi sangre y la presencia de Saoirse es reconfortante, incluso con su sarcasmo y la evidente desconfianza que sigue flotando entre nosotros, así que las palabras salen con más facilidad de lo que deberían. —Quiero hacerlo, pero no me llevo bien con mi padre.

—Y sin embargo, aquí estás, arriesgándolo todo para limpiar su nombre.

—Debería decir que él no se lleva bien conmigo. Yo quiero que me vea. Pero incluso ahora, me siento como un niño pequeño agarrándose a su abrigo intentando llamar su atención, mientras él no quiere saber nada de mí. Soy la mancha vergonzosa que no menciona mientras se centra en Rocky, la familia y Mary.

Su expresión no cambia, pero sus palabras son más suaves. —Así que intentas demostrarle que está equivocado salvándolo de estos rumores.

—Exacto.

Se ríe con amargura y coge su vaso. —Conozco la sensación.

—¿De verdad? No pareces estar luchando por ningún tipo de reconocimiento.

—No de la manera en que tú lo haces. —Un sorbo lento sigue a su suspiro—. Mi padre tiene Alzheimer. Está bastante avanzado. No tiene ni idea de quién soy o qué hago, pero lo mismo nos pasa a todos, así que nos arreglamos. Sé que no es lo mismo, pero aún siento… —Toca su pecho y sus yemas de los dedos se posan donde el botón superior de su blusa aprieta sobre sus pechos—. Siento que quiero que me vea, pero nunca lo hace. Sigo pensando en visitarlo, pero ¿cuándo tenemos gente como nosotros ese tipo de tiempo?

Se ríe y bebe de nuevo, pero escucho la tristeza que resuena en su risa. Esa misma tristeza vibra en mi propio corazón.

—Parece que nos entendemos —digo con voz baja.

—En parte —asiente—. El exconvicto encantador con problemas con su padre intentando matar a la asesina irlandesa con problemas de confianza. Se escribe solo.

—¿Eres una asesina? —De repente, me palpita la entrepierna—. No me extraña que sintiera que estaba peleando con una especie de

gata salvaje la semana pasada. Juraría que casi me revientas los cojones.

Sus ojos se estrechan. —Bien.

—Pensé que la prisión era dura, pero esas peleas no tienen nada que ver contigo.

—Estabas oxidado —dice, vaciando su vaso—. Pensé que eras viejo y lento, pero ¿la prisión? Tiene sentido. ¿Una pelea contigo en tu mejor momento? —Se lame los labios como un gato acercándose a su presa—. Eso sí que sería una experiencia.

—Estoy trabajando en ello. —Sonrío—. Serás la primera en saberlo.

—Bien. —Hay algo un poco más sensual en su tono esta vez. ¿Está coqueteando conmigo? ¿O es el alcohol lo que calienta las señales que estoy captando? Es difícil de decir, pero permanecen el resto de la noche y se fortalecen cuando dejamos el bar atrás y damos un paseo tranquilo junto al río. El amanecer extiende sus dedos rosados por el horizonte y Saoirse tararea suavemente mientras camina a mi lado en silencio.

Quiero decir algo, cualquier cosa, solo para que me mire, pero las palabras no salen. No hasta que ella chasquea suavemente la lengua y se detiene.

—Bruno.

La manera en que dice mi nombre es como un secreto, suave y callado. Me detengo frente a ella y nuestras miradas se cruzan con un calor que me hace temblar la columna vertebral. Sus dientes muerden brevemente su labio inferior y luego se separan, listos para decir lo que sea que tenga en mente.

Esas palabras no salen.

Antes de que pueda detenerme, surge el impulso de acercarme a una mujer tan brillante. Ya sea por el alcohol o por mi propia y profundamente necesitada necesidad de afecto, no importa.

La agarro por la muñeca, le acaricio la mandíbula con la otra mano y la atraigo hacia mí para un beso profundo y completo.

10

SAOIRSE

Es un misterio cómo llegamos de vuelta a la habitación del motel de Bruno sin quitarnos la ropa el uno al otro.

Su beso fue repentino, pero para nada desagradable. Durante toda la velada había estado admirando la luz que inundaba sus ojos cuando hablaba de su familia, el humor que rodeaba sus palabras al relatar sus historias de su tiempo en prisión y más allá, y la tristeza al hablar de su padre. ¿Quién iba a decir que encontraríamos un terreno común en tratar de acercarnos a figuras parentales distantes?

Acostarme con Bruno no es la decisión más inteligente. En el fondo, lo sé. Pero su beso fue firme y dulce, sus manos fuertes, y me hizo sentir como si no tuviera que sostenerme con cinta adhesiva por mi cuenta. Es tonto y pasajero, pero por una noche, ¿es realmente tan malo?

—Cuidado —gruñe Bruno contra mis labios mientras tropieza con una bolsa tirada en el suelo.

Mi tobillo se enreda en la correa y lo único que evita que me caiga es el brazo de Bruno alrededor de mi cintura. Mi camiseta se sube y sus dedos resbalan contra la piel caliente y desnuda de mi espalda.

Son tan toscos como el resto de él, tan ásperos como la barba que abraza su mandíbula y raspa mi mentón cada vez que jadeamos buscando aire y nos separamos. Luego chocamos de nuevo como un trueno y su mano permanece inmóvil alrededor de mi cintura hasta que llegamos a la cama. Su áspera camiseta de punto se engancha en mis nudillos cuando arrugo el tejido contra mi palma e intento quitársela.

La risa brota dentro de él, un sonido profundo y retumbante que vibra contra mis labios cuando escapa. —Qué pequeña ansiosa, ¿no? —se ríe.

Inmediatamente cierro mis rodillas contra sus caderas, envuelvo un brazo alrededor de su cuello y nos volteamos en la cama para quedar yo encima. —No soy *pequeña* —replico con ardor, hundiendo mis dientes en su labio inferior mientras gimo bajito en mi garganta. No lucha tan vigorosamente por el dominio cuando estoy encima. Sus palmas se deslizan justo debajo de mi camiseta y suben por mi espalda con una agradable aspereza que me hace temblar por todo el cuerpo. El calor se enrosca cálido e insistente en mi vientre bajo y mi corazón late al mismo ritmo que siento en el pecho de Bruno bajo mi palma.

Sus manos siguen subiendo hasta que mi camiseta se engancha alrededor de sus muñecas y se la quita por encima de mi cabeza. Sacudo la cabeza de un lado a otro para liberar mis rizos mientras Bruno descarta mi blusa, luego se incorpora lo suficiente para quitarse su propia camiseta de punto de los hombros. Nuestras bocas se encuentran de nuevo. Balanceo mis caderas hacia abajo y trazo mis yemas de los dedos sobre las tentadoras pendientes y curvas de su pecho musculoso. Un suave y oscuro vello cubre sus pectorales y varias pequeñas cicatrices se esparcen por su cuerpo. Las trazo todas como unir puntos mientras nuestras lenguas luchan por el control de en qué boca descansan. Bruno acaricia mi espalda con ambas manos, luego una se desliza hacia la cinturilla de mis vaqueros mientras la otra desabrocha rápidamente mi sujetador.

Me incorporo riendo. —Eres demasiado bueno en eso.

—¿Crees? —Su sonrisa se vuelve astuta, haciéndolo lucir bastante astuto con lo oscuros que se han vuelto sus ojos por el deseo. —Quizás estoy tan decidido a desnudarte que la suerte está de mi lado.

—Los sujetadores son cuestión de suerte, ¿eh?

—Claro. —Ambas manos recorren mi abdomen y se detienen justo debajo de mis pechos, donde el sujetador cuelga suelto, tentándolo con solo un vistazo. Ajusta sus manos hasta que la curva de mis pechos descansa en la curva de cada uno de sus pulgares y su sonrisa se ensancha. —Burlona.

—Gánatelo —le desafío.

En un instante estoy de espaldas de nuevo y Bruno está trazando un camino caliente y húmedo de besos por mi garganta y a través de mi clavícula. El contraste entre sus palmas ásperas y curtidas por el trabajo, su barba punzante y sus labios suaves me vuelve loca. Baja y baja, besando la curva de mis pechos hasta llegar al borde de encaje de mi sujetador suelto. Mi respiración se corta en la garganta cuando tira de las copas hacia arriba y quita las correas de mis brazos, exponiendo mis pechos a su mirada hambrienta.

Su sonrisa se vuelve un poco sucia y me mira a través de sus pestañas, luego sostiene mi mirada y besa mi pecho izquierdo hasta llegar al pezón. En el momento en que se prende con su boca caliente, inclino la cabeza hacia atrás y me sumerjo en la cama con un gemido. Mi núcleo se tensa, mi coño palpita y de repente no está moviéndose lo suficientemente rápido.

Estoy demasiado caliente. El sudor hace cosquillas en la nuca y mis bragas están lo suficientemente húmedas como para que cada movimiento de mis caderas me alerte de lo incómodas que se están volviendo. Quiero quitármelas. Quiero a Bruno encima.

Deslizo mi mano por su grueso cabello, acaricio los mechones y me sorprendo al no sentir los signos reveladores de gel que había imaginado. No mentía sobre la mousse.

Bruno mordisquea ligeramente mi pezón, luego lo atrapa y tira suavemente de mí hasta que el pezón se escapa de sus dientes y él muerde el aire juguetonamente. Luego vuelve a besarme, descendiendo por mi cuerpo. Nuestras manos se encuentran en el dobladillo de mis vaqueros y juntos luchamos contra la tela hasta que mis piernas quedan libres. Él se deshace de sus vaqueros con la misma rapidez y entonces vuelve a estar sobre mí, enterrado entre mis piernas, y todo se disuelve a mi alrededor.

Lame mis bragas empapadas sin dudarlo y la presión sutil de su lengua es suficiente para volverme loca. Quiero más. Necesito más. No quiero que me jueguen y me provoquen, quiero que me agarren, que me sujeten y que me *follen*.

Después de esta noche, lo necesito.

Pero Bruno sigue provocándome con lengüetadas planas y lentas contra mis bragas hasta que no sé quién las ha empapado más. Sus manos suben y bajan por mis muslos hasta que una se detiene en una fea cicatriz retorcida. Un regalo de Noah cuando me disparó en el hospital antes de secuestrar a Evelyn hace unos años. La bala entró mal y salió igual de retorcida, por lo que la cicatriz es impresionante para una herida de bala. Eso hace que Bruno dude. Su pulgar se queda en la carne retorcida y levantada y puedo sentir que vacila, como si el hecho de que tenga cicatrices influyera en si merezco que me follen o no.

—¡Date prisa! —le espeto, apartando mi muslo de su palma y tirando de él hacia arriba con un puñado de cabello. Él viene de buen grado con un gemido y nuestras bocas chocan desordenadamente mientras lo volteo y me subo a su regazo. Su gruesa y dura polla me presiona a través de sus calzoncillos en cuanto me siento en su regazo y es toda la información que necesito.

—Saoirse... —Bruno gime mi nombre como si fuera a decir algo más, pero en cuanto meto la mano en sus calzoncillos y acaricio rápidamente su polla, se derrite. Las palabras se convierten en jadeos ansiosos que siguen el ritmo de los míos y pronto mi palma está resbaladiza por el líquido preseminal mientras sus caderas empujan desesperadamente en el aire.

Así que le doy lo que ambos necesitamos.

Apartando mis bragas, alineo su polla con mi coño y me hundo sobre él en un movimiento suave. Al principio no me llena por completo, pero el peso de mi cuerpo me ayuda a tomarlo poco a poco. Es lo suficientemente grueso como para que el delicioso estiramiento que tanto disfruto aumente mi placer. Es un milagro que no me venga justo ahí y entonces.

—Jo...der —jadeo, apoyando ambas manos en su abdomen musculoso.

—¡Ah! —Las manos de Bruno me sujetan la cintura y se quedan ahí hasta que me asiento por completo sobre su polla, con sus dedos hundiéndose lo suficiente como para marcar mi carne.

Pero no hay tiempo que perder. En cuanto me asiento, empiezo a moverme con entusiasmo, balanceando las caderas de un lado a otro, luego con pequeños saltos que aumentan en intensidad a medida que mi cuerpo se acostumbra al deslizamiento de su polla.

Sus manos se mueven. Una se curva alrededor de mi nuca y me atrae para besarme mientras la otra agarra mi pecho. Más y más rápido me muevo sobre su regazo, cada vez con más fuerza, buscando esa sensación deliciosa que me acerca cada vez más al orgasmo. Pronto, besar se vuelve inútil y simplemente estamos frente a frente, compartiendo el mismo aire mientras nuestros gemidos mezclados llenan la habitación. Sus caderas se levantan para encontrarse con las mías y cada vez que me muevo contra su pelvis, la oleada adicional de placer desde mi clítoris eleva cada sensación.

Es rápido y sucio, demasiado caliente y no lo suficiente al mismo tiempo. Mi mente se centra en el punto de placer que crece bajo mi vientre y, durante unos segundos frenéticos y sudorosos, no hay más que el sonido resbaladizo de carne contra carne, jadeos ásperos y gemidos desesperados.

Me vengo con un grito, echando la cabeza hacia atrás y dejando que el placer me domine. Bruno no tarda mucho en seguirme y sella el acto con un beso profundo que me deja mareada por el aire que todavía necesito desesperadamente.

Es todo lo que necesito, y todo lo que no sabía que necesitaba.

Es perfecto.



El sol se eleva en el cielo mientras conduzco de vuelta al penthouse, saciada pero preocupada. Bruno y yo nos separamos en términos amistosos, pero ahora que la lujuria no inunda mis venas y mis pensamientos son más sensatos, la realidad de lo que acabo de hacer me golpea. No es la primera vez que me acuesto con alguien tan imprudentemente, y Bruno parece divertido—aparte de lo de *intentar matarme*—, pero, ignorando todo eso por un momento, tengo que centrarme en el otro secreto abrumador que me pesa.

Estoy embarazada.

El padre es desconocido.

Tengo un bebé creciendo dentro de mí y no debería ignorarlo. Pero lo voy a hacer. Centrarme en el trabajo es mucho más fácil y urgente en este momento, incluso si esa pequeña voz en el fondo de mi cabeza no para de cantar sobre el bebé y la abrumadora responsabilidad que conlleva.

Me atormenta durante kilómetros, todo el camino a casa, hasta que finalmente logro meter esos pensamientos en una caja y guardarlos

para más tarde. Necesito centrarme en el trabajo y en la familia primero, ya que el bebé no es un asunto urgente. Ni siquiera estará aquí hasta dentro de ocho meses, así que ¿qué prisa hay?

Al menos eso es lo que me digo a mí misma.

Los rumores que circulan sobre el tráfico de personas ya no son rumores después de lo que encontramos en esa casa, lo que significa que hay una amenaza muy real ahí fuera que tengo que resolver. Un movimiento en falso y la alianza irlandesa-italiana se va al traste. La determinación de Bruno por descubrir quién está usando el nombre de su padre para hacer cosas tan terribles podría ser la prueba que necesito para destapar todo este asunto. Es un desconocido después de haber estado tanto tiempo en prisión, y un par de ojos frescos nunca le hacen mal a nadie.

Todo lo que he aprendido da vueltas en mi mente como un ciclo de lavadora mientras bostezo ampliamente al entrar en el ático. Quizás lo primero sea ir a la cama y luego resolver problemas.

—¿Saoirse? —Cian aparece saliendo de la cocina con una taza de café en una mano y una tableta electrónica en la otra—. Mierda, tienes mala pinta.

—Larga noche —digo mientras me quito los zapatos con los pies.

—He oído lo que pasó en la casa —Cian me ofrece el café y lo acepto agradecida—. Buena captura.

—¿Lo es? —Lo miro por encima del borde de la taza mientras bebo —. Encontramos a un montón de mujeres desnudas, maltratadas y drogadas hasta las cejas en una casa abandonada. Sabes lo que esto significa.

—No —dice Cian—. Hay cien razones por las que podrían haber estado allí. No lo sabemos con seguridad. Tú sabes mejor que nadie que no hay que sacar conclusiones precipitadas.

Debería contarle lo de Bruno y la sospecha de que alguien está usando el nombre de los Del Prete para moverse por el submundo criminal, pero hacerlo va en contra de la orden de Cormac de mantener esto lo más callado posible. Involucrar a Cian probablemente no sea la mejor opción.

—Quizás tengas razón —digo después de varios tragos de café—. Estoy demasiado cansada para pensar.

—¿Estás demasiado cansada para mirar máscaras? —Cian agita la tableta en su mano y, por un momento, mi cansancio desaparece.

—No. Dámela. —Cian y yo intercambiamos el café por la tableta y empiezo a pasar por cada una de las fotos que ha acumulado de la Gala mientras camino hacia mi habitación.

—¿Vas a decirme de qué va esto?

No respondo, demasiado absorta en cada máscara que aparece en la pantalla. Hay de todos los colores y diseños imaginables, junto a las caras de la persona debajo de la máscara, pero no es hasta que las máscaras empiezan a repetirse que me doy cuenta de la verdad.

Mi hombre misterioso de la máscara verde no está aquí.

—¿Aquí está todo el mundo? —pregunto bruscamente.

—Sí.

—Cian, ¿estás seguro? —Me giro hacia él mientras intento mantener la irritación fuera de mi voz—. ¿No es un trabajo chapucero? ¿Está todo el mundo aquí?

—¡Sí! —responde Cian, aunque sin enfado—. ¿Qué coño, hice lo que me pediste? Esa es toda la gente que asistió al baile de máscaras esa noche, ¿vale?

Mierda.

Así que la máscara verde era un intruso, ¿es eso? No solo me acosté con un desconocido, sino que también me acosté con alguien que ni

siquiera debería haber estado allí. Mi cabeza da vueltas.

—Saoirse, ¿qué pasa? —La molestia de Cian se transforma en preocupación, pero en cuanto me toca el brazo, me aparto.

—Nada.

—Saoirse—

—Me voy a la cama. —La puerta se cierra de golpe frente a él y al instante me arrepiento. No merece ser el receptor de mi irritación, especialmente cuando este lío es todo culpa mía. Normalmente nos lo contamos todo, pero ahora tengo que mantener mi investigación lejos de él por culpa de Cormac, y no puedo contarle lo del bebé porque ni siquiera lo he procesado bien. Y ahora mi única oportunidad de obtener respuestas es un callejón sin salida.

A la mierda mi vida.

El sueño llega rápidamente gracias al cansancio y paso los siguientes días sumergiéndome en rastrear los nombres e identidades de las mujeres que encontramos en la casa. Con un poco de suerte, descubrir quiénes son me dará una pista sobre quién podría haberlas tomado y por qué. ¿Es aleatorio? ¿Dirigido? Hasta que una de ellas esté lo suficientemente coherente para hablar conmigo, solo tengo suposiciones.

Pero no avanzo. Estas mujeres podrían ser fantasmas y, mientras la frustración por los callejones sin salida aumenta, me encuentro recurriendo a la única persona que puede entenderlo.

—¡Saoirse! —El tono cálido de Bruno al teléfono me hace sentir tranquila al instante, aunque no estoy lista para desentrañar por qué —. Y aquí estaba yo pensando que te había impresionado tanto que no podías soportar hablar conmigo de nuevo.

—No —digo mientras me río—. No dejes que ese ego se interponga en la realidad.

—Caramba. —Suena genuinamente decepcionado por un momento hasta que se ríe—. ¿A qué debo el placer?

—Bueno, estoy dando vueltas en círculos intentando rastrear quiénes son estas pobres mujeres y espero que tú tengas más suerte o menos. Cualquiera de las dos me haría sentir mejor.

—No sé si tengo más suerte —murmura Bruno—. Pero, ¿qué te parece si vamos a disparar algo?

11

BRUNO

—Cuando me pediste salir a disparar algo, ¡no era exactamente esto lo que tenía en mente! —grita Saoirse sobre el estruendo de las balas que impactan contra la pared tras la que nos ocultamos.

—¿Por qué? —le digo con una sonrisa mientras recargo mi arma—. ¿No te estás divirtiendo?

Ella pone los ojos en blanco y se asoma por encima de la pared para disparar unos cuantos tiros a los miembros de la Tríada que nos tienen acorralados tras un muro de ladrillos que se desmorona rápidamente. La invité aquí porque había rastreado la propiedad de la casa donde encontraron a esas mujeres y, después de saltar por un número insensato de obstáculos legales, conseguí un nombre. Invitar a Saoirse a reunirse con él era lo justo, y aunque había bromeado sobre un tiroteo, no esperaba que se convirtiera en algo tan explosivo como esto. Mi coche, mi hermoso pero destartalado coche, arde en llamas al otro lado del aparcamiento después de que unas cuantas balas perdidas alcanzaran directamente el motor.

La voy a extrañar.

—¡Mierda! —Saoirse se vuelve a refugiar tras la pared, jadeando—. ¿No crees que haya una posibilidad de que podamos hablar con ellos?

—Lo dudo —respondo, levantándome rápidamente y disparando, finalmente alcanzando a uno de los hombres apostados en la ventana de la sastrería—. No parece que les importe hablar.

—¿Crees que sabían que vendrías?

—Creo que... —me agacho para evitar la siguiente ráfaga de disparos y soplo por mis mejillas—. Creo que lo esperaban y estaban esperando después de que limpiáramos esa casa.

—Joder —jadea Saoirse—. ¡Oh, ya era hora!

Siguiendo su mirada, varios sedanes negros rugen por la calle y frenan en seco no muy lejos de nosotros. De ellos salen varios hombres y mujeres armados hasta los dientes que inmediatamente comienzan a disparar contra el edificio donde se encuentra la Tríada. Un hombre corre hacia nosotros y se tira al suelo, esquivando por poco unas balas.

—¡Hank! —Saoirse lo agarra del brazo y lo arrastra tras la cobertura —. ¡Jesús, tienes ganas de morir? Cormac nunca me perdonaría si algo te ocurriera.

—Siento llegar tarde —dice Hank, jadeando ligeramente—. Obras en la carretera.

—No lo dices en serio —le digo mirándolo incrédulo mientras él asiente y me lanza una sonrisa torcida.

—¿Nueva York, eh? —se vuelve hacia Saoirse—. ¿Los quieres vivos?

Ella asiente rápidamente. —Los necesito.

—Estoy en ello —dice poniéndose de pie antes de que pueda decir algo más y se une al resto del equipo mientras se acercan al edificio en una formación propia de los militares.

—Mierda. Ustedes no se andan con tonterías.

—No —responde Saoirse—. No cuando importa. De repente, agarra mi mano y se pone de pie—. Vamos.

Con Saoirse liderando el camino, nos dirigimos hacia la sastrería donde la Tríada ha tenido la sensatez de refugiarse tras las coberturas. Aunque eso no les salvará. Tan pronto como el equipo de Hank derriba la puerta, todo se descontrola. El oscuro edificio se ilumina con los fogonazos de los cañones y las explosiones de las granadas de humo, los hombres gritan y vociferan sobre la cacofonía de los disparos y el estruendo de los pasos. Los estruidos que provienen del piso de arriba son tan fuertes que es un milagro que el techo no se desplome sobre nosotros.

En una nube de humo que obstruye mis pulmones y hace que mis ojos lagrimeen, avanzo tropezando por una pared, usándola como guía, hasta que tropiezo con la espalda de uno de los hombres de Saoirse. Él me mira y son brevemente, luego me guía por un pequeño pasillo hacia una habitación al fondo. Justo cuando se acerca a la puerta, una puerta cerrada a la izquierda se abre de golpe y un hombre armado sale del armario de la limpieza con su arma en mano. Sin pensarlo dos veces, me lanzo hacia adelante y golpeo al hombre en el pecho con mi hombro, haciéndonos caer de nuevo en el armario. Aterrizamos con fuerza y el hombre se revuelve debajo de mí como un gato salvaje. Dos puñetazos en la cara y queda inconsciente.

—¿Estás bien? —grita el hombre con el que voy.

Me levanto con dificultad y asiento, tosiendo fuertemente por el humo que aún permanece en mis pulmones, y me giro hacia él. —¡Sí, estoy bien! —todavía estoy hablando cuando un disparo resuena en el pasillo y el hombre desaparece de mi vista con un salpicón de sangre.

—¡No! —Con el arma levantada, salgo del armario de la limpieza justo a tiempo para ver al guardia disparar varias veces a un

miembro moribundo de la Tríada en el suelo. Hay un momento de alivio cuando nuestras miradas se cruzan y espero esa pequeña y simple sonrisa.

No llega.

Sus ojos se voltean hacia atrás y cae hacia adelante sin emitir un sonido.

—¡No! —Me lanzo hacia adelante pero no llego a tiempo antes de que golpee el suelo. El dolor atraviesa mis rodillas cuando caigo junto a él y agarro su hombro, volteándolo. La sangre se acumula en el hueco de su garganta y tiñe su cuello de un rojo oscuro. Inunda hacia adelante, cubriendo su barbilla y deslizándose hacia su camisa oscura, haciendo que el negro se extienda como un abismo infinito.

—¿Dónde? —grito como si el hombre pálido debajo de mí tuviera alguna capacidad de responderme—. ¿Dónde está? —Tiro de su ropa empapada, trato de limpiar la sangre de su piel y lo volteo de un lado a otro mientras busco desesperadamente la herida, la fuente del sangrado. Mis dedos se empapan en segundos y, por mucho que busque, no encuentro la herida para detenerla. Presiono mis manos contra su cuello, luego contra su pecho y su hombro, y pintas de sangre tibia lavan mis dedos, pero no puedo encontrarla. En el desorden de su ropa y armadura, no puedo encontrarla.

Mi corazón late acelerado como el golpeteo de pasos que resuenan en mis oídos y, aunque no conocía en absoluto a este hombre, su preocupación por mí fue más que suficiente para sembrar un remordimiento en mi pecho. Si no hubiera estado pendiente de mí, quizás habría visto al hombre armado. —¡Mierda, mierda, mierda, mierda! ¡No lo encuentro, no lo encuentro!—

No es hasta que Saoirse aparece a mi lado con su mano suave en mi hombro que me doy cuenta de que los disparos han cesado y el humo se está dispersando. Su agarre se aprieta en mi hombro y su rostro se distorsiona con compasión cuando la miro.

—Se ha ido, Bruno— dice en voz baja. Hank está justo detrás de ella, con una expresión de dolor.

—Lo intenté— jadeo. —No podía encontrar el... y había tanta sangre, simplemente no pude—

—Lo sé—. Guarda su arma en la funda de su cadera y aprieta su agarre en mi brazo. —Vamos—.



Tres horas después, me apoyo en el capó del coche de Saoirse y observo mientras ella se despide por última vez de la familia de Mickey. Ese era su nombre. Mickey Simmons, veintiocho años, con una esposa y dos hijos. Ver a su esposa desmoronarse ante la noticia de la muerte de su marido fue un trago amargo, pero me negué a apartar la mirada. Solo lo conocí durante diez minutos, pero sentí la responsabilidad de estar allí y mirarla a los ojos cuando le conté sobre sus últimos momentos. A pesar de su dolor, parecía agradecida de que Mickey no estuviera solo al final. Entonces Saoirse tomó el control con una respuesta entrenada para este tipo de noticias y yo me sumergí en el fondo para procesarlo.

Se suponía que sería una operación sencilla. Quizás si hubiera hecho las cosas de manera diferente, no se habría convertido en un tiroteo en el que necesitamos refuerzos, entonces no se habría convertido en una masacre y Mickey todavía estaría vivo.

Saoirse espera hasta que la puerta principal de la casa se cierra, luego camina lentamente por el camino de grava hacia mí. —¿Cómo estás?—

—¿Es raro que me sienta culpable?—

Ella niega con la cabeza. —No. Estuviste con él en sus últimos momentos. Creo que eso deja una impresión en cualquiera—.

Asiento lentamente mientras me froto la mandíbula. —¿Qué le dijiste?—

Saoirse mira hacia la casa con un ceño fruncido. —Lo que les digo a todos. Mickey era un gran hombre y dio su vida protegiendo a otros. Pagaré el funeral y apoyaremos a su familia durante todo el tiempo que nos necesite. No hará que su dolor sea más fácil, pero podemos encargarnos del papeleo mientras ella lo procesa—.

—Parece que has hecho esto muchas veces—.

Ella me mira con una pequeña y triste sonrisa. —Cormac me advirtió en contra de esto cuando comencé a dar este tipo de noticias personalmente. Pero siempre sentí que ayudaba a ambos. Estas son mi gente. Mis guardias. No importa cómo mueran o bajo cuyas órdenes estén, es mi responsabilidad. Y no quiero que las familias sientan que sus seres queridos eran solo un número o carne de cañón. Todos son importantes—.

Dada la frecuencia con la que se pierden vidas en este tipo de trabajo, no puedo imaginar cuántas veces Saoirse ha dado este tipo de noticias. De repente la veo bajo una nueva luz, llena de empatía y cuidado por todos los que están bajo su mando y alrededor de ella. Quizás realmente pueda ayudarme con mi padre.

—¿Qué?— pregunta Saoirse mientras la miro por una fracción de segundo más de lo debido. —¿También crees que es una mala idea? —

—No—. Niego rápidamente y me incorporo del coche. —Creo que es admirable—.

—Vete a la mierda—. Se ríe, pero a pesar de sus palabras, parece contenta con el comentario. —Vamos, vámonos—.

—¿Cómo está llevando las cosas Hank?— pregunto mientras Saoirse nos conduce. —¿Eran cercanos?—

—Lo está llevando mal porque fue su orden de entrar— explica Saoirse. —Normalmente no está mucho en el campo estos días porque es el guardaespaldas personal de Cormac, pero es confiable en caso de apuro. Solo que…— Se queda callada y después de unos diez minutos de conducción, nos detenemos en un aparcamiento vacío con vista al río y estacionamos bajo unos árboles que se balancean suavemente con el viento.

—¿Qué pasa?— Me giro en el asiento para mirarla, preparándome para cualquier cosa, desde lágrimas hasta ira.

—Solo necesito un minuto—. Sus manos permanecen en el volante y mira fuera del coche, observando el río. Cuando suspira, sus mejillas se hinchan y algunos mechones de pelo castaño flotan hacia arriba. —Nadie debía morir—.

—Lo sé—. La culpa en mi pecho se aprieta. —Es mi culpa—.

Ella gira la cabeza hacia mí. —¿Eh?—

—Si hubiera planeado mejor o estado más preparado cuando llegamos allí, esto no habría sucedido. Debería haber sido más inteligente—.

—No podemos saber eso—. No me parece de las que echan culpas, así que el hecho de que no me culpe alivia un poco mi remordimiento. —No hay manera de saber cómo podría haber sido diferente. Pero sé una cosa—.

—¿Qué?—

—Estamos en el camino correcto. No habrían estado tan a la defensiva de otra manera—.

—¿Crees?—

—Lo sé—. Suspira de nuevo, más profundamente esta vez, como si algo viejo y pesado la abrumara. —No puedo hablar por los italianos, pero cualquiera sería un tonto si se metiera con los irlandeses.

Nuestra reputación es bastante…—. Hace clic con la lengua y nos quedamos en silencio unos minutos más.

—No me hace sentir mejor— digo finalmente. —No lo conocía, pero aún puedo sentir…—. Miro mis manos limpias, un parpadeo y todo lo que veo es el constante flujo de sangre derramándose sobre ellas. El calor era como nada que hubiera sentido antes. ¿Cómo puede alguien tan muerto seguir sintiéndose tan cálido?

De repente, la mano de Saoirse aparece sobre la mía y levanta mis nudillos hacia sus labios. Nuestras miradas se encuentran mientras besa lentamente mis nudillos y aprieta suavemente mi palma. Otro parpadeo y la sangre desaparece. Solo queda mi piel dorada, ligeramente manchada de rosa por su pintalabios.

—¿Mejor?— Su voz es suave y sus ojos tan cálidos y sinceros como cuando hablaba con la viuda de Mickey.

—Mejor— es todo lo que consigo decir antes de inclinarme sobre la palanca de cambios para besarla.

12

SAOIRSE

No hay sitio para pensar cuando los labios de Bruno se estampan contra los míos. La adrenalina del tiroteo, unida al dolor de traer noticias tan terribles, hacen que busque cualquier distracción y, una vez más, Bruno es *perfecto* para eso. Sus labios se funden con los míos y nos derretimos el uno en el otro, igual que en el motel, pero algo ha cambiado.

No logro descifrar qué es.

Está casi… más tierno, incluso cuando deslizo los dedos por su pelo y tiro de algunos mechones para arrancarle ese gemido áspero y gutural que tanto me gusta. Nos besamos hasta quedarnos ruborizados y sin aliento; después, nos peleamos para meternos en el asiento trasero sin darnos codazos en los riñones. El espacio reducido suele ser un fastidio, pero ahora adoro lo cerca que nos obliga a estar, y nuestros labios chocan mientras nuestras manos arrancan la ropa con urgencia, desesperados por sentir piel. No fui consciente de lo muchísimo que ansiaba su toque hasta que su palma gastada y áspera se desliza por la piel suave de mi vientre y un nudo de deseo se tensa en mi interior.

Las extremidades se agitan, los pies resbalan por el suelo y las rodillas se enredan en los cojines mientras buscamos la mejor posición en ese espacio diminuto, negándonos a dejar de besarnos y tocarnos ni un segundo. El pulso me retumba con cada beso, los botones saltan cuando Bruno me abre la camisa de un tirón y él suelta un quejido ahogado cuando le quito su camiseta y se le queda atascada en el hombro. Acabamos riéndonos mientras forcejea para quitársela, y enseguida vuelve encima de mí con besos profundos y perezosos que me dejan sin aire.

Me estoy incendiando.

Cada fibra de mi ser ansía sus manos, su boca, su cuerpo pegado al mío. Le enredo los dedos en los rizos suaves de su pecho, me agarro a su hombro y le muerdo con fuerza el labio inferior cuando planta una rodilla entre mis muslos y luego la retira justo cuando empiezo a moverme contra él.

—Cabrón —jadeo cuando me da la vuelta y me sujeta con firmeza contra el asiento trasero. Se coloca encima de mí como una manta ardiente y su aliento me hace cosquillas en la oreja mientras se ríe.

—Tranquila, que no pienso dejarte con las ganas.

—Eres ridículo. —Suelto una carcajada que se convierte en un gemido cuando Bruno deja caer su peso sobre mí y desliza una mano entre mi cuerpo y el asiento. Puede que sea fuerte, pero hay algo tan erótico en que alguien más fuerte que yo me maneje solo lo justo para conseguir lo que quiere, y Bruno hace precisamente eso. Tan solo pasan unos segundos y ya tiene la mano dentro de mis pantalones; dos de sus dedos se deslizan por mis pliegues empapados mientras me acaricia y besa la nuca.

—Estás calada —gruñe, frotando su erección contra mi trasero—. ¿Siempre te excitas tan fácil?

—No te creas tanto —jadeo cuando sus yemas rozan mi clítoris—. Aquí no hay sitio para tu ego… ¡ah! Las palabras me fallan cuando

siento cómo desliza un dedo dentro de mí y me hago líquida ante esa necesidad abrasadora que me recorre en oleadas constantes. Nos separamos de nuevo, solo para girarnos, retorcernos y conseguir librarnos de la ropa que aún nos estorba. En cuanto desaparecen mis vaqueros, Bruno vuelve a cubrirme.

Quiero provocarle y torturarle un poco más, pero en cuanto abro la boca, él me embiste de repente y lo único que escapa de mis labios es un gemido alto de sorpresa. Mis uñas se clavan en el asiento de cuero, abro las piernas todo lo que el espacio permite y gruño al darme cuenta de que poco más puedo hacer. Bruno apoya una pierna en el suelo para estabilizarse y se arrodilla con la otra. Se inclina sobre mí y me inmoviliza con su peso, lo que provoca que una oleada deliciosa y eléctrica me recorra de arriba abajo.

Entonces desliza un brazo alrededor de mis hombros y lo ajusta hasta que mi barbilla reposa en el hueco de su codo. Flexiona brevemente y su músculo abultado se mueve contra mi garganta con la amenaza juguetona de que, con un solo movimiento, podría hacer que respirar resultase *muy* difícil.

Un pulso de deseo me recorre el centro con tal intensidad y de forma tan repentina que casi duele, así que me aprieto a su alrededor y gimo cuando él también tensa brevemente el brazo alrededor de mi cuello.

—¿Impaciente? —gruñe en voz baja junto a mi oído.

—No tienes ni idea —jadeo, apretándome de nuevo a su alrededor —. Date prisa y hazlo ya, joder—¡ah!

No me deja terminar. Embiste hacia adelante de una vez y me deja sin aliento. Desde este ángulo siento que llega hasta mis costillas de lo profundo que me penetra y yo solo puedo dejarme llevar. Sus embestidas empiezan profundas y lentas, pero enseguida aumentan en ritmo y fuerza. Busca el orgasmo con la misma desesperación que yo. Sujeto el asiento con una mano, con la otra me aferro al grueso antebrazo de Bruno y me agarro fuerte mientras me folla una

y otra vez. Gime tras gemido se me escapa empujado por cada estocada de su polla, obligándome a expulsar el aire. Mi piel arde, hipersensible, hasta el punto de que incluso el asiento de cuero parece quemar bajo mí. Me folla con un abandono salvaje pero con una intención clara.

El coche se sacude y cruje con cada una de sus potentes embestidas; sus gemidos profundos hacen que un escalofrío me recorra entera y mi coño late y duele con cada golpe de sus huevos y cada embestida de su polla gruesa. Es demasiado y nunca suficiente al mismo tiempo.

No pienso en nada, me dejo llevar puramente por el deseo y la necesidad. Cuanto más duro y más rápido me folla y el placer crece en mi interior, giro el rostro hacia su brazo y clavo los dientes en su músculo abultado. Bruno suelta un grito breve y, de repente, se corre dentro de mí en una oleada caliente. Me sorprendería, pero la forma en la que me aprieta con brazos y piernas, inmovilizándome debajo de él como si quisiera retenerme para siempre, me lleva al límite y yo también me corro con un grito ronco y entrecortado.

Es el orgasmo más intenso que he tenido nunca y no sé cómo explicarlo. Su polla hace maravillas, sus manos ásperas son lo más sensual que he sentido jamás sobre mi piel, y escuchar lo bien que le hago sentir es como una droga. Pero hay algo en que me sujete tan fuerte que casi no puedo respirar, que me hace sentir tan segura, tan protegida y *deseada* que resulta mucho más erótico que todo lo demás junto.

No me apetece analizar por qué ocurre eso, pero Bruno lo ha despertado en mí y lo deseo tanto que le echo de menos en cuanto se aparta de mí y saca con cuidado su polla, ya blanda, de mi coño bien follado.

—Joder —jadea, sin aliento—. ¿Estás bien?

—Mmmhmm. —No quiero moverme. Sigo flotando en el resplandor de un sexo increíble, mientras el placer todavía me recorre en

pequeñas oleadas. —Estoy de maravilla.

—¿Seguro? —Me acaricia la cara lo mejor que puede y sus ojos preocupados flotan ante mí.

—Lo prometo.

—De acuerdo. —Su sonrisa encantadora se ilumina y vuelve con cuidado al asiento delantero, donde saca una botella de agua de la guantera y la abre.

Yo me muevo más despacio que él y tengo que usar las bragas para limpiarme, quedándome sin ellas cuando vuelvo a ponerme los vaqueros y me dejo caer en el asiento del conductor. Bruno me observa de cerca y me pone hasta nerviosa ver que no puede apartar los ojos de mí mientras me revuelvo el pelo y reparo los desastres de mi maquillaje en el espejo.

—Si no estuviéramos en el coche, no te habría dejado volver a vestirte —presume con una sonrisa ladina.

—Como si tuvieras opción —le respondo devolviéndole la sonrisa de forma juguetona—. Por desgracia, por mucho que me gustaría pasarme la noche follándote hasta dejarte sin sentido, tenemos cosas más importantes que hacer.

—¿Estás lista?

—Ahora sí —suelto un suspiro, haciendo sonar los labios mientras arreglo el desastre de mi pintalabios—. ¿Qué es un poco de tortura después de follar?

13

BRUNO

La luz dorada se filtra a través de las láminas de plástico flácidas que cuelgan sobre las ventanas rotas del almacén abandonado que elegimos para establecernos. Sus rayos se extienden por el suelo de piedra, creando una variedad de luces y formas multicolores a partir de los fragmentos de vidrio y otros escombros que cubren el suelo, hasta llegar a la pared del fondo donde los grafitis de años cobran nueva vida bajo el sol de la mañana.

Entrecerrando los ojos, casi parece hermoso. Aunque no tan hermoso como ver a Saoirse trabajar con el Triáda. Toda la noche ha estado ocupada en el centro de la habitación llevando a nuestro cautivo a nuevas alturas de dolor y confirmando que nunca quiero ponerme en su camino. Es todo un cambio pasar de un sexo frenético y ardiente en el asiento trasero de su coche a verla despellejar las costillas de alguien en el cuarto piso de una estructura abandonada, acompañado por los gemidos y gritos de dolor del hombre.

Es casi impresionante cuánto tiempo resiste. Nunca he sido capaz de soportar la crueldad de ningún tipo, pero cada vez que un ápice de remordimiento surge en mi mente, es rápidamente aplastado por el recuerdo de aquellas pobres mujeres. Él hizo esto. O sus hombres lo

hicieron. Independientemente de cuán profundamente estuvieran sus manos en el asunto, la responsabilidad lo mancha y Saoirse está sacando cada detalle de él, lenta y cuidadosamente.

Comenzó sin decir una palabra cuando llegamos. Le quitó la ropa, le rapó la cabeza con tijeras y lo aseguró firmemente a una silla sin necesitar mi ayuda. Era de esperar, en realidad. Es la subjefa irlandesa por una razón. Varios de sus hombres están apostados en los pisos inferiores y afuera por si acaso el Triáda tiene alguna forma de rastrear a sus hombres, pero han pasado horas y la amenanza disminuye con cada minuto que pasa. Tomó un descanso justo antes del amanecer para tomar una taza de café y simplemente observó en silencio a nuestro cautivo mientras se desplomaba en un charco de su propia sangre y orina, jadeando por aire alrededor de una nariz rota, una mandíbula fracturada y Dios sabe cuántas costillas rotas. Le arrancó finas tiras de piel de las costillas, le incrustó astillas bajo las uñas, le rompió dedos de manos y pies, le vertió agua caliente por toda la espalda y pasó un buen rato raspando cuidadosamente la piel de su antebrazo.

Cedió, hace poco menos de diez minutos, y nunca he escuchado a un miembro del Triáda tan ansioso por dar información.

—Por favor —llora con los labios hinchados y ensangrentados mientras babea sobre su regazo desnudo—. N-no más. Por favor. No más.

—Entonces dime lo que quiero saber —responde Saoirse con naturalidad, como si fueran dos amigos parando para charlar en el supermercado. Se levanta y aparta su cabello de su cara con el dorso de la muñeca, luego coloca esa mano en su cadera mientras un cuchillo ensangrentado cuelga suelto de sus otros dedos.

Creo que estoy excitado. Me muevo contra la caja en la que estoy apoyado para que mis pantalones no se me ajusten demasiado.

—N-no me has preguntado nada —jadea.

Oh, mierda. Tiene razón. Saoirse habló con él bastante, pero en realidad nunca le hizo una pregunta. Eso tiene que ser parte de su método, seguro.

Ella se ríe suavemente y me lanza una mirada por encima del hombro. —Ups.

Definitivamente parte de su método.

—Bien. Había algunas mujeres que recolecté de una casa vieja —dice Saoirse, recitando la dirección—. Rastrear la propiedad de esa casa fue bastante complicado, pero lo logré y me llevó directamente a ti. Así que dime, ¿qué estabas haciendo con esas mujeres?

—Yo no… yo no estaba… ¡arg!

Ella lo agarra por la garganta y se inclina cerca. —Es un *tú* colectivo, idiota, no individual. Tú, tu maldita organización, los Triadas. ¿Qué estaban haciendo? —Su cambio de suave y divertida a fría y enojada es tan rápido como un trueno. Me recorre un escalofrío por los brazos.

—Yo… —El hombre tose con fuerza cuando ella lo suelta—. Es una casa de retención.

—¿Para?

—Producto —dice ahogado.

—Dime qué consideras producto.

—Hombres, mujeres. Lo que nos envíen.

—¿Quién os lo envía?

Él se encoge de hombros y Saoirse lo golpea con fuerza en la cara. Su cabeza se gira hacia un lado y la sangre salpica el suelo con un chapoteo húmedo.

—¿*Quién*?

—No lo sé —dice ahogado, atragantándose con la sangre que sube por su garganta y gotea por su boca—. Lo juro.

—No te creo —ella gira el cuchillo entre sus dedos y la hoja brilla peligrosamente bajo la luz.

—Espera, espera… por favor, vale, vale.

—Dime.

—Yo… los rusos solían trabajar con nosotros, pero esa nueva zorra nos cortó a todos, pero aún teníamos clientes. Aún había demanda que satisfacer, así que hicimos lo que pudimos. Solo porque esa zorra dejó de abastecernos no significa que la gente dejara de comprar.

Lógica dolorosamente sólida, odio admitirlo.

—Así que buscamos en otro lugar. Y entonces los italianos hicieron un trato.

Me levanto de golpe. —¿Qué italianos?

—D-Del Prete—

—¡Mentiras! —Avanzó furioso. —Del Prete no tendría nada que ver con algo tan repugnante como esto. —No después de lo que le pasó a Mary. No hay manera de que mi padre permitiera que algo tan enfermo manchara sus manos.

—¿Llegaste a conocer a Del Prete? —preguntó Saoirse.

—No —replicó el hombre con voz áspera—. Solo otros, pero llevaban insignias. —Levantó su mirada hinchada y nublada hacia mis ojos. —Insignias de Barati.

—¡Mientes!

—¡Bruno! —Saoirse me detuvo antes de que avanzara para estrangular a ese mentiroso escuálido y juré que me sonrió, lo que solo me enfureció aún más.

—¡Está mintiendo!

—Escucha, si lo que dices es cierto y están incriminando a tu padre, por supuesto que usarían nombres reconocibles y insignias, ¿no? ¿De qué otra manera parecerían legítimos?

Odio que tenga razón y, después de que me dio una palmadita en la mejilla, me contuve. —Bien.

—Necesitaré todos los nombres y todas las caras con las que hayas tenido tratos, ¿entiendes? —Saoirse se volvió hacia nuestro cautivo. —Tu pequeño círculo de tráfico de personas no durará mucho.

—¿Pequeño? —Una risa débil y ronca brotó de él. —No somos pequeños. Estás metida hasta el cuello, pequeña. Pero ¿querías los nombres de los italianos o también de los irlandeses?

Sus manos, a medio camino hacia él, se detuvieron. —¿Qué?

Su risa se hizo más fuerte, como el aire pasando por una bolsa de papel. —¿Crees que tu clan es limpio? No, no, no. —Se atragantó de repente y escupió un chorro de sangre que salpicó sus muslos desnudos. —Las drogas italianas hacen la mayor parte del trabajo. Los productos se vuelven adictos y harían cualquier cosa. Firman sus casas, sus vidas, sus bancos. Las armas irlandesas son un bonito regalo para enviar con ellas, para que nadie sepa lo que realmente hay en la caja.

Los hombros de Saoirse se tensaron. —Deberías tener mucho cuidado con lo que digas a continuación —advirtió con voz baja. —Las acusaciones que estás lanzando no te están haciendo ningún favor.

—¿Qué razón tengo para mentir? —Tosió con fuerza. —No moriré protegiendo la sangre italiana o irlandesa. —Escupió en mi dirección. —Escoria. Mierda de escoria. Al menos nosotros reconocemos lo que hacemos. Pero vosotros os escondéis como cucarachas. ¿De verdad creéis que podéis hacer algo para detenernos? ¿Para detenerlos? —Su sonrisa se volvió delgada y fría. —Sin testigos, no tenéis *nada*.

—No… —Saoirse se giró de repente y salió corriendo de la habitación, dejándome solo con el triádico que respiraba con dificultad y estaba a punto de morir.

Quiero ir tras ella, pero dejar a este tipo solo parece una mala idea. Nos quedamos cara a cara y su sonrisa se vuelve siniestra. —Tú. No te conozco.

—Nadie me conoce.

—¿Eres un Del Prete? ¿Por eso preguntas?

—Solo necesitas saber que tengo sangre italiana.

—Tan jodidamente pretencioso —resopló. —Si Del Prete no fuera tan importante, lo habríamos matado por cómo actúa como si fuera mejor que nosotros.

—Dijiste que nunca lo habías conocido. —Un calor me recorrió la nuca.

—No lo he conocido —respondió con voz ronca—. Pero tiene reputación. Un hombre grande. Siempre enojado. Siempre pensando en el dinero, eso es lo único que le importa.

Mi padre es alto, pero no lo describiría como *grande*. Y somos ricos. El dinero apenas lo motiva. Al menos no lo hacía hace catorce años.

—¡Hijo de puta! —Saoirse regresó furiosa a la habitación con el teléfono en la mano, quitándome la atención del triádico.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre?

Su agarre al teléfono era tan fuerte que sus nudillos estaban completamente blancos y se detuvo frente a mí con una serie de emociones pasando por sus ojos, desde la ira hasta la tristeza. —Se han ido.

—¿Quiénes?

—¡Las mujeres! Las que rescatamos de ese maldito casa. Todas han sido dadas de alta del hospital y se han llevado sin dejar rastro. La enfermera con la que hablé no tiene idea de cómo o cuándo, pero todas se han ido. Todas y cada una.

Sin testigos… ¡mierda! —¿Quién podría hacer eso? ¿Quién tiene ese tipo de poder?

Saoirse se encogió de hombros rápidamente mientras se masajeaba la sien con los dedos curvados. —Ni idea. Quizá cualquiera si eres lo suficientemente rápido. Solo haría falta un—

Un crujido enfermizo detrás de mí interrumpió a Saoirse y, cuando miró más allá de mí, sus ojos se abrieron de par en par. —¡No!

Me di la vuelta justo a tiempo para ver al triádico arrancar su muñeca ahora dislocada o quizás rota de sus ataduras y lanzarse hacia atrás para destrozar la silla a la que estaba atado. Avancé hacia él, corriendo los pocos metros que nos separaban, pero él era rápido. Agarró un trozo de madera del respaldo de la silla y lo lanzó con fuerza en mi dirección, obligándome a levantar los brazos para proteger mi cara. Golpeó contra mis antebrazos, dejando un escozor mientras Saoirse pasaba corriendo a mi lado.

—¡Cabrón! —Gritó fuerte mientras bajaba los brazos. Era más rápida que yo y estaba al alcance de ella mientras corría hacia una de las ventanas rotas. Su brazo se extendió y justo cuando entró en contacto con su brazo agitado, el hombre gritó fuerte y saltó al aire. Se estrelló contra la ventana rota y su grito lo siguió todo el camino hacia el suelo, donde se cortó con el sonido húmedo y repugnante de su cuerpo golpeando el concreto cuatro pisos más abajo.

Me uní a ella en la ventana mirando hacia abajo a los guardias que rodeaban el desastre en el que se había convertido.

—Maldita sea, *mierda* —espetó Saoirse—. ¿Y ahora qué cojones hacemos?

14

SAOIRSE

—Y se tiró por la ventana? —Cormac se planta delante de mí con un vaso de whisky en la mano, ofreciéndomelo mientras me mira incrédulo.

Lo rechazo con un movimiento de cabeza. —Sí. Nunca he visto algo así. El cabrón salió de allí. Tengo que asumir que lo que nos dijo era verdad y que sabía que la Tríada lo mataría por hablar, así que se quitó la vida.

—Mierda. —A Cormac le tiemblan ligeramente las cejas ante mi rechazo, pero no comenta nada y se dirige detrás de su escritorio con ambos vasos. —¿Hasta qué punto podemos confiar en que lo que dijo es verdad y no solo basura para impactarte y que des la espalda? —Cormac se sienta en su gran sillón de cuero y suspira hondo.

—Bueno… —Mis dedos se deslizan por los tallados relieves de flores en el reposabrazos y se detienen repetidamente sobre una curva especialmente satisfactoria. —No confío en ello. Pero no puedo ignorarlo. —El desastre de la semana pasada con la Tríada me pesa mucho y, aunque el despacho de Cormac suele darme una sensación de confort por lo cálido y acogedor que es —incluyendo las preciosas

velas aromáticas que Evie siempre se asegura de encender cerca de la chimenea—, la ansiedad se asienta pesada bajo mis costillas como una acidez.

—Cuéntame qué tienes. —Cormac bebe lentamente. —Todo.

—Bueno, estoy trabajando con Bruno Del Prete.

Cormac frunce el ceño. —¿Quién?

—Exacto. No te preocupes, lo he investigado. ¿Sabías que Domenico tenía un hijo?

Cormac niega con la cabeza. —No.

—Yo tampoco. Ha estado en prisión los últimos catorce años.

—¿Por?

—Drogas. Lo arrestaron totalmente implicado en el negocio. En superficie parece un error estúpido, pero Bruno hizo un comentario al pasar que me hace pensar que se echó la culpa por su padre, y está resentido porque Domenico actúa como si no existiera.

—¿Crees que es culpa?

Me encogí de hombros. —Ni idea. No habla mucho de su familia aparte de estar convencido de que están incriminando a su padre. Espera demostrarlo.

—Y volver a estar en buenos términos con papá.

—Exacto.

—¿Qué opinas?

Me muerdo la mejilla mientras pienso cómo responder mejor. —Creo que hay algo de verdad en ello. Bruno realmente parece creerlo y es esa creencia la que lo llevó a escuchar *muy* atentamente a la Tríada en prisión. Cree que alguien está moviéndose en el inframundo usando el nombre de los Del Prete para obtener influencia y poder. Y

su investigación se cruzó con la mía. Discrepancias en los envíos de drogas, personas desaparecidas, pedidos de armas desaparecidos. Cree que alguien está traficando personas bajo el disfraz de armas, y lo que escuchamos de la Tríada lo confirma. Pero eso no es todo.

—Conozco esa mirada. —Cormac vacía su vaso y lo deja sobre la mesa, luego apoya ambos codos en el escritorio. —Cuéntame.

—Ese hombre afirmó que no solo los italianos están involucrados en este círculo del mercado negro. También nosotros.

—¿Nosotros? —El dolor en su tono me golpea como un puñetazo en el pecho. Después de todo el buen trabajo que Cormac ha hecho para sacar su reputación de la sombra de nuestro hermano mayor y del hombre que casi quemó la ciudad por su chica, algo así podría destruirnos.

—No dio nombres, pero dejó bastante claro que hay sangre irlandesa involucrada.

La mirada de Cormac cae sobre sus manos entrelazadas y asiente lentamente. —Esto es grave.

—Lo sé.

—Y sabes que no podemos actuar al respecto.

Asiento lentamente y suspiro. —Lo sé. O escuchamos e investigamos abiertamente y luego alienamos a todos los irlandeses que piensan que creeríamos a la Triada antes que a ellos, o investigamos en secreto y arriesgamos crear malestar por estar investigando a nuestra propia gente.

—Pero no podemos ignorarlo. —El ceño fruncido de Cormac se intensifica. —Nunca hemos estado involucrados en el tráfico de personas. Ni siquiera puedo pensar en una familia lo suficientemente jodida como para intentarlo.

—Pero —digo con cautela—, hay muchas familias bajo nosotros y no las conocemos a todas.

Cormac asiente. —¿Puedo confiar en que te encargarás de esto con delicadeza?

No me lo está preguntando directamente por si esto nos vuelve en contra, y si es así, yo felizmente asumiré la culpa. Asiento. —Por supuesto. Como siempre.

—Gracias. Necesitamos que esto sea hermético.

—Lo sé.

—Y Saoirse… —Su voz me hace detenerme mientras me pongo de pie.

—¿Mmhmm?

—¿Estás bien? —Ha desaparecido la dura máscara del capitán irlandés y en su lugar aparece la mirada preocupada de mi hermano. —Pareces un poco…

—Estoy bien —le aseguro mientras busca la palabra correcta. —En serio, solo estoy cansada. Esto me está quitando el sueño, pero lo estoy trabajando.

—Hmm. Vale. No quiero que Cian me arranque la cabeza por trabajar demasiado. Y vigila a Bruno —dice Cormac, sin parecer del todo convencido por mi excusa. —No lo conozco, así que no confío en él.

—No te preocupes —respondo suavemente mientras me giro. —Lo vigilaré de cerca.

Es la primera persona a la que llamo al salir de casa de Cormac.

—¿A qué debo el placer? —dice Bruno al responder, sonando sin aliento.

—¿Qué estás haciendo?

—Corriendo.

—¿Tú corres?

—Bueno, técnicamente estoy en una cinta, así que es más como caminar porque esta cosa solo tiene tres velocidades, pero ¿qué se le va a hacer?

—Nunca te hubiera imaginado como un ratón de gimnasio. —Me meto en mi coche y arranco el motor.

—Me mantuvo cuerdo en prisión. Más o menos funciona igual ahora.

—Justo. Escucha, creo que necesitamos poner nuestras cabezas juntas y empezar desde cero. Desde que nuestro contacto se lanzó por la ventana, nuestra mejor opción es averiguar quién se llevó a nuestras mujeres del hospital.

—Suena bien. ¿Quedamos para tomar algo?

Nunca me había dado cuenta de lo frecuentemente que el alcohol aparece en mi vida, ya que no puedo tomarlo. Sacudiendo brevemente la cabeza, mantengo el tono ligero. —Claro, ¿el Black Ox?

—Perfecto. Estaré allí en una hora.

En la hora que transcurre entre colgar la llamada y conducir al Black Ox, no hago absolutamente nada. Debería ir a casa y lavar la ropa, llamar a Cian sobre la gente de la mascarada, quizás incluso llamar a mi médico por el bebé, pero todo eso suena demasiado agotador, así que, en lugar de eso, aparco en una intersección y me quedo allí sentada. Mis pensamientos se revuelven mientras busco algo en qué concentrarme porque todo parece demasiado. Este problema con las discrepancias de drogas y armas se está volviendo más preocupante si la Triada dijo la verdad. Ocultar personas en nuestros envíos internacionales de armas es *una locura* y necesitaré revisar los muelles, así como la seguridad fronteriza. ¿Puede estar pasando algo así cuando nuestros envíos están siendo marcados más de lo habitual? ¿Y qué tan profundamente están conectados los irlandeses? Averiguar *quién* será un desafío. Entre esto y el bebé,

apenas tengo tiempo para respirar y sé que debería hacer algo al respecto. Debería decírselo a alguien.

Pero tan pronto como lo haga, este bebé se vuelve real y no estoy lista para eso. Aún no.

Sumergirme en el trabajo es la única distracción que tengo ahora y, si logramos resolver esto en un par de meses, aún tendré tiempo. Los pensamientos sobre el bebé me atormentan todo el camino al Black Ox, pero cuando aparco en el estacionamiento al otro lado de la calle, la vista de Bruno caminando por la calle me trae una extraña sensación de calma.

Mierda. Apenas conozco al tipo y ya me hace sentir cosas que no debería sentir. Aparco, y una sonrisa se desliza en mi rostro y se queda allí mientras salgo del coche.

De repente, Bruno grita desde el otro lado de la calle y miro justo a tiempo para ver cómo lo derriban al suelo.

15

BRUNO

—¿Qué cojones?—

Caemos al suelo con fuerza y algo sólido y pesado choca contra mi frente. Mi estómago se revuelve cuando una bota impacta en mi vientre y lo que me golpeó la primera vez vuelve a golpearme la cabeza. Me giro, levantando las manos para protegerme la cara, y caigo desde el bordillo a la calle. Encima de mí, una figura encapuchada con una máscara se cierne sobre mí, apuntándome con una pistola mientras una palanca cuelga floja de su otra mano.

—Adiós— croa una voz profunda, y el mundo entero se congela.

¿Es esto? ¿De verdad voy a morir así? ¿Sorprendido fuera del bar más seguro de toda Nueva York, tiroteado en la cuneta como un perro?

El arma dispara y me estremezco bruscamente, esperando la inevitable oleada de dolor que acabe con mi vida en alguna parte de mi cuerpo, pero, curiosamente, no llega. En cambio, la persona encima de mí se estremece violentamente hacia atrás, arrastrada por el hombro, y la palanca cae ruidosamente al suelo. Suena otro disparo y se agachan, luego corren calle abajo lejos de mí como si los sabuesos del infierno les mordieran los tobillos.

—¡Bruno!— Saoirse corre desde el otro lado de la calle con su arma en alto y, aunque fulmina con la mirada al agresor que huye, me alivia que decida ayudarme a mí en su lugar.

Por muy embarazoso que sea, no quiero que ella persiga sola a un hombre armado.

Joder.

La adrenalina mitiga el dolor de los golpes, pero cuando intento sentarme, algo caliente y pegajoso corre por mi ojo y me deja ciego. —¡Ah!—

—¿Qué pasa?— Las manos reconocibles de Saoirse se agarran a mi cuello y mi muñeca. —Mierda, Bruno. Te han abierto la cabeza.

—¿Qué coño está pasando?— grita Hazel mientras la puerta principal del Black Ox cruje y el sonido característico de una escopeta siendo cargada llega a mis oídos. —Saoirse, ¿estás bien?—

—Estoy bien, Hazel. El cabrón ha salido corriendo. ¿Puedes llamar a Cormac? Querrá saber esto.

—Claro, cariño. Mételo dentro, hacia el fondo.—

Sus voces me envuelven y sigo las manos que me guían de Saoirse mientras me ayuda a levantarme. En cuanto me pongo de pie, la presión aumenta en mi cabeza y me invade una ola de mareo, pero su brazo rodea mi cintura y es lo suficientemente fuerte como para sostenerme mientras me tambaleo.

—Vamos, grandullón— murmura, apretando su brazo alrededor de mi cintura. Saoirse me guía hacia el Black Ox mientras hago lo que puedo para contener el flujo de sangre que me cubre los ojos con mis manos.

—¿Debo llamar a una ambulancia?— escucho la voz de Hazel a mi izquierda.

—No, no.— Noto un sabor metálico en la boca que me alarma hasta que me doy cuenta de que la sangre ha goteado en mi boca. —Te juro que estoy bien.—

—Bruno— advierte Saoirse.

—En serio, me siento bien. Es peor de lo que parece.—

—¡Ni siquiera puedes ver!— Reprende, pero no hay verdadera ira en sus palabras. El bar cruje, una puerta se abre con un suspiro y un interruptor de luz hace clic mientras me guía hasta que sus manos se posan en mis hombros y me indica que me siente contra una mesa.

—Aquí está el botiquín— dice la voz de Hazel. —Tengo el 911 en espera, así que en el momento en que pienses que lo necesita, solo grita.—

—Lo haré, gracias Hazel.—

La puerta vuelve a abrirse y cae el silencio. Al respirar, mis pulmones se llenan del suave aroma floral del perfume de Saoirse y, incluso con los ojos cerrados, puedo rastrear su calor mientras se mueve a mi alrededor. Luego, sus dedos gentiles envuelven mi mandíbula y guían mi cabeza hacia atrás.

—Despacio— dice suavemente. —Déjame ver.—

—¿No me vas a apuñalar, verdad?—

—Depende.— Suena cercana, tan cercana que su aliento roza apenas mi mejilla. —No puedo decir qué tan profunda es. Te advierto que si veo hueso, vas al hospital.—

—Vale.—

—¿Te duele?—

—Ahora mismo no.—

—La adrenalina.— Chupa brevemente sus dientes y sus yemas de los dedos presionan con cuidado mi frente. —Bien, no te muevas.—

—Sí, señora.—

Ella resopla divertida mientras algo de plástico hace clic a mi izquierda baja. Más plástico cruje, las botellas de vidrio chocan entre sí y luego una gasa cálida y suave pasa por mis ojos y bajo mis cejas. No es suficiente para que vuelva a ver, pero agradezco el esfuerzo.

—Mantén esto aquí— dice Saoirse suavemente y guía una de mis manos para sostener la gasa en su lugar.

—¿Desde cuándo eres médica?—

—Por favor.— Se burla con una risita. —Para empezar, soy irlandesa. De pequeños nos peleábamos todo el tiempo. Y segundo, he tenido mi buena ración de peleas de bar y heridas como estas suelen venir de una botella de vidrio, así que he tenido práctica.— De repente, se inclina entre mis piernas abiertas y, si respiro profundamente, su cuerpo está casi perfectamente alineado con el mío.

Al no poder ver, la única forma de estar seguro de dónde está exactamente es alcanzarla. Así que lo hago. Mi mano descansa sobre su cintura y ella no dice una palabra, solo emite un leve suspiro en su garganta mientras limpia con ternura mi frente herida.

—Tienes suerte— murmura y el cosquilleo de su aliento al hablar me recorre la columna. —No veo hueso. Aún así, esto va a dejar un moretón de mil pares de cojones. ¿Qué hiciste para cabrear a ese tipo?—

—Ni idea —respondo, conteniendo un gesto de dolor mientras ella aplica una suave presión a ambos lados de la herida.

—¿Estás seguro? —Se oye el sonido de papel rasgándose y algo cae desde arriba, rozando mi nariz al pasar—. Creo que algunas tiritas mantendrán esto cerrado, pero no puedo asegurarlo. Aquí hay

pegamento. —Un ruido de plástico a mi izquierda y algo roza ligeramente la mesa—. ¿Eres más de agujas o de pegamento?

—Definitivamente, pegamento. —Odio las agujas, pero ella no necesita saberlo, aunque mi elección probablemente le diga todo lo que necesita saber.

—Cobarde —bromea—. Pero en serio, ¿los reconociste?

—No. —Muy lentamente, abro un ojo y luego parpadeo rápidamente para intentar aclarar mi visión. La limpieza temprana que hizo Saoirse hizo maravillas y, aunque algo de sangre persiste en el rabillo de mis ojos, escociendo cuando los abro, finalmente puedo ver—. Llevaban una máscara y la capucha puesta.

—Cabrón —murmura ella.

Estoy cara a cara con su esternón. Su garganta se mueve ligeramente mientras habla, y el volumen de sus pechos se eleva cada vez que se estira ligeramente mientras trabaja. Intento apartar la mirada, mirar a cualquier parte menos al sugerente escote de su pecho, pero está *ahí mismo* y llena todo mi campo de visión.

No es que me esté quejando.

—Gracias, por cierto. Le disparaste y me salvaste la vida.

—No es nada.

—No, Saoirse. —Agarro su cintura con más fuerza y, aunque ella no aparta la vista de lo que está haciendo, extendiendo pegamento sobre mi herida y uniendo la piel, se inclina una pulgada más cerca —. Lo digo en serio, gracias.

—Tú habrías hecho lo mismo.

Mi respuesta se atasca en mi garganta. No sé si es su suposición o la confianza que hay detrás, pero me hace sentir… extraño. Como si algo estuviera presionando mi pecho. Ella confía en que cuidaré de ella. ¿Es porque se preocupa por mí o simplemente porque estamos

trabajando juntos? No puedo preguntarlo, sería raro, pero esa duda se queda al borde de mi mente.

El pegamento se calienta rápidamente bajo el delicado toque de Saoirse, y pronto está colocando una tirita tras otra sobre la herida. Me pierdo en el hueco de su cuello, observando cada sutil movimiento mientras ella me explica lo que está haciendo, cada elevación de su escote mientras respira, y trazo las leves pecas que veo y que antes habían escapado a mi atención.

Finalmente, se aleja con una toallita antiséptica en la mano y suspira. —No es bonito, pero es efectivo —dice. Nuestras miradas se encuentran y ella frunce el ceño—. ¿Estás bien?

—Necesito una cita —suelto sin pensar.

Sus ojos se agrandan y un leve tono rosado cubre sus mejillas. —¿Eh?

—Lo siento. Lo que quería decir es que estaba pensando en la boda de Rocky y Sarah el mes que viene y necesito una cita porque no quiero aparecer solo. Casi no conoceré a nadie, así que esperaba que quisieras acompañarme.

—¿Es el golpe en la cabeza lo que te hace preguntar? —Su sonrisa me provoca y me da una palmadita en la mejilla mientras limpia el resto de la sangre.

—No, lo pregunto en serio.

—Mmm, está bien. —Su sonrisa se amplía—. Claro, seré tu cita. Ya estaba invitada, así que significa que no tendré que aparecer sola y responder a un montón de preguntas locas.

—Gracias. —La palabra suena pobre incluso para mis oídos—. Y gracias por esto. —Señalo mi frente.

Saoirse niega con la cabeza y deja la toallita a un lado, luego saca un espejo compacto de su bolsillo y me lo muestra—. No me des las gracias hasta que lo hayas visto.

La sutura está casi aplicada sobre una cortada de tres pulgadas en mi frente, sellada con pegamento y su cuidado toque. Unas pocas manchas de sangre aún persisten, pero dado lo fuerte que sangraba antes, esto es una gran mejora. —Mantengo mi agradecimiento.

—Claro. —Ella mete la mano en el botiquín a mi lado y saca una tira de gasa adhesiva, luego se inclina y la aplica cuidadosamente sobre mi herida—. ¿Estás seguro de que no sientes dolor?

—Positivo. Bueno, hay un dolor distante, pero creo que la adrenalina está haciendo maravillas en este momento.

—Eso pensé. Toma. —Terminada con la gasa, me pasa dos analgésicos y me ofrece una pequeña botella de agua que está debajo de la mesa. Todavía no se ha alejado, pero las estanterías de alcohol detrás de su cabeza me indican que estamos en el almacén de Hazel.

—Mírate, cuidándome tan bien.

—No te hagas ilusiones —comenta Saoirse mientras me tomo las pastillas y las sigo con un trago de agua—. Necesito que estés vivo, eso es todo.

—Oh, ¿me *necesitas*? —Bromeo, cerrando la botella de agua.

—Sí, porque— —Atrapa mi mirada y rápidamente pone los ojos en blanco—. Estás loco.

—¿Lo estoy? —Después de haber estado tan cerca de ella durante la última media hora, mientras me trataba más amablemente que nadie en *años*, solo hay una cosa en mi mente y es la manera perfecta de agradecerle.

Saoirse capta mi intención cuando cambio suavemente nuestros lugares y la presiono contra la mesa con un largo y lento beso. Ella duda por un segundo, luego se inclina hacia él y me agarra los hombros para mantenerme cerca. Pero, por mucho que disfrute besarla, este no es el lugar donde quiero pasar el tiempo.

Mordisqueo su labio inferior, beso perezosamente su mandíbula y luego me arrodillo frente a ella mientras le bajo las mallas al mismo tiempo.

—¿Y Hazel? ¡Podría entrar! —jadea Saoirse, agarrando el borde de la mesa con una mano.

La silencio en el momento en que presiono mi boca contra sus bragas y chupo sobre su coño escondido. Su mano libre vuela hacia su boca para silenciarse y cualquier duda o aprensión que tenga sobre mí lamiéndola desaparece en el momento en que aparto sus bragas y entierro mi cara contra su coño. Su mano se mueve de la mesa a mi cabello, pero su toque es mucho más suave que antes.

Simplemente estoy feliz de que me toque de cualquier manera. Me concentro en su clítoris con mi lengua, la beso lentamente y la lamo con determinación para enterrarme lo más firmemente posible contra ella. Sus muslos tiemblan, sus jugos fluyen y sus dedos se flexionan desesperadamente en mi cabello mientras la lamo, chupo y la acerco más y más al borde.

Alterno entre lametazos planos y golpes precisos, beso y chupo su clítoris y labios, luego introduzco mi lengua tan profundamente dentro de ella como puedo. Y cuando se desmorona y se viene en mi cara, hace los sonidos más hermosos y ahogados que he escuchado jamás.

Perfecto.

16

SAOIRSE

—¿Quieres ver?

Una semana después de salvarle la vida a Bruno, estoy tumbada en una cama de hospital con gel untado por todo mi abdomen mientras una enfermera pasa una sonda sobre mí para comprobar la salud de mi bebé. Ignorarlo es mi principal objetivo, pero las náuseas cada mañana han sido abrumadoras. No sé cómo lo hacen otras mujeres. Siento como si el bebé intentara abrirse camino a través de mi garganta para recordarme que está aquí y, sin nadie con quien hablar sobre si esto es normal o no, el hospital era mi única opción.

—¿Saoirse? —intenta de nuevo la doctora, deteniendo la sonda sobre mi vientre—. ¿Quieres ver a tu bebé?

Mantengo la mirada fija en la pared opuesta, lejos del monitor, y observo las múltiples caras de la familia sonriente y feliz que me devuelve la mirada. —No.

—¿Estás segura? No hay mucho que ver en esta etapa. Es como una judía, pero si miras de cerca—

—No quiero. —Cortarla me parece duro, pero cuanto menos sepa sobre este bebé, mejor. No estoy hecha para ser madre, y mucho menos de un hombre extraño del que no sé nada. Mis dedos se aprietan alrededor de mi camisa arrugada, y trago saliva para contener el nudo que se forma en mi garganta—. Solo quería asegurarme de que las cosas estaban… no sé. Normales.

—Las cosas están muy normales, cariño —responde la amable doctora. El monitor a mi lado pita y hace clic unas cuantas veces, y luego retira la sonda y limpia suavemente mi vientre con un pañuelo para quitar el gel—. ¿Es eso lo que te preocupaba tanto?

En cuanto el gel desaparece, me bajo la camisa, pero al sentarme siento una repentina oleada de presión cálida detrás de los ojos. Parpadeo y, de repente, estoy llorando. —¡Oh, Dios mío!

—¡Saoirse! —Mi doctora se acerca a la cama y rápidamente me entrega unos pañuelos—. ¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre?

—¡Lo siento mucho! —sollozo, agarrando los pañuelos e intentando detener el flujo de lágrimas que de repente caen por mis mejillas—. ¡No sé por qué estoy llorando! ¡No suelo llorar!

Su rostro se llena de compasión mientras se sienta en la cama a mi lado y sus labios dibujan una sonrisa comprensiva al revés. —Está bien, déjalo salir.

—¡No! —jadeo, me sueno rápidamente y parpadeo para intentar ahuyentar las lágrimas—. No tengo nada que dejar salir. No estoy triste, ¡no lo estoy! ¡No lo entiendo!

Sollozos tras sollozos salen de mi garganta tan rápido como las oleadas de náuseas matutinas hasta que estoy jadeando por aire y los pañuelos se empapan rápidamente de mis lágrimas. Empeora cuando la doctora coloca su mano suavemente sobre mi hombro. La presión se acumula en mi pecho y las lágrimas caen como fuentes. Siento que me ahogo.

—Saoirse, ¿has estado hablando con alguien sobre el bebé? ¿Tienes una red de apoyo a tu alrededor? Es muy importante para las madres primerizas tener a alguien de su parte porque esta puede ser una experiencia muy aterradora.

—No —grito, hipando—. No puedo contárselo a nadie, ni siquiera quiero hacerlo. No quiero estar embarazada y ni siquiera sé quién es el padre. Simplemente es esta cosa dentro de mí y no sé qué hacer.

Ella me da una palmadita suave en el hombro. —Cariño, hay opciones. Si no quieres a este bebé, hay muchas cosas que puedes hacer, desde el aborto hasta la adopción.

—¡No lo sé!

—Tienes una familia fuerte a tu alrededor, ¿no puedes contárselo a ellos?

—No —sollozo—. No hasta que sepa quién es el padre. Y es complicado porque… ¡porque no quiero que me vean de otra manera!

Las lágrimas se vuelven abrumadoras y durante veinte minutos lloro desconsoladamente mientras la doctora me abraza. Finalmente, las lágrimas se secan y me quedo sintiéndome increíblemente avergonzada por haberme desmoronado. La última vez que lloré así fue en el funeral de Brenden, e incluso entonces lo hice en silencio. Sacudiendo la cabeza, me seco los ojos enrojecidos con aún más pañuelos y me desplomo de nuevo contra la cama.

—No puedo decirte qué hacer, cariño. Ni dar esos pasos por ti. Pero te aconsejo que te pongas en contacto con alguien. Un hermano o un amigo. Es importante que tengas a alguien que te ayude a lidiar con el desgaste emocional de esto, sin importar lo que decidas.

Tiene razón, pero la idea de admitir esto a alguien es increíblemente abrumadora. Nadie me ha dado nunca una razón para pensar que reaccionarían de forma negativa, pero tengo demasiadas cosas en la cabeza en este momento como para preocuparme por responder a

preguntas sobre bebés por parte de mis hermanos. Después de asegurarle a la doctora que estoy bien y que seguiré su consejo, salgo corriendo del hospital y no dejo de caminar rápido hasta que estoy fuera y el sol abrasador de junio está friendo mis brazos al descubierto.

—¿Cian? —Contesta al tercer tono.

—¡Saoirse! —Su voz me calma de inmediato, pero, como yo sabría con él, él puede notar al instante que algo va mal. —¿Qué ha pasado?

—Nada, estoy bien.

—Tonterías.

—Confía en mí —digo, respirando profundamente con solo leves sollozos—. Escucha, te llamo por lo del baile de máscaras.

—Ah, ¿tu búsqueda de una máscara en concreto, no?

—Exacto. ¿Has encontrado algo nuevo?

—Sabes, te preguntaría por qué no investigas esto tú misma, dado lo importante que parece ser para ti —responde con una sonrisa audible—. Pero, bueno, siempre he sido el gemelo mejor para conseguir información.

Poniendo los ojos en blanco, camino lentamente por la calle hacia la parada del autobús. —Ahora quién está diciendo tonterías.

—Justo. Me temo que no tengo nada nuevo. He emparejado cada máscara con cada invitado —suspira Cian—: Pero ahora estoy investigando al personal.

—¿Personal? —Me detengo en seco. —No recuerdo que el personal llevara máscaras.

—No todos, pero bastantes participaron. Sobre todo los que servían ciertos platos o comidas. Creo que era para reforzar el tema.

¿Un empleado? ¿Podría ser ese quien era? Desde luego, aquel hombre no transmitía la misma vibra que el resto de invitados, y su traje definitivamente no estaba tan impecablemente ajustado como el de Cian. ¿He estado buscando en el grupo equivocado de invitados?

—Gracias, Cian. Esto es muy importante.

—¿No me vas a decir por qué?

—Aún no.

—¿No estás metida en algún lío, verdad?

Ahí está. Su sincera preocupación que podría encontrarse con mi honestidad preocupante. Podría contarle la verdad sobre un lío rápido en un armario que ha resultado en un bebé, pero sé que, en cuanto se lo diga, probablemente no se apartaría de mi lado. Y entonces mi investigación se volvería muy difícil.

—No, Cian. No estoy metida en ningún lío. Gracias.

—De acuerdo. Estoy aquí, ¿te acuerdas?

—Lo sé. —Debería pedirle que me recoja ahora que estoy lejos del hospital, hacerle sentir útil y tranquilizarle aún más de que estoy bien, pero hay alguien más a quien prefiero ver. —Te quiero.

—Yo también te quiero, hermana.

La línea se corta y me quedo en silencio en medio de la calle bulliciosa. Varios mensajes llegan desde el servicio de seguridad, alarmados porque no he dado mi posición a tiempo, así que les escribo rápidamente y luego llamo a la única persona que sí quiero ver.

Bruno.

—Hola, preciosa —dice Bruno al responder, sonando tan agitado como siempre—. No me digas. Has resuelto el caso por completo y me llamas para decirme que ya no tengo que mirar por encima del

hombro ni preocuparme de que mi nombre sea eliminado del testamento de mi padre.

—Joder —me río—. Eso es mucha presión para una sola llamada.

—Entonces es un no.

—Lo siento, no.

—Joder. —Gime dramáticamente—. Ahí se fue mi buen humor.

—Qué pena. —Hago un leve mohín—. ¿Por qué siempre estás agitado cuando te llamo?

—Oh, estoy moviendo algunos muebles. Y por mover quiero decir que estaba limpiando y algunas balas decidieron hacer un Houdini y rodar bajo la cama. ¿Sabes lo difícil que es para un hombre musculoso meterse bajo una cama? Imposible, te lo digo.

—Podrías haberme llamado para ayudarte.

—¿Y tenerte arrastrándote por este suelo de motel asqueroso? Ni hablar —se ríe Bruno—. Mover la cama fue mucho más fácil. ¡Así que! —Gime y respira profundamente como si se relajara—. Si no me llamas con ese tipo de buenas noticias, ¿para qué llamas?

—Sal conmigo. —¿Por qué late tan rápido mi corazón al hacer una simple pregunta? Hemos follado, más de una vez. Le salvé la vida. Hemos estado trabajando juntos. Así que pedirle que salgamos no debería ser algo tan importante, y sin embargo siento que mi corazón va a explotar fuera de mi pecho.

¿Y si dice que no? ¿Y si esto es puramente un negocio para él con un extra de sexo impulsado por la adrenalina? ¿Y si solo me está usando y la idea de pasar tiempo conmigo sin el enfoque del trabajo o algo más es demasiado—

—Pensé que nunca lo preguntarías —responde Bruno—. Envíame un mensaje diciendo dónde estás y voy a recogerte.

Es así de fácil. Llegó veinte minutos más tarde y, aunque yo no tengo un plan en mente, él sí. Conducimos hasta un centro comercial y compramos durante una hora mientras él usa el dinero que ha reunido para comprar ropa más decente y dejar de usar siempre los mismos vaqueros. Comemos en un pequeño café familiar y compartimos historias de nuestra infancia, aunque más bien son sobre la primera vez que disparamos un arma y cómo aprendimos a pelear, en lugar de relatos encantadores sobre la escuela y las mascotas. Bruno pasa mucho tiempo hablando de un perro que tuvo de niño hasta que su padre decidió que lo estaba volviendo demasiado blando y se deshizo de él. Cruel, en mi opinión.

Después del almuerzo, entramos en una galería de arte y exploramos las intrincadas y encantadoras —y a menudo confusas— obras que se consideran arte hoy en día. Bruno recibe una regañina por tocar una estatua que no tenía señalización indicando que era parte de una exposición, y nos vamos rápidamente, apenas ocultando nuestra risa. La cena consiste en unas patatas fritas de un food truck y caminamos junto al río mientras el sol se sumerge en el horizonte y el cielo se tiñe de un hermoso rosa cereza.

Es exactamente el tipo de día que necesitaba después de una mañana tan agitada. Él me hace sentir como una persona, como un ser humano real en lugar de una subjefa, y es algo que no he sentido en mucho tiempo. Mi vida ha estado completamente centrada en el trabajo desde el asesinato de Brenden y los años no han sido amables. Esto podría ser lo más divertido que he tenido desde entonces y nada de esto fue particularmente emocionante. Todo fue agradable.

Bruno también lo fue.

Me meto una patata frita caliente en la boca mientras Bruno avanza un poco y luego se gira para mirarme mientras camina hacia atrás.

—Espero que te tropieces —digo con una sonrisa, masticando lentamente y saboreando el bocado salado y avinagrado.

—Me hieres con tales amenazas —responde Bruno, llevándose la mano al corazón—. Después de que te invité a cenar.

—Mmm, tan extravagante —bromeo, metiéndome otra patata frita en la boca—. ¿Cómo podría una chica pensar mal de ti después de eso?

Bruno se ríe a carcajadas y sacude la cabeza con tanta fuerza que varios mechones de su oscuro cabello caen y rozan su frente. —Sabes, para alguien tan peligroso, tienes una habilidad especial para hacerme sentir humano.

Casi me tropiezo al escuchar palabras tan similares a mis propios pensamientos. —¿En serio?

—En serio. Después de salir de la cárcel, me sentí marcado. Como si todos los que me miraban pudieran darse cuenta al instante de que había estado en prisión y supieran todo sobre mí. Es difícil explicar lo que es adaptarse a la vida aquí fuera porque… no sé. Echo de menos cosas de dentro porque las entendía. Incluso preparo los fideos de la misma manera porque me resulta familiar. Pero después de verme con mi padre… —Sopla las mejillas—. Incluso Mary, bendita sea, me mira como los demás. No se lo reprocho, es la única que se preocupa por mí. Pero tú… —Sus ojos se encuentran con los míos mientras sigue caminando lentamente hacia atrás—. No sé. Simplemente me haces sentir real.

Mierda.

Mientras habla, algo se vuelve clarísimo y no sé cómo no lo vi antes. Tal vez lo estaba ignorando a propósito. Pero él me gusta. Me gusta mucho. Escucharlo hablar así hace que mis mejillas se calienten y que el orgullo crezca en mi pecho, algo que nunca había pasado antes.

Mi corazón late acelerado por todo el caminar que hemos hecho, o porque estoy esperando un bebé, o por comer mientras camino. Late acelerado por él.

Estoy enamorándome. Mucho.

—Pero mejor ten cuidado —dice Bruno con una sonrisa—. Si no tienes cuidado, ser demasiado amable conmigo tendrá terribles consecuencias.

—¿Como cuáles?

—Que este flechazo que tengo contigo podría convertirse en algo mucho más grande. Después de todo, la cárcel me enseñó a no sentarme sobre estas cosas.

Lo dice como una broma, como si fuera una pequeña burla sin verdad en sus palabras, pero cuando lo miro a los ojos, es como si pudiera ver directamente en su alma y la verdad es clara.

O es mi propio deseo.

—Bueno —digo con una sonrisa, aumentando ligeramente mi ritmo y pasándolo por delante—, ¿quién dice que no lo ha sido ya para mí?

Dos pueden jugar este juego.

17

BRUNO

Un rayo de sol cálido atraviesa mis ojos y me despierta suavemente a la mañana siguiente, y maldigo en silencio a mi yo del pasado por no haber cerrado bien las cortinas. Mientras yago allí, con la conciencia regresando poco a poco al resto de mi cuerpo, mi mente adormilada intenta recordar vagamente los pasos de la noche anterior buscando la razón por la que no cerré bien la cortina.

Espera… Saoirse. Ella volvió a mi habitación del motel después de aquella especie de admisión de que le gustaba y acabamos en la cama juntos. No es de extrañar que no me importara la maldita cortina. Sonriendo suavemente, me estiro en la cama, aliviando todos los dolores persistentes en mis músculos hasta que mi pierna roza algo suave y cálido.

Espera un momento.

No recuerdo que se haya ido.

Dándome la vuelta, me encuentro con la maravillosa imagen de Saoirse durmiendo a mi lado. Su pelo castaño rojizo está extendido hacia un lado, sus pestañas oscuras aletean levemente contra su mejilla mientras duerme, y su cuello esbelto muestra las orgullosas

marcas de mi boca demasiado ansiosa. Un rosa suave cubre sus mejillas y se mueve ligeramente, apretando el brazo alrededor de la almohada que abraza. Parece increíblemente tranquila.

Y hermosa.

Ayer casi confesé mi enamoramiento para medir cuánto de su interés en mí era genuino y cuánto era solo circunstancial. Nunca esperé que respondiera con algo similar y, aunque bailamos alrededor del tema de los sentimientos, para mí está claro que ella siente algo. Quiero convertir ese algo en todo.

Acercándome, su pálido hombro es irresistible, así que beso perezosamente a lo largo de la curva de su omóplato.

Saoirse se mueve de inmediato, pero no abre los ojos. —Buenos días.

—Buenos días —susurro, besando su hombro una vez más—. ¿Cómo has dormido?

No responde. En cambio, gime suavemente y entierra su cara en la almohada. —No quiero despertar.

Un día en la cama sería fantástico. Un sueño, realmente, pero por tentador que sea, recuerdo que Saoirse puso alarmas antes de dormirse porque tenía una reunión importante hoy que no puede perderse. En este caso, nos hemos despertado antes de sus alarmas, pero probablemente no sea buena idea volver a dormirnos.

—Por muy tentador que sea —murmuro, besando a lo largo de su omóplato hasta la curva de su espalda—, estoy bastante seguro de que tienes cosas que hacer hoy.

Saoirse vuelve a gemir, pero no se mueve. —Déjame cancelarlo.

—¿En serio?

Otro gemido. —No. No puedo. —Contiene un bostezo y aprieta la almohada. —Mierda.

—¿Y si pudiera ayudarte a despertar?

Saoirse vuelve a gemir, sin abrir los ojos. —Adelante. Soy de dormir profundamente.

Me río suavemente. —Claro. Un beso y estabas despierta.

—Mentiroso —dice perezosamente, como si las tentadoras sombras del sueño la estuvieran arrastrando de nuevo.

—Sí, claro, yo soy el mentiroso aquí.

Otro beso suave y me muevo sobre ella, apartando las sábanas con el volumen de mi cuerpo. Mis labios no abandonan su piel y, desde su hombro, beso un camino lento y perezoso por su espalda. Ella se mueve debajo de mí, encogiéndose en la cama y luego arqueándose hacia mi boca mientras beso cada vez más abajo. Cada cicatriz recibe la misma dulce atención hasta que llego a la curva ascendente de su trasero, donde me detengo. La follé duro anoche y fue fantástico, así que esta mañana seré suave.

Saoirse gime dulcemente en su almohada mientras agarro sus generosas nalgas y las masajeo con suavidad, luego me deslizo entre sus piernas abiertas y desaparezco bajo las sábanas. Ella murmura algo que no logro entender, pero antes de que pueda repetirlo, mis manos se mueven hacia sus muslos y los separo más para hacerme espacio.

Instalándome entre sus piernas bajo las sábanas, el calor aumenta rápidamente. Acaricio y beso la piel sedosa de sus muslos internos, luego deslizo dos dedos por su vagina y separo suavemente sus labios exteriores. Saoirse gime sobre mí, el sonido amortiguado por las sábanas, pero conozco sus sonidos lo suficiente como para saber que es uno bueno. Mi lengua sigue a mis dedos. Lamer su vagina desde este ángulo me permite prestar atención extra a su agujero, así que mientras mi lengua se hunde dentro de ella tan profundamente como puedo alcanzar, las yemas de mis dedos se

deslizan contra su clítoris y siguen el movimiento de su cuerpo mientras el placer la recorre.

Tan temprano por la mañana, con su cuerpo ya relajado y sensible por la noche anterior, no hace falta mucho para excitarla. Meto mi lengua en ella repetidamente, buscando la dulzura de sus jugos mientras acaricio sus labios y paso por su clítoris en tantos patrones como puedo manejar. Hasta que los gemidos de Saoirse alcanzan su punto más alto.

—¡Ahí mismo! —jadea, retorciéndose contra mi cara—. ¡Ahí—ahí mismo!

Parece que hay que aplicar presión repetitiva justo al lado derecho de su clítoris, así que accedo, centrándome en esa zona mientras la beso desordenadamente, succiono y meto mi lengua tan profundamente como puedo alcanzar. Sus muslos tiemblan a ambos lados míos e intentan cerrarse, sus caderas se arquean contra mi cara y sus paredes se ondulan y se contraen alrededor de mi lengua. Conozco sus señales, así que redoblo mis esfuerzos.

Saoirse llega al clímax con un grito que ahoga en su almohada. Todo su cuerpo tiembla y se sacude alrededor de mí y su muslo izquierdo se aprieta contra mí como si intentara asegurarse de que me quede justo donde estoy. Lo hago, por supuesto. Hasta que el último temblor de placer escapa de ella y se desploma sobre la cama. Le doy un beso final en la curva de su trasero y me siento, apartando las sábanas y limpiando su dulzura de mi barbilla.

—¿Desayuno?

—Vete a la mierda —gruñe Saoirse con una suave risa—. Por favor.

Los desayunos de motel no son geniales, pero consigo lo que puedo de la máquina expendedora y vuelvo a la habitación donde compartimos las patatas, el refresco y dos barritas de proteínas mientras hablamos perezosamente del arte que vimos ayer. Podría

pasar todo el día así si me dejaran, pero lamentablemente, la vida eventualmente interrumpe y las alarmas de Saoirse resuenan.

—Maldición —murmura, suspirando profundamente—. Me haces olvidar el mundo tan fácilmente.

—¿Eso es bueno? —pregunto, relajándome de nuevo en las almohadas mientras ella besa mi pecho y luego se aparta de la cama.

—¿Personalmente? Sí. Pero para los demás, no tanto. —Se viste lentamente y, por mucho que odie ver su hermoso cuerpo cubierto, se ve igual de bien vestida.

—Espera—. Deslizándome por la cama sobre mi estómago, rodeo su muslo con mi mano y la acerco más a mí—. ¿Cómo conseguiste esto? —Mi dedo pulgar acaricia la gruesa y retorcida cicatriz en su muslo—. Está más marcada que las demás.

—En parte, fue cosa mía —explica mientras se abrocha el sujetador —. Mi hermano mayor, Brenden, fue asesinado. Por uno de los tuyos, de hecho. Estábamos cerca de acorralarlo, pero intentó matar a Evie, la esposa de Cormac. Estaba con ella en el hospital cuando vino por ella y me disparó. Iba a matarme hasta que ella lo detuvo y se entregó. Está loca.

Mierda. No tenía ni idea.

—De todos modos, debería haberme quedado quieta y esperar ayuda, pero fui estúpida y me arrastré empeorando la herida, así que se desgarró, sanó mal y cicatrizó peor.

—Maldición.

—Está bien. —Aparta mi mano y toma sus vaqueros—. Todos tenemos historias así, estoy segura.

—De repente, la prisión suena aburrida —digo con una sonrisa, apoyándome en un codo—. Entonces, ¿qué te tiene tan ocupada hoy? ¿Puedo verte después?

Ella me mira por encima del hombro con su pelo balanceándose hacia un lado y captando la luz del sol. La hace parecer angelical. —Tengo que reunirme con uno de nuestros proveedores de drogas. Tenemos un envío farmacéutico entrante y voy a equiparlo con algunos trucos para que si desaparecen, pueda rastrearlos.

—¿Crees que serán robados?

Ella recoge su pelo en una coleta mientras asiente. —Sí. Bueno, tengo esperanzas. Ha pasado un tiempo desde que algo desapareció, así que he estado rastreando lo que puedo con algunos trucos adicionales solo para mantener un ojo en las cosas. Tarde o temprano, algo caerá en manos de nuestro culpable.

—Me encantan las mujeres inteligentes.

—Oh, apuesto a que sí. —Completamente vestida, me sonríe y se inclina, dándome una amplia vista de su escote mientras besa mi frente—. Te llamaré cuando termine.

—Es una cita.

—Vete a la mierda. —Se ríe, moviendo los dedos hacia mí—. ¡Adiós!

La puerta se cierra y todo lo que queda es la nube de su perfume y el sabor persistente de ella en mis labios. Mierda. ¿Así es como se siente esperar cosas? ¿Sentir que el futuro realmente está a mi favor?

Necesito terminar esto.

Cuanto antes descubra quién está incriminando a mi padre, antes recuperaré a mi familia y podré presentarles a la mujer más maravillosa que he conocido.

Ya es hora de que la vida gire a mi favor.

18

SAOIRSE

Las dos semanas siguientes son un torbellino. Bruno y yo nos enviamos mensajes todos los días y, aunque al principio solo hablamos de temas relacionados con el trabajo, rápidamente se convierte en un coqueteo descarado que ninguno de los dos intenta ocultar. Aprendo todo tipo de cosas sobre él, como su preferencia por el pan duro porque el pan normal le resulta demasiado blando ahora, y que si quieres devolverle la vida a un tarro de mantequilla de cacahuete casi vacío, solo tienes que agitarlo muy rápido para esponjar lo que queda.

Un truco de la cárcel que guardo en el fondo de mi mente.

Yo también soy muy abierta con él. Cuanto más hablamos, más fácil se hace y, por primera vez en mi vida, siento que hay alguien que realmente quiere conocerme. Demasiado a menudo en el pasado, tenía que ocultar mi trabajo a cualquiera que me interesara porque cualquier persona *interesante* que encontraba solía no estar involucrada en el mundo criminal.

Pero Bruno es diferente. Está al tanto y es lo suficientemente interesante como para mantener mi atención. Y mi creciente afecto.

Fuera del coqueteo, dos cosas ocupan mi atención—las mujeres desaparecidas y los envíos de drogas que de repente no se han tocado. El hospital finalmente nos devuelve los registros de las mujeres que rescatamos y, aunque no hay mucho en qué basarse, una cosa destaca. Las drogas que quedaban en el torrente sanguíneo de esas pobres mujeres eran nuestras drogas. La mierda que suministramos. Lógicamente, sé que cualquiera puede conseguir ese producto porque esa es la razón por la que lo vendemos, pero eso sumado al dato del Triad muerto sobre manos irlandesas metiéndose en el tráfico de personas.

Mis sospechas aumentan.

Bruno se centra en sus conexiones con el Triad, que están cerrando filas tras las muertes que les infligimos, y no consigue sacarles mucho. No a menos que esté dispuesto a hacer algo realmente atroz para demostrar su lealtad hacia ellos, y Bruno simplemente no es ese tipo de persona. Mientras él está ocupado con eso, yo me centro en investigar a fondo a nuestras propias familias, buscando a cualquiera que tenga algún rencor silencioso contra Cormac. Hay algunos problemas de ego y situaciones donde las cabezas han chocado, pero en mi opinión no hay nada que debería llevar a alguien a alejarse tanto de Cormac como para aliarse con el tráfico de personas.

A menos que me esté perdiendo algo.

Los días se convierten en semanas y examino minuciosamente la historia de cada familia. Nada destaca. Cualquiera que tenga alguna queja vocal suele reunirse con Cormac cara a cara y se va a casa feliz. Si hay alguien con un problema, lo está guardando muy bien. Bruno llama a menudo tarde por la noche y se lamenta por sus intentos fallidos de contactar con su padre a través de su hermana. A pesar del muro de silencio, sigue insistiendo y guarda tanta esperanza que cuando lleguemos al fondo de esto, finalmente podrá demostrar que es un hijo bueno y leal.

La única vez que intenté decirle que no debería tener que trabajar tan duro para recibir eso, no me envió un mensaje durante tres días. Aprendí rápidamente que, aunque estamos coqueteando, no estamos en la etapa en la que Bruno aceptará consejos, pero cuando me invita a cenar después de esos tres días de silencio, acepto.

—Lo siento —dice Bruno, con los dedos posados en el borde de su vaso—. No debería habértelo hecho pagar a ti. Solo intentabas ayudar.

Mi atención se desvía hacia el mar brillante y luminoso de luces debajo de nosotros mientras la ciudad se sumerge en su rutina nocturna. —No tienes que disculparte.

—No, no digas eso —replica Bruno—. Lo que hice fue una mierda. No mereces cargar con la frustración de mi familia.

—Tienes razón —finalmente vuelvo mi atención hacia él y levanto mi vaso de limonada—. No merecía que me dijeras que me metiera la nariz en mis asuntos.

Bruno se inclina hacia delante y su rostro se llena de dolor. —Lo siento mucho. Has sido muy decente conmigo desde que salí de prisión y lo valoro muchísimo. Estaba frustrado y tú estabas ahí.

—Eso no lo excusa.

—No estoy intentando excusarlo, estoy intentando explicarlo. Fui un cabrón y lo siento.

Suena sincero, y sinceramente no le culpo por explotar. Está solo y sus emociones están llegando a un punto de ebullición. Todo el mundo necesita una vía de escape y, por desgracia, fui la suya. Pero no puedo guardarle rencor cuando me mira con esos ojos de cachorro.

—Lo digo en serio cuando digo que está bien —digo, suavizando mi voz—. El silencio no me gusta, pero probablemente fue sabio que

tuviéramos espacio. El zumo de naranja es lo suficientemente dulce para satisfacerme mientras bebo, pero Bruno no pierde esa mirada de cachorro herido. —Escucha, hemos pasado las últimas dos semanas recorriendo toda la ciudad en busca de seis mujeres desaparecidas que simplemente se esfumaron, mientras también intentábamos averiguar qué demonios está pasando con… —Hago una pausa y miro a los demás clientes, que no parecen estar escuchando, pero no confío en ellos— —con el trabajo. Y no sé tú, pero lo único que me ha mantenido cuerda eres tú.

Bruno finalmente se recuesta en su silla y su sonrisa se relaja, luego levanta su vaso hacia sus labios. —¿En serio?

—No te creas, sigues siendo un imbécil. Y si vuelves a tratarme así, te cortaré los cojones.

—Notado —resopla suavemente—. Es… un mal hábito que voy a romper.

—¿Por mí? —Es ligero y burlón, pero sus ojos se entornan ligeramente y mi sangre se calienta.

—Por ti.

—Qué amable.

Bebemos en silencio hasta que Bruno deja escapar un suave gemido. —Este es el tipo de relajación que anhelo. Quiero que mi vida sea así. Lenta y tranquila. Relajada.

—Te aburrirías —digo después de vaciar mi vaso—. Un hombre como tú tiene hambre de emociones.

—¿Eso crees?

—Mmm.

—Parece que me conoces tan bien.

—Has estado rondándome el tiempo suficiente, he captado algunas cosas.

—No todo. Todavía guardo algunos secretos.

—Dudo que haya mucho que puedas hacer que me sorprenda —respondo, levantándome lentamente—. No me sorprendo fácilmente.

Bruno vacía su vaso y se levanta conmigo. —¿Estás segura?

—¿Es eso un desafío?

Se acerca y calienta el aire a mi alrededor con su presencia. —Estoy más interesado en tus secretos enterrados, Saoirse. La subjefa irlandesa con lengua afilada y hambre de tortura.

Una pareja cerca de nosotros levanta la vista, sorprendida al oírlo, así que tomo la mano de Bruno y lo arrastro fuera. —¿Ves? —me río mientras salimos del restaurante—. No puedes evitarlo.

—¡Espera a verme en la boda de Rocky! —se ríe Bruno.

La boda de Rocky. Una oportunidad perfecta para olvidarse de todo lo relacionado con la vida y el trabajo, celebrar que un amigo finalmente se casa con el amor de su vida y bailar con Bruno. Estoy segura de que Cian y Cormac tendrán preguntas, dado lo poco que he revelado sobre el tiempo que pasamos juntos, pero eso apenas importa.

Me siento bien.

Cuando llego a casa, ese sentimiento se ha inflado y ni siquiera un leve ataque de náuseas puede calmarlo. Hasta que mi teléfono suena mientras estoy a medio camino de quitarme el maquillaje. —¿Cian?

—Hola, hermana.

—¿Por qué me llamas? —Miro hacia la puerta de mi dormitorio—. ¿No estás en casa?

—Todavía no, esta noche me quedo en casa de Cormac, pero quería contarte algo. ¡Finalmente encontré al dueño de esa máscara!

Mi estómago se contrae dolorosamente y el disco de maquillaje se me escapa de los dedos. El extraño enmascarado con el que me acosté. El hombre cuyo bebé he estado llevando en secreto todo este tiempo… ¿es real? Una parte de mí se convenció de que todo aquello era un sueño.

—¿Saoirse? —La voz preocupada de Cian me devuelve a la realidad —. ¿Estás bien?

—Sí, sí, lo siento. ¿Cómo lo encontraste?

—Fotos personales que tomaron los miembros del personal a pesar de estar explícitamente prohibido. Eso, junto con tres tomas de CCTV, y lo encontré. El tipo realmente evitaba ser detectado, pero definitivamente no estaba en la lista de invitados.

—¿Entonces cómo sabes quién era?

—Escucha esto —Cian suena casi demasiado orgulloso de sí mismo —. ¡El tipo se quitó la máscara, se acercó a Domenico Del Prete y lo llamó *padre*!

Todo se congela mientras un sonido ensordecedor llena mis oídos y ahoga cualquier otra cosa que Cian tenga que decir.

Joder.

Mi misterioso tipo de la máscara verde es… ¿*Bruno*?

19

BRUNO

—¿Qué te parece esto? —Mary se para frente a mí con un vestido morado ceñido, de mangas de encaje y más detalles de ribete alrededor del escote de los que he visto nunca en una prenda de vestir.

—Bonito.

—¿Lo dices en serio? —Hace un mohín y gira sobre sí misma—. ¡Necesito estar espectacular!

—¿Por qué? No es tu boda.

—¡Bruno!

Me vuelvo justo a tiempo para esquivar el cojín que me lanza. —¡Eh! Estoy resacoso, sé amable —Definitivamente bebí demasiado después de dejar a Saoirse anoche. El alcohol no puede reemplazar el calor que ella me da, pero ayuda.

—¿Y de quién es la culpa? —Sus ojos se estrechan en una mirada furiosa—. Pensé que querrías ayudarme con mi vestido.

—Lo hago —digo, apartando el dolor de cabeza al fondo de mi mente—. Lo hago. Y sé que tuviste que esperar a que papá se fuera

antes de invitarme, así que lo agradezco.

—Bueno, no veo por qué —murmura Mary—. Rocky te invitó a la boda, así que de todas formas te cruzarás con él.

—¿Alguna vez averiguaste por qué? —pregunto casualmente, levantándome y dando la vuelta a Mary para admirar su vestido por completo.

—Yo se lo pedí.

—¿Qué?

—Le pedí a Rocky que te invitara y dijo que sí. Casi ni hubo discusión. Creo que vio lo feliz que estaba de tenerte de vuelta y Rocky es un buen tipo. Ahora toma muy en serio a la familia.

—Vaya. —Quizás no sea el pequeño cretino egocéntrico que conocí hace tantos años—. No le preocupa que arruine el ambiente.

—Por favor —Mary se burla—. Probablemente serás el invitado más angelical allí. Así que dime, ¿este vestido me hace ver bien? Y quiero decir *realmente* bien. Quiero que todas las zorras en redes sociales se pongan verdes de envidia.

—¿No lo están ya?

—Sí, pero… —Se vuelve hacia mí y sus hombros se encorvan—. Desde que me capturaron, todos me miran y me hablan con lástima y lo odio. Quiero que me vuelvan a ver como una zorra mala.

Es surrealista escuchar eso de mi hermana, que para mí sigue siendo una terrorífica niña de ocho años.

—Sí, el vestido te hace ver como una zorra mala.

—¡Estupendo! ¿Me haces una foto? —Me pasa su teléfono y se aleja unos pasos para posar.

—Es raro verte posar así —digo mientras deslizo la pantalla hacia la cámara.

—¿Por qué, te asusta que tu hermana se vea *hermosa*? —Con una mano en la cadera, se alisa el pelo y hace un mohín.

—Síp. Significa que tengo que golpear a muchos chicos para mantenerlos alejados.

—¡Bruno! —Me mira boquiabierta y le hago un par de fotos, riendo —. Deberías subirlas a tus redes.

—¡Que te jodan, idiota! ¡Hazme una foto decente!

—Vale, vale. Posar de nuevo.

Lo hace, pero no hago la foto. Mi dedo se cierne sobre el botón, pero antes de poder presionarlo, mi padre entra.

El aire de inmediato se siente más ligero y la sonrisa de Mary vacila mientras me lanza una mirada nerviosa. —¡Papá! Creía que estarías en el lugar de la boda hoy.

—Sarah decidió que se encargará —responde Domenico mientras se acerca a Mary. Le agarra el hombro y le da un breve beso en la mejilla—. Así que pensé que podríamos cenar.

Mi corazón late con fuerza cuando ni siquiera me mira. Ni siquiera le importa que Mary esté claramente en medio de algo conmigo. Él está aquí ahora y eso es lo único que importa. Mi estómago se contrae cuando Mary me mira, indecisa, y su teléfono de repente se siente pesado en mis manos.

—Hola, papá —digo.

No hay respuesta.

—Papá —dice Mary en voz baja—. ¿No vas a saludar a Bruno?

Por primera vez desde la gala, me mira durante medio segundo con unos ojos que solo contienen desprecio. De repente, me siento como si tuviera dieciocho años otra vez, dispuesto a hacer cualquier cosa solo por obtener algún tipo de respuesta de él. Ese impulso profundo y primitivo de aprobación de mi padre surge como una enfermedad

y no importa cuánto haya sobrevivido en la cárcel, o cuán fuerte me haya hecho.

Bajo su sombra, solo soy un niño preguntándose por qué su padre no siente amor por él.

—Bruno —dice mi nombre como si tuviera un sabor repugnante en su boca.

El rostro de Mary se endurece. —No quiero cenar. Bruno está aquí ayudándome y deberías unirte a nosotros.

—No —dice Domenico inmediatamente—. No tengo tiempo para esperar tus tonterías.

—No son tonterías —replica ella—. Estoy probándome vestidos y Bruno me está ayudando a elegir el mejor. Tu opinión también sería genial, por cierto.

—Este vestido te ve hermosa, pero cualquier cosa te ve hermosa Mary —dice, recuperando su sonrisa—. No necesitas preocuparte por nada más.

—Puede que no tenga sentido para ti, pero nunca has sido una mujer de veintitantos años a la que todavía miran como si fueras una niña porque un psicópata intentó matarte.

Cae un silencio incómodo y entonces, para mi sorpresa, Domenico asiente. —Tienes razón —dice—. Tómate tu tiempo. Elige tu vestido. Luego iremos a cenar.

El rostro de Mary se ilumina. —¿Juntos?

—Solo nosotros.

Esa luz se apaga de inmediato.

Lo observo todo mientras estoy clavado en el sitio, devanándome los sesos en busca de algo que decir, pero no se me ocurre nada. Todas las veces que ensayé lo que diría la próxima vez que estuviéramos frente a frente fueron inútiles. Mi mente está en blanco.

—Probablemente sea lo más prudente —digo, lanzándole una sonrisa a Mary—. Tener a todos los Del Prete en un mismo lugar difícilmente calmaría los rumores.

Los hombros de mi padre se tensan sutilmente mientras Mary me mira con el ceño fruncido. —¿Qué rumores?

—No te preocupes, solo algunos rumores *oscuros*. Ya sabes cómo se pone el mundo del hampa. Un nombre y cualquier cosa puede pasar. —Mi boca se suelta sola mientras la energía nerviosa corre por mi cuerpo como lava. No sé por qué lo estoy provocando con esa información, como si hubiera alguna posibilidad de que reaccione.

Lo más probable es que simplemente ordene mi muerte.

—Mary, ¿por qué no te apuras y te pruebas el próximo vestido?

Sus ojos saltan entre nosotros. —Este es el último.

—Pues no he visto los demás.

—Sí los has visto. La semana pasada.

—Pues los he olvidado, así que, ¿podrías hacerlo, por favor? —Extiende su brazo hacia la puerta, donde uno de sus guardias aparece de repente y le ofrece su brazo a Mary.

—Está bien —suspira ella—. Pero quiero que Bruno se quede, así que si no está aquí cuando vuelva, me voy a poner muy furiosa.

—Por supuesto, cariño.

El silencio permanece mientras Mary sale de la habitación y entonces Domenico se gira para mirarme. Su expresión es impasible, pero sus ojos son tan penetrantes como los recuerdo. Me mira de arriba abajo, provocando que una oleada de calor recorra mis brazos y piernas.

—Hablas como si supieras algo que yo debería saber —dice, moviéndose alrededor del sofá hacia la pequeña mesa de bebidas en la esquina—. ¿Te importaría compartirlo?

Es lo más que me ha hablado desde que salí de prisión y apenas puedo soportarlo. Un anhelo surge dentro de mí y sé que no debería importarme. Sé que solo quiere hablar conmigo porque sé algo, pero al menos está hablando conmigo. Si esta es la oportunidad que necesito para demostrarle que mi lealtad está con él y que la prisión no ha cambiado nada, entonces la aprovecharé.

—He escuchado muchas cosas —digo, luchando por mantener mi voz firme—. Pero si estás interesado, entonces algo me dice que tú también has estado escuchando algunas cosas.

—En el boca a boca. —Domenico sirve dos vasos de whisky con calma.

Mi estómago da un vuelco al sentir el aroma y el dolor detrás de mis ojos aumenta, pero lo ignoro cuando Domenico me pasa uno de los vasos. Al diablo con la resaca si voy a compartir una bebida con mi padre.

—Dime —dice—. A menos que estés a punto de compartir un cuento infantil como en los viejos tiempos, en cuyo caso tengo cosas mucho más importantes que hacer.

—No —respondo rápidamente—. Nada de eso. De hecho, yo… —La vacilación tira de mis palabras. Saoirse y yo prometimos mantener esto en secreto. ¿Es realmente prudente que involucre a mi padre tan pronto cuando todo lo que tenemos son rumores?

—¿Tú…? —Domenico interrumpe, dando un sorbo a su bebida.

—Sé lo importante que es el nombre de la familia. Sé todo lo que has hecho a lo largo de los años para elevarlo a un nombre que hace temblar a la mayoría con solo escucharlo.

—Deja de echarme flores y ve al grano.

—Nuestro nombre… tu nombre. Lo escuché mientras estaba en prisión.

—Difícilmente una sorpresa, sabiendo quién eres.

—Sí, pero para entonces mi apellido no era importante. Lo escuché de la Tríada.

Se detiene y sus ojos se clavan en mí. —Dime.

—Estaban hablando de ti, o al menos de alguien que usaba tu nombre. Hablaban de cómo estaban haciendo negocios contigo, pero sabía que no era cierto. Los líos en los que se mete la Tríada son líos que tú jamás tocarías. Intenté decírtelo en la Gala, pero tú… —Me aclaro la garganta y tomo un trago—. Estabas ocupado.

—Sí —dice Domenico, y brevemente toca mi brazo mientras se dirige hacia el sofá—. Fue una noche muy ocupada.

—Lo sé —digo mientras mi corazón se eleva por el breve contacto—. Pero empeora. Nuestro nombre no se menciona como algo para asustar a la gente. Hablan como si hubieran estado tratando contigo, así que tan pronto como salí de prisión, he estado investigando y no vas a creer lo que he encontrado. —Las palabras me salen ahora como un niño emocionado compartiendo su día en la escuela—. He investigado muy a fondo y he encontrado un grupo de idiotas metidos hasta el cuello en trata de personas, pero todos ellos afirman estar trabajando contigo. No he *conocido* a ninguno de ellos, pero el hilo está ahí.

—¿Qué? —Apenas se sienta antes de volver a levantarse, con la rabia ardiendo en sus ojos. Es como si se hubiera activado un interruptor y el hombre calmado se hubiera disuelto—. ¿De qué coño estás hablando?

—¡No te preocupes! —Levanto una mano mientras una sonrisa nerviosa se dibuja en mis labios—. Sé que es mentira, pero padre, alguien ahí fuera está usando tu nombre para mover muchas cosas. Drogas, personas y armas.

Por primera vez en mi vida, mi padre parece atónito. Casi como si pudiera derribarlo con una pluma.

—Bruno, yo—

—Lo sé —lo interrumpo rápidamente—. Sé lo importante que es esta familia y lo leal que eres a Rocky. Cuando salí de prisión y supe lo que le pasó a Noah, y a Mary, tenía sentido que alguien saltara a usar el nombre de un italiano importante para hacerse un nombre en el mundo del hampa. Quienquiera que esté suplantándote sabe exactamente cómo jugar sus cartas.

—Hm. Sí. —La atención de Domenico cae sobre su vaso—. Parece que tenemos un traidor entre nosotros nuevamente. —Su agarre se tensa alrededor del vaso hasta que los nudillos se ponen blancos, luego se gira—. Yo me encargaré de esto.

No.

No, me está excluyendo.

¡No puede quitarme esto!

¡Soy yo quien está trabajando duro, soy yo quien va a llegar al fondo de esto! Si él se hace cargo, ¿qué oportunidad tengo de demostrar que he crecido como un hijo que pueda amar y de quien pueda estar orgulloso, y no solo como una mancha que fue a la cárcel por él?

—Padre—

—Olvídalo, Bruno. Ya no es tu preocupación.

—¡Pero no soy el único que lo sabe!

Domenico se congela y se vuelve hacia mí. —¿Qué quieres decir?

—Los irlandeses —suelto sin pensar—. Me han estado ayudando y lo saben todo. Juntos, hemos estado tratando de llegar al fondo de esto por el bien de ambas familias.

—¿Quién? —gruñe de repente—. ¿Quién *exactamente* lo sabe?

—Eh… —vacilo y entonces su nombre sale de mis labios—. Saoirse. Saoirse Gifford.

20

SAOIRSE

—¿Tengo buena pinta? —El día de la boda de Rocky amanece y, por supuesto, llegamos tarde porque Cian decidió que ayer sería un buen día para visitar a mamá y volver a tiempo ha sido una verdadera carrera.

—Estás bien —se ríe Cian—. Cormac y Evie ya están dentro y nos han guardado asiento. Cuando empiece la música, podemos colarnos y parecer que formamos parte del séquito nupcial y nadie se dará cuenta.

—Eres un idiota —murmuro, saliendo del mal aparcado coche y luchando por ajustarme el vestido—. Te dije que era mala idea salir demasiado tarde, pero tú *tenías* que estar cuarenta minutos en el baño.

—¿Qué quieres que te diga? Los pasteles de mamá le sientan mal a mi estómago últimamente.

—Gilipollas —me apoyo en el coche y me pongo los zapatos de tacón, luego reviso mi móvil. Bruno no me ha respondido desde ayer. Espero que todo esté bien. Lo último que supe es que iba a ver a Mary para hablar sobre sus opciones de vestido. Quizá él también se haya visto envuelto en algún drama familiar como yo.

—Arréglate la corbata —sisco mientras subimos apresuradamente las escaleras hacia el hotel—. Y alísate el… déjame a mí —agarrando a Cian por el brazo, lo jalo hacia atrás y aliso algunos mechones de pelo que se levantan en todas direcciones mientras él se ajusta la corbata.

—Parece que soy yo el que se casa —murmura mientras le doy vueltas.

—Da gracias que no es así —murmuro—. Mamá te mataría por llevar un traje así.

—¿Qué tiene de malo? —frunce el ceño Cian—. Es negro.

—No te queda bien, imbécil. ¿De dónde lo sacaste?

—Del armario de Cormac.

—Uf —una última palmadita en su pelo y lo empujo suavemente por las escaleras—. ¿Cómo puedes ser tan meticuloso matando y tan desastre en todo lo demás?

—Es la ley de la naturaleza —se ríe Cian, subiendo deprisa las escaleras—. Además, no puedo ser completamente perfecto porque…

—Alto —uno de los porteros interrumpe a Cian y bloquea su entrada al hotel con una mano en el pecho.

Cian se tensa inmediatamente y frunce el ceño, apartando la mano del hombre—. Estamos invitados.

—No.

—Lo estamos —digo, asomándome por encima de Cian mientras rebusco en mi bolso—. ¡Es que llegamos tarde porque…!

Mis palabras se cortan cuando las puertas del hotel se abren de golpe y Cormac sale tambaleándose con el brazo alrededor de Evelyn, seguido de Rocky, y parece que están en medio de una discusión explosiva.

—¡Fuera de aquí! —grita Rocky—. ¡Se supone que este es el mejor día de mi vida! Quería estar rodeado de familia y amigos, y en cambio me entero de que he invitado serpientes al jardín.

—Rocky —la ira de Cormac está apenas disimulada—. No estás pensando con claridad y te prometo que, lo que sea que *crees* que está pasando, ¡no es verdad!

—¿Así que no has estado investigándome a mí y a mi gente? —grita Rocky—. ¿No te has atrevido a manchar la reputación ya de por sí frágil de mi familia con asquerosas acusaciones sobre nuestro involucramiento en el tráfico de pieles? Después de todo lo que he hecho por ti, después de todo lo que hemos hecho el uno por el otro, pensé que me habrías tratado mejor que esto.

Cormac me lanza una furiosa mirada pero continúa intentando calmar a Rocky.

Mi ritmo cardíaco aumenta dolorosamente. ¿Tráfico de pieles? ¿Rocky sabe en lo que he estado metida? Pero seguro que sabe que he estado intentando ayudarlo, no acusarlo. He tenido cuidado de no señalar a nadie en concreto, ni siquiera en nuestra propia familia. A menos que se esté tomando personalmente la implicación de los italianos, pero eso no se puede negar.

Justo detrás de la explosiva discusión de Rocky y Cormac está Domenico Del Prete. Ocupa toda la puerta y parece completamente impasible ante la discusión hasta que Cian avanza y agarra el brazo de Cormac como si temiera que los puños empezaran a volar.

—Rocky, por favor —intenta Evelyn calmar la discusión—. ¿No podemos hablar de esto? Nos conoces. Tiene que haber algún malentendido aquí.

—¿Me estás llamando mentiroso? —grita él—. ¿No han estado investigando a mi familia, eh?

Hay un momento de silencio. ¿Mentirá Cormac?

—Lo hemos hecho —admite Cormac—. Pero no es lo que piensas.

—¡Mierda! —Rocky levanta las manos al aire—. Confié en ti, Cormac. Jodidamente confié en ti. ¿Por qué no viniste a hablarme si tenías alguna sospecha? Después de todo lo que hemos pasado, ¿no me he ganado eso?

—Escúchate —replica Cormac—. Ir a ti con un rumor es una pérdida de tiempo para ambos. Di pasos para solidificar la verdad antes de alertar a nadie, aunque tu reacción hace parecer que estás jodidamente culpable de algo.

—¡Hijo de puta! —Rocky avanza, pero lo detiene uno de sus guardaespaldas—. ¡Retira eso!

—¡Rocky, es culpa mía! —me apresuro unos pasos e intento redirigir su ira—. Yo era el que tenía la información y estaba intentando ser delicado porque esto es… esto—

Las palabras me fallan cuando Bruno aparece junto a su padre. Nuestras miradas se cruzan y en este instante, de repente lo entiendo. Solo hay una forma en la que Rocky podría haber sabido lo que yo estaba haciendo. Solo una forma en la que la verdad podría haberse distorsionado tanto. Si Rocky supiera la verdad, sabría que estaba intentando protegerlo, pero en cambio, parece estar bajo la impresión de que somos nosotros los que estamos difundiendo rumores para incriminarlo.

¿Qué mierda ha hecho Bruno?

Mi silencio le da a Rocky la oportunidad de reavivar su discusión con Cormac hasta que Domenico avanza.

—Marchaos —le dice fríamente a Cormac—. Y llevaos a vuestros compinches. Considerad esto el fin de cualquier alianza entre nuestras familias, pero en respeto por la ayuda que nos habéis brindado en el pasado, os permitiré marcharos sin derramamiento de sangre.

Evelyn, mientras fulmina a Domenico con la mirada, agarra a Cormac y lo empuja hacia atrás. Aunque su presencia es suficiente para calmar la pelea, la ira hierve entre ellos como la carga antes de una tormenta, y Cormac de repente redirige su ira hacia mí.

—¡Qué mierda! —grita—. En silencio. ¡Te ordené que manejaras esto en silencio!

No tengo palabras.

Cian pasa corriendo a mi lado bajando las escaleras tras Cormac y me quedo allí de pie con el corazón desbocado. Rocky es arrastrado hacia dentro por Domenico y las puertas casi se cierran si no fuera por Bruno, que está ahí.

El frío agarre de la traición se cierra alrededor de mi corazón.

—Saoirse —Bruno da un paso hacia mí.

—¿Qué mierda has hecho? —sisco, vertiendo cada pizca de ira en mis palabras—. ¿Qué *mierda*?

—No puedo… no es culpa mía, lo siento, ¿vale? Simplemente se me escapó, ¡no sé qué pasó!

—¡Yo sí! Yo sé lo que pasó. Eres un rata, ¡eres un jodido rata!

—No, Saoirse, por favor, no es eso… solo estábamos hablando y no sé qué pasó, Saoirse. Finalmente me estaba escuchando y lo siguiente que sé es que le estaba hablando de ti y de tu investigación—

—¡*Nuestra* investigación! —grito—. ¿Un corazón a corazón con tu padre ausente y me lanzas a los jodidos lobos?

—¡No es así! Simplemente se nos fue de las manos. De repente estaba llamando a Rocky y dándome las gracias, y todo estaba pasando tan rápido.

—¡Saoirse! —grita Cian desde la calle, esperando junto al coche—. ¡Baja aquí!

—Ni siquiera pudiste avisarme —mi corazón late tan rápido que mis piernas tiemblan al dar un paso hacia abajo—. Jodido traidor.

—¡Les diré la verdad, lo juro! Solo que con la boda y todo, Saoirse, por favor—

—No digas mi nombre —escupo—. Me has jodido. Me has jodido a mí y a toda mi familia. Aléjate de mí.

—¡Lo arreglaré! Lo juro, Saoirse. Lo juro. Simplemente me abrumé y no estaba pensando—

—¡Que te jodan, es demasiado tarde para tus excusas! Si veo tu jodida cara después de hoy, te mataré. ¿Entiendes? ¡Te mataré!

21

BRUNO

Qué he hecho?

En el calor del momento, contarle a mi padre todo sobre Saoirse y mi investigación fue increíble. Me sentí como si tuviera diez años de nuevo, contándole todas las cosas fantásticas que había hecho en el colegio ese día. Pero su reacción fue cualquier cosa menos la cálida gratitud que esperaba. Ni siquiera recibí el frío elogio que esperaba por haber vigilado su espalda.

No, estaba furioso.

Pero no conmigo, y cada vez que recuerdo ese momento, me siento culpable. En ese instante, solo sentí alivio de que no estuviera enfadado con *mí*, cuando debería haberme enfadado a mi vez. Inmediatamente se volvió contra Saoirse y la acusó de ser la que había iniciado todo el problema. En los ojos de mi padre, Saoirse es una alimaña que ha metido sus garras en las partes más sórdidas del hampa y ha fingido toda esta investigación para asegurarse de que todas las miradas estén puestas en los italianos en lugar de en los irlandeses. Cada vez que intento decirle que está equivocado y que fui yo quien la buscó, no me escucha. No le importa que yo

haya oído hablar de estos crímenes por primera vez en prisión, está convencido de que todo es parte de su plan.

Luego la acusó de haberme elegido porque sabía que sería el débil marginado, lo cual me pareció un leve insulto, pero no tuve espacio para decirle que la única razón por la que soy un marginado es porque él se cerró ante mí hace años hasta el punto de que fui a *prisión* para intentar recuperar su amor.

La semana pasada fue un infierno. Mi conversación con mi padre explotó en una reunión de emergencia con Rocky quien, al principio, parecía completamente incrédulo ante la historia que mi padre había urdido sobre Saoirse y los irlandeses. Pero el fervor con el que habló y la forma en que presentó lo que yo le había contado incluso me hizo creerlo por un momento.

¿He sido engañado todo este tiempo? ¿Tropecé con un círculo de tráfico humano en manos irlandesas y la única razón por la que Saoirse se asoció conmigo fue para mantenerme en el camino equivocado? ¿Ha sido todo una estratagema este *tiempo*?

Para cuando la reunión terminó y Rocky había ordenado que cortáramos los lazos con los irlandeses hasta después de la boda, casi lo creía. Hasta que volví a mi habitación de motel y me recosté sobre una almohada que todavía olía a ella.

A Saoirse.

¿Cómo diablos ocurrió todo eso? ¿Por qué abrí la boca? Seguramente no estoy tan desesperado por la aprobación de mi padre como para haber arrojado a Saoirse bajo el autobús a la primera oportunidad. No quise que sucediera como sucedió. Cuando el sueño no llegó, intenté contactar a mi padre y aclarar las cosas, pero ya era demasiado tarde.

Planeé hablar con ella antes de la boda, pero llegó tarde, y para entonces ya todo estaba al descubierto.

Una media verdad que ha destruido la paz entre los italianos y los irlandeses. La traición en sus ojos dolía más que mil cuchillos, pero más que eso, el dolor en su rostro me mató. Después de que se fueron, hice todo lo posible por aclarar las cosas.

Pero nadie escuchaba.

Cada vez que lo intento, me encuentro con simpatía como si fuera solo el tipo tonto al que Saoirse engañó. Las amenazas susurradas y la desconfianza hacia los irlandeses se propagaron como un incendio y nadie me da suficiente tiempo para explicarme. Rocky y Sarah todavía se van de luna de miel y Matteo desaparece hacia Italia para ocuparse de algunos problemas en el extranjero, lo que deja a mi padre a cargo. Tiene órdenes estrictas de no actuar contra los irlandeses en nada que no sea de naturaleza retaliatoria hasta que Rocky regrese, pero eso no le ha impedido convertirse rápidamente en el rey de la montaña.

Al menos me está dejando quedarme en la mansión por un tiempo.

—¿Papá? —llamo suavemente a la puerta de su estudio y contengo la respiración mientras espero a que cuelgue su llamada. No habla. Simplemente me mira y luego hace un sonido de conformidad en la garganta antes de colgar.

—Pasa.

—Papá, quiero hablar contigo sobre Saoirse.

—No otra vez —gruñe—. Cualquiera diría que estás enamorado de esa maldita chica.

Ambos hacemos una pausa y una tensión inesperada recorre mi pecho. Domenico levanta la mirada y sus ojos se estrechan.

—No lo estás, ¿verdad?

—No —respondo rápidamente.

Su expresión no cambia. —Joder. Lo estás.

—¡No, no lo estoy! —Mi voz se eleva ligeramente y mis mejillas se calientan al escuchar lo irritante que suena. No he tenido mucho tiempo para procesar exactamente cómo me siento por Saoirse, más allá de la admiración y un enorme flechazo, pero ¿amor? No. Ni hablar.

—Lo eres, se nota. No me extraña que te haya tomado el pelo. —Se burla de sí mismo y dirige su atención a un montón de documentos que tiene delante. —El coño es la mayor debilidad de un hombre.

—No es—

—¿Te la follaste? —Sus ojos se clavan en mí y me quedo petrificado, incapaz de moverme o pensar bajo el peso de una acusación tan abrupta.

—Quiero decir—

—Basta. No necesito detalles.

¿Soy tan obvio? —No es por eso por lo que la estoy defendiendo, padre. De verdad creo que no has entendido lo que intentaba decirte.

—No —dice de manera tajante—. No creo que sea así. Es simple, Bruno. Ella se aprovechó de ti y voy a llegar al fondo de esto. Es *mi* nombre el que ha estado arrastrando por el fango y susurrando en conexión con algo tan atroz como el tráfico de personas. Tú sabes cómo funciona este mundo, Bruno. Rumores como ese pueden *matar* a un hombre.

—Pero en la cárcel—

—Escucha. —Me corta de nuevo—. Necesito que hagas algo por mí.

Dudo, las palabras pesan en mi lengua pero logran escaparse.

—Con Rocky fuera y mucha de mi gente trabajando con los irlandeses, han quedado algunos puestos libres y necesito a alguien

de confianza, alguien que realmente me apoye para vigilar el próximo cargamento que llegue por aduanas. ¿Estás dispuesto?

¿Alguien… de confianza?

Y así, de repente, me convierto en el número uno de mi padre y se siente genial. Incluso Mary está contenta por mí y, durante unos días, realmente parece que nuestra familia está empezando a encarrilarse de nuevo. Papá me mantiene constantemente ocupado y, para cuando me desplomo en la cama cada noche, estoy tan agotado que no tengo tiempo para pensar en nada más.

Pero Saoirse está en mis sueños.

Y en mis pensamientos cuando estoy sentado en un semáforo en rojo esperando a que el estúpido conductor delante de mí arregle su neumático para que podamos salir de aquí. Todavía necesito arreglar esto. Necesito mantener la cabeza fría y arreglar esto.

Comprensiblemente, Saoirse no responde a ninguna de mis llamadas o mensajes, y después del tercer intento, me bloquea. Lo intento de nuevo con números diferentes, pero no contesta. Su mensaje es claro.

Pero necesito hablar con ella. Necesito explicarle adecuadamente que fui tonto y me dejé llevar por calmar un dolor que he arrastrado durante catorce años. Y luego quiero asegurarle que arreglaré todo y que podremos volver a la normalidad, cazando al verdadero culpable detrás de todo este lío.

Recuperaré a mi familia, ella limpiará su nombre y el tratado italo-irlandés volverá a ser como era.

Tiene que ser así.

Si tan solo pudiera ponerme en contacto con ella.

Cuando todos mis intentos desesperados fracasan, recurro a Mary, que es mucho más hábil en este tipo de cosas que yo. Si bien la mayoría de nosotros hemos sido entrenados hasta cierto nivel en

secreto y en cubrir nuestras huellas, Mary nunca lo ha sido. Sus habilidades residen en las redes sociales y la deducción, algo que solo puedo desear tener. Ella simplemente *sabe* cosas sobre la gente, cosas que parecen dolorosamente obvias cuando las señala.

Con su ayuda, elaboro un diario de posibles lugares donde puedo encontrarme con Saoirse de manera natural y obligarla, de una manera no tan gentil, a tener una conversación conmigo. Es mi último intento por arreglar el caos que he causado.

Con la repentina carga de trabajo de mi padre y el secreto que Saoirse mantiene en su día a día, no logro encontrarla hasta una cálida tarde de agosto, donde finalmente la veo por casualidad. Estoy pasando frente al Black Ox con un cargamento y la veo entrando con su hermano gemelo, Cian. Casi me detengo en seco en la calle y la sigo, pero lo último que necesito es que un retraso en la entrega alerte a mi padre sobre mis planes. Así que continúo trabajando después de dejar a un guardia al otro lado de la calle para vigilar el Black Ox.

Para cuando he entregado los palés al almacén, ha pasado una hora y vuelvo corriendo al Black Ox con el corazón acelerado todo el camino. ¿Quién sabe cuándo tendré otra oportunidad de encontrar a Saoirse y hablar con ella?

Llego un poco después de la medianoche. Mi guardia me asegura que nadie ha salido del bar desde que lo dejé allí. Relevándolo de su deber, me acomodo en la sombría entrada y espero.

Un poco después de la una de la mañana, Saoirse finalmente sale del Black Ox. Hay una leve sonrisa en su rostro y me quedo atrás, esperando a ver si su hermano la sigue. Ella permanece sola. Camina por la calle con el pelo recogido hacia un lado sobre su hombro y su postura aparentemente relajada.

La sigo a distancia del otro lado de la calle. ¿Esto me convierte en un acosador? Probablemente. Pero habrá valido la pena si puedo hablar con ella y arreglar las cosas. Me disculparé hasta quedarme

sin aliento, me arrodillaré y rogaré por perdón, demonios, en este punto haré todo lo que esté en mi poder para compensarla. Solo necesito una oportunidad, un momento de su tiempo y—.

Me detengo en el borde de la acera y miro hacia la calle vacía por la que la vi girar hace solo unos segundos. No hay un alma a la vista.

¿Dónde diablos se ha metido?

No hay callejones ni coches, y no escuché ningún vehículo que pudiera haberla recogido y desaparecido en diez segundos. Incluso si hubiera corrido, todavía la habría visto. ¡¿Dónde diablos se ha metido?!

Un puñetazo impacta contra mi mandíbula, haciéndome caer al suelo, donde aterrizo en medio de la calle abierta.

Saoirse se para sobre mí, claramente furiosa. —¿Por qué *mierda* me estás siguiendo, gilipollas?

22

SAOIRSE

Volver a verlo después del desastre absoluto que causó es más doloroso de lo que esperaba. Él yace en el suelo frente a mí con una mano levantada, preparándose para mi próximo golpe, pero no llega. Ya está en el suelo y ahí es exactamente donde merece estar.

—Saoirse—

—¿Y bien? —espeto, apenas capaz de contener la ira que me recorre como el ardor de una fiebre—. Te advertí que te mantuvieras *jodidamente* alejado.

Desde el desastre explosivo en la boda de Rocky, mi vida ha sido un caos. Cormac nunca había estado tan enfadado conmigo y apenas puede mirarme. Todo su tiempo lo pasa apagando fuegos y las innumerables familias pequeñas bajo nuestra tutela no entienden por qué jodimos el acuerdo italiano/irlandés que era tan bueno para todos. Mis relaciones con Bruno salieron rápidamente a la luz, lo que hizo que Cormac se enfadara aún más porque dejé que mis sentimientos se interpusieran. Desde su punto de vista, si no me hubiera sentido atraída por Bruno, nunca habría permitido que ocurriera semejante desastre. La única persona que está de mi parte

es Cian, pero lo hace a regañadientes ya que también está cargando con muchas críticas y con todas las preguntas sobre quién está realmente detrás del tráfico de personas.

O si siquiera es real.

Siento que este capullo me ha llevado de paseo por una búsqueda inútil y, encima de todo, todavía no he encontrado a las mujeres desaparecidas, así que ni siquiera tengo espacio mental para pensar en mi propio bebé.

Su bebé.

Una revelación que estaba tan emocionada de compartir después de que Cian descubriera su identidad. Ahora no es más que una cruel broma.

—Lo hiciste —jadea Bruno mientras se pone de pie—. Pero Saoirse, de verdad necesitamos hablar.

—¡No me digas lo que necesito! —Con mi bebé en mente, arremeto contra Bruno en cuanto se acerca un paso más. Mi puño vuelve a chocar contra su mandíbula, pero él sigue intentando acercarse. Estalla una pelea entre nosotros, donde Bruno adopta una postura más defensiva ante mis golpes, pero no capta el mensaje y sigue intentando hablar conmigo.

—¡Por favor, Saoirse, déjame explicarte!

—¡No quiero escuchar tus explicaciones de mierda! Pasé semanas, malditas semanas contigo, persiguiendo historias de fantasmas y tratando de ayudarte a limpiar el nombre de tu padre, ¡y a la primera oportunidad que tienes, la usas para congraciarte con él y pintarme como una psicópata! No creas que no he oído lo que está pasando.

—¡Solo conoces la mitad de la historia! —afirma mientras esquiva un puñetazo y desvía otro con el codo.

—¿Cómo tu padre solo conoce la mitad de la historia? Sé muy bien lo que están diciendo. Están diciendo que soy yo la que trafica con personas y que he enredado al pobre hijo descarriado de Domenico. Que lo he seducido con mi cuerpo para alejarlo de la verdad. ¡Cuando la única razón por la que estaba en esa maldita pista era por ti! —Grito cada vez más fuerte mientras las semanas de rabia contenida estallan—. Estaba tratando de ayudarte. Estaba trabajando *contigo*. Me apiadé de tu patético estado y te escuché sobre la Tríada, ¡y ahora mira!

Bailamos calle abajo, intercambiando golpes, pero nada de lo que él lanza tiene mucha fuerza detrás, y cualquier cosa que intento aterrizar es defendida. No puedo arrojarme sobre él como quiero por el bebé. Un bebé del que no tengo ni idea de qué voy a hacer, pero está tan bajo en mi lista de prioridades urgentes.

—¡Lo sé, lo sé! —exclama Bruno—. Todo se descontroló tan rápido. Cuando terminó el tratado, todo se estaba desmoronando y nadie me escuchaba. A mi padre se le metió en la cabeza que tú intentabas arruinarlo y, después de lo que le pasó a Mary y el escándalo de Noah, quiere ser proactivo.

—¡Proactivo con malditas mentiras y medias verdades! —grito—. A nadie le importan las drogas, las mujeres desaparecidas ni siquiera los cargamentos de armas que se están perdiendo. Lo único que importa ahora es demostrar que no son ellos los que tienen las manos manchadas en el negocio de la piel, y de repente todos nos están culpando. Por tu culpa. Se supone que íbamos a trabajar juntos.

Mi último puñetazo le da en el riñón y él retrocede tambaleándose, pero no lo sigo. Estoy agotada. Entre ver cómo mi familia se desmorona por mi error de confiar en este hombre y pasar todo el día intentando tranquilizar a las familias más pequeñas de que Cormac todavía es apto para ser el líder, estoy acabada.

—Por favor, estoy intentando arreglarlo. Mi padre me tiene trabajando—

—Me importa una mierda— gruño, jadeando—. Aléjate de mí.

—¡Puedo arreglar esto! Lo siento, ¿vale? Lo siento muchísimo. Me enredé tanto en mi propia cabeza y en mis problemas con mi padre que hablaba sin pensar. No puedo explicarlo. Era como si todo lo que quería estuviera de repente frente a mí, y era un niño otra vez. He estado intentando corregir las cosas y todavía estoy indagando porque sé que tu familia no está detrás de esto. Sé que algún cabrón por ahí estará usando este discurso para promover su propia agenda y lo siento. Es mi culpa. Totalmente mi maldita culpa y estoy intentando arreglarlo. *Por favor*, déjame arreglarlo.

Retrocedo, con el corazón acelerado y el ardor de la ira en mi piel que lentamente se desvanece. Al menos es consciente de lo mucho que la ha cagado. —Entonces arréglalo— le digo, escupiendo las palabras—. Pero eso no tiene nada que ver conmigo, ¿lo entiendes? Nada.

—No, Saoirse, por favor. Te necesito.

—¡Vete a la mierda, no me toques!

Él intenta agarrarme y su mano rodea mi muñeca. Es fácil soltarme de su agarre, pero no deja de acercarse a mí.

—Saoirse, por favor, necesito que me escuches. Sé que causé esto y quiero arreglarlo, pero más allá de eso, siento mucho haberte lastimado.

—No. —Puedo manejar hablar sobre las mentiras y los rumores, y la brecha que se está formando entre nuestras familias. Incluso puedo manejar hablar sobre la boda, pero no puedo lidiar con nada más. En el momento en que empiezo a pensar en cómo me sentía por él, y en cómo pensé que finalmente había encontrado a un buen hombre, el dolor en mi corazón se vuelve abrumador.

—Sé que te lastimé porque sé que te importaba. Y a mí también me importabas mucho. Me parte el corazón saber que he causado esto y

no puedo explicar nada si no me das una oportunidad. Eso es todo lo que pido. Por favor, Saoirse, por favor.

No deja de hablar. Bruno sigue caminando hacia mí con esa mirada sincera de cachorro y todas esas palabras sobre darle una oportunidad para hablar. Una oportunidad para escuchar.

Y una parte de mí quiere hacerlo. Una parte de mí a la que definitivamente no debería hacer caso porque no nos hará ningún bien. Volver a esto no me traerá más que dolor.

Pero él no se detiene.

No puedo respirar.

A pesar de estar en medio de la calle, siento como si las paredes se cerraran a mi alrededor y el aire se volviera demasiado espeso para respirar. Mi pecho duele por lo fuerte que late mi corazón y un temblor constante recorre mis piernas.

No puedo.

No puedo escuchar.

No puedo hacer eso.

El reflejo me hace sacar mi arma. —Bruno, no te lo diré otra vez. Te advertí lo que haría.

—No lo harás— dice, y su confianza me enfurece—. Si lo hubieras dicho en serio, ya lo habrías hecho.

Odio que tenga razón, pero esto tiene que terminar. —No vuelvas a contactarme. No intentes verme de nuevo. Déjame en paz, Bruno. Esto se acabó.

Da un paso adelante y algo en su movimiento me hace retroceder bruscamente para evitarlo.

Pero mi tacón se engancha en el bordillo y, al tropezar, el arma se dispara.

23

BRUNO

Todo está caliente.

Demasiado caliente.

Saoirse está frente a mí con la sonrisa más triste que he visto. Intento alcanzarla, pero algo pesa sobre mis manos y no puedo levantarlas lo suficientemente rápido. Las palabras se atascan en mi garganta y arden por lo desesperado que estoy por decir algo, *lo que sea*, para que ella me hable, pero cuando abro la boca, no sale nada.

Sus ojos se cierran y las lágrimas ruedan por sus mejillas.

Un oscuro remordimiento me consume hasta que no existe nada excepto un calor que se aprieta repetidamente alrededor de mi mano izquierda. Es lo único en lo que puedo concentrarme, así que ahí va mi atención hasta que un extraño pitido repetitivo capta mi atención. Se hace más y más fuerte con cada segundo que pasa, a veces cambiando de ritmo, pero principalmente volviendo al mismo compás.

Hasta que abro los ojos.

Una luz brillante apuñala mis globos oculares y los cierro de nuevo con un gemido, lo que hace que el calor alrededor de mi mano se apriete dolorosamente.

—¿Bruno? —La voz preocupada de Mary atraviesa la niebla que flota en mi mente. —¡Bruno!

Mary. Ella está aquí. ¿Dónde es aquí?

¿Dónde estoy?

La segunda vez que abro los ojos, me reciben paredes blancas color cáscara de huevo, persianas de listones colgando frente a una ventana cuadrada, el rostro preocupado y lleno de lágrimas de Mary flotando a mi lado, y justo detrás de su cabeza, varias máquinas que detallan información que apenas reconozco.

—M-Mary —balbuceo.

—¡Oh, gracias a Dios! —Cierra los ojos, lo que hace que las lágrimas caigan. —¡Tenía tanto miedo de que nunca despertaras!

—¿Dónde…? —¿Qué pasó? Lo último que recuerdo es que estaba con Saoirse. —¿Qué pasó?

—Oh, Dios —Mary solloza—. No puedo creer que estés despierto. Pensé que finalmente te habían atrapado. Después de *todo*, ¿por qué no nos dejan en paz?

Mi visión se aclara con cada parpadeo y agarro la mano de Mary con toda la fuerza que puedo. —¿Qué?

—Esa *zorra*, Saoirse —escupé Mary entre lágrimas—. ¡Intentó matarte!

No hay forma de que eso sea verdad, ¿verdad? Mi ceño se frunce mientras trato de recordar exactamente lo que pasó la última vez que estuve despierto, pero está todo nublado. —Mary, no creo que—

—¡No intentes defenderla! —Mary se apresura, sujetando mi mano entre las suyas. —¡Acabo de recuperarte y ella casi te arrebata de

nuevo!

—Cuéntame… cuéntame qué pasó.

Se enjuga las lágrimas, toma varios pañuelos de la caja que descansa en la mesita de noche y los aprieta contra su rostro. —¡Te disparó y te dejó por muerto en la calle, eso es lo que pasó!

Me vuelve vagamente.

Saoirse ordenándome que me alejara. La abrumadora realización de que esta sería la última vez que hablaría con ella. La necesidad de hacerla escucharme y la desesperación por no perderla. Pero ella seguía diciéndome que me fuera y yo… yo… *mierda*.

Fui un imbécil.

Recuerdo el arma en su mano, pero los eventos posteriores están bloqueados por la oscuridad y el calor.

¿De verdad intentó matarme?

—Mierda —croo—. No lo entiendo…

—Todo lo que necesitas entender —dice la voz profunda de mi padre desde la puerta— es que has hecho algo grandioso al recibir dos balazos por mí y por esta familia.

¿Dos balazos?

—¿Padre? Mirando más allá de Mary, Domenico está en las sombras, pero cuando nuestras miradas se encuentran, camina hacia adelante.

—Estoy orgulloso de ti, hijo.

Probablemente sean las drogas, pero esas palabras crean instantáneamente un calor difuso detrás de mis ojos que se siente como si me estuviera ahogando. Mi corazón palpita y un extraño pero reconfortante calor recorre mi pecho.

—Papá —digo con voz ronca.

—Dos balas. Eso es algo enorme que soportar por esta familia —dice con firmeza—. Y sobreviviste. Si eso no es una demostración de fuerza, entonces no sé qué lo es.

—Te lo dije —llora Mary—. Te dije que estaría bien. Es fuerte, papá. ¿Ves? ¡Ahora deja de ser tan cabrón con él, por favor! No me importa por qué, si es porque sois hombres o qué, pero papá, por favor, quiero que volvamos a ser una familia. No lo excluyas de nuevo, ¡por favor!

Sus palabras hacen eco de la esperanza en mi propio corazón y, para mi sorpresa, Domenico parece estar de acuerdo.

—Ha sido… una llamada de atención, por decir lo menos. Una cosa es que los irlandeses esparzan rumores sobre nosotros cuando ya estamos recogiendo los pedazos después de varios años malos, pero ¿que vayan tras mi hijo? ¿Que te disparen y te dejen por muerto como a un perro en la calle? —La ira impregna sus palabras y agarra el respaldo de la silla de Mary—. No voy a *tolerar* esto.

Mary se gira y coloca su mano en su brazo, intentando calmarlo. —No hablemos de ellos entonces. Déjame ir a decirle al doctor que está despierto. ¡Han sido cuatro días y estaba tan preocupada! —Se levanta y se inclina sobre mí, dándome un beso húmedo en la frente —. Me alegro tanto de que estés bien, Bruno.

—Gracias, hermana.

Después de que se va, Domenico se acerca al pie de mi cama y agarra la barandilla. —Esto —dice, sacudiendo la cabeza—. Esto significa *guerra*.

—Papá…

—No, hijo. Intentaron arrebatarte de mí. Sé que no he sido el más cariñoso desde que regresaste. En verdad, después de que tu madre murió, me encerré en mi dolor y cuando volviste, fue un recordatorio

de cómo había fallado como padre. Pensé que tenía tiempo suficiente para arreglar eso, pero ¿enterarme de que te dejó por muerto en la calle? ¿Mi único *hijo*?

Nunca le había oído hablar con tanta fuerza sobre mí antes y la neblina tras mis ojos amenaza con convertirse en lágrimas. —Estoy bien —digo con voz ronca, mirando hacia abajo las vendas que cubren mi pecho—. Estoy vivo.

—Sí —dice, aspirando profundamente para controlarse—. Lo estás. Y cuando estés de pie, completamente recuperado… creo que es hora de que te ponga al tanto de algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas importantes, hijo. Ya lo verás. Pero más tarde, te lo prometo. Por ahora, tienes que centrarte en mejorar. Solo… confía en mí. Todo lo que hago, todo lo que he hecho siempre ha sido por esta familia. Y lo verás. Pronto.

Me siento como si estuviera flotando y una sonrisa se escapa de mi rostro sin poder evitarlo.

Esto es. Finalmente, esto es.

Mi padre se está acercando a mí y estoy tan preparado.



La recuperación es rápida, ya que ninguna de las balas atravesó nada importante. Mi médico me advirtió que tuviera cuidado con las actividades extenuantes, pero me aseguró que si seguía mi plan de tratamiento, me recuperaría por completo. Una semana después, estaba de nuevo al volante, entregando lo que mi padre necesitaba donde él lo quería. Mientras que antes mis rutas implicaban recoger en aeropuertos, las nuevas me llevaban a un laberinto de almacenes en el centro de la ciudad y transportaba contenedores hasta los muelles y viceversa. Domenico me dice que son las últimas armas de

los irlandeses y los cargamentos de drogas que estamos enviando a un mercado europeo sin explotar. Tiene sentido, ya que Matteo está ocupado en Italia, así que hago lo que me pide mientras me pregunto si este es el trabajo en el que me va a involucrar.

El trabajo me mantiene ocupado y la recuperación es rápida y fácil, pero Saoirse nunca está lejos de mis pensamientos. Me entero de pequeños conflictos que estallan en las fronteras de los territorios italiano e irlandés, y escucho historias de personas que reciben el poder de su puño cuando se pasan de la raya, pero nadie más termina con una bala en su cuerpo. Solo yo. Hace que parezca un ataque dirigido, y aunque mi memoria de esa noche sigue siendo confusa, mi instinto me dice lo contrario.

Ella estaba enfadada. Dolidá. Si me disparó intencionalmente, entonces sé que no quería matarme. Estaba siendo un completo y absoluto imbécil con ella, demasiado atrapado en mi propia necesidad desesperada de disculparme sin considerar lo que ella quería de esa situación. De mí.

Ahora es agua pasada, por mucho que odie esa conclusión.

Saoirse y yo hemos terminado.

Mis sentimientos por ella, aunque siguen siendo tan fuertes como siempre, se convierten en una fuente de dolor, ya que sé que nunca la volveré a ver. Arruiné lo que teníamos. Lo único decente en mi jodida vida. El lado positivo son las cenas nocturnas con Mary y mi padre, y dormir bajo el techo de la mansión como si perteneciera allí.

Es lo que quería. Es lo que me correspondía y, sin embargo, cuando estoy solo por la noche con solo mi conciencia como compañía, no siento más que culpa.

—¿Bruno? —La voz de Mary me saca de mis pensamientos justo a tiempo para frenar en un semáforo en rojo.

—Estoy aquí, perdón. Distraído.

—¿Mientras conduces? —Chilla y escucho el sonido de tela moviéndose al otro lado de la llamada—. ¡Ten cuidado!

—Lo estoy. Estaba distraído *por* conducir. —Una mentira piadosa—. Así que estoy bien. ¿Qué decías?

—Te estaba *preguntando* si habías sabido algo de papá porque no ha llegado a casa.

Miro el reloj. Las tres de la mañana. —¿Segura?

—Ajá. Me quedé despierta, pero nada.

—¿Intentaste llamarlo?

—Sip. Nada.

—Quizá está ocupado.

—Siempre está ocupado—, refunfuña mientras sigo conduciendo—. Pensaba que trabajar juntos significaría que la carga de trabajo se aliviaría y vería más a los dos.

—Quizá pronto. Honestamente, no creo que confíe del todo en mí todavía, así que solo intento mantenerme fuera de problemas y demostrarle que soy confiable.

—Escuché lo que te dijo en el hospital—. Su voz se vuelve más baja —. Sobre mamá.

—Mmm.

—¿Lo odias por eso?

La pregunta me toma por sorpresa mientras entro en el aparcamiento del muelle. —¿Por qué lo odiaría?

—No sé—, suspira—. Pasaste tanto tiempo intentando llamar su atención, pero ¿no lo odias por habértela negado desde el principio? Yo lo haría.

¿Lo odio? Ella plantea un punto interesante. He pasado mucho tiempo intentando caerle bien, pero ¿por qué *tuve* que hacer todo el trabajo?

—¿Bruno? —Clarke, el guardia nocturno, me saluda—. ¡La bahía dieciséis es para ti!

—Entendido. Gracias. —Siguiendo adelante, reflexiono sobre la pregunta de Mary mientras ella tararea suavemente—. Supongo que nunca lo pensé realmente.

—¿En serio? Incluso con todo ese tiempo en prisión.

—Sí. Estaba bastante ocupado allí.

—Sí. —Bosteza fuerte y se queja—. Bueno, solo quería preguntarte por papá. Estoy cansada. Buenas noches.

—Buenas noches, Mary.

—¡Te quiero! —Cuelga antes de que pueda responderle y la cabina se sumerge en la oscuridad mientras me detengo junto a la bahía dieciséis.

Me toma veinte minutos transferir toda la documentación y firmar los contenedores que he entregado. Los chicos del turno nocturno parecen medio dormidos, pero no estoy de humor para regañarlos. Mis heridas todavía están sensibles, y es una noche tranquila. ¿Qué más da si se toman su tiempo? Después de firmar todo lo que necesito para que esto parezca oficial, camino lentamente de vuelta por la bahía dieciséis mientras marco el número de Clarke. Necesita llamarme un taxi ya que no tengo transporte de vuelta a la ciudad.

Justo cuando estoy a punto de marcar, un suave golpe apagado llama mi atención. Me detengo en seco en la bahía y entrecierro los ojos para escanear la oscuridad de los contenedores apilados, listos para ser arrastrados al próximo barco y enviados al extranjero.

Nada llama mi atención entre las sombras, pero justo cuando estoy a punto de seguir adelante, ocurre de nuevo. Un suave golpe,

repetido esta vez en un patrón incoherente y luego algo que se asemeja al chillido herido de un animal.

¿Un perro entró en el patio? No sería la primera vez. Dejando la llamada, enciendo la linterna de mi teléfono y me dirijo hacia los contenedores que acabo de dejar. El ruido se vuelve más fuerte, pero no es hasta que paso por la puerta de uno que me doy cuenta.

El ruido no viene de un animal atrapado en uno de los huecos. Viene de dentro.

Mi padre fue claro con sus instrucciones. Conduce, entrega y vete. Eso es todo.

Nada más.

Pero si un animal se ha colado dentro de uno de estos, no puedo dejarlo. El pobre moriría en medio del océano. Agarro el cerrojo de metal en la parte inferior de la puerta, lo deslizo hacia arriba y uso mi limitada fuerza debido a mis heridas en proceso de curación para abrir la puerta unos centímetros. Espero a medias que un perro salga disparado tan pronto como se abra la puerta, pero no sale nada.

Los golpes continúan ahora, mucho más fuertes que antes.

Dirigiendo la luz de mi teléfono hacia dentro, echo un vistazo alrededor de la puerta esperando ver cajas y más cajas de armas, pero las cajas solo están apiladas en un lado del contenedor.

En el otro lado, apenas visible en la parte trasera del contenedor, hay una mujer con sangre corriendo por su rostro desde una herida que se ha hecho en la frente al golpearse repetidamente contra la pared del contenedor.

Una mujer con tatuajes de rosas en un brazo.

24

SAOIRSE

"Saoirse —Cian golpea ligeramente la puerta con los nudillos, luego se apoya en el pomo y la abre lo suficiente para que un rayo de luz atraviese la habitación—. ¿Estás despierta?

Miro el reloj. Pasadas las diez.

Debería haberme levantado hace horas, pero cada vez es más difícil enfrentarme al mundo. Cormac está enfadado conmigo. Los italianos y los irlandeses siguen enfrentándose, y yo le disparé accidentalmente a Bruno. Un accidente que se ha convertido en munición contra nosotros, a pesar de que lo llevé al hospital e hice todo lo posible para asegurarme de que recibiera el mejor tratamiento.

—Ten cuidado —murmuro en mi almohada—. No querrás estar cerca de mí. Soy un gafe.

—Ah, a la mierda con eso —Cian abre la puerta de par en par y entra sin más. Sigo el sonido de sus pasos pesados cruzando la habitación hasta que se deja caer sobre mis piernas al final de la cama—. Vamos, Saoirse. Esto no es propio de ti. Nunca te he visto hundirte, ni una sola vez.

—Esto es diferente.

—¿Lo es? —Su mano se posa sobre el edredón, justo encima de mi rodilla—. Háblame. Estoy preocupado.

—¿Por qué? —Abro un ojo y lo miro a través de la tenue luz que lucha por colarse por las rendijas de mis cortinas opacas—. ¿No deberías estar ocupado con Cormac?

—A la mierda Cormac —responde con suavidad—. Noto que estás sufriendo. Quiero ayudarte y estoy harto de que me excluyas. ¿Desde cuándo hacemos eso?

Tiene razón. Como gemelos, hemos sido inseparables desde que tengo memoria, y convertirnos en adultos no cambió eso. Hasta ahora. Lentamente, me incorporo y un suspiro profundo escapa de mí.

—Si te lo cuento, tienes que prometerme que no vas a reaccionar.

Cian arquea una ceja —Raro, pero de acuerdo.

—Lo digo en serio, Cian. Ni una palabra. No se lo digas a nadie.

—Por supuesto —se vuelve serio, levanta una mano y mueve el meñique—. Lo prometo.

No lo hemos hecho desde que éramos niños, pero ahora parece apropiado. Engancho mi meñique con el suyo y lo aprieto, luego me incorporo completamente y me acomodo contra las almohadas.

Le cuento todo. Desde cómo Bruno y yo nos conocimos, la pelea que tuvimos y el acuerdo de trabajar juntos, la investigación que Cormac me dio permiso para liderar, las mujeres que encontramos en la casa y la extraña conexión con la Tríada china. Lo expongo todo con cada detalle, incluida mi nueva sospecha, que ahora parece un hecho.

—Es él —digo en voz baja—. Tiene que serlo. No hay ningún maldito misterioso usando su nombre para ganar influencia o

aprovechándose de una familia italiana debilitada. Es él. Domenico. Es el que está al mando y no sé cómo se nos pasó por alto.

—¿Estás diciendo que no hay montaje?

—No. Domenico es el líder de la red de tráfico o trabaja para la persona que lo es. En cualquier caso, es la única explicación. ¿Por qué si no estaría tan empeñado en volver a Rocky en contra nuestra y hacer que parezca que somos nosotros los que estamos metidos en mierdas turbias? Cualquier otra persona haría todo lo posible para limpiar su nombre, pero él no. Está redoblando la apuesta.

—¿Y Bruno? —La expresión de Cian se tuerce mientras procesa todo —. ¿Crees que él lo sabía?

—Yo… —Bruno. Mi pecho se oprime solo de pensarlo—. Ni idea. Pero sé una cosa. Estaba desesperado por la aprobación de su padre.

—¿Así que te traicionó para conseguirla?

Encojo un hombro —Creíble.

—Mierda —Cian se frota la nuca—. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Hay más —mi corazón late de repente como un tambor, cada vez más fuerte con cada segundo que pasa.

—¿Qué pasa? —Cian me mira con una mirada abierta y honrada. No me juzgará y lo creo.

—Estoy embarazada.

—¿Qué? —Casi salta de la cama—. ¿En serio?

—Cuatro meses, de hecho.

—No hay forma de que estés— espera, ¿cuatro meses? —Su mirada baja hacia mi vientre plano—. Pero pareces—

—¿Normal? Sí, el médico dice que es un embarazo críptico, así que el bebé está muy atrás.

—¿Quién coño es el—? —Se detiene y sus ojos se abren—. El maldito de la máscara verde. Es el padre, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y de repente las lágrimas calientan mis ojos. —No lo sabía. En ese momento solo era algo divertido, ya sabes. No estaba pensando. Solo estaba disfrutando de la fiesta y de la vida, y allí estaba ese hombre guapo y yo— Es como si se rompiera una presa. Las lágrimas inundan mis ojos y lo siguiente que sé es que estoy sollozando mientras Cian me abraza fuerte y me sostiene.

—Y es Bruno —dice Cian, acariciando mi pelo mientras lloro sobre su hombro—. Lo siento mucho, Saoirse. Lo siento.

Me abraza durante mucho tiempo mientras me aferro a su camisa y lloro todo lo que he estado reprimiendo durante semanas desde la boda de Rocky. El dolor de la traición de Bruno, la agonía de perderlo y darme cuenta de cuánto me gustaba, la vergüenza por lo que mis acciones han hecho a esta familia. Lloro como si tuviera diez años otra vez y Cian me está protegiendo de nuestro tiránico tío antes de que mamá se librara de él.

Cuando termino de sollozar, me duele la cara y tengo la garganta irritada. Tosiendo suavemente, me separo de Cian y lo aparto con delicadeza, pero él se queda cerca.

—Entonces —dice una vez que se asegura de que me he calmado—, ¿cuál es el siguiente paso?

Me enjugo las lágrimas, sonándome la nariz. —¿Eh?

—Voy a arreglar esto.

—No necesito que lo arregles, solo necesito que me escuches.

—Vale, cuál es *nuestro* siguiente paso. Voy a ayudarte, así que ¿cuál es el siguiente paso?

—No puedo pedirte que hagas eso. Cormac te necesita a su lado.

—Estoy a su lado, y tú también. Y cuando arreglemos esto, él lo verá y quien sea que haya causado esto enfrentará la ira de los irlandeses. Además, ¿tienes idea de lo que hará mamá cuando descubra que has estado corriendo por ahí embarazada? Así que dime, Saoirse. ¿Qué es lo siguiente?

Mi visión finalmente se aclara lo suficiente como para mirar a Cian a los ojos mientras intento organizar mis pensamientos. —Bueno… supongo que necesitamos descubrir la verdad sobre Domenico. ¿Es el líder de alguna oscura red de tráfico de personas o no?

—Correcto —dice Cian, golpeando suavemente su muslo con una mano—. Domenico entonces. Será mejor que ese cabrón sea realmente culpable, o realmente comprensivo si estamos equivocados.

Joder. Si estamos equivocados, le deberé una disculpa de las grandes.

~

Debería haber pedido ayuda a Cian antes. En un día después de haber llorado a mares sobre su hombro, ha destruido tres guaridas de la Triada en nuestro territorio y ha enviado a todos los líderes a interrogatorio. A la última me invita con una advertencia muy seria de mantenerme alejada.

—¿Quieres decirme cómo encontraste estos lugares? —De pie junto al maletero de su coche, reviso rápidamente el estado de mi pistola.

—¿Qué puedo decir? Estoy motivado —sonríe Cian—. No, en serio, solo seguí el dinero. Una cosa que noté después de que me explicaste todo es que faltaban armas y drogas, pero no dinero. Sé que Rocky podría haber sido lo suficientemente amable como para seguir pagando por lo que no se entregaba, pero si no tenías los manifiestos y los números de envío, mirar nuestras finanzas no diría *nada* sobre que algo faltaba.

—Me detengo mientras intento entenderlo. —¿Eh?

—Básicamente, quien haya estado robando las drogas y las armas mientras intentaba hacer que pareciera que simplemente se perdieron o algo así, lo ha estado haciendo de una manera que no afecta nuestras finanzas. Así que en la superficie no hemos perdido nada y tampoco los italianos. Haría falta alguien bastante alto en cualquiera de las organizaciones para asegurarse de que los ingresos no se vean afectados por el producto faltante, así que o están pagando la cuenta ellos mismos —lo cual no tiene sentido porque en ese caso, simplemente compran más— o están falseando las cosas para que parezca que todo lo que falta en realidad se entregó. Así que no hay producto faltante que rastrear.

—Pero tengo los números de envío y los números de serie de las armas faltantes. Sé que faltan.

—Claro que los tienes —dice Cian, entregándome otro cargador y cerrando el maletero—. Porque estabas mirando lo suficientemente de cerca como para ver las discrepancias. Piensa en esto así. Tienes helado en el recibo, la tienda tiene cámaras de seguridad de tú comprándolo y la caja está en el congelador, así que para todos los demás, parece que el helado está allí. Pero tú miraste dentro de la caja y viste que el helado ya faltaba antes de llegar al congelador. La mayoría asumiría que se comió *después* de llegar al congelador.

—Entonces, ¿alguien con suficiente poder para falsear números e información de envío significa…?

—Significa que podrías tener razón sobre Domenico y creo que la Triada son los que están comiendo el helado. Así que pedí un favor a un amigo y comencé a revisar las cuentas que los italianos usan para pagarnos, y algunas de ellas estaban haciendo pagos «imposibles de rastrear» a varias cuentas que resultan ser de la Triada.

—Si es Domenico, ¿es realmente tan tonto como para pagar a la Triada desde la misma cuenta que nos paga a nosotros?

—Si quiere mantener oculto el flujo de dinero, claro. Cada pago estaba disfrazado como algo relacionado con nuestra cuenta, así que, a simple vista, parecería que estaba pagándonos reparaciones por las drogas faltantes.

—Cian, si estamos en lo cierto respecto a esto, entonces sabes lo que significa, ¿verdad?

—Síp. —Cian suspira profundamente y saca su teléfono del bolsillo —. Cormac va a estar furioso. Ah, una cosa más. —Me entrega el dispositivo—. ¿Recuerdas los rastreadores que pusiste en esos cargamentos de drogas para intentar descubrir adónde desaparecían?

Asiento mientras miro fijamente su teléfono. —Espera, ¿todos esos cajas pasaron por aquí?

—Síp. Algo me dice que encontraron tus rastreadores y se aseguraron de que *esos* siguieran hasta su destino.

—¡Hijos de puta!

—Exactamente. Entonces, ¿estás listo para obtener algunas respuestas?

Le devuelvo el teléfono. —Oh, no tienes ni idea.

Con Cian a la cabeza, irrumpimos en el edificio de apartamentos con varios hombres armados del escuadrón de Cian. Inmediatamente toman los pisos superiores y, en cuestión de segundos, el edificio se inunda con disparos explosivos, gritos de hombres heridos y maldiciones de los enfurecidos Triadas. Conseguir a alguien para interrogar se vuelve mucho más difícil cuando cada persona con la que nos encontramos está decidida a matarnos o quitarse la vida, pero logramos acorralar a dos Triadas. Justo cuando lo hacemos, Cian derriba a un último hombre al pie de las escaleras y está a punto de noquearlo cuando vislumbro su rostro.

—¡Cian, espera! —Mi grito llega justo a tiempo y Cian desvía su potente puñetazo hacia el pecho del hombre, dejándolo sin aliento.

—¿Qué?

—Conozco a ese tipo. Stephen, ¿qué coño haces aquí?

Stephen está demasiado sin aliento para responder. Mientras los hombres de Cian aseguran el resto del edificio y mantienen a los dos Triadas bajo custodia armada, Cian arrastra a Stephen a una habitación adyacente y lo arroja al suelo.

—¿Quién coño es este tipo? —pregunta, sin aliento tras el tiroteo.

—Stephen. McCillon. Lo conozco de… hace unas semanas, cuando Cormac intentaba calmar algunas tensiones con familias más pequeñas después de la boda de Rocky. Stephen estaba aquí con su hermano, Angus, y estaban tan enfadados por… —Los recuerdos son confusos debido a la cantidad de personas con las que Cormac tuvo reuniones—. Ellos regentan ese bar, el Trébol, cerca de los muelles. Al parecer, a los italianos les gusta beber allí y la situación actual afectó sus ingresos.

—Entonces, ¿por qué coño está aquí? —Cian mira más allá de mí, hacia donde Stephen sigue jadeando en el suelo—. Yo me ocuparé de él, tú ocúpate del Triada. Avísame de lo que descubras.

—De acuerdo, ten cuidado.

Nuestros hombros se rozan suavemente al pasar y las puertas se cierran en nuestras respectivas habitaciones. Los dos Triadas a los que tengo que interrogar están gravemente heridos, y uno solo tiene unas pocas maldiciones antes de sucumbir a sus heridas de bala y morir justo frente a mí. El otro es mucho más fuerte, pero no resiste por mucho tiempo.

No muchas personas pueden aguantar cuando empiezo a hurgar en sus heridas de bala y lesiones. Hay algo enfermizamente antinatural en que alguien te abra el cuerpo con los dedos, y por más fuertes

que sean los Triadas, este tipo cede después de que tres de mis dedos cuidadosamente manicurados abren una herida en sus costillas.

No tiene mucho que revelar, solo que no maneja las drogas. Él se ocupa de las armas. Las roba de nuestros camiones y redirige los cargamentos al extranjero, solo que en lugar de regresar a una de nuestras instalaciones en México, las envían más lejos, como a China y Arabia Saudita.

Cuando termina de hablar, se desmaya y ordeno que lo lleven a uno de nuestros almacenes hasta que podamos sacarle más información. Cian se une a mí en el pasillo diez minutos después. Stephen está sentado en una silla en medio de la habitación, con la cabeza baja y la cara golpeada.

—¿Y bien? —pregunto—. ¿Qué coño estaba haciendo aquí?

—Honestamente, ni puta idea —masculla Cian, sacudiendo el dolor de su puño ensangrentado—. Este cabrón asegura que está endeudado y nada lo hará hablar. Hasta donde sé, los Triadas no ofrecen alivio de deudas.

—El último Triada que interrogué mencionó a los irlandeses. ¿Podría ser esa la conexión? —¿Estará este cabrón, nuestra propia sangre, trabajando con estos hijos de puta contra…?

—¡Cian, el teléfono! —Me lanzo más allá de mi hermano mientras Stephen sale disparado de su silla con un teléfono en la mano.

—¿Qué coño? ¡Yo lo registré!

—¡No lo suficiente!

Cian lo alcanza primero y derriba a Stephen al suelo. Aterrizan con un estruendo y el teléfono sale disparado de su mano, deslizándose por la madera y golpeando la pared del fondo. Lo alcanzo medio segundo después y lo recojo.

—¿A quién estabas llamando? —Al revisar las llamadas recientes encuentro una y solo una.

—¿Quién? —grita Cian, estrellando la cabeza de Stephen contra el suelo.

—¡A nadie! —logra decir Stephen, ahogándose.

—Mierda. —Marcando el número nuevamente, llevo el teléfono a mi oído.

—¿Qué coño quieres, Stephen? —gruñe una voz femenina con un marcado acento irlandés—. ¡Domenico quiere a estas chicas ya, no tengo tiempo para tus tonterías!

Mi corazón se hunde y mis ojos se encuentran con los de Cian mientras la furiosa diatriba de la mujer es tan fuerte que ni siquiera necesito el altavoz. Stephen se desploma bajo Cian, derrotado.

—Mierda —jadea Cian—. Tenemos que llamar a Cormac, ahora mismo.

25

SAOIRSE

Es toda la confirmación que necesitamos para saber que la sangre irlandesa está metida en este lío. Me había aferrado a la esperanza de que la Tríada estuviera mintiendo y solo intentara sembrar desconfianza entre nuestras propias filas, pero ahora no se puede negar.

—¿Qué chicas? —le ladro a Stephen—. ¿Qué putas chicas?

No me responde. En cambio, escupe un chorro de sangre en mi dirección mientras Cian lo levanta del suelo—. No te voy a decir una mierda.

—Ah. —No veo la hora de poder ocuparme de él como es debido—. Lo harás.

Cian lo arrastra fuera mientras yo vuelvo a la otra habitación con la Tríada y dos de nuestros guardias, pero me encuentro con una escena de carnicería cuando abro la puerta. Ambos guardias están muertos y la Tríada, a quien se creía inconsciente y demasiado débil para hacer otra cosa que no fuera sangrar, se alza sobre sus cuerpos con sangre goteando de su labio inferior y un cuchillo reluciente en su mano izquierda.

—¡Cian! —grito con cuidado, retrocediendo fuera de la habitación—. ¡Cian!

—¿Qué? —Su grito lejano desde fuera se corta de repente y, en una decisión rápida, salgo corriendo de la habitación donde está la furiosa Tríada y corro hacia afuera.

Es una carnicería.

Lo que queda de nuestro equipo está liado en una pelea con varios miembros de la Tríada china que salen de coches y furgonetas que debieron llegar durante el tiroteo en el interior del edificio, porque de otro modo habríamos oído los motores. Cian está en el suelo con la rodilla clavada en la espalda de Stephen, manteniéndolo pegado al suelo mientras dispara unas cuantas veces desde detrás del capó del coche tras el que se ha agachado.

—¡Cian!

—¡Saoirse! —Se gira hacia mí—. Llama a Cormac, dile que necesitamos... ¡joder, necesitamos a todos!

Mis manos se resisten a funcionar mientras intento sacar el móvil del bolsillo. ¿Cómo coño ha pasado esto? Fuimos cuidadosos, fuimos tan putamente cuidadosos. ¿Subestimamos a la Tríada?

¿Cómo coño llegaron aquí tan rápido?

¿Fue otra cosa?

Una sensación fría me recorre la espalda como un chorro de agua helada mientras un pensamiento se me viene a la mente mientras bajo las escaleras a toda prisa.

¿Nos tendieron una trampa?

Cian mencionó que todas mis drogas rastreadas pasaron por aquí. ¿Fue esto una trampa? ¿Acabo de meter a Cian en esto porque estaba demasiado metida en mis propios pensamientos para evaluar esto adecuadamente?

Al llegar al final de las escaleras, la puerta detrás de mí se abre de golpe y el hombre enloquecido, ensangrentado y armado con un cuchillo se planta en lo alto. Nuestras miradas se cruzan y el corazón me salta a la garganta.

De repente, se oye el chirrido de unos neumáticos. Me giro sobre mí misma y veo a Cian corriendo hacia mí con la cara desencajada y los ojos llenos de pánico, pero ninguna de sus palabras gritadas parece llegarme. Lo único que oigo es el coche y mi advertencia sobre el vehículo se me queda en la garganta.

No soy lo suficientemente rápida.

Un segundo, Cian está a unos metros de mí gritando, y al siguiente, está volando por los aires como una peonza cuando el coche lo lanza de sus pies.

—¡Cian! —grito hasta quedarme ronca.

Su cuerpo cae sobre el capó del vehículo y sus miembros se desploman rodando por el suelo, lo último que veo antes de que me tiren al suelo y varios de la Tríada se me echen encima. Lo que queda de nuestro equipo es rápidamente eliminado, se oyen gritos y amenazas, pero nada de eso importa. Lo único que veo es a Cian tirado en el suelo cerca de donde el coche se detuvo, su cara magullada y sangrante, y sus ojos cerrados.



El frío me despierta varias horas después, devolviéndome a la conciencia en una oscuridad absoluta. Todo duele. Recuerdo vagamente el golpe de unas botas contra mi cuerpo y una mano en mi pelo antes de que el mundo se oscureciera en el aparcamiento.

¿Dónde diablos estoy?

A pesar de los dolores que surgen por todo mi cuerpo al levantarme del suelo húmedo y apoyarme contra una pared igualmente fría y

húmeda, los ignoro. Ahora no es el momento de lamentarse. He estado en situaciones como esta antes y Cormac fue muy riguroso en nuestro entrenamiento para algo así.

Los sentimientos personales no importan.

El dolor no importa.

Revisarse, orientarse y escapar. Eso es lo que tengo que hacer.

Eso es lo que debería hacer.

Pero mientras registro mis bolsillos en busca de mi teléfono o algo que pudieran haber dejado, lo único en lo que puedo pensar es en Cian. La forma horrorosa en que su cuerpo se retorció al volar por el aire y el sonido enfermizo que hizo al golpear el capó del coche.

Estaba intentando alcanzarme. Estaba intentando salvarme de ese gilipollas con un cuchillo y descuidó su propia seguridad para hacerlo.

Yo hice esto.

Esto es *mi* culpa.

Mi boca sabe a hierro y, al tragar, noto una sensación de líquido que gotea por mi mejilla. Probando suavemente la zona con la lengua, gimo en voz baja. Mis dientes han desgarrado el interior de mi mejilla, pero, dado que todavía sangra lentamente, no puede haber ocurrido hace mucho. Quizá no llevo aquí tanto tiempo como temía. Recogiendo la sangre con un barrido de mi lengua, la escupo a un lado y luego miro fijamente en la oscuridad tratando de distinguir algo.

No hay nada. Esta habitación está completamente a oscuras.

Piensa, Saoirse. Piensa.

Hay casi demasiado en lo que pensar y cortar todo eso para mantenerme concentrada es doloroso. No puedo pensar en Cian, ni

en Cormac, ni en ese maldito Stephen y la llamada que hizo. Necesito centrarme en mí misma.

Necesito salir de aquí y lo demás vendrá después.

Empezando por el suelo, me muevo a gatas muy lentamente hasta que he localizado las cuatro paredes de la habitación y me he asegurado de cómo es el suelo. Sin trampas ocultas, solo piedra húmeda y lisa que retiene mucha condensación. Lo mismo ocurre con las paredes. Tres de ellas están húmedas y lisas, sin detalles definidos que pueda encontrar, pero la cuarta tiene una puerta.

Una puerta cerrada que cruje y chirría cuando tiro con fuerza del pomo. Cerrada. Por supuesto que lo está. Mi pelo está hecho un desastre pero no quedan horquillas de la pelea. Joder.

Tanteando el pomo de la puerta, estoy en el proceso de examinar la cerradura en la oscuridad cuando de repente hace un clunk y una vibración recorre toda la puerta. Entonces el pomo cede.

Apartando la mano rápidamente, me alejo justo a tiempo para que la puerta se abra de golpe y veo mi oportunidad.

En el momento en que la puerta está lo suficientemente abierta, me lanzo hacia adelante y salto mientras levanto la pierna lo más alto que puedo. Mi rodilla choca contra el esternón de un hombre que entra por la puerta y él grita sorprendido, luego gruñe cuando caemos hacia atrás en el pasillo bien iluminado. Él cae fuerte contra el suelo y yo golpeo con el codo tan fuerte como puedo el puente de su nariz mientras el segundo hombre grita.

—¿Qué cojones?

Rodando lejos del primero, le doy una patada rápida en la cabeza para asegurarme de que está inconsciente y luego me levanto de un salto. Mientras el segundo hombre lucha por sacar su pistola de la funda, corro hacia la pared y salto hacia arriba. Apoyándome en la pared con un pie, giro la otra pierna con toda mi fuerza y le doy una patada feroz en la cabeza. Él cae fuerte y yo aterrizo sobre él,

clavando mi rodilla en su garganta y dándole varios puñetazos en la cara.

Está fuera de combate, igual que el primero.

Cogiendo su pistola, miro alrededor. Estamos al final de un pasillo, lo que significa que solo tengo una dirección hacia la que ir. Espero que por donde vinieron estos cabrones sea la salida. Con la pistola en la mano, empiezo a correr lentamente por el pasillo hasta que un dolor en el estómago me obliga a tomar un respiro apoyada contra la pared.

Ayy.

¿Por qué me duele? ¿Es por la pelea? ¿El estrés? ¿Le pasa algo a mi bebé?

La cabeza me da vueltas y la visión se me nubla mientras me inclino, jadeando, contra la pared blanca iluminada por bombillas amarillas desnudas que cuelgan arriba. Quizá sea la iluminación.

Joder.

Necesito salir de aquí.

Siguiendo adelante, me abro paso entre un laberinto de pasillos y paso varias puertas cerradas. Las escaleras me llevan desde un sótano subterráneo hasta las ruinas derruidas y sucias de algún tipo de almacén. El aire es más fresco y una brisa se desliza sobre mi piel magullada mientras corro tan silenciosamente como puedo hasta que lo encuentro.

Cian.

Mi pobre hermano.

Está colgando de sus muñecas con cadenas de hierro en una habitación lateral sin puerta. Su cabeza cuelga baja, su pecho desnudo está magullado y manchado de sangre que gotea desde su

labio inferior cortado. Su pelo está enmarañado y una de sus piernas está claramente muy fracturada, pero por suerte está solo.

—¿Cian? —Entro corriendo, dejo el arma en un carrito metálico cercano y agarro su rostro con ambas manos—. ¿Cian? Vamos, despierta. ¡Despierta por mí, por favor!

Está inmóvil y en silencio. Incluso sus manos cuelgan flácidas en sus ataduras y no me ofrecen ninguna ayuda mientras examino las cadenas y los grilletes. Sé lo que diría si estuviera despierto. Me diría que saliera de aquí. Que lo abandonara y buscara ayuda.

Pero no puedo.

Es mi gemelo.

La otra mitad de mí.

—Cian, por favor, ¡por favor despierta! Por favor, no puedo hacer esto sola. ¡Por favor! —Tirar de las cadenas resulta inútil, así que escaneo la habitación y empiezo a hurgar en el carrito en busca de una llave. En este punto, incluso habría cogido un trozo de metal, cualquier cosa que pudiera usar como ganzúa.

—¿S-Saoirse?

Sus palabras arrastradas me devuelven a él y acaricio su mejilla, sonriendo lo más fuerte que puedo mientras las lágrimas hormiguean detrás de mis ojos.—Estoy aquí. Joder. Estoy justo aquí.

Se esfuerza por enfocarme y parpadea lentamente, pero cuando junta los labios para pronunciar otra palabra, unas manos me agarran de los hombros y los brazos y me arrastran.

—¡No! —Empiezo a forcejear inmediatamente en todas direcciones, golpeando ferozmente a los hombres que ni siquiera había oído llegar—. ¡No, suéltame! ¡Os mataré, os mataré, joder!

Nunca había sentido algo tan intensamente como en este momento. Mis puños impactan en caras, mis patadas encuentran su objetivo,

pero esta vez hay más hombres y rápidamente me superan con dos puñetazos en la cara y uno en el estómago.

Este último me envía un escalofrío por las venas y me obligan a caer al suelo con la rodilla de alguien presionando mi cabeza para mantenerme quieta.

—Tenía razón, es una jodida fiera —dice un hombre que camina a mi alrededor haciendo girar una navaja.

—La diversión que podríamos tener —se burla otro.

—Lástima que ya está reservada —añade un tercero.

—Pero él no —vuelve a hablar la primera voz—. Esta carne está en juego.

He presenciado muchas cosas en mi tiempo en este mundo. Me enorgullezco de mis propios métodos de tortura y mi habilidad para hacer hablar a la gente, y justifico mi propia crueldad teniendo un objetivo. Un objetivo para proteger a mi familia y a mi gente.

Estos cabrones no tienen objetivo. Torturan a Cian por el placer de hacerlo y me obligan a verlo.

Es mi hermano. Lo quiero más que a mí misma, y soy incapaz de hacer nada más que observar mientras cortan su cuerpo, lo golpean, lo queman, le rapan la cabeza y retuercen el hueso roto de su espinilla hasta que grita ronco y se desmaya. Pero se apresuran a despertarlo.

No puedo ayudarlo. Soy completamente impotente.

—¿Ves? —Unas manos finalmente me levantan y no es hasta que una mano gruesa y carnosa agarra mi mandíbula y me obliga a mirar un rostro redondo y furioso con ojos inyectados en sangre y una nariz de cerdo que me doy cuenta de que he estado llorando.

—¿Ver qué? —Escupo roncamente, incapaz de detener el temblor de mi cuerpo.

—Esto es lo que pasa cuando metes la nariz donde no debes, zorra.

Sus dedos se clavan dolorosamente en mi mandíbula y me obligan a mirar a Cian mientras su torturador coge otra hoja de la bandeja.

—Espera —jadeo cuando esa hoja es levantada hacia su garganta—. Espera, no, espera. Espera, no lo hagas. ¡No lo hagas! Por favor, no lo hagas. ¡Cian! ¡CIAN!

Me sujetan y me obligan a ver cómo esa hoja corta su garganta y la sangre cae en cascada por su pecho como una ola. Sus ojos se encuentran con los míos y el miedo en ellos se desvanece para dar paso a la comprensión.

Una dolorosa derrota.

¿Qué he hecho?

26

BRUNO

La bebida aquí no es lo suficientemente fuerte. Otro chupito de vodka y la intensa presión en mi pecho que ha estado ahí desde que encontré a esa mujer en el contenedor no cede. Lleva una semana ahí, dificultando mi respiración y haciendo imposible dormir.

¿Cómo puedo dormir?

¿Cómo puedo hacerlo cuando he estado tan jodidamente equivocado sobre *todo*?

Hace una semana, cuando encontré a esa mujer dentro del contenedor, pensé que había habido algún error. Quizás estaba drogada y se había metido allí por accidente. Un error fácil, me dije a mí mismo mientras la sacaba. Hasta que reconocí su tatuaje y me di cuenta de que ya la había salvado antes. En aquel caserón destartalado. Se había aferrado a mí todo el camino al hospital, donde luego desapareció, junto con todos los demás que Saoirse y yo rescatamos.

Así que lo reporté.

¿Y quién apareció? Mi padre.

Porque ¿quién más iba a ser?

—¿Otro? —Hazel está frente a mí con la botella de vodka en la mano.

—Sí —deslizo mi vaso hacia ella.

—¿Noche difícil?

—No —digo, cogiendo el vaso—. Pero está a punto de serlo.

—¿Necesitas algo?

Nuestras miradas se cruzan.

¿Y si le contara todo? ¿Y si le abriera mi corazón y le dijera que hace una semana, mi padre me sentó en su oficina y me dijo que era una tercera parte de una organización secreta que lidera el transporte de personas como mercancía alrededor del mundo? ¿Que un miembro de la tríada china era la segunda cabeza y que la tercera sigue siendo un misterio? ¿Y si le dijera que me habló con tanta naturalidad como estamos hablando ahora y me dijo que los rusos dejaron un vacío en el mercado que todos los demás tenían demasiado miedo de llenar, así que él lo hizo?

Podría decirle que culpó a Rocky y Matteo por haber tenido que tomar una decisión tan drástica porque Matteo es viejo y cerró la familia durante unos años después de que Noah casi iniciara una guerra total con los irlandeses al matar a Brenden Gifford, o que culpa a Rocky porque es joven, imprudente y se está casando con un *poli* de todas las personas. Son una mancha vergonzosa para la familia y, a sus ojos, es su deber evitar que caigan en el olvido, lo cual hará voluntariamente. Simplemente merece un poco de dinero extra además de eso.

Mi estómago se revuelve igual que cuando mi padre me dijo que la demanda era tan abrumadora que tuvieron que robar más drogas de las que podían permitirse para mantener el producto *dócil*. Y las armas eran o bien un pago a la tríada por su trabajo, o para cubrir

los cuerpos de los hombres y mujeres enviados al extranjero para convertirse en esclavos o algo mucho peor.

Podría contarle a Hazel cada detalle, hasta el número exacto de mujeres que actualmente están retenidas en varias instalaciones italianas esperando a ser *vendidas*. Podría decirle que mi descubrimiento de la mujer rubia en el contenedor la llevó a la muerte, ya que se la consideraba un riesgo, y que la única razón por la que he guardado esta información durante una semana es porque mi padre se inclinó sobre la mesa y me miró directamente a los ojos mientras amenazaba con matar a Mary.

O peor, venderla al peor dictador que conoce.

En un instante, mi padre desapareció y fue reemplazado por esta cáscara con el mismo rostro pero sin nada dentro. Solo crueldad fría. Pensé que estaba fanfarroneando sobre Mary, después de todo, la consiente como si fuera su única hija. Resulta que es solo una actuación y la ha enviado de vacaciones, pero se niega a decirme adónde.

Todo parte de su plan para mantenerme bajo control mientras afirma que me está dando la bienvenida al grupo y espera que algún día lo suceda. Dice confiar en mí, pero ambos sabemos que no lo hace, no realmente.

—Bruno —Hazel golpetea sus uñas rojas contra la barra—. ¿Qué pasa, cariño?

Si le contara todo, ¿podría ella transmitir la información a Saoirse o Cormac? ¿Podría hacer algo antes de que mi padre la matara?

—Nada —digo finalmente—. Lo siento. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Ah, supongo que sí —responde—. Con los gemelos irlandeses desaparecidos y la guerra en las calles, imagino que tienes mucho de qué preocuparte. Eras cercano a ella, ¿no?

El vodka se vuelve agrio en mi boca mientras levanto la mirada. —¿Qué?

—Saoirse, eras su amigo, ¿no? ¿O me estoy confundiendo?

—No, lo siento. ¿Qué quieres decir con que está desaparecida?

—Los gemelos lo están —Hazel deja la botella sobre la barra—. Hace poco más de una semana, ambos desaparecieron. No es conocimiento público, pero pensé que lo sabías dado lo cercanos que parecían ser.

¿Saoirse desaparecida? ¿Y Cian?

Esto no puede estar bien. —¿Estás segura? —Mis palabras salen más bruscamente de lo que pretendo—. ¿Cómo sabes que no están simplemente fuera en algún lugar?

Hazel entrecierra los ojos. —Quizás estoy equivocada —responde con sequedad—. Lo siento.

Se cierra de inmediato, lo que significa que pensó que los irlandeses me habían dicho que Saoirse estaba desaparecida porque somos amigos. Su silencio es tan revelador como una confirmación directa. ¿Pero Cian también? ¿Qué podría hacer que ambos desaparecieran?

Joder. Tengo demasiados pensamientos y no suficiente espacio. Los gemelos desaparecidos, mi hermana enviada quién sabe dónde, mi padre actuando como si fuera su próximo protegido, y toda una red clandestina de tráfico de personas en la que caí porque me negué a ver a mi padre por el monstruo que realmente es.

Joder.

Mátame ahora.

—¿Va contigo? —Hazel me saca de mis pensamientos una vez más y señala hacia el hombre recién llegado que está en la puerta. Uno de los guardias de mi padre.

—Por desgracia —murmuro mientras me bajo del taburete—. Gracias por la copa, Hazel.

—Cuando quieras. Cuídate, Bruno.

No diría eso si supiera adónde estoy a punto de ir.



—No te pongas tan triste —Domenico camina delante de mí, guiándome hacia el almacén—. Siempre me decías que querías involucrarte más. No hay manera de involucrarse más que esto.

Y es cierto. En un intento de manchar mis manos tanto como las suyas, mi padre me tiene ayudándole a dirigir una subasta esta noche. Me revuelve el estómago ver aquí algunas caras conocidas de origen italiano, irlandés y ruso, pero ni una sola persona parece importarle lo enfermizo que es esto. Sigo diciéndome a mí mismo que estoy ganando tiempo y recopilando pruebas contra mi padre para derribarle, pero con una amenaza tan grande sobre mi hermana, soy incapaz de hacer otra cosa que ayudar.

—No estoy triste —digo, esquivando a un grupo de personas vestidas como si fueran a una gala benéfica, no a una subasta de esclavos—. Simplemente no dormí bien y bebí antes de venir aquí, así que me siento un poco descompuesto.

—Pues aguántalo —Domenico se detiene en medio del suelo y se gira para mirarme—. Esta noche nos deshacemos del inventario. Todo lo que cruce el escenario esta noche irá al extranjero y luego nos centraremos en ventas más internas hasta el próximo mes.

—¿Por qué?

—Con los actuales… desacuerdos con los irlandeses, nuestro acceso al aeropuerto ha sido problemático. Pero tengo un plan en mente para solucionarlo.

—¿Un plan?

—Sí —Domenico se ajusta la corbata y suspira—. Pero eso no es importante ahora. Quiero que te asegures de que las pujas sean altas y que el dinero llegue donde debe, ¿entendido?

—Sí, señor. ¿Qué más puedo decir? Pienso en los efectos de agarrar la copa de champán más cercana y cortarle el cuello con ella, pero matarlo no pondrá fin a esto. No con la implicación de la Tríada y del tercer líder misterioso en todo esto. Hasta que no tenga todos los detalles, no puedo actuar.

Así que sonrío y hago lo que él espera mientras intento formular un plan en mi mente. Ponerme en contacto con Mary es mi prioridad. Una vez que esté a salvo, mi padre no tendrá nada más con lo que chantajearme y me convertiré en una bomba táctica para derribarle. Me importa una mierda el daño colateral o el nombre de la familia. Ninguna cantidad de dinero vale la pena manchar nuestra reputación con este tipo de trabajo. De hecho, preferiría deshacerme totalmente de mi nombre y quemar este lugar entero.

Mi padre cuida su teléfono por un momento, luego lo guarda en el bolsillo de su chaqueta y se va. Si pudiera conseguir su teléfono, podría ponerme en contacto con Mary. Todas mis llamadas a ella quedan sin respuesta, así que sospecho que ha cambiado su número.

Ese se convierte en mi plan. Seguir el juego hasta que pueda conseguir su teléfono y luego será una carrera contra el tiempo para llegar a Mary, salvarla y ponerme en contacto con Rocky.

Es un buen plan.

Un plan sabio.

Un plan que se desmorona a mitad de la noche cuando mujer tras pobre mujer es arrastrada al escenario y sumergida en luces brillantes, para luego ser vendida al que levante su tarjeta más alto.

Es repugnante. Los invitados a mi alrededor lo tratan como una fiesta, comiendo buena comida y bebiendo champán caro como si realmente fuera una subasta benéfica.

Hasta que aparece Saoirse.

Mi estómago cae por mi trasero y la bandeja en mis manos se estrella contra el suelo cuando la arrastran al escenario y la sostienen bajo las luces como si fuera un maniquí roto.

Saoirse.

¿Qué *cojones*?

La ira crece dentro de mí como una explosión, y rápidamente escaneo la multitud, pero mi padre no está por ninguna parte. ¿Sabe que está aquí? Claro que lo sabe. No es de extrañar que haya enfatizado que todos aquí serían enviados al extranjero. Está a punto de deshacerse de una de las personas capaces de derribarle.

No puedo dejar que eso ocurra.

En cuanto comienzan las pujas, estoy involucrado. No tengo más plan que asegurarme de que nadie más la consiga y el dinero sube rápidamente. Pronto, Domenico aparece a mi lado con una sonrisa fácil.

—Bueno, me sorprende verte tan *entusiasmado* por comprar a alguien.

Me está provocando, sutilmente, así que me inclino y le lanzo una sonrisa burlona. —¿Estás bromeando? La mierda por la que me hizo pasar? Es como una venganza perfecta servida en bandeja para mí.

La ceja de mi padre se levanta. —¿En serio?

—Por supuesto —digo, levantando la mano mientras las pujas alcanzan millones—. Voy a hacer que la vida de esa perra sea un infierno. Así aprenderá a manipularme.

Mi padre casi parece orgulloso mientras el asco revuelve en mi estómago.

Tengo que ganar. Si alguien más la consigue, nunca la volveré a ver.

Saoirse será mía.

—¿De verdad puedes permitírtela? —pregunta Domenico cuando la cantidad alcanza cifras descabelladas.

—No hay precio para la venganza —digo, levantando mi mano una vez más.

—¡Vendida! —grita el subastador—. ¡Por ochenta millones de dólares al número diecisiete! Venga, señor. ¡Recoja su premio!

27

SAOIRSE

Lo odio.

¿Por qué le permitieron comprarme? Seguro que cualquiera con dos dedos de frente se da cuenta de que no voy a irme callada. Desgarrar la garganta de Bruno como mi último acto en este maldito lugar suena como una buena forma de partir. La venganza es lo único que me queda.

Nuestras miradas se mantienen fijas unos segundos mientras derramo cada pizca de mi odio a través de mis ojos, esperando que entienda cuánto detesto absolutamente todo de él. Luego, unas manos agarran mis brazos y me arrastran rápidamente fuera del escenario.

La rabia hacia Bruno atraviesa la niebla de las drogas como una hoja caliente, así que me aferro a ella solo para mantener algo de claridad. No importa por qué me compró, ni siquiera lo que planea hacerme. Voy a matarlo en la primera oportunidad que tenga. Voy a envolver mis manos alrededor de su maldita garganta y estrangularlo hasta que su último aliento escape por esos labios que antes me encantaba besar.

Enfocarme en esa rabia me calienta ante el repentino chorro de agua fría de una manguera mientras los guardias me limpian y rasgan mi ropa. No me importa que me desnuden. La vergüenza ya no importa. Lo único que importa es mantener mi mente clara hasta que esté lo suficientemente cerca de Bruno.

Si voy a morir aquí, me lo llevaré conmigo.

—Aquí. —Después de que la manguera se apaga, uno de los guardias me lanza una toalla áspera. Ha visto días mucho mejores y apenas tiene estructura para hacer algo más que esparcir las gotas de agua sobre mi cuerpo.

—¿Qué...? —Mi garganta se cierra y arde, obligándome a toser. Mi intento de hablar me gana una bofetada tan fuerte que me deja los oídos zumbando, así que me aferro a la toalla contra mi pecho desnudo.

—Sécate —gruñe el guardia—. Luego ponte esto.

La tela que me lanza apenas parece ropa. Es más bien una especie de hilo dental.

—Quizás la golpeaste demasiado fuerte —se burla el segundo guardia—. No sabe lo que es.

—¡Aquí, perra! —El primer hombre clava sus dedos en mis mejillas magulladas cuando agarra mi mandíbula y fuerza mi cabeza hacia arriba—. Sécate y vístete —dice lentamente y en voz alta—. O yo te vestiré y no seré gentil. ¿Entendido?

En cualquier otra situación, lo mataría.

Pero estoy derrotada. Mi cuerpo está roto, mi mente lucha por mantenerse unida y el rescate es un pensamiento lejano. Lo único que tengo es Bruno.

Asiento lo mejor que puedo en su agarre y, una vez satisfecho, me suelta. Parada en un charco de agua fría, paso la toalla por mi cuerpo y hago una mueca. Es la primera vez que me veo

completamente a la luz desde que llegué aquí. Hay moratones por todas partes, laceraciones donde mi piel se abrió bajo la fuerza de golpes, raspones de cuando me defendí antes de aprender lo inútil que era, y algunas ampollas de sangre alrededor de mi tobillo.

Todo palidece ante el moratón que atraviesa mi abdomen, que lavo con cuidado.

¿Está bien mi bebé?

Espero que no. Espero que haya corrido la misma suerte que Cian porque no hay manera de que dé a luz en un lugar como este.

No puedo soportar la idea de lo que le harían a ese bebé.

Una vez seca, tengo que desenredar la extraña tela que me dieron. Es un manojo de tela fina y transparente que parece no tener forma hasta que lo extiendo todo y finalmente toma forma.

Lencería.

Es un traje corporal transparente que claramente está pensado para envolver mi cuerpo como una cinta y hacerme ver hermosa. En cambio, parezco más bien el topping rechazado de un pastel para cuando termino de ponerme esa maldita cosa. La tela fina que apenas cubre mis pezones no es nada comparado con la tira delgada entre mis piernas que inmediatamente se sube hacia mi trasero cuando me pongo las tirantes.

Da igual.

Mi dignidad quedó atrás en aquella vieja celda.

—Ya era hora. —Las tirantes apenas están en su lugar cuando el primer guardia me agarra del codo. El dolor recorre mi brazo y gimo, pero él me ignora, arrastrándome tras él hacia una puerta al otro extremo de la habitación mientras el segundo guardia nos sigue.

—¿Adónde vamos? ¿Me lleva con Bruno?

En cuanto nos deje solos, aprovecharé mi oportunidad.

A la mierda con este infierno.

Caminamos desde la fría sala de piedra y agua por un largo y sinuoso pasillo hasta llegar a una cálida y bien iluminada oficina al final. Está tan exquisitamente decorada que siento como si hubiera entrado en una dimensión completamente diferente comparada con la fría sala de la que acabo de salir.

Sillas de cuero están dispersas por la habitación, colocadas descuidadamente alrededor de varias mesas pequeñas que sostienen cajas de puros, revistas de finanzas y tabletas electrónicas. Una barra desatendida está situada contra la pared en el extremo más alejado, enmarcada por dos ventanales cubiertos con pesadas cortinas de color rojo intenso. Solo dos hombres ocupan la habitación.

Bruno y su padre Domenico.

Verlos juntos me parte el corazón. ¿Qué aspecto tenía yo, cayendo en la actuación de Bruno? ¿Creerle cuando dijo que su padre había sido incriminado? Debería haber confiado en mis instintos y matarlo la primera noche que lo vi. ¿Qué vi alguna vez en ese tipo?

—Señor —el guardia suelta mi codo mientras se presenta.

Domenico se vuelve para mirarme. Tiene un vaso medio vacío en la mano y un aspecto inusualmente sonrosado en su rostro. Claramente está de buen humor.

—Excelente —dice.

Detrás de él, Bruno se vuelve para mirarme y su mirada sigue siendo tan fría e inexpresiva como en el teatro de la subasta.

—Bueno, querida —Domenico camina hacia mí con pereza mientras balancea su vaso de un lado a otro—. ¿Quién hubiera pensado que llegaría a esto?

—Yo... yo no soy tu *querida* —logro decir con dificultad, con toda la fuerza que me queda.

La mano de Domenico vuela a una velocidad relámpago y me golpea en la cara, haciendo que mi cabeza se mueva bruscamente hacia un lado. La sangre caliente brota en mi lengua mientras mi mejilla se abre y Domenico me agarra la barbilla y me obliga a mirarlo.

—No —dice en voz baja—. No eres mía. Eres suya —mueve la cabeza hacia su hijo—. Pero no puedo esperar a verte desmoronarte. Día a día, la gran Saoirse Gifford se reducirá a cenizas y cada día aquí será peor que el anterior. Y lo disfrutaré para que experimentes aunque sea una fracción de la irritación y el trastorno que me has causado. A mi hijo también.

Detrás de Domenico, Bruno parece estar de acuerdo.

Mi corazón late con dolor y las náuseas retuercen mi estómago. ¿Había una parte de mí aferrándose a lo que Bruno y yo tuvimos alguna vez? ¿Una pequeña y profunda esperanza oculta de que Bruno todavía estaba de mi parte o incluso de que yo había estado equivocada todo el tiempo y su padre realmente había sido incriminado?

Pero no. Está tan claro como un día sin nubes.

He perdido.

Domenico ha ganado.

Me mira de arriba abajo con los labios torcidos de disgusto, luego se aparta de mí y se dirige a Bruno. —Espero el mejor comportamiento de ella, Bruno. No más trastornos.

—Sí, señor.

—Se quedará en una de nuestras instalaciones. Lo último que necesito es que se aproveche de ti y escape. ¿Entendido?

Bruno parece completamente indiferente, casi aburrido, mientras asiente con la cabeza de manera casual. —Me parece bien. Así no tendré que vigilar a la puta todo el tiempo.

—En efecto —Domenico resopla suavemente y bebe—. Llévensela.



Me drogaron para dejarme inconsciente durante el viaje. Lo último que vi fue la insoportable expresión de *satisfacción* en el rostro de Domenico. Dada la oportunidad, también querría matarlo a él.

Me despierto en una pequeña celda cuadrada con un solo colchón en una esquina y nada más.

No hay ventana y mi única fuente de luz es una bombilla que cuelga desde un techo demasiado alto para que yo pueda alcanzar. Lentamente, me levanto del suelo de piedra y miro alrededor por si hay algo más que podría haber pasado por alto, pero mi entorno es bastante sencillo. Vacío.

Solo yo y mi colchón.

Darme cualquier otra cosa probablemente sería un riesgo demasiado grande porque definitivamente encontraría una manera de usarlo como arma, ya sea para acabar con la vida de quienquiera que entre por la puerta de madera frente a mí, o con la mía propia para salvarme de este infierno.

Al estar sola, mis pensamientos de repente se vuelven demasiado fuertes. El dolor en mi cuerpo se transforma en un sirena estridente en el fondo de mi mente, mezclándose con el duelo emocional de ver a mi gemela asesinada frente a mí, y todo choca con la repugnante realización de que acabo de ser vendida y probablemente nunca volveré a ver la luz del día.

Todo mientras llevaba en secreto a este bebé.

¿Qué he hecho? ¿Cómo he permitido que esto ocurriera?

Las lágrimas inundan mis ojos en cuestión de segundos y la presión se acumula bajo mi caja torácica, como si todas mis emociones

estuvieran ocupando un espacio físico dentro de mí. No puedo respirar. Todo es demasiado fuerte. Me tapo la boca con una mano, pero no sirve de nada para amortiguar el sollozo agonizante que se escapa de mí. Algo en el silencio de la celda crea una cámara de eco de mis propios pensamientos turbulentos y el dolor, y no hay escapatoria.

Creo que prefería cuando me drogaban para mantenerme dócil.

Ahora solo soy yo y una abrumadora tristeza mezclada con una culpa tan intensa que siento como si mi cabeza estuviera siendo aplastada en un tornillo. Más y más lágrimas inundan mis ojos y corren por mis mejillas. Soy demasiado débil para detenerlas. Mi equilibrio flaquea, pero cuando me desplomo contra la pared, la puerta frente a mí de repente suena con el ruido de varias cerraduras que se abren. Entonces la puerta se abre y Bruno Del Prete entra.

Su expresión fría e impasible dura hasta que la puerta se cierra detrás de él, entonces sus cejas se fruncen y sus ojos se abren de par en par. —Saoirse, ¡Oh, Dios mío!

El sonido de él diciendo mi nombre después de todo lo que ha hecho me enfurece y, a pesar de las lágrimas que corren por mis mejillas, los sollozos que raspan mi garganta y la agonía que irradia por mi cuerpo, me lanzo hacia adelante con un grito de rabia.

—¡Que te jodan! —grito, chocando contra él con toda la fuerza que puedo reunir. El dolor se desvanece en un simple ruido estático mientras lo golpeo con toda mi fuerza y golpeo su entrepierna con mi rodilla. —¡Que te jodan, hijo de puta! Te mataré, ¡te mataré, joder!

—Saoirse, espera... ¡por favor! ¡Escúchame! —Me agarra por los hombros y brevemente me detiene. —Lo siento, lo siento mucho, por favor, déjame—

—¡No! —No me detiene por mucho tiempo. Nuevamente me lanzo hacia adelante, superando su agarre, y ataco con todo lo que tengo. Golpeo y pateo, muerdo y araño donde sea que pueda clavar mis uñas. Le tiro del pelo y trato de poner mis manos alrededor de su cuello para arrancarle la vida.

Pero él está sano. Está en mucha mejor forma que yo y, aunque no se defiende, se asegura de que no le haga mucho daño.

Solo me enfurece más. Una rabia blanca y caliente me quema como un incendio forestal y la energía renovada que corre por mí me permite lanzarme contra él una y otra vez. Cada extremidad se convierte en un arma, cada parte de mí se aferra a él, decidida a lastimarlo aunque sea una fracción de cómo él me lastimó.

—Saoirse, por favor, estoy tratando de ayudar—

—¡Ayudar! —chillo, golpeándolo en la cara una y otra vez. —¡Me has matado, hijo de puta! Te *odio*. Estoy rota por ti. Todo está arruinado y te llevaré conmigo.

Quiero matarlo. Nunca he querido nada más que ver la vida desvanecerse de sus ojos y ese deseo corre por mí durante varios minutos.

Pero mi debilidad finalmente me alcanza. La adrenalina se desvanece y el agotamiento me cubre como una manta borrosa. Me duele la cabeza y mi último golpe apenas hace contacto con Bruno mientras pierdo el equilibrio y caigo al suelo.

Me atrapa antes de que mis rodillas toquen la piedra y, a pesar de mis luchas, logra arrastrarme hacia el colchón. Una vez allí, lo aparto con la última de mis fuerzas y me desplomo allí, jadeando como si hubiera corrido un maratón.

—Saoirse. —Su nariz sangra abundantemente y le he dejado varios arañazos en la cara y el cuello. Pero no es suficiente.

No es ni de lejos suficiente por lo que le ocurrió a Cian.

—Por favor, créeme cuando te digo que te hice un favor.

¿Un *favor*? ¿Está jodiendo de verdad?

—Que te jodan —escupo mientras el cansancio hace que mi habla sea un poco arrastrada.

—Te *salvé* —susurra él, su voz baja. —No sé quién está escuchando, así que no puedo decir... —Se detiene y aprieta los labios, mirándome de arriba abajo y luego negando con la cabeza. —Por favor. Voy a arreglar esto. Solo necesito que confíes en mí.

Confianza.

Cómo puede pronunciar tal palabra es más allá de mí.

Con los ojos inundados, lo miro con furia mientras un último sollozo roto brota en mi garganta. —M-Mátame.

—¿Qué? —pregunta.

—Mátame —jadeo. —Básicamente ya lo has hecho, ¡así que acaba de una vez!

—Saoirse, no— —dice él.

—¡Mátame! —grito, lanzándome hacia adelante. —Será mejor que me mates porque juro que no dejaré de intentar matarte hasta que lo hagas. ¡Mátame, hijo de puta! ¡Termina lo que empezaste!

Bruno parece completamente horrorizado. —Yo— —dice.

—¡Mátame! —grito.

28

BRUNO

Conseguir atención médica para Saoirse es mi primer objetivo, y resulta sorprendentemente fácil. Resulta que cuando compras a una persona, nadie cuestiona tus intenciones con ella y la mayoría asume que quiero que traten a Saoirse para poder tener mi manera con ella.

El pensamiento me enferma, pero le consigue atención médica sin preguntas y eso es todo lo que me importa. Después de su furioso ataque hacia mí la primera vez que la visité, esperaba lo mismo con el médico, pero las cámaras mostraron una historia completamente diferente. Saoirse estaba callada y dócil. Apenas reaccionó a la presencia del médico mientras la limpiaba, atendía sus heridas y envolvía algunas de las más graves con gasa. Tampoco le habló. Fue como si se hubiera desconectado por completo.

Y no la culpo.

¿Cómo diablos voy a arreglar esto? Por un lado, tuve que comprar a la mujer que amo para salvarla de ir al extranjero y protegerla de una situación en la que está por mi culpa. Por otro, un movimiento en falso y mi padre hará Dios sabe qué a mi hermana, y luego

probablemente se volverá contra Saoirse. No tengo a nadie ni nada que me ayude.

Pero tiene que haber una manera.

Encontraré una manera.

Ese mantra resuena en mi cabeza cada vez que visito a Saoirse para llevarle comida y agua, y retirar los platos intactos. Se repite como una canción en cada reunión a la que asisto con mi padre mientras hago todo lo posible por mantener su confianza en mí. Es un pensamiento tan común como respirar mientras reviso cada documento y cuenta bancaria a las que tengo acceso en busca de una pista sobre quién es el misterioso tercer pilar de poder en esta organización. Y a través de todo ello, mantener a Saoirse segura es mi prioridad.

Difícil cuando está encarcelada y yo soy su carcelero, pero es todo lo que puedo hacer para asegurarme de que nadie la lastime nunca más.

Ese mantra dura hasta que estoy solo en la ducha con nada más que el agua hirviendo como compañía. Es entonces cuando llega la desesperación. El pánico y la culpa de que estuve tan cegado por mi deseo de obtener la aprobación de mi padre que no pude ver cómo era realmente, y caí directamente en su maldita trampa. Unas pocas palabras y volví a tener diez años, creyendo todo lo que me decía como si fuera ley y traicionando a la única persona en el mundo que realmente se preocupaba por mí.

Saoirse.

¿Cómo jodí esto tan completamente?

El mundo sigue girando mientras Saoirse sigue siendo mi prisionera, y, después de darle unos días para que se calmara, vuelvo a su celda en el sótano del faro. Domenico insiste en mantenerla allí porque está cerca de los envíos que me deja a cargo. Trato de no pensar en las personas enterradas en esos envíos, pero llevo un registro de

cada contenedor, barco y capitán. Me digo que me redimiré salvando de alguna manera a todos los que he condenado, pero en el fondo sé lo imposible que será.

Llamando suavemente a la puerta, equilibro una bandeja de comida en una mano y me dejo entrar. Lo único que Saoirse ha aceptado de mí desde que llegó aquí es ropa para cubrirse y un edredón y almohadas para la cama. Se ha hecho un nido para sí misma, y le llevaría más, pero tengo miedo de que cualquier cosa que le dé la use para quitarse la vida.

Su ira hacia mí parece solo superada por su desgarradora voluntad de morir. Yo causé esto y necesito arreglarlo.

—He traído sopa hoy. El médico dice que será fácil para tu estómago, pero realmente necesitas empezar a comer algo o llegarás a un punto en que incluso el agua será rechazada.

Ella no me mira. No habla.

El almuerzo de antes sigue intacto a mis pies en otra bandeja, pero la taza de agua está vacía. Está bebiendo, pero no come. Tal vez la sopa le sea más fácil entonces. Agachándome, intercambio las bandejas y estoy a punto de irme como de costumbre cuando ella se mueve sutilmente bajo las mantas y mira. Sus ojos se oscurecen al momento en que me ve, y inmediatamente se da la vuelta.

—Saoirse… por favor, habla conmigo. Es patético de mi parte pedirlo y aún peor esperar, pero necesito que sepas que estoy tratando de ayudarte. Que me importas. Y que lo siento muchísimo. Demonios, una vez que te saque de aquí y te lleve de vuelta a tu familia, felizmente dejaré que me mates. Solo quiero que *hables* conmigo.

Ella permanece en silencio, con solo unos mechones de cabello castaño asomando por el edredón.

Dejando la bandeja, me acerco al colchón y me agacho. —Sería mucho más fácil para mí contarte todo si simplemente me miraras.

Nada más que silencio.

—Saoirse, por favor. Cuanto más tiempo pase esto, más difícil será para mí arreglarlo y sé que *debería* ser difícil, ¿pero no hay digamos—

—¡Que te jodan! —Saoirse se incorpora de un salto y me escupe directamente en la cara. —No voy a facilitarte nada, pedazo de mierda babosa. Espero que te rompas el cuello al salir de aquí y yo— ¿qué coño, ¡quítate de encima!

Reacciono más de lo que pienso y parte de mi alma se resquebraja al escuchar lo *asustada* que suena cuando la empujo de nuevo sobre el colchón y me subo encima de ella. Para las cámaras parecerá que finalmente me harté y eso es lo que necesito.

Necesito un espectáculo.

—¡Quítate, quítate! —grita cada vez más fuerte, con gruesas lágrimas brotando en sus ojos, hasta que firmemente coloco mi mano sobre su boca y la sujeto contra el colchón.

—Por favor —susurro, con la voz apenas audible—. Lo siento. Lo siento muchísimo, pero por favor, escúchame. No tienes ni idea de lo vigilada que está esta habitación. No voy a hacerte daño ni voy a tocarte. Más allá de... esto.

Sus maldiciones ahogadas se desvanecen, pero sus grandes ojos llenos de lágrimas me miran fijamente y me siento como una hiena podrida sujetando a un indefenso conejito. Y Saoirse nunca ha sido indefensa.

—Solo escucha. Por favor. Sé que no tienes ninguna razón para confiar en mí, sé que me odias y lo merezco. Lo jodí. No tengo excusa. Le creí a mi padre porque estaba demasiado ansioso por ser aceptado por él y no me di cuenta de lo terrible que era hasta que fue demasiado tarde. Honestamente, pensé que podía tender un puente y lograr que todos trabajáramos juntos. Pero él me utilizó y yo caí en su trampa y tú estás sufriendo. Lo siento, Saoirse.

Parpadea y sus lágrimas empapan mis dedos.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. Lo repetiré hasta quedarme azul, pero estoy intentando arreglar las cosas. Lo estoy intentando. Sé que te compré, pero todos los demás allí representaban a inversores extranjeros. Si alguien más te hubiera comprado, te habrían subido a un barco y te habría perdido para siempre. Simplemente te habrías ido y yo... —Mi voz se quiebra mientras las palabras se amontonan en mi desesperación por explicarme mientras la tengo en una posición en la que pueda escucharme.

Ella se mueve debajo de mí y yo me muevo con ella, haciendo lo que puedo para que parezca que estoy jugando con ella para las cámaras.

—Puedo sentir cuánto me odias, pero necesitas usar eso, ¿de acuerdo? Tenemos que trabajar juntos para sacarte de aquí porque me están vigilando como un halcón. Mi padre no confía en mí, así que me obliga a ensuciarme las manos mientras apenas me da espacio para respirar, y tiene a Mary, ¿entendido? Mi hermana. La envió a algún lugar y no tengo ni idea de dónde, y en el momento en que me salga de la línea, estará muerta. No puedo... —Cierro los ojos y mi cabeza cae momentáneamente mientras una oleada abrumadora de angustia me invade.

—No puedo perderla a ella y no puedo perderte a ti, así que estoy intentando todo lo que se me ocurre para manteneros a ambas vivas mientras no tengo control sobre nada de esto. —Las lágrimas arden en mis ojos y parpadeo rápidamente para disiparlas. Cuando vuelvo a mirar a Saoirse, su expresión ha cambiado. La ira ya no es la emoción más prominente en sus ojos y sus constantes esfuerzos por liberarse de mi mano han disminuido.

—No estoy intentando que sientas pena por mí. Este es mi desastre. Pero estoy intentando salvaros a ambas, así que por favor, trabaja conmigo. Por favor.

Retiro mi mano y espero que Saoirse o bien vuelva a gritar o diga algo cruel, pero no hace ninguna de las dos cosas. Me fulmina con la mirada, luego gira la cabeza hacia un lado y se desconecta por completo.

Mierda.

Había esperado llegar a ella de alguna manera, pero claramente estoy solo. A pesar de decirme a mí mismo que no debía tener expectativas con Saoirse, pensé que tendría fuego para volver con su familia y aprovecharía la oportunidad. ¿No echa de menos a sus hermanos? ¿A su gemelo? ¿De verdad la han destrozado tanto?

Los días siguientes siguen más o menos la misma rutina. Le llevo comida y agua, y algunos días la toca y otros no. A veces está mortalmente callada y otras arde como una llama blanca y candente, gritando obscenidades y maldiciéndome mientras jura asegurarse de que mi muerte sea lo último que haga.

Esos días tengo esperanza, desesperado por que algo finalmente llegue a ella, pero cada vez que creo que hay progreso, vuelve a su yo silencioso. Google me dice que es una respuesta al trauma y que tengo que ser paciente y amable con ella, pero se me acaba el tiempo.

Cuanto más esperamos, más puede esta organización trasladar personas al extranjero sin consecuencias. Paso una noche de jueves intentando contactar con Rocky, pero después de cambiar tarjetas SIM con un guardia, mi llamada ni siquiera se conectó. El guardia al que robé nunca vuelve a ser visto, lo que confirma mi sospecha de que cada llamada está siendo rastreada. Incluso las de entrega a domicilio.

Después de cinco días, lo intento de nuevo con Saoirse y esta vez hay fuego en ella cuando la sujeto a la cama para el espectáculo de las cámaras.

—¡Quítate de encima! —escupen, revolviéndose y golpeándome con toda su fuerza. Está más débil por la falta de comida, pero aún puede dar un puñetazo sólido.

—Saoirse, si simplemente hablaras conmigo, no tendría que hacer esto.

—¿Hablar contigo? —El odio arde en sus ojos—. No necesito hacer nada para hacerte la vida más fácil.

—Es por el bien de ambos —respondo, exasperado—. ¿De verdad crees que disfruto esto? ¿Crees que disfruto sabiendo que un movimiento en falso y mi hermana morirá porque mi padre es un psicópata? ¿O que la mujer a la que amo sufrirá un destino peor? ¿Crees que eres la única prisionera aquí?

—¿Y de quién es la culpa? —grita, moviendo la cabeza de un lado a otro. Luego sus dientes se hunden con fuerza en la carne blanda de mi antebrazo y se aferran como un perro que no quiere soltar un hueso.

Muerde cada vez más profundo hasta que logro liberarme con un grito. La sangre corre por su barbilla y Saoirse me mira con los ojos desorbitados y llenos de locura.

—Mi gemelo está muerto por tu culpa, así que me importa un carajo tu hermana, ¿entendido? Haré todo lo que pueda para hacerte sufrir hasta que me mate, así que prepárate, imbécil. ¡Este es tu infierno!

Espera... ¿Cian está muerto?

No... no puede ser. ¿Qué demonios pasó?

29

SAOIRSE

Bruno no vuelve después de que lo muerdo. Quizás la culpa de saber que provocó la muerte de Cian es suficiente para mantenerlo alejado de mí, pero una parte de mí desea que siguiera insistiendo. Quería que esa discusión se convirtiera en pelea, seguir presionándolo hasta que estallara y termináramos las cosas, pero eso no sucedió.

Poco probable, para ser honesta. Bruno nunca ha sido un hombre violento impulsado por la ira en el tiempo que lo he conocido.

En el silencio después de nuestra pelea, vuelvo a la seguridad de la cama y pienso. ¿Su hermana está realmente en peligro? No lo pondría más allá de Domenico, y Bruno parecía genuinamente angustiado por su situación.

¿Puedo reprochárselo? Si las tornas estuvieran cambiadas, haría cualquier cosa para salvar a mis hermanos sin dudarlo. ¿Puedo culpar a Bruno por hacer lo mismo?

Lógicamente, no. Pero, en realidad, el dolor por la muerte de Cian me está aplastando. Sin nada que me distraiga, es en lo único que pienso. Se repite constantemente en mi cabeza, inunda mis sueños con su sangre y, cuando no estoy soñando o pensando en ello, juro

que puedo escuchar sus estertores una y otra vez. Estoy siendo torturada por mis propios pensamientos, y saber del sufrimiento de Bruno no alivia eso.

Esperaba que escucharlo sufriendo me consolaría, pero no lo hace.

¿Debería estar agradecida de que me comprara para evitar que me enviaran al extranjero? ¿Debería compadecerlo por simplemente intentar salvar a su hermana? Es exasperante cómo de repente entiendo sus acciones, pero eso no me ayuda en nada. Ni alivia mi dolor.

Así que duermo.

Duermo lo que parece una eternidad hasta que me despierta el suave ruido de una bandeja en el suelo. Al girarme, Bruno está agachado cambiando mis bandejas de comida con un brazo vendado donde lo mordí. Una punzada de culpa calienta mi estómago adolorido, pero se desvanece cuando Bruno levanta la vista y nuestros ojos se encuentran.

—Come —dice en voz baja—. Y deberías saber algo. Cian está vivo.

Un frío repentino me envuelve como si una ráfaga de viento helado hubiera entrado en mi celda. Mi corazón se detiene en el pecho y una quemazón cálida aparece detrás de mis ojos. —Mientes.

—No —dice suavemente—. Está vivo. Está cautivo, pero vivo. Lo trataron porque es demasiado valioso para matarlo y la herida en su garganta no era profunda, aterradora pero no tan mortal como parecía. Te lo prometo, Saoirse. Está vivo.

—Pruébalo —gruño ronca—. No te atrevas a quedarte ahí y pronunciar su nombre si no puedes probarlo.

—Lo haré —es todo lo que dice. Luego se da la vuelta y me deja con esa bomba asfixiante.

¿Vivo? ¿Cian está vivo?

No, esto tiene que ser algún tipo de truco. Vi a la Tríada cortarle la garganta, vi toda esa sangre salir de él como si fuera un globo de agua. He estado lamentando su muerte cada día que llevo aquí, destrozándome de culpa. No puede estar vivo. No hay manera de que esté vivo. De ninguna manera.

Y, sin embargo… las palabras de Bruno dan vida a un destello de esperanza enterrado en lo profundo de mi alma quemada.

¿Y si?

¿Y si está vivo y Bruno está diciendo la verdad? ¿Igual que lo hizo con su hermana y salvándome de algún traficante extranjero?

¿Podría ser?

No debería esperar. Es peligroso y me traerá más dolor, pero no puedo evitarlo. Si Cian está vivo, entonces no todo está perdido. Tal vez todavía haya una posibilidad de salir de aquí.

Tal vez Bruno realmente está salvándome.

Esa es la primera noche que como, pero rápidamente lo devuelvo después de haber descuidado mi alimentación por tanto tiempo. Bruno no me regaña, sin embargo. Me ayuda a limpiar y trae una sopa mucho más ligera para que la coma, junto con analgésicos y agua embotellada. Esa comida se queda.

Durante los próximos tres días, cumple lo prometido. No me toca, no habla y todo lo que hace es traerme comida que como lentamente. Ocasionalmente se queda cerca de mí, como si estuviera actuando para las cámaras, pero eso es todo lo que hace.

Después del segundo día, mi sueño es mucho más reparador y, para el cuarto día, casi estoy deseando su visita. Cada día trae consigo la posibilidad de una prueba y estoy tan desesperada por algo bueno que casi estoy rogando por ello.

Bruno llega como un reloj, pero en lugar de una bandeja de comida, trae esposas y una correa.

—No puedes hablar en serio —digo, incapaz de creer lo que estoy viendo.

—Por favor —murmura Bruno—. Póntelas. Confía en mí.

Hace unos días habría intentado arrancarle la garganta con solo sugerirlo, pero ahora estoy dispuesta a probar cualquier cosa. Exigí una prueba y ahora, por primera vez desde que llegué aquí, me está sacando de mi celda.

Tiene que haber una conexión.

Así que le permito que me ponga las esposas. El toque de Bruno es cálido contra mis muñecas y me transporta a un tiempo mucho más íntimo, pero me sacudo esa sensación rápidamente. Cualquier cosa que sienta por este hombre está actualmente dominada por la ira y la traición.

Una vez que la correa está segura alrededor de una muñeca, Bruno me guía fuera de la celda con una petición silenciosa de que siga todo lo que haga y diga. Asiento porque esta es una oportunidad que no quiero arruinar.

Bruno me lleva por un largo y sinuoso pasillo, sube un tramo de escaleras y luego baja por otro pasillo sinuoso que gira en la dirección opuesta. Luego se detiene abruptamente y casi me estrello contra su espalda.

—Ay —murmuro cuando el repentino freno me produce un dolor en la muñeca al tirar de las esposas. Bruno se da la vuelta y coloca su mano sobre mi hombro, llamando mi atención hacia su rostro.

—Saoirse —murmura—. Mira a mi izquierda, lentamente.

Mientras lo hago, se inclina como si fuera a enterrar su cara en mi cuello y el impulso de retroceder surge y luego se desvanece al instante. A mi izquierda hay una puerta con un panel de vidrio cuadrado y a través del cristal está la mejor vista que mis ojos hayan visto jamás.

Cian.

¡Está vivo!

¡Está jodidamente vivo! Su cabeza cae hacia un lado, apoyada en su hombro, y está encadenado a una pared, pero su pecho se mueve visiblemente y una mano se estremece mientras se ajusta.

Bruno estaba diciendo la verdad.

Está vivo.

Mi corazón estalla en un remolino de movimiento y mi cabeza da vueltas con la oleada de alivio que me invade. De repente, me aferro a Bruno y lucho contra un sollozo que amenaza con escaparse mientras mi mundo se difumina con lágrimas. Parpadeo furiosamente para aclararlas, quiero mirar a Cian durante el mayor tiempo posible y pronto no puedo detener el gemido de alivio que surge.

—Oh, Dios mío —lloro—. Él... No lo entiendo, realmente—

—¡Eh! —Alguien grita fuerte detrás de Bruno y él se sobresalta, incorporándose abruptamente—. ¿Qué coño, Bruno? No puedes estar aquí... ¿Por qué diablos está ella fuera de su celda?

—Eh... —De repente, la palma de Bruno choca con mi cara cuando me abofetea, luego me agarra la barbilla y me obliga a mirarlo a través de las lágrimas que caen—. ¿Qué te dije sobre escaparte? ¡Te dije que te haría pagar!

¿Es esto a lo que se refería con seguir el juego? Afortunadamente, las lágrimas que caen y el alivio absoluto de ver a Cian vivo hacen que sea fácil interpretar el papel de la prisionera arrepentida y me arrodillo, sollozando.

—¡Lo siento! Lo siento, estaba confundida y me perdí. ¡Lo siento!

—Maldita sea —murmura el desconocido—. Patética.

—No te preocupes —Bruno resopla por encima de mí—. La reprenderé rápidamente.

Su "reprenderme" consiste en sentarse a mi lado en la cama mientras cuida el nuevo moretón que me ha dado bajo los ojos mientras lloro en completa incredulidad de que Cian esté vivo.

—Lo siento —murmura, manteniendo la cabeza baja como para ocultar su boca—. Esperaba traerte de vuelta aquí antes de que alguien te viera, pero con lo seguido que cambian a los guardias, sabía que había una posibilidad. Gracias por seguirme el juego.

No puedo hablar. Simplemente cierro los ojos y me imagino a Cian una y otra vez.

—¿Ahora me crees? —pregunta Bruno.

Asiento.

—Harías absolutamente cualquier cosa para salvarlo, ¿verdad?

Abro los ojos, encuentro su mirada y vuelvo a asentir.

—Justo como yo lo haría con Mary. Solo estoy intentando salvar a *ambos* y sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero necesitamos trabajar juntos, así que por favor... por favor, Saoirse. Ódiame todo lo que quieras, maldíceme todo lo que quieras, incluso mátenme después, pero por favor... por favor, trabaja conmigo aquí.

Reuniendo la estabilidad emocional que me queda, me apresuro a secar mis lágrimas. Ver a Cian vivo y bien ha formado una jaula protectora alrededor de la esperanza que revolotea dentro de mí. Respiro hondo y trato de organizar mis pensamientos caóticos.

—Cuéntamelo todo —digo con voz ronca—. Desde el principio. Cuéntame cada detalle. Entonces decidiré si trabajar contigo es la decisión correcta.

30

BRUNO

Por qué es tan frustrante?

No pensé del todo que mostrarle a Saoirse que Cian está vivo arreglaría mágicamente todo, pero esperaba que me ganara un poco más de confianza. Todavía estoy conmocionado de que incluso intentaran matarlo y que solo viva porque mi padre quiere tener el control de ambos gemelos por si lo necesita. Me contengo para no estallar e intento ponerme en el lugar de Saoirse.

Por supuesto que no confía en mí y quizá no debería hacerlo. Después de todo, soy la razón por la que está aquí en primer lugar.

—Vale. —Tomando una respiración profunda, me acerco más a la cama—. Pero tienes que confiar en mí.

Sus ojos se entrecierran de inmediato, pero no retrocede cuando me acerco, ni hace ningún comentario cuando me quito la camisa y me deslizo en la cama con ella. Estar tan cerca de ella después de tanto tiempo retuerce mi interior como si una serpiente se retorciera por mis entrañas y revolviera todo a su paso. Por debajo del olor a humedad de esta habitación, todavía puedo percibir su aroma.

Suave. Cálido.

Si cierro los ojos, es como si nada hubiera cambiado durante unos segundos.

—Quiero que piensen que estamos… ya sabes —susurro.

Sus ojos parpadean levemente cuando mi aliento roza su rostro y ella asiente. —Lo entiendo.

—Por favor, sabe que nunca, *jamás*, quise que esto sucediera. La cagué. Lo sé. Me cegó el deseo de décadas de ser aceptado por mi padre, y fui codicioso. Pensé que podría tenerte a ti y recuperar a mi familia al mismo tiempo si simplemente le mostraba a Domenico que era de confianza, pero él es… —Bajo ligeramente la cabeza y cierro los ojos—. No es quien pensaba que era.

Saoirse no habla, pero su mano descansa sobre mi bícep y el calor que emana de su tacto es como un horno.

—Después de que me dejaste por muerto en la calle, al menos mi padre lo vio como una muestra de lealtad.

—¿Qué? —Su voz tensa me atraviesa y mis ojos se abren de golpe.

—¿Eh?

—¿Qué? Yo no te dejé por muerto en la calle. —Mi confusión debió ser visible porque continúa después de una pausa de un segundo—. Te llevé al hospital después de que se disparara el arma. Estaba tan preocupada de haberte matado porque… no me malinterpretes, quería hacerlo, pero no *quería* hacerlo.

—Dispararme dos veces no parece un accidente —bromeo, aunque no la culpo.

—¿Qué? Bruno, te disparé una vez.

Incorporándome, tomo su otra mano y la guío por mi pecho hasta las dos nuevas cicatrices de bala justo debajo de mis pectorales. —Dos veces.

Sus ojos se abren como platos. —Bruno, ¡juro que solo te disparé una vez y fue un accidente! Tropecé y el arma se disparó. Caíste tan rápido que pensé que estabas muerto, pero después de contener la hemorragia, te llevé al hospital. Bruno, te lo *juro*. No estaba intentando matarte.

Esto no tiene sentido. ¿Quién diablos me disparó de nuevo? Y ¿por qué mi padre actuó como si Saoirse me hubiera dejado muerto en la cuneta como un perro no deseado? Toda la ira que sentía hacia ella por haberme tratado así, aunque fuera silenciosa, de repente se desvanece.

—No lo entiendo —susurra, pasando repetidamente las yemas de sus dedos sobre las nuevas cicatrices.

—Yo… tampoco. —Con tiempo limitado, no tenemos espacio para analizar lo que pasó ahora mismo, así que continúo—. Después de recuperarme, me hizo hacer entregas desde la ciudad hasta los muelles. Principalmente contenedores. Creí que eran armas y muchas drogas, considerando cómo se estaban deteriorando nuestras relaciones familiares. Pero una noche escuché algo. Sonaba como un animal herido pero…

Mi ritmo cardíaco se acelera y la mano de Saoirse se posa sobre mi pecho mientras sus cejas se fruncen con preocupación.

—No lo fue. Era una mujer. ¿Recuerdas a la mujer rubia del hospital? ¿Con los tatuajes?

Saoirse asiente.

—E-Era ella. Estaba totalmente droga, pero era ella y… no me reconoció. Mirándolo ahora, fui tan tonto por no darme cuenta, pero pensé que la persona que intentaba incriminar a mi padre estaba llevando esto un paso más allá, así que lo reporté y él…

¿Por qué es tan difícil admitir lo equivocado que estaba? Tomando una respiración más profunda, la retengo durante unos segundos antes de continuar.

—Era él. Siempre fue él. Me apartó y me lo confesó todo. En sus palabras, dijo que era porque Matteo es viejo, lo que pasó con Noah mostró una debilidad en el liderazgo familiar y ahora Rocky está casado con una policía, lo cual es un desastre. Así que está haciendo las cosas por su cuenta y asegurándose de enriquecerse por ello. Él y la Tríada son dos tercios de la organización que se formó cuando la Madrina rusa reorganizó por completo a su familia. Y yo… lo juro, mientras hablaba, era como si mi padre se derritiera y de repente fuera reemplazado por este… este monstruo.

El enojo brilla en los ojos de Saoirse y puedo ver que quiere decirme que ya me lo había advertido, pero afortunadamente no dice nada.

—Mi primer pensamiento fue advertirte, pero me estaba elogiando por cuántas personas había ayudado a mover por la ciudad y luego, en el mismo aliento, me dijo que había enviado a Mary de vacaciones. Y que ella permanecería allí, a salvo, siempre y yo me mantuviera en mi lugar. Yo… no sabía qué hacer, lo siento mucho. Lo único en lo que podía pensar era encontrar una manera de localizar a Mary y luego arreglar las cosas, pero no pude. Y no podía tener su muerte en mi conciencia porque es mi hermana y la única familia que tengo. La única persona que se preocupaba por mí, antes de conocerte.

Saoirse cierra los ojos. —Joder —susurra—. Odio cuánto te entiendo.

—¿Por qué?

Sus ojos se abren y las lágrimas brillan al mirarme. —Porque quería que fueras un gilipollas. Un verdadero gilipollas, porque sería más fácil odiarte. Quería que fueras tan retorcido como tu padre, pero solo estás intentando salvar a tu hermana y yo… odio cómo lo entiendo.

—Me estaba obligando a ensuciarme las manos la noche en que te vendieron. Creo que quiere que esté tan metido en esto que sea igual de culpable, y estoy bien con eso. Solo sabía que tenía que comprarte porque todos los demás compradores estaban en el

extranjero. Y si te perdías, cualquier posibilidad de reparar el tratado entre los irlandeses y los italianos se iría al traste.

Ella resopla suavemente. —Primero Noah, ¿ahora esto? Lo siento, no creo que vaya a haber otro tratado de paz.

Sus palabras, aunque dolorosas, son ciertas. Ningún irlandés confiará jamás en un italiano. Pero eso no es importante ahora.

—Desde tu desaparición, las cosas han estado tensas. Y Matteo sigue fuera del país, y Rocky… no estoy seguro de lo que está pasando allí. Se fue de luna de miel y volvieron la semana pasada, pero Rocky ha estado ausente. Si estuviera muerto, estoy seguro de que mi padre tendría el control total, pero todavía sigue las órdenes de Rocky de solo reaccionar defensivamente ante cualquier presión irlandesa.

Saoirse asiente lentamente. —Necesito pensar.

—¿Ahora mismo?

—No puedo pensar tan rápido.

—Sí. Claro. —Después de moverme un poco más bajo las sábanas, me aparto de ella y hago un gesto exagerado de ajustarme el cinturón para las cámaras. —Haré todo lo posible para averiguar más sobre la condición de Cian —digo moviendo la boca lo menos posible —. Y te protegeré, Saoirse. Lo prometo.

Mi palabra tiene poco peso, así que durante los próximos días me concentro en demostrarlo. Le traigo todas sus comidas favoritas, me aseguro de que ningún otro guardia entre en su celda y, cuando descanso en mi propia habitación, investigo. Todo depende de si Saoirse accede a ayudarme o no, pero necesito un plan en caso de que decida que no vale la pena. Si ella no ve una salida a esto, entonces depende de mí encontrarla.

Y lo haré.

Sabotear las cámaras debería ser fácil si puedo entrar en la sala de seguridad. Sacar a ella y a Cian será la tarea más difícil, ya que ella está débil y Cian está hecho polvo. Me cuesta pensar en lo que le han hecho, y la costilla que tiene como pierna después de que lo atropellaron con el coche es aterrador. Tendrá suerte si recupera la movilidad después de lo que han pasado. Incluso más razón para arreglar esto rápidamente.

Podría organizar un incendio. Eso llamaría la atención de la mayoría de los guardias aquí. Eliminarlos a todos por mi cuenta es una tarea imposible, y si termino muerto, no habrá nadie para ayudar a ninguno de los gemelos. Enviar un mensaje a los irlandeses también es difícil con lo estrictamente vigilado que estoy. Hazel del Buey Negro podría ser mi única esperanza. Si puedo llevar a los gemelos con ella, seguramente haría el resto.

Es el esqueleto de un plan, pero es un comienzo, y cuando vuelvo a la celda de Saoirse dos días después, ella tiene la adición perfecta.

—¿Has visto a Cian? —Sus manos se cierran alrededor de la taza y la agarra con fuerza—. ¿Está bien?

—Está vivo —es la única información que tengo—. Por lo que entiendo, lo han estado tratando. No sé del todo por qué lo han mantenido con vida. Quizás mi padre entiende lo jodido que estaría si algo te pasara, así que tiene a Cian como una especie de ficha de negociación extra.

Ella asiente rápidamente y se mete un mechón de pelo desaliñado detrás de la oreja. —Debe necesitar algo. O querer algo. Mantener testigos vivos así solo implica peligro, y ha sido tan inteligente para mantenerse oculto hasta ahora.

—¿Más poder, tal vez? Estoy seguro de que en sus ojos está en racha ganadora, así que quizás se está volviendo codicioso.

Sus ojos se clavan en mí. —¿Cómo?

—Bueno… —Me agacho—. Él te tiene a ti y a Cian. Tiene a Mary y también me tiene justo donde quiere. Matteo está fuera del país y todavía no puedo localizar a Rocky, aunque mis métodos de comunicación son limitados cuando tengo a alguien siguiéndome todo el tiempo. Quizás ha cambiado su objetivo.

—¿Crees que intentará tomar el control?

—Eso creo. Antes, hacía todo esto porque veía a la familia camino de la destrucción o la irrelevancia. Ahora tiene tantas victorias en su haber que apuesto a que piensa que puede cambiar eso y convertirse en el líder. Incluso si el tráfico de personas sale a la luz, si tiene suficiente dinero y poder para aguantar el odio que le generará, entonces estará bien.

Su atención vuelve a su vaso de agua. —Los rusos fueron abiertos al respecto durante años —acepta—. Pero presumir de estar involucrado en algo tan repugnante… debe tener un respaldo poderoso. O lo ha estado haciendo el tiempo suficiente como para pensar que es intocable.

—Creo que es el tercer líder —digo mientras paso la mano por mi cabello una y otra vez, y mi estómago se retuerce de nuevo. Voy a necesitar un suministro de por vida de antiácidos a estas alturas—. Sabemos que hay tres líderes, pero el tercero es un misterio hasta ahora. No he visto ni una sola mención de alguien más.

—¿Un respaldo silencioso?

—Tal vez. Esta mierda tuvo que empezar en algún momento, ¿no? No debe ser fácil meterse en el negocio de la trata, especialmente cuando los rusos se aseguraron de destruir todo. Pero él seguía hablando de un vacío en el mercado que llenó. La demanda no se detuvo solo porque la oferta lo hiciera.

La boca de Saoirse se tuerce brevemente. —Estoy demasiado cansada para analizarlo todo, pero creo que podrías tener razón. Y… tengo un plan.

Nuestras miradas se encuentran. —¿Un plan?

—Mmm. Necesitas hablar con Sarah.

—¿La esposa de Rocky?

—Sí.

—Pero… no lo entiendo.

Saoirse pone los ojos en blanco un poco. —Escucha. Con todo lo que Domenico ha hecho y Rocky aparentemente desaparecido, teníamos que asumir lo peor. O está muerto o está de acuerdo con Domenico, y sé que eso es muy poco probable, pero, seamos sinceros, no podemos confiar en nadie. ¿Pero Sarah? Ella sigue siendo policía y sé lo que pasó entre ella y Rocky. Ella *nunca* abandonaría sus principios. Así que necesitas llegar a ella y decirle la verdad. Es la única lo suficientemente astuta como para darte una oportunidad de creerte. La conozco. No te rechazará de inmediato.

Hablar con Sarah. ¿Cómo diablos voy a acercarme a ella para hacerlo?

—Y luego… —La mano de Saoirse de repente se lanza y agarra mi muñeca—. Tienes que prometerme algo.

—Lo que sea —digo de inmediato.

—Salva a Cian. Por favor. No me importa nada ni nadie más. Pero vi lo que le hicieron y me estaba matando pensando que estaba muerto por mi culpa. Tienes que salvarlo antes que a nadie más.

—Pero Saoirse…

—¡Prométemelo! —exclama, apretando más fuerte el agarre—. Ya he perdido a un hermano, no puedo perder a otro. ¡Por favor, prométeme que lo salvarás antes que a mí!

Es una promesa imposible de cumplir, pero su agarre es tan fuerte que me recuerda quién era ella antes de todo esto. —De acuerdo —digo, aunque no quiero—. Te lo prometo.

31

BRUNO

—¿Otro? —La rubia detrás de la barra golpea sus largas uñas rojas contra mi vaso y sonríe con sorna—. Invitado.

—Bueno, ¿cómo podría decir que no a eso? —Un trago gratis. Sí, por favor. A este ritmo, me llevaría la botella entera si pudiera. Sin embargo, por mucho que beba, no puedo quitarme de encima esa sensación de cosquilleo en la nuca mientras los hombres que me han seguido desde el faro se quedan al fondo del bar. Mi padre actúa como si confiara en mí, pero tiene a estos cabrones siguiéndome como si fuera una rata.

Yo *soy* una rata, pero él no necesita saberlo.

Beber en el local de Hazel sería demasiado obvio, así que he venido a la ciudad y he elegido un bullicioso bar deportivo para ahogar mis sentimientos. Saoirse sigue prisionera, Cian sobrevive pero necesita urgentemente un médico de verdad, y Dios sabe cuánta gente ha desaparecido en el océano mientras yo me entretengo tratando de encontrar un momento para respirar.

¿De verdad se supone que sea así? ¿El mundo es realmente tan oscuro y jodido? Casi echo de menos la prisión. No puedo creer que fuera más fácil que esto.

Mi teléfono se ilumina con una notificación de envío mientras el camarero me sirve otra copa, y mi corazón se hunde. Lo único que quiero es sacar a Saoirse de ahí y devolverla a su familia, y ver a Mary feliz y segura. Después de eso, no me importa lo que me pase.

Sobre todo porque ahora estoy un noventa por ciento seguro de que mi padre está de alguna manera involucrado en que me dispararan, dos veces. Saoirse insiste en que solo me disparó una vez y yo le creo. Sería algo extraño de lo que mentir. El segundo disparo debió ser su manera de hacer parecer que Saoirse disparó con intención de matar. Así, a ojos de todas las demás familias, los irlandeses son los malos y Domenico tiene vía libre para vengar el intento de asesinato de su hijo. Es *exactamente* el tipo de jugada que él retorcería.

Y yo caí en ella. Le creí porque las heridas eran prueba suficiente.

No queda suficiente tiempo en el mundo para compensar realmente a Saoirse. Termino mi copa y gruño con voz ronca mientras el alcohol arde como fuego al bajar por mi garganta, pero mientras intento dejar el vaso en la barra, alguien borracho choca contra mi espalda. El vaso se me escapa de los dedos y cae, rodando por la barra.

—¡Eh! —grito dándome la vuelta en el taburete—. ¡Fíjate qué coño estás haciendo!

—¡Yo no hago nada! —Un soplo de aliento a cerveza me llega del hombre que me ha chocado. Me golpea el hombro con la mano y me empuja como si quisiera que me diera la vuelta—. Fue un accidente. Relájate, *brochacho*.

—No me toques, joder. Ahora tengo que conseguir un vaso nuevo.

—Reláááxate —se apoya en mí y sonríe—. Es solo un vaso, tío. Consigue otro, para eso están. Joder, incluso te lo pago, ¿eh? Ya que es tan *importante*.

La irritación sube como la marea y, antes de que pueda procesar mi ira, mi puño choca contra la cara del imbécil. Él se tambalea hacia atrás con un grito, golpeando a una camarera que pierde toda la bandeja de bebidas sobre la cabeza de un hombre calvo y robusto.

Él grita furioso y se levanta de golpe, haciendo que su codo golpee la barbilla de la camarera, lo que provoca gritos de enfado protector de otros clientes. En cuestión de segundos estalla una pelea y me pierdo en el caos borracho de todo.

El hombre al que he golpeado intenta devolverme el golpe, pero es más lento que yo, probablemente porque tiene más alcohol en el cuerpo. Le golpeo una y otra vez, luego lo tumbo al suelo y le pego en la cara una tercera vez. Los vasos se rompen, las sillas caen y las mesas se astillan bajo el peso de los cuerpos que chocan de un lado a otro. La pelea termina casi tan rápido como comenzó cuando el alboroto hace que entre una patrulla desde fuera y el hombre debajo de mí es salvado de mi furia por dos policías que me inmovilizan en el suelo y me ponen las frías esposas en las muñecas.

Lo único decente de una pelea de bar es que nadie está dispuesto a admitir culpa, así que me meten en una celda y me ordenan dormirla hasta la mañana siguiente. Es la primera vez que estoy realmente solo desde que encontré a esa mujer en el contenedor y el silencio es casi asfixiante. Pero el sueño llega rápido. Paso unas horas completamente inconsciente en mi celda hasta que me despierta el turno de la mañana comprobando que sigo vivo.

Mi dolor de cabeza no es nada comparado con la ansiosa punzada en mi estómago mientras mi plan se despliega y finalmente tengo la oportunidad de hablar con la única persona por la que he hecho todo esto. Cuando me llevan a una sala de interrogatorios para dar mi versión de quién inició la pelea y mandó a un hombre al hospital, solo tengo un puñado de palabras para el oficial.

—Solo hablaré con la detective Sarah Gogs.

Les lleva una hora encontrarla, pero nunca me he sentido tan aliviado de ver a un policía como en el momento en que ella entra en mi sala de interrogatorios con una carpeta en la mano.

—¿Bruno? —frunce el ceño mientras se sienta lentamente al otro lado de la mesa—. Me dijeron que había un tipo llamado Craig aquí.

—Di un nombre falso cuando me trajeron.

Echa un vistazo al expediente y me mira por encima de sus gafas. —¿Por qué? Algo así es fácil de pasar por alto. Rocky pagará indemnizaciones a la víctima y su familia… de hecho, lo habríamos resuelto anoche si hubieras dado el nombre correcto.

—No —digo apresuradamente, inclinándome hacia adelante y bajando la voz—. Tuve que hacerlo de esta manera para poder hablar contigo.

Su ceño se frunce. —¿Y no podías simplemente llamarme porque…?

—Escucha, no tengo mucho tiempo, ¿vale? Y Saoirse tampoco.

Los ojos de Sarah se abren de par en par al instante. —¿Saoirse? ¿De qué diablos estás hablando, Bruno?

—¡Calla, escucha! —No quiero sonar brusco, pero lo último que necesito es que alguien me interrumpa antes de poder darle la información importante—. Sé dónde están Saoirse y Cian, ¿vale? De hecho, es principalmente mi culpa que estén en esta situación, pero tienes que escucharme. No puedes confiar en mi padre.

—¿Domenico? —Sus ojos se entrecierran brevemente—. ¿Por qué?

—Tienes que prometerme que no irás a él, ¿vale? Si se entera siquiera un poco de que estoy aquí hablando contigo o de que sabes algo, mi hermana muere.

—¿Mary? —La boca de Sarah se abre y sus ojos van de un lado a otro como si estuviera tratando de descifrar algo que yo no veo—. Basta de acertijos, dime de qué diablos estás hablando.

—Mi padre es un tercio de una organización subterránea de trata de personas que surgió seis meses después de que la Madrina Rusa aplastara el mercado. Ha estado trabajando con las Tríadas todo este tiempo porque, después de Noah, no tiene fe en Matteo y su forma antigua y perezosa de hacer las cosas. Y no confía en Rocky porque Rocky se casó contigo y tú eres policía. Él os ve a ti y a Rocky como una carga completa. Mary ha sido enviada lejos por mi padre desde agosto y la ha estado escondiendo de mí, amenazando con su vida si no hago lo que él pide.

—Es casi octubre —murmura Sarah—. ¿Qué te hace hacer?

—Recojo contenedores y los llevo a los muelles.

—¿Qué hay dentro?

—Adivina.

Sarah asiente lentamente. —¿Cómo encaja Saoirse en todo esto?

—Sabías que estaba investigando esto, ¿verdad? Bueno… cuando se lo dije a mi padre por primera vez, pensé que era porque alguien intentaba incriminarlo y aprovecharse de la posición débil en la que estaba la familia. Pensé que estaba haciendo lo correcto, pero él le dio la vuelta de inmediato e hizo parecer que Saoirse estaba intentando incriminar a cualquier italiano. Pero no era así. Ella estaba siguiendo el rastro de armas y drogas desaparecidas, encontramos mujeres traficadas, pero fueron sacadas del hospital y ahora sé que Domenico tuvo algo que ver. Intentó vender a Saoirse y casi mata a Cian. Están encarcelados y estoy haciendo todo lo posible para mantenerlos con vida, pero se me acaba el tiempo. La única razón por la que empecé esa pelea fue porque sabía que me arrestarían y era la única manera de poder hablar contigo sin que me siguieran o me interfirieran.

Todo sale de mí de golpe, incluyendo cada detalle que quizás ni siquiera sea importante, pero ahora estoy completamente metido en esto. Y es un alivio poder contárselo todo a alguien.

Sarah permanece en silencio, observándome mientras hablo, y cuando termino, su rostro está casi gris.

—Dios mío —murmura—. Yo… —Niega con la cabeza— Pensé que algo andaba mal después de la boda. Rocky y Cormac tienen una sólida amistad y me pareció extraño que Rocky pudiera cambiar tan rápido. Sé que quería que nuestra boda fuera perfecta y lo fue. Pero Domenico es como un padre para Rocky y su opinión tiene mucho peso, pero aun así… conozco a Saoirse. Conozco a Cormac.

—No son tus enemigos —insisto—. Por favor, créeme.

—Lo hago.

Mi corazón se detiene. —¿Lo haces?

—Sí.

—¿Entonces puedes decírselo a Rocky? ¿Puedes detener esto?

—No es tan simple. Al menos Rocky escuchó mis sospechas cuando estábamos de luna de miel, pero ahora mismo está… ocupado.

—¿Qué diablos significa eso?

Su mirada se agudiza. —Significa exactamente eso. ¿De verdad crees que te lo voy a contar todo? Te creo, Bruno, pero aún tengo que verificar algunas cosas.

—¡No hay tiempo! En el momento en que mi padre sospeche que algo anda mal, no hay forma de saber qué hará con los gemelos.

—Entiendo eso—

—¡No, no lo entiendes! —grito, golpeando la mesa con las manos—. ¡No tienes idea de lo que es sentir que hiciste lo correcto solo para que tu padre se dé la vuelta y sea un hijo de puta sádico! ¡Ver sufrir a la mujer que amas porque cometiste el peor error, saber que le has causado dolor y que no puedes hacer nada porque un movimiento en falso y tu hermana muere! ¡Estoy tan atrapado,

Sarah, y necesito tu ayuda, necesito que me escuches y que me ayudes!

Sarah no se inmuta por mis gritos, pero su expresión se suaviza brevemente. —Rocky… está en Italia. Fue a discutir algunas cosas con su padre respecto a que él tome el control de la familia y también como una prueba para ver qué haría Domenico en su ausencia. Si hubiéramos sabido que Domenico tenía a los gemelos irlandeses, no lo habríamos hecho, pero… —Niega con la cabeza— Esto es un desastre.

—Lo sé.

—Yo… —Se queda en silencio un momento.

Me desplomo de nuevo y las lágrimas me arden en los ojos, incluso cuando me presiono los dedos contra ellos. —Siento que cualquier cosa que haga resultará en la muerte de las personas que me importan y no puedo… no puedo respirar. Mary, Saoirse. Incluso Cian. ¿Qué diablos se supone que debo hacer? ¿Cómo salvo a todos?

La mirada de Sarah baja y sus labios se aprietan en una línea fina. —No tengo una respuesta para ti, pero te prometo que informaré a Rocky.

—Si está en Italia, ¿qué diablos hago mientras tanto?

—Sigue el juego. —Sarah se pone de pie y se ajusta las gafas—. Si Domenico nos ha estado mintiendo a todos desde que Noah atacó a los irlandeses, entonces es más peligroso de lo que cualquiera anticipó. Ten cuidado, Bruno. Mantén con vida a Saoirse y Cian. Hablaré con Rocky y haré lo que pueda para encontrar a Mary.

—¿Y si no es suficiente? —Mi corazón parece que va a salirse de mi pecho y la presión crece bajo mis pulmones—. ¿Y si llego demasiado tarde?

—Tiene que ser suficiente —responde Sarah—. Tienes que ser suficiente. Eres lo único que se interpone entre ellos y la muerte, así

que sé suficiente. Estaré en contacto.

32

SAOIRSE

Hace calor. Demasiado calor. ¿Alguien ha encendido la calefacción de repente o algo así? Gemir me hace sentir un poco mejor, pero darme la vuelta en busca de una parte fría de la almohada no lo hace. Todo el calor que se acumula bajo el edredón se vuelve rápidamente insoportable, así que lo aparto de una patada, para sorpresa y ligera diversión de Bruno.

—¿Eso es una invitación? —bromea él en voz baja mientras deja la bandeja de comida.

—Ni se te ocurra —murmuro—. ¿Puedes bajar la calefacción? Me estoy derritiendo.

Bruno frunce el ceño mientras coloca la cuchara para ayudarme con la sopa. —¿La calefacción? No ha cambiado, pero puedo echarle un vistazo… —Se queda callado cuando finalmente levanta la vista y nuestros ojos se encuentran.

—¿Qué? —Me apoyo en un codo y le fulmino con la mirada, no por ningún mal sentimiento, solo porque está aquí cuando tengo calor y estoy frustrada.

—Estás sonrojada.

—Sí, porque hace un calor de mierda.

—No, como… —De repente se acerca y presiona sus maravillosos dedos fríos contra mi frente. Inmediatamente agarro su muñeca con un gemido y lo sostengo allí.

—Dios mío, qué fría tienes la mano.

—Saoirse, estás ardiendo.

—Sí, porque estoy—

—No, como ardiendo de fiebre. ¿Cómo te sientes?

Nuestros ojos se encuentran de nuevo y me encojo de hombros. —Me siento bien. Solo tengo mucho calor.

—También estabas enferma ayer.

—Porque el sándwich que trajiste estaba asqueroso.

No parece que me crea y de repente se pone de pie mientras me tiende la mano. —Vamos.

—¿Qué?

—Vamos. Te voy a sacar de aquí para que tomes aire fresco.

Mi mejilla todavía duele levemente del golpe que me dio la última vez que salí de esta habitación, así que dudo. Tengo calor, estoy de mal humor y no tengo ganas de que me golpeen de nuevo. —Estoy bien.

—No, no lo estás. Estar encerrada aquí durante dos meses no es bueno y claramente estás empezando a ponerte enferma. Así que vamos, te llevo a tomar un poco de aire fresco.

Lo decía en serio.

Después de tomar su mano, Bruno me saca de mi celda y subimos varios tramos de escaleras que se vuelven cada vez más agotadores en cada piso. Justo cuando estoy a punto de quejarme, empuja una

puerta pesada y la brisa fría más gloriosa pasa suavemente sobre mi rostro y mi cuerpo acalorados. Cierro los ojos con éxtasis y le permito guiarme hasta que una barandilla roza mi brazo desnudo. Al abrir los ojos, mi estómago da un vuelco de repente.

Estamos más arriba de lo que esperaba y un gran océano se extiende frente a mí, brillando como mil diamantes bajo la luna clara. Justo debajo de nosotros hay rocas afiladas y retorcidas que chocan entre sí, y encima de mí hay una luz gigantesca que gira lentamente.

—¿Estamos en un faro? —Miro hacia arriba con la boca abierta mientras Bruno aprieta brevemente mi mano.

—Sí. Al otro lado de la bahía— —Señala detrás de mí, donde los grandes muelles son visibles en la distancia—. Mi padre me tiene monitorizando los cargamentos que pasan por allí, así como algunos de los barcos más pequeños que no requieren un atraque completo. Así que cuando insistí en quedarme contigo y él quiso que estuvieras en una de sus propiedades, te puso aquí.

—Vaya. Qué cabrón. —Agarrándome a la barandilla, cierro los ojos y respiro profundamente mientras el aire del mar inunda mis pulmones y alivia la tensión constante que ha quemado en mi pecho desde que llegué por primera vez. —El agua huele increíble, joder.

Cada respiración profunda siento como si fuera la primera y el aire fresco es maravilloso contra mi piel abrasadora. Es algo tan pequeño y, sin embargo, cuando miro a Bruno, la gratitud inunda mi corazón. —Gracias.

Asiente, pero sus cejas siguen fruncidas. —Sigo pensando que debería llevarte a un médico o algo así. No tienes buen aspecto.

—Como si tu padre lo permitiera —me burlo. Pero sus palabras me preocupan.

¿Será mi bebé? Estar encerrada aquí no me ha dado acceso a ninguno de los medicamentos regulares que mi médico quería que

tomara, ni he estado en un ambiente libre de estrés. Mantenerlo en secreto tanto tiempo solo ha funcionado porque mi embarazo es críptico, pero no tengo idea de cuánto tiempo más durará eso. Eventualmente, no podré ocultar que estoy embarazada.

—Vamos —dice Bruno, guiándome de vuelta adentro—. Vamos a conseguirte comida de verdad.

En lugar de llevarme de vuelta a mi celda, Bruno me conduce a donde ha estado alojándose en el segundo piso del faro. Un mundo aparte del sótano subterráneo en el que me han tenido.

Es una habitación modesta con una pequeña estantería en una esquina junto a una vieja silla, una mesa de comedor simple y una cocina pequeña. Subiendo dos escalones en el extremo opuesto hay una puerta que lleva a un dormitorio y una puerta adyacente que lleva a un baño. Bastante acogedor, considerando todo.

—¿Aquí es donde has estado viviendo?

—Síp. —Bruno me guía hacia la silla, pero justo cuando llego allí, me roban las fuerzas de las piernas y casi me desplomo en el suelo. —Mierda, espera. —Sin decir una palabra, Bruno me levanta en brazos y me lleva el resto del camino.

Estar en sus brazos después de tanto tiempo hace que mi corazón se acelere por una razón completamente diferente. Desde que supe que la vida de su hermana sigue en el punto de mira de Domenico, ha sido mucho más fácil enfrentarme a él. Entiendo su situación y, con este tiempo para pensar en todo, incluso entiendo su desesperación por conseguir la aceptación de su padre. Creo que haría cualquier cosa para que mi propio padre me reconociera una vez más.

—Tranquila —dice Bruno mientras me acomoda en el sofá.

—Estoy bien —insisto, aunque sin la frescura del viento para mantenerlo a raya, el calor está regresando.

—Lo sé. Quédate ahí. —Bruno desaparece y regresa con una botella de agua, luego se dirige al baño, donde se escucha el sonido del agua corriendo. Durante la siguiente hora, me prepara un baño y cocina un delicioso plato de pasta mientras yo remojo mis músculos adoloridos y cansados en la vieja bañera. Comer es igual de relajante, ya que es la primera comida caliente y cocinada que he tenido desde que llegué. Todo lo demás definitivamente salió de un paquete o una lata.

—Saoirse —dice Bruno después de que los platos están recogidos—. Espero que sepas cuánto lo siento por haber causado esto.

—Lo entiendo.

—Sé cuánto lo odias y nunca podré..., espera, ¿qué? —Su boca se abre ligeramente y me mira con esa mirada de cachorro que recuerdo de nuestra primera noche juntos.

—He dicho que lo entiendo.

—Vaya, realmente estás enferma.

—Vete a la mierda —me burlo.

—Lo siento, es solo que... Nunca esperé que dijeras eso y que sonaras como si lo pensaras de verdad.

Recorro con los dedos un par de surcos en la madera y asiento con la cabeza. —Yo... haría cualquier cosa por Cian. También haría cualquier cosa para que mi padre me reconociera de nuevo. No digo que te perdone ni nada, pero conociendo la verdad, la verdad *completa*... lo entiendo. Sacar lo mejor de una situación terrible es doloroso, lo sé. Yo... solo digo que lo entiendo. —Es doloroso decirlo porque admitir que lo entiendo también implica admitir que *tal vez* haría exactamente lo mismo si nuestras posiciones estuvieran cambiadas.

Tal vez si hubiera estado más abierta a escucharlo desde el principio, o más compasiva con su desesperación por su padre, entonces esto

sería diferente.

Tantos 'tal vez'.

—Saoirse... No sé qué decir. —Bruno parece estar a un segundo de estallar en lágrimas, pero no llegan porque un segundo después, varios golpes fuertes en la puerta nos hacen saltar a ambos.

—Mierda —susurra. Se levanta justo cuando la puerta se abre y dos guardias irrumpen en la habitación con aire furioso. Esa furia se transforma en una extraña codicia cuando me ven sentada en la mesa de Bruno con el cabello húmedo.

—Oh, ahora estás en problemas, Bruno —dice un hombre con gafas —. No te perdonará esto dos veces.

—Espera... —Bruno avanza, pero el hombre de las gafas inmediatamente le apunta con una pistola.

—Ah, ah. Ni un paso más.

—Ven aquí, zorra. Apuesto a que te venderán de nuevo, a mitad de precio por los problemas que causasteis los dos. —Se abalanza hacia mí y me agarra del brazo antes de que pueda reaccionar. Mientras me levanta, el mismo mareo que me invadió antes vuelve a atravesar mi cráneo junto con un nuevo ardor del calor que me quema por dentro.

Tal vez Bruno tenía razón. Necesito un médico.

Algo va mal.

—Espera —me falta el aliento, alejándome de él y luchando por mantener el equilibrio en el suelo de madera con los pies descalzos —. ¡Espera!

—¡Suéltala! —ruge Bruno, y avanza hacia adelante, pero es detenido de inmediato por la pistola que el gilipollas de las gafas le apunta al pecho.

—¿Qué coño te dije? —le espetó con desdén—. Las reglas estaban claras. La perra se queda en su celda hasta que Domenico esté satisfecho con tu trabajo.

—¡Está enferma! —grita, con el pecho agitado—. Necesitaba aire y—

—Ahhh, ¿está enferma? —El hombre que me sujeta me arrastra hacia él y, en un golpe frío y aterrador, su puño se hunde en mi estómago y me arranca todo el aire de los pulmones.

—¡No! —grito mientras el terror me agarra como una tenaza y una extraña sensación fría recorre mi columna vertebral—. ¡Espera, espera, estoy embarazada!

Toda la habitación se paraliza y cae en un silencio mortal. Podrías haber oído romperse una concha en las rocas que bordean la orilla de abajo. Entonces Bruno se mueve más rápido de lo que lo he visto moverse en su vida. Le arrebata la pistola al hombre de las gafas, retorciéndole el brazo con tanta violencia que se le rompe un hueso y él chilló—un chillido que Bruno corta de un tiro en el pecho y otro en la cabeza, para luego apuntar inmediatamente hacia el hombre que me sostiene. Dos balas más disparan y golpean a mi captor en el pecho y la garganta.

La sangre caliente me salpica la cara mientras él retrocede tambaleándose y Bruno le dispara dos veces más. Su cuerpo cae al suelo con una finalidad mortal y el silencio vuelve a caer.

Entonces Bruno está a mi lado, con la mano contra mi mejilla. —Buen truco —dice, jadeando levemente.

Las lágrimas gruesas se acumulan en mis ojos. —No es un truco —susurro—. De verdad estoy embarazada.

Todo el color desaparece del rostro de Bruno. —¿Qué... qué? Pero nunca…

—Estaba embarazada antes de llegar aquí.

—Pero tú… —Él mira hacia mi vientre plano, la confusión grabada en su rostro—. No lo entiendo.

—Es un embarazo críptico. El bebé está descansando muy atrás.

—Dios mío. —La palma de Bruno tiembla contra mi mejilla—. ¿Por qué… por qué no me lo dijiste antes?

—¿Cómo podía? —Las lágrimas ruedan por mis mejillas—. No confiaba en ti, pensé que Cian estaba muerto, y no quería que me mantuvieran viva como a una cerda, así que esperaba que muriéramos o que me rescataran. ¡No tenía ninguna razón para confiar en ti!

—¿Y ahora? —La incredulidad permanece en sus ojos mientras alterna la mirada entre mis ojos y mi vientre.

—Ahora… Ahora, supongo que confío en ti y no estoy tan interesada en la parte de morir. Quiero que salgamos de aquí. Todos.

—Joder… joder. —Bruno se aleja para mirar los cuerpos y luego vuelve a mirarme—. Se suponía que debía mantener un perfil bajo… *joder*. Está bien. Puedo lidiar con esto. Tendré que… vale. Vale. Tengo un plan. Quédate aquí y volveré, ¿vale? Cierra la puerta, no dejes entrar a nadie. —Me pasa la pistola a mis manos temblorosas y vuelve a acariciar mi mejilla—. Quédate aquí, ¿vale? Volveré.

—Si no vuelves —susurro, luchando por respirar a través de la creciente oleada de lágrimas—, hay algo que deberías saber.

—¿Qué?

—Tú… tú eres el padre, Bruno. Es tu bebé.

33

BRUNO

Mi bebé.

Mi bebé?

No es el momento de paralizarse con dos guardias muertos en el suelo y la certeza de que tal vez acabo de arruinarlo todo para los dos, pero todo eso palidece en comparación con las palabras que salen de la boca de Saoirse.

Mi bebé.

Está embarazada y es mío. Pero nosotros…

Pensándolo bien, fuimos descuidados con la protección, pero seguramente eso no significará lo que creo que significa, ¿no? —¿Cómo… De cuánto tiempo estás?

Lágrimas de agotamiento llenan lentamente los ojos de Saoirse. —Eh… ¿quizás seis meses?

—¿*Seis* meses? Pero nosotros—

—Bruno. —Me interrumpe suavemente—. Llevabas una máscara verde en la Gala, ¿te acuerdas? En abril.

—Me acuerdo, pero eso fue… —Me golpea como un chorro de agua fría que me recorre de la cabeza a los pies. Abril. La Gala. —¿Eras tú?

—Sí. —Saoirse asiente y su cabello húmedo se arrastra de un lado a otro sobre sus hombros—. Eres mi misterioso hombre enmascarado. Y nos lo hicimos en ese armario.

—Yo… Lo recuerdo. —Joder. No había pensado en esa noche desde hace tanto tiempo porque, en cuanto conocí a Saoirse, captó todo mi interés. Ya no me importaba encontrar a la misteriosa mujer sexy de la Gala porque Saoirse es todo lo que quiero y más. Nunca se me ocurrió que podían ser la misma persona. —¿C–Cómo?

—¿Necesitas que te explique cómo me quedé embarazada? —Ríe con desgana y una lágrima se desliza por su mejilla. Avanzo hacia ella y acabo cubriendo su mano mientras la limpia, y luego continúo haciéndolo para intentar limpiar un poco de la sangre.

—No, es solo que… lo siento, esto es demasiado para asimilarlo. Saoirse, has pasado por un infierno aquí. Joder… ¿estás segura de que todavía…? —Las palabras se me atragantan mientras miro hacia su vientre.

—¿Sinceramente? —Su voz se quiebra—. Ni idea. Sabía que estaba antes de esto, pero ahora no tengo ni idea.

—Mierda. —En unos minutos he descubierto que Saoirse está embarazada y que me he convertido en padre. Mi corazón late tan rápido que noto el sabor del hierro en la garganta y mi mundo entero cambia a un eje completamente diferente.

Un bebé. Apenas he sido digno de mi propia familia, y mucho menos de crear y tener una propia. ¿Qué clase de padre sería? ¿Cómo puedo siquiera considerarlo dadas las cosas que he hecho?

—Lo descubrí justo antes de la boda de Rocky —susurra—. Bueno, sabía que estaba embarazada antes de eso, pero no sabía que eras

el hombre detrás de la máscara. Iba a decírtelo después de la ceremonia—

—Y lo arruiné. Lo arruiné completamente. —Todo lo que toco se convierte en polvo. En mi juventud estaba convencido de que el mundo estaría mejor sin mí, y en estos momentos siento un creciente entendimiento de lo mismo. Las cosas que he hecho, el dolor que le he causado a Saoirse y ahora mi bebé—su bebé—está en peligro por mi culpa.

—Bruno—

—Voy a arreglar esto. —Le acaricio la mejilla y la beso de repente. Es un beso de pasión y disculpa, y el contacto de sus labios es tan intenso que casi me hace llorar—. Lo siento muchísimo. Quédate aquí. Cierra la puerta. No dejes entrar a nadie, ¿vale? Ni a un alma.

—¿Qué? Bruno, ¿adónde vas? ¡Bruno!

Sus gritos me persiguen mientras salgo corriendo de la habitación y vuelvo a bajar las escaleras, confiando en que hará exactamente eso. No hay tiempo. No puedo esperar a que Sarah encuentre a Mary. No puedo esperar a un milagro. Tengo que sacarla de aquí, pero sé que no se irá sin Cian. Entonces, ¿cómo diablos saco a ambos de aquí?

Afuera, las ganas de derrumbarme surgen como una mano que sube desde mi estómago. No puedo respirar y, para cuando llego al coche, estoy jadeando. El pecho me duele como si lo estuvieran aplastando desde dentro y la visión se me nubla un poco mientras mi corazón acelerado hace que surjan sombras pulsantes en los bordes de mi campo visual.

¿Estoy teniendo un ataque al corazón? No… no, es solo pánico.

Una vez en la carretera, llamo a Sarah. Contesta al cuarto timbrazo.

—¿Sarah?

—¿Bruno? ¿Por qué me llamas? Creía que habíamos quedado en—

—No hay tiempo, tienes que escucharme. No podemos esperar más. ¿Has descubierto algo sobre Mary?

—Bruno, ¿qué demonios—

—¡Dímelo! —Aprieto el volante con fuerza, rezando para que mi explosión no haga que Sarah se cierre conmigo—. Por favor, lo siento. Por favor.

—Mary se está quedando con una amiga en el norte del estado. Está fuertemente custodiada desde que llegó. Parece estar bajo la impresión de que Domenico lo ha hecho por su propia seguridad y parece feliz.

—¿Puedes llegar a ella?

—Bruno, un movimiento así sin—

—¿Puedes llegar a ella?

—Yo no, pero algunos amigos quizás. Pero no hasta que me digas qué demonios está pasando.

—No tengo tiempo. —Joder. No tengo tiempo. Cuanto más tarde, más peligro corre Saoirse al quedarse sola en el faro. Tal vez huya. Tal vez haga algo estúpido para salvar a Cian y yo volveré a encontrarla muerta. Tal vez estoy tomando todas las decisiones equivocadas de nuevo.

Pero tengo que hacer algo.

—Bruno, si tienes tiempo para llamarme, tienes tiempo para explicarme.

—No, porque si te lo explico, existe la posibilidad de que me convenza de no hacer nada y no puedo permitírmelo. Solo necesito llegar a mi padre y todo esto terminará. Sarah, tienes que sacar a Mary ahora. No puedo arriesgarme a que él haga una llamada o algo que la mate.

—Pero Bruno—

—No, Sarah. ¡Escúchame! Tienes que hacerlo ahora. Como ahora mismo. Y tienes que enviar gente al faro porque Saoirse y Cian están ambos allí, pero por favor, intenta salvar a Mary primero. ¡Por favor!

—Bruno, espera, escúchame—

—¡No! Tienes la información. Tienes que llegar antes de que maten a Mary, antes de que maten a alguien. Voy a distraerlo y haré todo lo posible para que se quede conmigo hasta el final, ¿vale?

No hay respuesta. Echo un vistazo al móvil y golpeo el volante al darme cuenta de que estoy conduciendo por una zona sin cobertura y la respuesta de Sarah se ha perdido en el aire. —Joder. Por favor, Sarah. *Por favor*, llega a tiempo.

La llamada se corta, así que me concentro en acelerar hacia la finca Barati, donde mi padre ha estado gobernando desde la boda de Rocky. No tengo un plan. Por lo que sé, mi padre ya sabe que los guardias están muertos y, en cuanto aparezca, yo también lo estaré. Pero Sarah sabe ahora dónde está Saoirse, así que eso es lo único que importa.

Alguien lo sabe.

Solo espero que nadie más a quien quiera muera por ello.

Al llegar a la finca, las puertas principales están cerradas y con llave, así que aparco sin cuidado y salgo del coche apresuradamente. Estoy preparado para saltar la verja si es necesario, pero justo cuando me acerco a ella, dos hombres armados salen de la garita.

—¡Eh! —grita uno, levantando su fusil de asalto.

—No deberías estar aquí, Bruno —dice el segundo, que mantiene su fusil bajo junto a su cuerpo—. No eres bienvenido en estos terrenos.

—Necesito hablar con mi padre, así que abre la maldita verja.

—No —responde el primero con firmeza—. Vete a casa.

—Abre la verja.

—No.

—¡Abre la puta verja!

—¿O qué? —El primero da un paso adelante, listo para meter el cañón de su arma en mi pecho, pero el segundo se interpone entre nosotros y fulmina a su compañero con la mirada.

—Escucha. Llevamos varias semanas en confinamiento, ¿vale? Nadie entra ni sale sin autorización previa y tú no estás en la lista. Nadie está en la lista. Así que vuelve a tu puesto. Si de verdad necesitas ver a Domenico, le diré que pasaste por aquí.

—No puedo irme —La ira crece dentro de mí como una presión ardiente y es imposible quedarse quieto—. Necesito verlo ahora mismo y no me voy hasta que me dejéis pasar por esa verja, ¿entendido?

—Inténtalo —el guardia dispuesto a disparar me fulmina por encima del hombro de su compañero—. Hace mucho tiempo que no disparo a alguien.

—¡Mirad, no lo entendéis! —¿Cómo puedo explicar esto para que me escuchen? Si al menos no le hubiera dado esa pistola a Saoirse, entonces podría simplemente matarlos y saltar la verja—. Solo necesito—

Me quedo callado cuando de repente nos inundan los brillantes faros de un coche que se acerca despacio por el camino. Debido a cómo aparqué mi propio coche, el vehículo se detiene a unos metros atrás y se queda con el motor ronroneando. Levanto la mano sobre los ojos, intentando evitar que el resplandor me ciegue mientras ambos hombres armados levantan sus fusiles hacia el recién llegado.

Mi corazón late con violencia. ¿Podría saltar la verja mientras están distraídos? Ni de coña. A menos que fuera un superhéroe o algo así. Joder.

—¡Identifíquese! —grita el primer guardia armado al nuevo vehículo. Lentamente se separan el uno del otro mientras uno se mueve hacia la izquierda y el otro hacia la derecha. Empiezan a rodear el coche, pero antes de que ninguno de ellos se aleje demasiado, una de las puertas se abre y la grava cruje bajo el peso de unos pasos.

—Baja el maldito fusil —dice una voz familiar con desgana—. Estoy cansado y no estoy de humor.

—¿Rocky? —pensé que estaba en Italia—. ¿Qué haces aquí?

Frotándose la mandíbula, Rocky Barati pasa por delante de mi coche después de lanzarle una mirada de desaprobación y nuestros ojos se encuentran. —Bruno. Podría preguntarte lo mismo.

—¿Pensé que estabas en el extranjero?

Los ojos de Rocky se entrecierran ligeramente. —¿Quién te ha dicho eso?

Dudo. —Ya sabes quién.

Asiente una sola vez y echa un vistazo a los guardias mientras estos bajan sus armas. —¿Qué está pasando aquí?

—Quiere entrar en la propiedad, señor —afirma el segundo guardia —. Pero tenemos órdenes estrictas de no dejar entrar a nadie sin previa autorización.

—¿Por qué?

—Ehm… —El guardia vacila—. Órdenes de Domenico, señor. Cree que los irlandeses están lo suficientemente desesperados como para colar a alguien o algo peligroso, así que está protegiendo la propiedad y las vidas de todos los que están dentro.

—¿Ah, sí? —Rocky se pasa una mano por el cabello y me mira de nuevo—. Y tú, ¿de qué se trata esto?

—Necesito hablar con mi padre —digo. No está claro cuánto sabe Rocky, y ni siquiera puedo garantizar que esté de mi parte, pero si

puede conseguir que me dejen entrar para ver a mi padre, eso es todo lo que necesito—. Es urgente.

—¿Qué tan urgente? —pregunta Rocky.

—Lo suficientemente urgente como para que estuviera contemplando la mejor manera de someter a dos guardias armados y no morir en el intento.

Rocky suelta una breve risa de diversión. —Bueno, él llegará pronto. Está recogiendo a Sarah del trabajo para que podamos tener una reunión que hace tiempo que necesitamos.

Mi sangre se hiela.

¿Está recogiendo a Sarah? *Mierda*, ¿estaba con ella cuando la llamé? ¿Es eso lo que intentaba decirme? Mi corazón se hunde en el estómago y, antes de darme cuenta, mis manos agarran el hombro de Rocky mientras ambos guardias levantan sus armas hacia mí.

—¡Rocky, Sarah está en peligro! ¿Sabes dónde están?

—¡Qué demonios! —Aunque se aparta, el rostro de Rocky se torna inmediatamente preocupado—. ¿Qué quieres decir?

—Yo… ¡mierda! —Lo suelto y me alejo unos pasos para liberar algo de la energía acumulada dentro de mí—. ¡La llamé! Fui tan estúpido. La llamé porque venía aquí y sabía que era la única que podía ayudarme. Ella sabe dónde está mi hermana, Mary. Y mi padre ha estado manteniendo a Mary encerrada durante semanas, usando su vida como cebo para obligarme a hacer lo que él quiere, y la llamé a Sarah y le exigí que la salvara porque venía aquí para enfrentarme a mi padre.

—¿Para qué? —Rocky ya tiene el teléfono en la mano.

—¡Para todo! El tráfico de personas, las mentiras, el hecho de que estoy bastante seguro de que me *disparó* solo para tener una excusa pública para demonizar a los irlandeses. Ha tenido a Saoirse y a Cian en cautiverio y a mí por extensión, porque un solo paso en falso y

Mary moriría. Oh, Dios. —Me llevo las manos a la cara—. Maté a dos guardias y simplemente la *dejé* allí.

—¿A quién? —exige Rocky con el teléfono en la oreja.

—¡A Saoirse! Pensé… pensé que podía venir aquí y distraer a mi padre mientras Sarah salvaba a Mary y luego a Saoirse y entonces yo… mierda, no sé. Pero si escuchó aunque sea una fracción de mi llamada con Sarah entonces—

—No contesta. Mierda. Braden, quiero a todos en alerta máxima —le dice Rocky a uno de los guardias—. Todos, ¿me oyen? Todos. Que alguien me ponga a Cormac al teléfono y quiero al equipo de seguridad privada siguiendo el GPS de Sarah *ahora mismo*. Tú —me señala y mueve la cabeza hacia el coche.

—Quiero que me digas todo, ¿entiendes? Cada detalle mientras me ayudas a salvar a mi mujer.

—Claro, sí —corro hacia su coche pero me detengo con la mano en la puerta, el corazón palpitando—. Pero si la salvamos—

—Cuando —dice Rocky con firmeza.

—Cuando —corrijo—. Entonces tendrás que ayudarme a salvar a la mujer que amo.

La mirada de Rocky se encuentra con la mía mientras abre la puerta del coche. Luego, afortunadamente, asiente.

34

SAOIRSE

Bruno se va. Y no vuelve.

El silencio es ensordecedor.

El calor dentro de mí no se disipa.

Y ahora hay dos cadáveres empapando el suelo de madera con su sangre. ¿Qué hago? ¿Qué haría la antigua yo?

La antigua yo se iría sin dudarlo, mataría sin discriminar y sacaría a Cian y a mí de aquí. Pero las cosas son diferentes ahora. Soy más débil. Estoy cansada. No puedo luchar como antes con un bebé que proteger, y Cian no estaba en buen estado la última vez que lo vi.

¿Debería esperar aquí a Bruno? ¿Volverá siquiera?

Mis labios aún hormiguean por la presión de su beso y los sentimientos que pensé que habían quedado enterrados hace tiempo explotaron de nuevo. La forma en que su rostro cambió por completo cuando le hablé del bebé fue la expresión que esperaba ver en su cara cuando le dije que estaba embarazada en la boda de Rocky. Solo que esta vez, está empañada por la preocupación y el miedo.

Otra oleada de calor me invade y me hundo de nuevo en mi asiento, sosteniendo la pistola en mi regazo mientras mi mente corre lentamente. Bruno tiene un plan, pero no puedo confiar en él porque no hay garantía de que vuelva. Estar aquí arriba en su habitación es lo más cerca que he estado de la libertad en semanas. No puedo desperdiciarlo.

Si tan solo no me sintiera como si me estuviera quemando viva por dentro. El calor se acumula detrás de mis ojos y, en pocos segundos, estoy sudando a mares y quitándome la sudadera que Bruno me dio. Aunque eso no hace nada para refrescarme. De pie, camino alrededor de la mesa mientras el calor se acumula hacia abajo, como una banda caliente que aprieta mi estómago, y una fuerte oleada de náuseas sube por mi garganta.

—Joder —susurro, corriendo hacia el fregadero y esperando completamente que la buena cena de Bruno salga disparada de mí. Me atraganto una, dos veces… luego nada. Solo la abrumadora sensación de malestar. Joder.

Realmente estoy enferma.

No puedo quedarme aquí.

—Lo siento, Bruno —murmuro—. Espero que lo entiendas.

Pasando por encima de los dos cadáveres, me dirijo hacia la puerta. Me había dicho que la cerrara con llave después de él y lo hice, a pesar de saber que probablemente no haría nada para detener a cualquiera que viniera aquí con un propósito. Al abrir la puerta, el oscuro abismo de las escaleras de caracol me recibe.

¿Debería huir?

No, no puedo. No sin Cian.

Tengo que bajar lo más profundo que pueda y esperar recordar el camino en espiral hacia donde lo tenían la última vez. Suponiendo que no lo hayan movido.

Con la pistola apretada en una mano, bajo las escaleras mientras trago repetidamente para combatir la oleada de náuseas y el calor abrasador que recorre mi abdomen. Bajo y bajo hasta que he perdido la cuenta de los escalones que he pasado o en qué piso podría estar. No tengo más remedio que seguir adelante.

La escalera de caracol de piedra finalmente da paso a un pasillo y la puerta al fondo me lleva más adentro de los oscuros y húmedos pasillos con un familiar olor a moho. Mientras me deslizo por un pasillo, un guardia camina despreocupadamente hacia mí con la atención puesta en el cigarrillo que está enrollando entre dos dedos. Silbando suavemente, no me ve hasta que hago clic en el seguro de mi pistola y el sonido resuena en el espacio compacto.

Levanta la cabeza y cae al suelo inmediatamente cuando le disparo dos veces en el pecho. Su cuerpo se desploma contra la pared y la sangre se acumula lentamente a su alrededor.

Entonces otra oleada de dolor recorre mi cuerpo, pero esta vez el ardor intenso se dispara justo entre mis piernas y por la parte trasera de mis muslos.

—¡Ah! —Me tambaleo contra la pared buscando apoyo, y otra oleada de sudor caliente brota en mi espalda mientras mi pecho se oprime y una creciente comprensión me golpea dolorosamente.

Esto… esto no pueden ser contracciones, ¿verdad? No es posible. Es demasiado pronto. ¡Es mucho, muchísimo más pronto!

Mierda. Quizá debería haber corrido. Debería haber corrido y pedir ayuda para Cian en lugar de cojear hasta aquí yo sola. Pero ya es demasiado tarde para volver atrás. Ponerle nombre a mi dolor provoca más frecuentes punzadas de agonía en mi abdomen y bajando por mis muslos. Es como si reconocer lo que está pasando le hubiera dado permiso a mi cuerpo para lanzarse de lleno con el dolor y estoy luchando contra ello.

Afortunadamente, el pasillo se vuelve más familiar y pronto el corredor serpenteante da paso a varias puertas que se parecen a la tras la que vi a Cian. Reviso cada una a través del cristal y veo a varias mujeres en diversos estados de inconsciencia, y a varios hombres, pero ninguno de ellos es Cian.

Dejar atrás a los desconocidos duele, pero no puedo salvar a todos.

Para cuando llego a la última celda, las lágrimas caen libremente por mis mejillas y estoy empapada en sudor. Mi ropa se pega a mí como una segunda piel y ardo tanto que es un milagro que el pomo de la puerta no chisporrotee en cuanto lo toco.

—¡Cian! —A través de la última puerta lo veo. Mi gemelo. Está aparentemente inconsciente sobre un colchón delgado con varias vendas sucias cubriendo su cuerpo casi desnudo. La que lleva en el cuello parece la más limpia y al menos su pierna mutilada parece haber recibido algún tipo de tratamiento.

—¡Cian! —Golpeo la puerta con la mano y llamo repetidamente—. ¡Cian! ¡Cian, despierta! ¡Por favor, despierta!

No hay respuesta.

—¡Mierda, mierda! —Miro rápidamente a mi alrededor, pero justo cuando me doy cuenta de que no hay rastro de ninguna llave, la puerta del pasillo a mi lado se abre y un guardia entra caminando. Ambos reaccionamos al mismo tiempo. Él retrocede sorprendido al verme mientras yo levanto mi arma y le disparo en la pierna. Se desploma con un grito, luego se abalanza sobre mí, pero soy lo suficientemente rápida para apartarme de su alcance.

—¿Cómo abro la celda?

—Maldita zorra—

—¡Dime cómo abrirla!

—Puta, voy a matarte—¡argh!

La segunda bala atraviesa su antebrazo cuando intenta alcanzarme, y sus gritos de dolor son el mejor sonido que he escuchado en mi vida. Se enrolla de lado, sosteniendo su brazo y gimiendo mientras me mira con lágrimas en los ojos.

—No voy a preguntar de nuevo —me planto sobre él, jadeando y sudando mientras sostengo mi abdomen y mi arma apuntando directamente a su cara—. ¿Cómo!

—Con—ahh, ¡con una llave!

—¿Qué llave?

—¡Mi bolsillo—el bolsillo derecho!

En cuanto tengo la respuesta, lo mato de un disparo y el pasillo vuelve a quedar en silencio. Me arrodillo, y el olor a sangre y vísceras que emana de su cuerpo es suficiente para hacerme sentir náuseas mientras registro sus bolsillos en busca de la llave. Mis dedos encuentran el hierro frío justo cuando otra contracción me atraviesa y esta es tan dolorosa que no puedo quedarme callada.

Grito fuerte mientras las lágrimas caen por mis mejillas, mezclándose con el sudor. Siento como si me estuvieran hirviendo por dentro mientras simultáneamente me desgarran por la mitad.

—¡Mierda! —Una vez que pasa la oleada inicial, uso la pared para levantarme de nuevo sobre mis tambaleantes piernas—. Jodida… mierda. —De vuelta en la puerta de Cian, es una batalla conseguir meter la llave en la cerradura, pero finalmente entra y un satisfactorio clic resuena en el pasillo. Abro la puerta de un tirón y entro tambaleándome.

—¡Cian!

—¿S–Saoirse? —Cian, con una expresión completamente aturdida, se incorpora lentamente sobre un brazo muy magullado—. ¿Estoy… muerto?

—¡No! —jadeo, cayendo de rodillas y apenas registrando el dolor del suelo de piedra. Lo abrazo con fuerza mientras las lágrimas brotan y una mezcla de dolor y alivio me atraviesa el pecho—. Dios mío —lloro desesperadamente—. Dios mío, ¡nunca pensé que volvería a verte! ¡Joder! —Le beso la mejilla y lo abrazo tan fuerte como puedo, y las lágrimas me desbordan cuando el tembloroso brazo de Cian me envuelve.

—Estoy bien —dice con voz ronca—. ¿Qué… qué está pasando?

—No hay tiempo —jadeo, mientras me aparto con dolor—. No hay tiempo para explicarlo. ¿Puedes caminar?

A pesar de la borrosidad en sus ojos, asiente de manera torpe. —Más o menos. Despacio.

—Vamos, ¡ahh!

—¡Saoirse! ¿Qué pasa?

Mientras me doblo por otra contracción, Cian se empuja lentamente sobre su rodilla buena y sus manos se aferran a mis hombros.

—Es una larga historia —jadeo, agachándome en el suelo y jadeando—. El bebé viene. Tenemos que irnos. ¡No hay tiempo!

—Joder…

Cian está visiblemente bajo la influencia de algún tipo de droga, así que levantarlo y mantenerlo de pie es más difícil de lo que tengo energía para hacerlo, pero de alguna manera lo logro.

Bajo su brazo, lo apoyo lo mejor que puedo mientras ambos cojeamos fuera de su celda y entramos en el corredor. Quiero abrazarlo y revisarlo, asegurarme de que está bien y de que nada de lo que hago lo empeorará, pero no hay tiempo. Tenemos que seguir moviéndonos.

Sin embargo, bajo el pánico y el dolor, hay un alivio abrumador por estar reunida con él. Es suficiente para hacerme llorar si no estuviera

ya sollozando por todo lo demás.

—Vamos, tenemos un montón de escaleras que subir. Quédate conmigo, Cian. ¡Quédate conmigo!

Lo hace. En cada paso, está allí. Incluso cuando su conciencia empieza a desvanecerse, Cian logra recuperarse hasta que llegamos a la cima de la cuarta escalera. Es allí donde se desploma, jadeando tan fuertemente que me aterra pensar que ni siquiera está recibiendo aire.

—¡S—Saoirse! —jadea, agarrando mi brazo y mirándome con los ojos entrecerrados—. Tienes… tienes que dejarme.

—¡No! —Me aferro a sus hombros y luego a sus mejillas—. ¡No puedo!

—Tienes que hacerlo —jadea y cada palabra parece costarle un gran esfuerzo—. Vete. Sálvate. Busca ayuda. No puedo… no puedo—.

—¡No! ¡Cian! ¡No, vuelve! —Su cabeza cae en mis manos mientras su cuerpo entero se desploma—. ¡No! ¡No me dejes, te necesito! ¡Vuelve! ¡Cian, vuelve! Por favor. ¡Por favor!

No hay respuesta.

—¡Joder! —sollozo deshecha mientras el dolor me atraviesa una vez más y el agotamiento me hace temblar tan fuerte que apenas puedo mantenerme en pie—. Joder. *¡Joder!*

No tengo opción. Con un beso tembloroso en la frente de Cian, me levanto lentamente.

—Volveré por ti —digo con firmeza—. Lo juro. Volveré.

Subir las escaleras solo esta vez es diez veces más difícil. La debilidad tira de mis miembros como tentáculos tratando de arrastrarme de vuelta a un abismo oscuro, y cuando llego a la puerta que da al exterior, estoy jadeando desesperadamente y mi visión se desvanece.

La primera ráfaga de aire frío de la noche al abrir la puerta es como una bofetada en la cara. No sé si es la adrenalina o la realización de que la libertad está tan cerca, pero de repente una energía renovada inunda mi cuerpo y mi siguiente paso es más fuerte. Y el siguiente. Y el otro.

Me apresuro bajando los escalones y tropiezo con un charco en el camino, pero justo cuando avanzo unos pasos hacia la carretera sinuosa que me llevará lejos de aquí, un coche entra de repente en el aparcamiento y se detiene con un chirrido.

—¿B-Bruno? —susurro.

No es Bruno. La puerta se abre y nada menos que Domenico Del Prete sale del coche. Mi corazón acelerado se hunde en mi dolorido estómago y caigo de rodillas.

Pero no está solo.

Mientras sale del coche, tiene su puño firmemente agarrado al brazo de alguien, y no es hasta que la tira al suelo frente al vehículo que la reconozco.

—¿Sarah?

—¡Joder, Saoirse! —Se arrastra hacia mí, pero no llega muy lejos mientras la sangre brota de una herida profunda en su hombro. Se desploma hacia mí y uso la última de mis fuerzas para alcanzarla.

—¡Qué fastidio has resultado ser para mí! —gruñe Domenico, arremangándose mientras se acerca con pereza.

—¿Por qué? —grito, haciendo lo que puedo para proteger a Sarah con mi cuerpo—. ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Qué coño quieres siquiera?

35

BRUNO

—¿Nos vamos a reunir con el equipo de seguridad? —Qué maravilloso será tener hombres armados de mi lado por una vez.

—No —responde Rocky con sequedad, sus manos agarran el volante con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—¿Entonces… no? Pero los enviaste al GPS de Sarah.

—Sí, porque su GPS no se está moviendo y… —Se ahoga de repente como si las palabras le dolieran al salir de su boca—. Si lo que dijiste es cierto, y no digo que no lo sea, pero si él lo sabe, entonces o la ha matado y la ha tirado donde está su GPS, o todavía está con él.

Miro el teléfono de Rocky sujeto al salpicadero y de repente lo entiendo todo. —Estás rastreando el GPS de Domenico.

—Exactamente. Porque o ella está con él, o llegaré a tiempo para saber si voy a matarlo inmediatamente o no. —Los dientes de Rocky chocan cuando cierra la boca de golpe y respira hondo—. Ahora, necesito que me lo cuentes todo desde el principio.

—¿No te lo contó ya Sarah…?

—¡Dímelo! —exclama.

Así que lo hago. Mientras nos dirigimos hacia dondequiera que termine el GPS de Domenico, le cuento a Rocky cada detalle de todo lo que sé. Desde escuchar el nombre Del Prete en prisión y convencerme de que estaban tendiendo una trampa a mi padre, hasta empezar mi propia investigación y encontrarme con Saoirse. Le cuento lo que sé de su propia investigación mientras enfatizo por qué lo mantenía en secreto. Hay pocas esperanzas de que las alianzas entre irlandeses e italianos se restablezcan ahora, pero tengo que hacerle saber que ella era delicada, no maquinadora. Cuando la historia se centra en mis propios problemas por confiar ciegamente en mi padre, Rocky resulta ser sorprendentemente comprensivo.

—Lo quería como a un padre —escupió Rocky—. Siempre estuvo de mi parte, incluso cuando Sarah era perseguida por un asesino en serie. Siempre estuvo de mi lado, pensé. Era el hombre más amable que conocía. No puedo soportar la idea de que todo este tiempo fuera… —Rocky niega con la cabeza—. Continúa.

Es difícil verbalizar todo lo que hice mientras temía por la vida de Mary, pero les debo eso a las víctimas. Le cuento todo sobre el desastre con Saoirse y cómo intenté solucionarlo, cómo acabé en el hospital y mi creencia de que mi padre me disparó para mejorar la situación para él. Luego le hablo de las mujeres desaparecidas, la confesión de mi padre y la terrible situación en la que me encontré, donde un paso en falso resultaría en la muerte de Mary. Y luego le hablo de Saoirse y Cian. Cada detalle, incluido que Saoirse se rindió porque creía que Cian estaba muerto. Y luego le cuento lo del bebé justo cuando el faro aparece a la vista.

—¿Vino aquí? —Me incorporo bruscamente en el asiento—. ¡Oh, no, no, no, no… joder!

—Eh, tómatelo con calma —dice Rocky—. Solo está unos minutos por delante de nosotros y… —Se detiene cuando aparece un mensaje en su teléfono del equipo de seguridad—. Sarah debe estar

con él. Mira, no voy a hacerte sentir mejor sobre tu papel en esto —dice Rocky, acelerando el coche aún más—, pero parece que has hecho lo que has podido para mantener a la gente viva, y en esta vida, a veces es todo lo que podemos hacer. Necesito que mantengas la cabeza fría, porque si le pasa algo a mi esposa, juro que te mataré por ponerla en peligro.

—No esperaría menos —respondo.

Entramos a toda velocidad en el aparcamiento y Rocky detiene el coche de golpe, con los faros apuntando directamente a Domenico. Está de pie sobre Saoirse, que se está protegiendo sobre Sarah. La sangre se extiende por el suelo debajo de ellos y la visión detiene mi corazón en seco.

Oh, no.

Rocky sale del coche más rápido que yo, pero el arma de Domenico sobre las dos lo mantiene alejado en el coche.

—Dom —llama Rocky, con la voz tensa—. Dime que no es verdad.

—Acabas de… —Domenico nos mira por encima del hombro, su rostro torcido por la rabia—. Lamento que tengas que ver esto, Rocky. Tu esposa debería haberse mantenido al margen. Seguir en su carril, felizmente casada. ¿Dónde está la confianza, eh?

—¿Confianza? —ladro—. ¿Estás loco?

—¡Cuida tu lenguaje! —ruge Domenico de repente—. Te di oportunidad tras maldita oportunidad y así es como me pagas?

—¿Por qué? —Rocky da un paso adelante contenido, su mirada fija en el cuerpo inmóvil de Sarah en el suelo—. Solo dime por qué, Dom. ¿Tráfico de personas? ¿Matar a nuestra *propia* gente? ¿Destruir la paz con los irlandeses? ¿Por qué?

—¿Por qué? —Domenico, mi padre, gira sobre sus talones y abre los brazos—. Mira a tu alrededor, Rocky. ¿Qué ves? ¿Qué ves *realmente*?

Me alejo una pulgada del coche y mi corazón se atraganta cuando Saoirse se gira lentamente hacia mí con un gemido. Tiene un brazo sobre el estómago y su rostro está surcado por lágrimas.

Tengo que salvarla. *Tengo* que hacerlo.

—Veo al hombre en quien confiaba con mi vida traicionándome delante de mis ojos —escupe Rocky—. Eso es lo que veo.

—¡Yo no soy el traidor aquí! —Domenico apunta su arma hacia Rocky—. Dime, Rocky. ¿Dónde está tu padre?

La mirada de Rocky se alza. —¿No lo hiciste…?—

—No, no lo hice. Pero está tomando el sol en Italia en este momento, ¿no? De hecho, lleva allí bastante tiempo. ¿Y dónde estabas tú hasta hace poco? Ah, sí. También estabas en Italia, y antes de eso, de luna de miel. Antes de eso, todo giraba en torno a tu boda, luego en torno a Sarah, y antes de eso, en torno a Noah. Dondequiera que miremos, dondequiera que volvamos, hay mierda distrayéndonos de lo que realmente deberíamos estar enfocando. Pero Matto es demasiado viejo para enfocarse en otra cosa que no sea él mismo y demasiado testarudo para renunciar al poder. ¿Pero a quién se lo entregaría? ¿A mí? No. ¡Solo te consideró a ti! A ti, la rata que se casó con una maldita policía.—

—¿Cómo puedes estar ahí y decir eso? —grita Rocky—. ¿Después de lo que le pasó a Mary? Sarah la salvó. Salvó a tu hija. ¡No importa que sea una policía!—

—¡Y Mary nunca habría estado en peligro en primer lugar si Sarah hubiera muerto en Montana!—

Miro entre ellos, acercándome lentamente hacia él. Están atrapados en el pasado, y mientras eso me dé tiempo, estoy bien con ello.

—Así que sí —continúa Domenico—. Desde que los rusos se retiraron del tráfico de pieles, he estado ocupando su lugar. No fue difícil rastrear quiénes eran sus clientes internacionales, y una vez

que estuve en contacto con uno, me pusieron en contacto con un pequeño grupo silencioso que todavía opera en la clandestinidad.—

—Las Tríadas —escupió Rocky.—

—Sí. Y un respaldo silencioso enterrado en Oriente Medio. Un hombre del dinero, por así decirlo. Juntos, llenamos el mercado. Inicialmente, solo lo hice por dinero. Nuestros negocios, como sabes, pasaron por un momento difícil después de que Noah y Matteo no hicieran nada para solucionarlo. Nada que valiera la pena, al menos. Así que lo hice yo. ¡Y luego pusiste tus ojos en una maldita policía! —La atención de Domenico se vuelve hacia abajo y Saoirse vuelve a cubrir a Sarah con su cuerpo.—

—¡Dom! —Rocky da un paso adelante y se aleja de mí, ajustando la línea de visión de Domenico con su cuerpo—. Te gustaba Sarah. Me apoyaste contra mi padre, ¡me ayudaste!—

—¡Porque pensé que era algo que necesitabas sacarte del sistema! Y si estabas ocupado, entonces no me mirarías demasiado de cerca. ¿Dónde está la confianza, dónde está la lealtad cuando el príncipe de la Mafia se casa con una policía? Te lo diré. ¡En ninguna parte! No hay absolutamente nada. Así que me centré en mi propio imperio y desvié lo mejor de nuestros otros tratos. Honestamente, esto habría continuado durante años si no fuera por esta maldita irlandesa.—

Su atención vuelve a Saoirse, quien lo mira fijamente, con la boca torcida y llena de ira. —¡Vete a la mierda! —escupió.—

—Simplemente no podías dejar de cavar, ¿verdad? ¡Y luego tuviste que involucrar a mi maldito hijo inútil! —Me lanza una mirada y me quedo paralizado, alarmado. No muestra ninguna indicación de que sepa que estoy más cerca porque sus ojos vuelven a posarse en Saoirse—. Pensé que ese intento de asesinato sería suficiente para asustarlo, pero en cambio, lo asustó directamente hacia tus malditos brazos.—

—Espera, ¿fuiste tú? —En todo el estrés y el caos, se me había olvidado por completo que alguien intentó matarme. Lo había atribuido a las Tríadas por estar enfadadas de que no matara a Saoirse y seguí adelante.—

—¿No lo sabías? —Domenico me mira con incredulidad—. Tú… ¡Sí, fui yo!—

—Debería haberlo sabido —gruño—. ¡La forma en que usas a Mary como una especie de moneda de cambio en lugar de una persona! ¡Usando cómo nos sentimos el uno contra el otro!—

—¿Qué puedo decir, Bruno? Eres patético y siempre lo has sido. Siempre adulando, siempre intentando actuar como si fueras mejor que todos cuando todo lo que estabas destinado a ser era un peón. Eres como un perro apaleado, ¿lo sabías? Tan ansioso por cualquier afecto. No es de extrañar que Saoirse te haya conquistado con una sola conversación. ¡Simplemente quieres ser amado y es asqueroso! —

Saoirse gime y se encoge sobre sí misma, un sonido que me atraviesa como una hoja afilada. Ya no hay tiempo para esto. No soporto escuchar más de sus mierdas.

—Dom, después de lo que pasó con Mary y ese maldito asesino en serie… ¿adónde fue tu compasión?—

Domenico vuelve su atención hacia Rocky y sus ojos se estrechan. —Todo lo que vi fue a tu maldita esposa poniendo en peligro a mi familia. Me preocupaba que escarbara demasiado en todos nosotros, así que, por supuesto, quería atrapar a ese cabrón. Pensé que con él entre rejas o muerto, Sarah no sería un problema. Y luego tuviste que ir y hacer la pregunta.—

Saoirse gime de nuevo y actúo con poca reflexión.

Basta de hablar.

Basta de dejar que mi padre controle todo.

Su avaricia no tiene límites, y su falsa empatía a lo largo de los años claramente solo es un disfraz para ocultar al narcisista que se esconde debajo. No es mi padre. Ya no.

Nunca lo fue.

Chocamos con un estruendo y el arma se dispara, provocando que Saoirse grite y Rocky grite en pánico. Mi padre y yo caemos al suelo y rodamos juntos, y trato de seguir rodando para alejarlo lo más posible de los demás. Es un hombre corpulento y más fuerte que yo, así que solo logro moverlo unos metros antes de que su codo golpee mi garganta y me deje sin aliento.

No puedo respirar. Su puño golpea mi cara una, dos veces, y luego desaparece mientras yago ahí, momentáneamente aturdido. El rostro de Saoirse inunda mi mente y luego me levanto y abro las piernas de Domenico para llevarlo de nuevo al suelo. Su pie sale volando y golpea mi barbilla, haciendo que mi cabeza se mueva hacia atrás con fuerza. Mis dientes chocan y la sangre se derrama sobre mi lengua. Me levanto de nuevo sobre mis pies.

Dos disparos resuenan en el aire y siento como si me hubieran golpeado fuerte en el pecho. El calor se extiende por mi pecho y cuando intento dar un paso hacia mi padre, el suelo se tambalea.

—¡Bruno!—

Saoirse. La veo. Está de rodillas y me alcanza con pánico absoluto en sus ojos. Intento moverme hacia adelante nuevamente mientras el dolor en mi pecho se extiende, pero en lugar de avanzar, colapso sobre el frío y húmedo hormigón.

No… así no…

36

SAOIRSE

—Bruno!

Rocky cae al suelo junto a mí mientras intenta reanimar a Sarah de su estado inconsciente. Su grito de pánico atraviesa mi corazón como un cuchillo, justo cuando los quejidos de dolor de Bruno llegan a mis oídos. Cae como un saco y queda allí inmóvil mientras Domenico gira con lo que parece ser una lentitud exasperante.

No.

No más.

Esto no puede seguir así.

Agarrándolo por la chaqueta, empujo a Rocky hacia adelante y arrebato su pistola de la funda trasera, luego giro sobre mis propios pasos y me enfrento a Domenico. Nuestras miradas se encuentran y sus ojos se abren un poco más cuando levanto mi arma. Él intenta hacer lo mismo, pero no es lo suficientemente rápido. Esta vez no.

Disparo una vez. Luego dos.

Cada bala impacta en Domenico y lo hace retroceder paso a paso. Otro disparo y otro paso más. Grita de rabia e intenta levantar su arma de nuevo, pero una bala se incrusta en su hombro y deja su brazo inútil.

Una vez que empiezo a disparar, no me detengo. No puedo. Algo se apodera de mí y disparo cada bala que queda en la pistola de Rocky contra Domenico. Cae al suelo después del sexto impacto y me levanto con piernas temblorosas, aunque mi brazo permanece firme e inmóvil mientras mantengo el arma apuntada a Domenico. Y sigo disparando.

Disparo tras disparo tras disparo. Pronto se convierten en clics cuando el arma se vacía y ya no me queda nada con lo que dañar a Domenico. No que importe. Está tendido sobre el asfalto con un charco de sangre alrededor, un brazo extendido hacia un lado y los ojos abiertos pero sin vida.

Muerto.

Es lo mínimo que se merece. Sigo apretando el gatillo hasta que un dolor agudo atraviesa mi vientre una vez más y me doblo con un grito. Con el dolor llega la realidad de que Bruno está en el suelo, así que abandono la pistola de Rocky y me lanzo hacia donde él yace, ahogándose en la sangre que sale de su boca.

—¡Dios mío, Bruno! —Aplasto mis manos sobre los dos agujeros de bala en su pecho, pero la sangre inunda inmediatamente los huecos entre mis dedos y tiñe mi piel con su calor pegajoso—. Aguanta, joder. ¡Por favor, aguanta! ¡Vas a estar bien!

—S–Saoirse—

—¡No, no te atrevas a decir nada! —Las lágrimas inundan mis ojos y caen por mis mejillas sin aviso. Mi corazón acelerado late con fuerza, e incluso el dolor de las contracciones queda en segundo plano ante el pánico de que Bruno se está desvaneciendo bajo mis manos.

—L–Lo siento —murmura, intentando levantar la cabeza del suelo. Tose y otro chorro de sangre brota de la esquina de su boca—. L–Lo siento mucho.

—No, no digas eso. No lo hagas. ¡No lo hagas! —Está diciendo adiós y no puede. Yo no he terminado con él todavía. No puede dejarme así.

—Esto… Saoirse —su mano fría y temblorosa agarra una de mis muñecas mientras intento poner todo el peso de mi cuerpo para detener la hemorragia—. Esto es c–culpa mía. Todo esto… Yo lo hice. Me lo merezco—

—¡No! —lloro, presionándolo—. ¡Yo decido lo que te mereces! ¡No te atrevas a morirte, ¿entendido?! No puedes dejarme, ¡no ahora! ¡No después de todo! ¡No puedes dejar!

—Siento mucho haberte hecho daño —susurra débilmente—. L–Lo siento mucho… pero sabes que te quiero. N–Nunca dejé de hacerlo.

—¡No, cállate! —grito, luego vuelvo la cabeza—. ¡Rocky!

Rocky levanta la vista de Sarah, quien está despierta y aturdida en sus brazos, y la preocupación sustituye al alivio en sus ojos. Vuelvo a Bruno y sus párpados tiemblan.

—No te atrevas a dejarme, Bruno. Yo también te quiero, ¿vale? Y te odio al mismo tiempo y es complicado, pero necesito que te quedes aquí conmigo para arreglarlo. Por favor, quédate conmigo. ¡Por favor!

—Vive —susurra, su voz apenas audible—. Tener una b–buena vida. Tú y t–tu bebé.

—*Nuestro* bebé —lloro mientras sus ojos se cierran por última vez—. Es nuestro bebé, Bruno. ¡No! No, no, ¡vuelve! ¡Vuelve! ¡No me dejes! Bruno, ¡vuelve! ¡No!

Mi mundo se ahoga en lágrimas mientras luces y sonidos explotan de repente a mi alrededor. Los pasos retumban, algo fuerte golpea

sobre mi cabeza, y una cacofonía de voces choca detrás de mí, pero nada de eso importa.

No sin Bruno.



Mi rescate pasa en un borrón. Un minuto estoy gritando y sollozando sobre el cuerpo inmóvil de Bruno, y al siguiente, me arrastran voces demasiado difusas para reconocer, y nada de lo que hago me devuelve a Bruno. Un mar de oscuridad da paso a un mar de luz y me enfrento a doctores y enfermeras que me dicen que me calme, que están aquí para ayudarme y que estoy a salvo.

No me siento a salvo.

Y entonces mis contracciones alcanzan su punto máximo y siento como si mi cuerpo se desgarrara en dos. Coincide con la agonía de mi corazón roto, ya que el rostro pálido y manchado de sangre de Bruno no desaparece de mis pensamientos, incluso mientras mi cuerpo agotado y sin adrenalina de alguna manera empuja a mi bebé al mundo. Lo veo a través de las lágrimas solo por un segundo antes de que se lo lleven rápidamente y aparece el rostro de Cormac.

Él agarra mi mano y su boca se mueve, pero no puedo entender cuándo diablos llegó aquí. Intento preguntarle, pero finalmente es demasiado. No me queda nada que dar y me hundo en una oscuridad turbulenta.

Me despierto varios días después con un dolor de cabeza sordo y palpitante y extremidades adoloridas, como si hubiera corrido diez maratones seguidos. Me toma unos largos y silenciosos minutos recuperarme y procesar el techo blanco sobre mí, las persianas de la ventana bloqueando el sol de la tarde y las máquinas que rodean detallando cada aspecto de mi cuerpo y sus funciones.

Parpadeo lentamente. Mis párpados se sienten increíblemente pesados, y aunque el impulso de volver a dormir es fuerte, no puedo porque me falta algo.

Mi bebé. Mi gemelo. Mi amor.

El dolor atraviesa mi corazón y jadeo, lo que hace que la cabeza del hombre a mi lado se alce rápidamente como un rayo.

—¿Saoirse? —Cormac se levanta a medias de su asiento y se inclina sobre mí, con el ceño fruncido de preocupación—. Estás despierta, gracias a Dios. ¿Estás bien? ¿Tienes dolor? Debería ir a buscar al médico...

—No —mi voz ronca suena extraña a mis oídos mientras extiendo una mano y agarro su muñeca—. N–No me dejes... por favor.

Su rostro se desmorona ligeramente, como si estuviera conteniendo las lágrimas, y asiente repetidamente. —Estoy aquí. Estoy justo aquí.

Asiento una vez y cierro los ojos, tratando de orientarme dentro de mi propio cuerpo y entender lo que siento. Aparte del dolor de cabeza, la garganta ardiente y las extremidades que duelen lejanamente, estoy insensible. Y todo me está volviendo lentamente.

Abro los ojos, las lágrimas los llenan una vez más y ya no tengo energía para luchar contra ellas.

—Mírate —murmura Cormac—. Pensar que pasé años sin verte llorar.

—Yo —tengo tanto que preguntar, pero las palabras no salen. Cada vez que lo intento, un sollozo surge en mi pecho y ahoga mi habla.

Cormac toma mi mano entre las suyas y la levanta a su boca, besando mis nudillos. —Puedo imaginar lo que intentas preguntarme, así que en lugar de decirte que te tomes tu tiempo, te voy a contar lo que sé y tú decides si me falta algo, ¿vale?

Asiento rápidamente y parpadeo furiosamente a través de las lágrimas.

—Tuviste un bebé, Saoirse. Está en la UCI neonatal porque es prematuro, pero está muy bien. Es tan fuerte como su madre.

Oh, gracias a Dios.

Tan indecisa como estaba con ese niño, y con cuánta frecuencia temí que naciera directamente en cautiverio, saber que está vivo me llena de tanto alivio que apenas puedo respirar. Tengo un hijo. Un bebé. Es mío y está vivo.

No puedo contener los sollozos después de eso y el agarre de Cormac se aprieta en mi mano.

—Encontramos a Cian en el faro. Se está recuperando. Tuvo que someterse a varias cirugías en la pierna y el codo por lo que le hicieron. Ha perdido mucha sangre, está desnutrido y débil, pero se está recuperando. Es un luchador. Está bien, Saoirse. Va a salir adelante como tú.

Cian. Oh, Dios.

Pensé que la culpa de dejarlo en esa escalera iba a matarme, pero lo tienen y está vivo.

Gracias a Dios.

—Bruno... —Cormac hace una pausa y siento que mi corazón está a punto de rendirse—. Lo sacamos adelante. Apenas. Tuvo varias cirugías para salvar su vida y aún no ha despertado, pero los médicos son optimistas.

Es la gota que colma el vaso. Me aferro a Cormac, sollozando abiertamente todo mi dolor, agotamiento y *alivio* de que, de alguna manera, todos los que me importan están bien. Me hundí en la oscuridad pensando que había perdido y fallado a todos los que amaba, pero de alguna manera, lo lograron.

De algún modo, lo conseguí.

—Lo siento —jadeo entre lágrimas que caen a raudales y con la nariz mocosa—. La he cagado. Lo he jodido todo.

—Saoirse, no te atrevas —Cormac se levanta de su silla, se acerca a mi cama y me abraza con sus brazos robustos—. No te atrevas ni por un momento a pensar así. No has jodido nada, ¿me oyes? Ni una maldita cosa.

—P-pero el tratado —lloriqueo—. La he cagado, confié en la gente equivocada. Todo se vino abajo y no pude hacer nada al respecto y yo—

—¡Sobreviviste! —El agarre de Cormac se vuelve mucho más firme —. Sobreviviste a algo horrible y eso es lo único que importa. Y gracias a ti, estamos un paso más cerca de desmantelar todo el mercado negro que todavía trafica con la maldita esclavitud. —Se aparta un poco y apoya su mano en mi mejilla empapada de lágrimas, levantando mi cabeza hasta que nuestros ojos se encuentran—. Te fallé. Debí haberlo visto venir. Debí haberte respaldado en lugar de reaccionar con ira. Te fallé a ti y a Cian y nunca me lo perdonaré. Pero esto no es culpa tuya, Saoirse. No lo es.

Sus palabras golpean fuerte, pero son débiles ante la persuasión de mis propios pensamientos derrotados. —Tanta gente —lloriqueo—. Tanta gente herida y muerta. ¡Y vendida! Dios mío, no puedo ni siquiera—. Mis sollozos se vuelven silenciosos mientras todo el dolor reprimido de haber sido capturada, de perder a Cian y encontrarlo solo para abandonarlo, de perder a Bruno y—

De repente me incorporo y me aferro al brazo de Cormac. —¡Mary! La hermana de Bruno, Dios mío, la estaban reteniendo y él estaba—

—¡Está bien! Está a salvo. Está a salvo. Está bien.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Cormac sonríe ligeramente—. Sarah me envió una dirección y un mensaje algo críptico antes de que Domenico le disparara. Con

eso y la llamada de los hombres de Rocky poco después, pude movilizarme y enviar a gente a tiempo. Está bien.

—Oh, gracias a Dios. —Me desplomo hacia adelante hasta que mi frente descansa sobre su hombro—. Bruno estará tan aliviado.

Si es que alguna vez despierta.

—Sé qué te hará sentir mejor —dice Cormac tras unos largos minutos de silencio—. Ven conmigo.

Después de desenredarme de algunos cables y tubos, Cormac me ayuda a subir a una silla de ruedas y me saca de la habitación, para horror de una enfermera que pasa por ahí. Cormac se apresura a convencerla de que esto es lo mejor para mí en este momento, y ella cede con la condición de que nos acompañe y me cubra con una manta.

Cormac me lleva en silla de ruedas por el hospital y directamente a la UCIN, donde tengo que pasar por varias rondas de lavado y limpieza exhaustiva de manos y cara antes de que nos dejen entrar. Luego Cormac me lleva directamente hasta mi bebé, y el momento en que lo miro a través de las paredes de su incubadora es el momento en que, de repente, nada más importa.

Es dolorosamente pequeño. Y arrugado. Duerme profundamente y ni siquiera parece real. Más bien parece una vieja muñeca. Mi corazón se atasca en mi garganta irritada y las lágrimas asoman de nuevo, pero esta vez no caen.

—Dios mío —susurro, apoyando una mano en la incubadora—. Él… ¿está bien?

—Sí —dice una enfermera de la UCIN que pasa por ahí—. Es un luchador, igual que su mamá. Se está fortaleciendo cada día.

—Yo… —No hay palabras. ¿Cómo puede algo tan increíblemente pequeño causar tanto dolor al salir de mí? ¿Y cómo puede mi

corazón sentirse tan abrumadoramente lleno cuando es la primera vez que lo veo?

—Puedes tocarlo —dice la enfermera—. Suavemente. Y con cuidado. Pero puedes hacerlo si quieres.

—Oh, no puedo —niego rápidamente con la cabeza—. No quiero arruinarlo.

—Saoirse. —Cormac suena afligido—. Nunca podrías.

—Tiene razón. —La enfermera se acerca a mí y abre uno de los pequeños paneles circulares, lo suficientemente grande como para que quepa una mano—. Eres su madre. Lo protegiste y lo trajiste al mundo. Te prometo que no puedes arruinarlo.

Quizás tengan razón.

Con cautela, levanto la mano y la coloco con mucha delicadeza a través del agujero. Me toma un tiempo reunir el valor para moverla más, pero finalmente lo hago. La primera vez que entro en contacto con su pequeña mano es indescriptible. Es como si el mundo desapareciera y una cálida sensación me envolviera como una manta, penetrando profundamente en mis huesos.

Entonces su pequeña mano reacciona y se agarra a mi dedo. El movimiento es tan sorprendente que mi instinto es apartarme de inmediato, pero me contengo y me quedo mirando asombrada mientras se aferra a mí con una fuerza que parece irreal dado lo pequeño que es.

—Oh, Dios —susurro mientras las lágrimas caen—. Míralo.

La mano de Cormac descansa suavemente sobre mi hombro. —Estoy orgulloso de ti, Saoirse. Muy orgulloso.

Tenían razón.

Todos tenían razón.

Es un luchador, igual que yo.

E igual que su padre.

37

BRUNO

¿Qué nuevo infierno es este?

Un dolor ardiente se extiende por mi pecho y late al ritmo lento de mi corazón. Siento como si alguien estuviera sentado sobre mi pecho mientras clava los nudillos en mis costillas, como si intentara encontrar algún secreto enterrado allí. Gimo suavemente y me muevo para intentar alejarme de la sensación, pero esta sigue mis movimientos.

Qué irritante.

Al abrir los ojos, una luz cálida irradia de la lámpara a mi lado, bañando toda la habitación con una luz suave y dorada. Las persianas de las ventanas están cerradas y, a mi lado, varias máquinas pitan al ritmo de mi corazón.

¿Dónde estoy?

¿Qué demonios pasó?

Lo último que recuerdo era… era… Mierda. Está nublado en mi mente. Parpadeo lentamente y me concentro en más cosas de la habitación. Un jarrón de flores está sobre la mesa al final de mi

cama, junto a una jarra de agua. Hay un libro descansando al lado. A mi izquierda está… ¡Saoirse!

Está relajada, con la cabeza inclinada y la nariz hundida en un libro, aparentemente sin darse cuenta de que estoy despierto, y por unos segundos tranquilos, lo acepto.

Se ve… bien. Saludable. Viva. Eso es lo más importante porque la última vez que la vi fue—mierda, el faro. Mi padre me disparó. Dos veces. Caí como un maldito saco de ladrillos y luego Saoirse estaba sobre mí, rogándome que me quedara con ella.

¿Lo logré? ¿Es por eso que todavía estoy aquí?

De repente, Saoirse levanta la vista del libro y, cuando nuestros ojos se encuentran, hace un doble take y deja inmediatamente el libro, levantándose. —¡Bruno!

—Saoirse…

—¡Estás despierto! Estaba preocupada de que nunca fueras a despertar. —Se acerca al lado de mi cama y se sienta en el borde mientras me recorre con la mirada. —¿Cómo te sientes?

—Ehm… —Mi garganta seca se cierra alrededor de mis palabras. —Un poco como una piel de patata con toda la carne sacada.

Saoirse resopla suavemente y alcanza el agua. Me vierte un vaso pequeño, añade una pajita y se acerca más en la cama, luego me lo ofrece.

No puedo apartar la vista de ella mientras me ayuda a pasar la pajita por mis labios y el primer chorro de agua fresca recorre mi garganta. Se ve… bien. Ojos oscuros sombreados, moretones todavía curándose y algunas heridas todavía visibles, pero se ve mucho mejor. Viva y saludable. Su atención se mantiene principalmente en el vaso hasta que termino de beber, luego lo deja a un lado y se sienta.

—¿Mejor?

—Un poco. —Mi voz ahora es mucho más suave. —¿Qué… qué pasó?

—¿Recuerdas que te dispararon?

Asiento.

—Antes de eso, sé que me dijiste que esperara, pero no pude. Fui a buscar a Cian e intenté sacarlo, pero estaba demasiado débil. Para cuando llegué afuera, Domenico estaba allí con Sarah y estaba muy enfadado. Después de que caíste, maté a Domenico con la pistola de Rocky. Exagerado, algunos dirían, pero se merecía cada bala que le puse. Después de que te desmayaste, pensé que habías muerto… Cormac apareció con un maldito helicóptero y un pequeño ejército. Aunque yo tampoco recuerdo mucho. Me llevaron al hospital, y rescataron a Cian de la escalera y tuve a nuestro bebé.

Nuestro bebé.

Eso lo dijo antes, creo. Tal vez lo soñé. Pensamiento iluso. Es mucho para asimilar, así que empiezo por lo que más me llama la atención. —¿Estás bien? ¿Y el bebé?

—Estoy bien. Él está muy bien. Es fuerte a pesar de todo.

Él.

Un niño. Un bebé niño.

¿Tengo un hijo?

De inmediato, me invade un miedo agudo de que estoy destinado a repetir los pecados de mi padre. ¿Qué tipo de padre puedo ser cuando tuve a ese bastardo como modelo a seguir?

—¿Está bien? —susurro mientras un calor punzante me llega a los ojos—. ¿De verdad?

—Sí. Al principio estuvo muy complicado, pero se recuperó rápidamente. Cada día está más grande.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de semanas. Mañana es Halloween.

—Mierda.

—Lo sé. El tiempo vuela.

—Y mi padre está…

—Muerto —responde Saoirse con tono tenso—. Sí.

—Yo… —Una extraña mezcla de emociones me remueve el pecho. Tristeza al principio, pero luego rabia. Rabia por no haber estado allí para verlo sufrir o asegurarme de que recibiera lo que merecía—. Espera, ¡Mary!

—¡Ella está bien! —Saoirse se levanta un poco y se acerca más a la cama—. Está a salvo. Está viva. Los hombres de Cormac pudieron rescatarla gracias a Sarah, y desde entonces se ha quedado con Rocky.

Me desplomo en la cama, con el corazón acelerado. —Menos mal.

—Todo está bien. Todos están bien.

—¿Incluso Cian?

Saoirse asiente. —Su recuperación será complicada y está bastante enfadado con el mundo, pero está bien. Lo mantuvieron fuertemente sedado, así que, además de curarse y enfrentarse al dolor de aprender a caminar de nuevo, también está en abstinencia.

—Mierda. Lo… Sé que ahora parece insignificante, pero lo siento.

—Lo sé.

—Lo siento muchísimo.

—Bruno… —Su mano cubre suavemente la mía—. No puedes seguir castigándote por esto. Necesitas recuperarte. Tuviste varias cirugías porque una de las balas te desgarró el pulmón y estuviste luchando

un tiempo. Y culparte por todo esto… —Respira hondo y endereza los hombros—. Mira… la cagaste y lo reconocemos. Fue bastante desastroso, pero no puedo culparte del todo por elegir a la familia. Y luego estar atrapado con la vida de tu hermana en manos de Domenico… Yo haría cualquier cosa por mis hermanos. Lo haría. Así que, por muy enfadada que esté, no puedo culparte por hacer lo que pudiste para protegerla.

Cada vez me es más difícil contener las lágrimas. —¿No me odias?

—Al principio sí. En aquella celda, hasta que me contaste la verdad. Y luego odié lo mucho que entendía tus acciones porque yo habría hecho lo mismo. Es una moneda al aire, ¿no?, esta vida. Por muy fuerte que creas que eres, basta con un cuchillo en la garganta de un ser querido y todo se acaba. No eres más que un títere —levanta la otra mano y se frota la sien—. A veces no hay forma de ganar. Pero tú también salvaste mi vida. Si me hubieran vendido y enviado al extranjero, ahora no sería nadie.

—¿Se acabó?

—¿El tráfico de personas?

Asiento.

—En parte. Rocky ha estado trabajando para desmantelar todos los negocios de Domenico con las Tríadas, además de matar a un gran número de ellos para intentar obtener información sobre el tercer líder. Alguien en Oriente Medio o Europa. Es difícil precisarlo, pero creo que Anastasia, la Madrina rusa, también está ayudando. Creo que se siente responsable por no asegurarse de que algo así no volviera a resurgir. Resulta que Rocky fue a Italia después de su luna de miel y habló con su padre sobre la creciente desconfianza hacia Domenico.

—Mierda… ¿Rocky sospechaba?

Saoirse asiente lentamente. —Cormac y Rocky tienen una… amistad complicada y Cormac seguía contactando con Rocky para intentar

arreglar las cosas. Finalmente, tomaron unas copas en el Black Ox, y la defensa que hizo Cormac de mí fue suficiente para despertar algunas sospechas en Rocky, nada concreto, pero suficiente como para querer el permiso de su padre antes de actuar.

—Y lo necesitaba en persona.

—Exacto. No podía arriesgarse a que sus comunicaciones fueran interceptadas. Por eso se fue y por eso Domenico estuvo al mando tanto tiempo.

—Mierda —dirijo la mirada al techo—. No es de extrañar que Sarah me dijera que tuviera cuidado. No quería que estropeara lo que estaban tramando.

—Supongo —respira hondo Saoirse—. Pero va a hacer falta mucho más que una copa y unos cuantos Tríadas muertos para reparar las relaciones entre los irlandeses y los italianos. Hay mucho comportamiento inestable.

—Yo no culpo a nadie. No hemos sido precisamente buenos aliados, ¿verdad?

—Tú no puedes hablar —sonríe levemente Saoirse—. Estuviste en la cárcel durante años.

—Y mira el lío que armé cuando salí.

—No todo es un lío —su pulgar acaricia el dorso de mis nudillos—. Ahora tienes un bebé.

—¿Lo tengo?

Ella frunce el ceño. —¿Qué se supone que significa eso?

—Quiero decir, después de todo, ¿quieres que esté cerca de él?

—Bruno… —Saoirse niega con la cabeza—. Lo que siento es… complicado. Soy un manojo de nervios. No puedo cerrar la puerta porque tengo miedo de que nunca se abra. Le estoy escribiendo constantemente a Cian porque me preocupa que desaparezca.

Pero… Estos últimos días, cuando he venido aquí a sentarme contigo esperando que despertaras, lo único en lo que podía pensar era que nunca tuvimos una oportunidad. No una oportunidad real. Estábamos escapándonos y luchando contra cosas que ni siquiera sabíamos que estaban ahí hasta que fue demasiado tarde. Y el bebé… lo ignoré durante tanto tiempo y luego estuve tan enfadada que no te lo dije. Quizás si lo hubiera hecho, las cosas habrían sido diferentes.

Se detiene y su nariz se arruga levemente.

—Mi punto es… nunca tuvimos la oportunidad de ser nosotros. Nos hicimos mucho daño. Peleamos, nos lastimamos y nos maldecimos. Pero seguimos aquí y todavía tenemos un bebé juntos. Y todavía… me gustas.

—Mentira —murmuro con una sonrisa suave mientras sus palabras pintan un futuro mejor del que jamás habría podido esperar.— Me *amas*.

Los ojos de Saoirse se clavan en los míos mientras un tono rosado caldea sus mejillas.— Tú… tú escuchaste eso, ¿eh?

—Sí.

—Tal vez solo lo decía porque tú lo dijiste primero.

—Estaba muriendo. Tengo una excusa.

Sus ojos se estrechan.— ¿Entonces no lo decías en serio?

—No —digo mientras giro mi mano para tomar la suya entre las mías.— Definitivamente lo decía en serio. Simplemente nunca me atreví a esperar que todavía guardaras algún buen sentimiento hacia mí.

—Lo hago —entrelaza sus dedos con los míos.— No digo que será fácil. Tal vez no funcione. Tal vez haya demasiada mala sangre, pero… estoy abierta a intentarlo.

—Yo también.

Su sonrisa se ensancha y su próximo suspiro es de satisfacción.— *Bien*.

Pasan unos días más antes de que el médico me permita visitar a mi bebé. Hay algunas preocupaciones sobre mi fuerza, pero no hay motivación como el instinto primario de conocer a tu bebé. Así que, para el final de la semana, logro subirme a una silla de ruedas y Saoirse me lleva a ver a nuestro bebé.

Es alarmantemente pequeño. Verlo en una incubadora es bastante aterrador por lo diminuto que es, y durante un buen rato, tengo demasiado miedo de acercarme más.

—Vamos —dice Saoirse con una sonrisa, haciéndome señas con la mano mientras se sienta a su lado.— Ven a saludarle.

—No quiero hacerle daño.

—Lo sé. Yo también tenía miedo. Pero te prometo que no lo harás.

Es difícil de creer cuando mi simple presencia parece ser el catalizador del desastre, pero decido confiar en ella. Acercándome en la silla de ruedas, me pongo tan cerca como me atrevo y estudio cada centímetro de su pequeño cuerpo.

Es real.

Una persona real.

Mi bebé.

Mi *hijo*.

—Guau —exhalo lentamente.— Es perfecto.

—¿No lo es? —Saoirse me mira.— Es un luchador, como su padre.

—¿Cuánto… cuánto tiempo tiene que estar en esto?

—Creo que otro mes más o menos, dependiendo de cómo se desarrolle. Ha sido increíble hasta ahora, pero nació tres meses antes de tiempo, así que… —Su voz se quiebra ligeramente y tomo su mano, apretándola suavemente.

—Hiciste un trabajo increíble por él. Mantenerlo a salvo, protegerlo.

Ella hace rodar los ojos mientras brillan de lágrimas.— Estaba tan aterrorizada de haberlo arruinado o de no protegerlo. Un médico me dijo que tener un embarazo críptico fue lo más afortunado porque también lo protegió. Una situación terrible y alarmante, y míralo. Está… viviendo.

—Ya lo amo —es alarmante lo segura que estoy de ese sentimiento. Esta sensación pesada y cálida en mi pecho simplemente se vuelve más intensa con cada segundo que paso a su lado, y cuando miro a los ojos de Saoirse, sé que ella siente lo mismo.

—Tenemos que ponerle un nombre —me mira—. Lo he estado llamando Clover desde que nació porque, ya sabes, la suerte irlandesa. Pero necesita un nombre real.

¿Esperó a que yo eligiera un nombre? Estoy sorprendido pero muy agradecido.— ¿Tienes alguna idea?

Asiente, mientras se suena ligeramente la nariz.— Quiero llamarlo Liam. Es un nombre bueno y fuerte. Irlandés. Y quería incluir a mi hermano, Brenden. ¿Así que Liam Brenden Del Prete?

—Gifford —corrijo rápidamente.

Nuestras miradas se encuentran.— Pero necesita algo de ti.

—Tiene todo lo que necesita de mí. Y mi nombre no lleva más que dolor. No merece eso.

—Bruno, también es tu nombre.

—Lo sé. A menos que aceptes casarte conmigo en seis meses —me río—. Pero hablo en serio. Necesita nombres fuertes. Gifford es tan

fuerte como puede ser.

—¿Estás seguro? —La incredulidad es clara en su rostro, así que aprieto su mano ligeramente.

—Tan seguro. Es un sobreviviente, fuerte y resistente como su madre. Es un Gifford de pies a cabeza.

38

SAOIRSE

—Es raro estar lejos de él. —En lo alto del techo del hospital, Nueva York se extiende ante mí como una manta brillante que centellea y se mece con el viento que pasa rápidamente. Hace frío, pero no lo suficiente como para hacerme volver adentro, todavía no.

—Bueno. —Bruno aparece a mi lado y me entrega una copa de champán—. Hemos pasado el último mes comiendo, durmiendo y respirando en la UCI neonatal. Nos hará bien tomarnos cinco minutos para nosotros.

—¿Lo hará? —Acepto la copa y observo con curiosidad el líquido ámbar.

—Es solo zumo de manzana —dice Bruno—. No creí que el alcohol fuera una elección sabia, por si acaso…

—¿Por si Cian llama porque le pasa algo a nuestro bebé?

—No le pasa nada a nuestro bebé. Es perfecto.

—Sabes que eso no es cierto.

—No, sé que es cierto. Claro, nació demasiado pronto y llegó al mundo estresado como su madre, pero es fuerte. Dime. —Bruno se apoya en la barandilla y se gira para mirarme—. ¿Cuántas veces en las últimas cuatro o cinco semanas hemos tenido una emergencia con él?

Mis ojos se entrecierran. —Siete.

—¿Y cuándo fue la última?

Un suspiro profundo escapa de mí al hablar. —Hace tres semanas.

—Exacto. Desde entonces, ha sido la imagen de la salud perfecta. Está creciendo cada día. Está haciéndose más fuerte cada día. Es igual que su madre, y, como ella, necesita un momento para respirar, así que, por favor. —La cálida mano de Bruno cubre la mía alrededor de la copa—. Bebe tu zumo de manzana y disfruta de estos momentos de ser solo Saoirse por un momento.

Solo ser Saoirse.

Un concepto extraño en este momento. No he sido más que la madre de Liam desde que nació, y aunque mi sentido de identidad no parecía importante en ese momento, cuando lo único que importaba era la salud de mi bebé, estar aquí arriba con Bruno bajo las estrellas de repente resalta lo fácil que fue perderme a mí misma.

—¿Mejor? —Bruno da un sorbo a su copa mientras yo respiro el aire fresco y frío de la noche y asiento.

—Un poco. Solo siento que estar lejos de él es una receta para el desastre. Como si todo lo malo que temo que pase sucederá cuando no esté a su lado.

—No está solo. Cian está con él y es tan fuerte como tú.

—Solo dices eso porque te rompió la nariz justo después de Halloween.

Bruno resopla suavemente. —Merecido, diría yo. Después de lo que pasó, de lo que *todos* pasaron… Honestamente, me sorprende que Cormac no me haya matado.

—Yo no. —Apoyándome en la barandilla junto a Bruno, miro hacia el aparcamiento lleno de cien coches conectados con cien historias diferentes dentro de este hospital—. Lo que pasó con tu padre es… horrible para todos nosotros, pero Cormac reconoce lo que hiciste para ayudarnos y salvarnos. Yo también lo reconozco.

Bruno no parece creerme, pero sonríe suavemente. —Quizás.

—No quizás. Es la verdad.

No fue fácil. Después de que Bruno despertó y pudo hablar de las cosas, Cormac, comprensiblemente, tenía muchas preguntas. Bruno no ocultó nada una vez que se reunió con su hermana. La seguridad de que ella estaba a salvo fue todo lo que necesitó para soltar todo y cualquier cosa que había reunido sobre su padre mientras yo estaba cautiva. Pasamos largas noches al lado de Liam, simplemente viéndolo respirar mientras hablábamos sobre el desmantelamiento de las operaciones de trata de personas, el duro castigo de la Tríada y la búsqueda del misterioso tercer inversor.

Cian está a cargo de eso. Ha sido su combustible mientras se recupera de sus terribles heridas y aprende a caminar de nuevo. Aunque no está del todo presente, lleva un bastón pintado con llamas y lo convierte en gran parte de su personalidad, no que le culpe. Estoy feliz de que esté vivo.

Estoy feliz de que todos estén vivos.

—Mira. Es Acción de Gracias en dos días. Y mamá te ha invitado. ¿Qué más prueba necesitas de que nadie guarda rencor?

Bruno vacía su copa y se aparta de la barandilla. —Me han invitado porque están celebrando Acción de Gracias aquí en el hospital por Liam.

—No te equivocas. Pero tampoco tienes toda la razón.

Ha sido un mes difícil lidiando con los sentimientos complicados hacia Bruno. Demasiadas noches me despertaba aterrorizada pensando que estaba de nuevo en mi celda, o de nuevo en el pasillo con mi hermano muriendo bajo mis manos. Bruno siempre estaba ahí para calmarme y ayudarme a volver a dormir, y en las noches que no podía, el descanso no llegaba. Él también se recuperaba de sus propias heridas y de una loca turbulencia personal. Pero no se ha quejado. Ni una sola vez. Creo que la culpa lo mantiene callado.

Nadie castiga a Bruno más que él mismo.

—¿Tienes hambre? —Bruno se aleja de mí hacia la pequeña manta de picnic que ha preparado en el techo. Está cubierta con una pequeña variedad de bocadillos y pasteles de las panaderías cercanas, así como algo de fruta y, por supuesto, el zumo de manzana. Cuando me invitó aquí arriba para cenar, esperaba comida de cafetería y me demostró que estaba equivocada.

Igual que ha hecho con lo atento que ha estado estas últimas semanas. Me ha mantenido alimentada e hidratada, me ha ayudado a ducharme cuando el agotamiento era demasiado, ha estado conmigo en cada clase de preparación al parto que he encontrado aquí, y en cada prueba de nuestro increíblemente pequeño bebé. Incluso se enfrentó a un médico que seguía diciéndome que parte del dolor que sentía eran dolores posparto y no fue hasta que Bruno lo tenía contra la pared, amenazando con romperle el cuello, que finalmente hicieron unas pruebas y encontraron un desgarro en la pared abdominal que habían pasado por alto.

Se ha convertido en mi mejor defensor y mi mayor protector.

Mis sentimientos hacia él, por complicados que sean, nunca se desvanecieron. De hecho, la primera vez que lo vi con Liam, comenzaron a crecer y han seguido haciéndolo con cada gesto de amabilidad, cada palabra de consuelo y cada sonrisa desde entonces.

El enfado y el dolor que sentí por su traición se han desvanecido hace tiempo. No puedo guardar rencor cuando fue manipulado, ni puedo odiarlo por hacer lo que hizo para protegerme. Sin él, estaría vendida al otro lado del mundo y Liam habría desaparecido.

Se sienta a mi lado en la manta de picnic y se tumba hacia atrás con una mano apoyada ligeramente en su abdomen y la otra detrás de la cabeza. —Sabes, no creo que antes haya tenido un Día de Acción de Gracias de verdad.

—¿En serio? —Arranco una uva del racimo y me la meto en la boca, saboreando el estallido de dulzor mientras estudio el rostro relajado de Bruno. —¿Ni siquiera cuando eras pequeño?

—No que yo recuerde.

—Te va a encantar. Mamá se está esforzando mucho este año. Alimentaría a todo el hospital si la dejaran.

—Parece una mujer aterradora.

—Lo es. Pero también es la persona más dulce que ha pisado la tierra. Me parece gracioso que te durmieras durante su última visita.

Bruno se ríe suavemente. —Creo que estaba tan aterrado subconscientemente de que me mataría que simplemente seguí dormido.

—Quizás. Ella, eh… —Saboreo otra uva. —Ella está feliz de que la familia esté viva.

—Mmmhmm. —Bruno gira la cabeza hacia mí y nuestros ojos se encuentran. —Yo también.

—No me mires así —digo con una sonrisa.

Sus cejas se arquean. —Así.

—Así. Como si me estuvieras viendo por primera vez.

—Bueno… —La voz de Bruno se suaviza para coincidir con su mirada. —Es porque nunca más voy a dar eso por sentado.

—No me voy a ningún sitio.

—Ahora mismo. Pero si algo me ha enseñado este año, es que no puedo confiar en que nada permanezca estable. Así que voy a atesorar cada momento contigo y con Liam durante el resto de mi vida.

Normalmente, habría puesto los ojos en blanco ante un pensamiento así y le habría dado un codazo en las costillas hasta que dejara de ser tan sentimental, pero esta noche es agradable. Quizás estoy más blanda porque echo de menos a mi bebé.

—¿Piensas en ello? —pregunto. —¿Cómo será el resto de la vida de Liam?

Bruno asiente y dirige su atención de nuevo al cielo. —Todo el tiempo. Nunca… Nunca pensé que tendría hijos, así que nunca pensé en ello. Pero de repente estoy soñando con jugar a la pelota con él, o sentado en clase de arte si le gusta pintar, o hojeando revistas si decide que la moda es su pasión. Solo sé, en el fondo, que voy a estar ahí para él pase lo que pase. Pero— Bruno duda y se queda en silencio.

—¿Pero?

No responde. Mantiene la mirada al cielo y su respiración es lenta, pero sus ojos se mueven como si estuviera contando estrellas para mantenerse tranquilo. Lentamente, me arrastro por la manta de picnic y luego me deslizo sobre su regazo antes de que pueda cambiar de opinión.

Los ojos de Bruno bajan bruscamente para encontrarse con los míos y sus cejas se levantan al máximo mientras la sorpresa abre su rostro. —¿Saoirse?

—Dime —digo, acomodándome sobre sus caderas. —¿Pero qué?

Bruno traga audiblemente. —Yo— La palabra se atasca en su garganta una vez más, así que coloco mi mano sobre la suya mientras descansa en su abdomen.

—¿Tú…? —le incito.

—Tengo miedo —dice con voz ronca.

—¿De?

—De que estés sentada en mi regazo. —Su sonrisa pícara no es más que un intento de desviar la conversación, pero no me voy a rendir tan fácilmente.

—Vamos. Dímelo. Seguro que ya hemos pasado la etapa de tener secretos.

—No es un secreto —dice con cuidado. —Yo… Estoy aterrado. Sinceramente, estoy más asustado de ser padre que de cualquier otra cosa que haya vivido. Estoy tan aterrado de que o bien acabe siendo como mi propio padre, o que mis intentos de no ser como él sean demasiado y termine alejando a Liam. De cualquier manera, tengo miedo de equivocarme y perderlo y no darme cuenta hasta que sea demasiado tarde.

Mi corazón se aprieta en el pecho y entrelazo nuestros dedos. —Bruno. No eres nada como tu padre.

—No lo sabes —responde con voz ronca y sus ojos brillan en el siguiente parpadeo. —Tener hijos cambia a la gente. Quizás yo soy lo que cambió a mi padre.

—No te atrevas. —Mi agarre se aprieta. —Para empezar, no creo que tu padre se quedara despierto por la noche preocupándose por si era un buen padre o no. Pero tú sí. Quieres ser bueno. Quieres ser el mejor y has experimentado lo peor, así que creo que eso te guiará.

—Pero—

—Y— Lo interrumpo rápidamente. —Yo estaré aquí. Y si veo que te desvías o pienso que te estás presionando demasiado, entonces sin duda te traeré de vuelta, ¿entiendes? Porque no estás solo en esto, Bruno. Con Liam, somos un equipo. Y tenemos una familia enorme para ayudarnos a quererlo y cuidarlo. Somos un equipo, ¿recuerdas? Liam va a ser el bebé más querido del mundo y tú vas a ser un buen padre. Lo sé.

—No lo sabes —dice Bruno con voz baja y ronca, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

Inclinándome lentamente, me apoyo en una mano junto a su cabeza y lo miro profundamente a los ojos. —Bruno. Mírame.

Lo hace al instante.

—¿Te he mentido alguna vez? —Sus labios se separan y rápidamente los cubro con un dedo. —¿Sobre algo tan importante?

Lentamente, niega con la cabeza.

—Entiendo por qué no puedes fiarte de ti mismo. Así que fíate de mí. Fíate de mí como yo me fío de ti y Liam será perfecto. Seremos la familia más feliz, ¿vale? —

—Yo… —Los ojos de Bruno se cierran brevemente y cuando los abre de nuevo, las lágrimas han disminuido un poco—. No me merezco a ti.

—No. No lo haces. Pero al mismo tiempo creo que sí te mereces algo. Nadie más te daría tanto la tabarra como yo.

Bruno finalmente se ríe y el sonido me recorre la espalda con una oleada de calma. Verlo relajarse, aunque sea por un breve momento, me recuerda lo que me atrajo de él desde el principio, y antes de darme cuenta, mis labios chocan contra los suyos.

Hay un momento de vacilación por parte de Bruno, pero luego me devuelve el beso con la misma pasión.

Mi mente se nubla al instante y el calor se enciende por todo mi cuerpo. En la cama había fantaseado con besar a Bruno de nuevo, con cuándo sería el momento adecuado para aceptar que todavía estaba enamorada de él y que quería algo más que el papel de co-padres que estábamos siguiendo. Había imaginado que todo tardaría mucho más mientras resolvíamos cada detalle de lo que había pasado entre nosotros durante estos largos meses.

Ahora no importa.

Nada importa salvo Bruno y el hambre profunda en mi vientre que despierta en el momento en que sus manos tocan mi cintura. Las palabras son inútiles y, sin embargo, todo lo que necesitamos decir se transmite entre el baile de nuestras bocas y el frenético agarre de nuestras manos contra la ropa.

Hay demasiada tela de por medio. El beso se rompe y me incorporo, arrancando mi camiseta mientras Bruno se quita la suya. Luego volvemos a una batalla de lenguas, piel caliente contra piel caliente con el deseo ardiendo en mis venas.

Bruno gime y mete las manos más allá de la cintura de mis vaqueros para agarrarme el culo y apretar mientras yo meto mi lengua en su boca y muerdo con fuerza su labio inferior cuando me aparto para tomar aire.

—¿Estás segura? —jadea Bruno, mirándome con ojos oscuros—. ¡Tuviste un bebé y tú!

—Cállate —gimo, tapándole la boca con la mano—. Yo llevo el mando aquí. —Aunque su preocupación es reconfortante, estoy demasiado excitada para preocuparme por algo que no sea su polla en este momento. Mientras me mantenga arriba y a cargo, estaré bien. Nadie conoce mis límites mejor que yo. Desafortunadamente, tengo que destaparle la boca a Bruno para luchar con mi cinturón y la cremallera, pero mientras forcejeo con los vaqueros que de repente se me pegan como una segunda piel, Bruno juega con su propia cremallera. Me tumbo sobre la manta del picnic y finalmente

me quito los vaqueros justo cuando Bruno se baja los pantalones cargo hasta la mitad de los muslos. Se sienta como para hacer algo más, pero rápidamente lo empujo hacia atrás y vuelvo a instalarme en su regazo.

—Es suficiente —jadeo, transformándose en un gemido cuando me acomodo en su regazo y la gruesa cresta de su polla dura reposa contra mi coño.

—Saoirse…

—¡He dicho que te calles! —Mi mano vuelve a su boca y los ojos de Bruno se abren de par en par, pero no se queja. Ambas manos se mueven hacia mis caderas y permanecen allí mientras bajo sus calzoncillos de un tirón, libero su polla y la tomo en mi mano. Ver cómo los ojos de Bruno se cierran de placer es increíblemente excitante y me quedaría así hasta que se corriera por toda mi mano si no estuviera tan desesperada por sentirlo dentro de mí.

Un par de caricias más y luego aparto mis bragas y alineo su corona palpitante con mi entrada. Las manos de Bruno se aprietan en mis caderas y yo cierro los ojos, tratando de concentrarme en relajar mi cuerpo. La primera presión de su polla dentro de mí está bien, pero a medida que me voy hundiendo más y más, llevándolo más profundo dentro de mí, un dolor palpita a través de todos los músculos de mi núcleo.

—Joder —jadeo, echando la cabeza hacia atrás. El hambre de placer lucha con las sensibilidades de mi mente hasta que estoy completamente sentada en la gruesa polla de Bruno. Cuando respiro, es casi como si su polla estuviera rozando mis costillas.

La puta madre. He echado de menos esa sensación.

Bruno masculla algo contra mi palma, pero no me importa. Mantengo su boca tapada y mi cabeza echada hacia atrás mientras mi cuerpo se adapta y entonces me golpea. Ese delicioso momento en el que el placer es lo único que importa. Mis dolores son un

recuerdo lejano, los pensamientos sobre el embarazo y todo lo demás se desvanecen de mi mente.

Solo estamos nosotros dos, Bruno y yo, y el sexo más sucio en la azotea del hospital con las estrellas como testigos.

Gemidos salen de ambos cuando empiezo a moverme. Los lentos y controlados balanceos de mis caderas rápidamente dan paso a fuertes y necesarios rebotes mientras la polla de Bruno toca y acaricia cada centímetro glorioso de mí. Desde este ángulo, cada vez que me muevo hacia abajo y balanceo mis caderas hacia adelante, frotó brevemente mi clítoris contra su pelvis y luego me incorporo de nuevo. Las manos de Bruno se vuelven como vicio en mis caderas y sus gemidos, aunque ahogados, coinciden con los míos en tono y desesperación.

He echado tanto de menos esto.

He echado de menos a Bruno.

He echado de menos tener el control y sentirme como yo. Ha pasado demasiado tiempo.

Hormigueos recorren todo mi cuerpo, cubriendo mis extremidades de piel de gallina mientras montó su polla con todas mis fuerzas. Mi orgasmo empieza tibio en mi bajo vientre, pero rápidamente crece en calor e intensidad hasta que cada respiración que sale de mis labios es un gemido fuerte y desesperado.

Cierro los ojos y me concentro en ese punto dentro de mí que la polla de Bruno golpea con cada embestida. Más y más cerca giro hasta que estoy balanceándome al borde del orgasmo.

—¡Joder! —jadeo roncamente—. ¡Estoy tan cerca!

De repente, Bruno aparta mi mano a un lado y surge hacia arriba hasta que nuestras bocas chocan en un beso profundo y repentino. Sus brazos me rodean y me abraza fuerte, empujando su lengua

dentro de mi boca al mismo tiempo que sacude sus caderas hacia arriba.

Me corro con un grito, arañando sus hombros mientras el placer me consume y mis ojos se vuelven hacia atrás en la oscuridad de mi mente.

Mientras me deshago en sus brazos, los gruñidos de deseo de Bruno se mezclan con los míos y una oleada de calor dentro de mí señala su propia liberación, lo que me deja montando una deliciosa subida.

—Te quiero, Saoirse —murmura Bruno contra mis labios mientras me besa repetidamente.

—Bien —jadeo cansadamente mientras mi cuerpo se estremece de placer—. Porque yo también te quiero a ti.

39

BRUNO

Diciembre llega con una cantidad significativa de nieve, lo que sume a la mayor parte de la ciudad en un frenesí por las dificultades de transporte que provoca. Para Saoirse y para mí, es una bendición. Sentados en la UCIN, observando cómo nuestro bebé se fortalece día a día mientras la nieve pasa flotando frente a la ventana y pinta el mundo de blanco como una bonita postal.

Desde nuestra cita en la azotea justo antes de Acción de Gracias, las cosas han ido bien. Ya no necesito ocultar mis sentimientos hacia ella y el único momento en el que no estoy sosteniendo su mano o besándola es durante las horas que pasamos junto a Liam, viéndolo crecer.

Día tras día, noche tras noche, compartimos el mismo miedo y la misma celebración. Cada día que se fortalece es un paso más hacia finalmente llevarlo a casa, pero cada noche trae el mismo miedo que persiste como una quemadura en la garganta. Basta con que algo salga mal para que todo por lo que hemos estado trabajando se derrumbe. Es difícil dormir, así que nos turnamos a medida que se acerca la Navidad para que Liam nunca esté solo. Dejo que Saoirse duerma más porque todavía se está recuperando de su calvario, pero cada vez que duerme hasta tarde, se despierta con la furia de

una tormenta y me riñe, aunque nunca hay verdadero enfado en sus palabras.

Ella necesita descansar y Liam siempre está allí esperándola cuando despierta.

Conocer a su familia es otra historia.

Cian y yo no hemos estado exactamente de acuerdo desde que me rompió la nariz después de Halloween, pero no le guardo rencor. Tiene muchas cosas en su plato con su propia recuperación y pasó por un infierno. Sin embargo, una noche, en una tormenta especialmente fría en la que la nieve azota el aire mientras cae una ventisca, Cian aparece con café para mí y suficiente comida como para mantenerme alimentado durante semanas.

No hablamos de ello, pero a partir de ese momento sé que estoy perdonado. Aun así, seguiré esforzándome y demostrando a Cian, y a todos los demás, que soy digno de su perdón. Lo haré durante el resto de mi vida.

Rocky y Sarah nos visitan a menudo para comprobar cómo estoy y mantenerme al día sobre los últimos avances en el mundo de los negocios. Es extraño lo poco que importa todo eso cuando tienes un bebé que necesita un hospital y tubos para sobrevivir, pero disfruto de sus visitas. Rocky pasa mucho tiempo conversando con Cormac en la cafetería y Sarah pasa mucho tiempo con Sarah, pero ambos se aseguran de despedirse antes de marcharse.

Es raro pensar que antes estaba tan celoso de Rocky y ahora lo veo como el líder que es. Después de que las acciones de mi padre destruyeran por completo mucha buena fe y confianza en la reputación de los italianos, Rocky tiene mucho trabajo por delante para reparar todo eso, pero afortunadamente, Cormac está de su parte.

Incluso Saoirse está feliz de ayudar en lo que puede, pues cree que la mala suerte de los italianos no es razón suficiente para dar por

perdido todo lo bueno que Rocky ha hecho por nosotros.

Las reputaciones tardan un segundo en destruirse y una vida en construirse, pero si alguien puede hacerlo, Rocky puede.

El mundo de la mafia sigue siendo tan turbulento como siempre, ya que múltiples familias más pequeñas prueban los límites, poniendo a prueba no solo la voluntad de Rocky, sino también la de Cormac. Algunos ven la participación de Saoirse en el desmantelamiento del tratado como prueba de que los Gifford ya no merecen estar en el poder, y la verdad no importa para esas personas. Son codiciosas y ansiosas por obtener poder propio.

Cian acaba con eso rápidamente, y tampoco es delicado al hacerlo. Por lo que entiendo de la jerarquía irlandesa, es difícil enfrentarse a algunos de los suyos, pero Cian no tiene paciencia para la insurrección y su familia es lo primero.

Le compro un bastón nuevo para Navidad, uno que se ilumina al caminar, y se divierte tanto que se ríe durante unos diez minutos mientras cojea para probarlo. Cormac también lo prueba un rato y luego Cian, tímidamente, me entrega un saco de carbón como regalo de Navidad con la promesa de conseguirme algo mucho mejor el próximo año.

Estoy contento con ello, aunque nadie me cree.

Mary se lleva bien con todos como era de esperar y es recibida en el clan Gifford como si hubiera nacido irlandesa desde el principio. Es mi primera Navidad en diez años y estoy rodeado de personas que me ven como uno de los suyos mientras mi hijo crece a pasos agigantados, y la mujer que amo se sienta en mi regazo y canta villancicos con su madre. No hay ningún lugar en el que prefiera estar y ningún regalo demasiado terrible en este momento.

La Navidad termina casi igual que el Día de Acción de Gracias, con todos gordos y felices y durmiendo en varios lugares de la sala del personal. Es demasiado amable por parte del hospital permitirnos

hacer esto hasta que me entero de que los rusos básicamente son dueños del hospital y han estado cubriendo el costo de la estancia de Liam aquí.

Es su manera de disculparse por no haber erradicado mejor la mancha del tráfico de personas después de su reorganización empresarial hace varios años. Una disculpa innecesaria a mis ojos, ya que mi padre estaba decidido a ser un canalla de una manera u otra. Si no hubiera sido el tráfico de personas, habría sido algo más. Cormac también me asegura que los rusos tienen un programa interno para rastrear a las víctimas de tráfico de personas, que ha estado operativo desde que Anastasia, su actual Madrina, tomó el mando. Con sus ojos en todo el mundo y mi información de envío, varias de las personas atrapadas en los planes de mi padre ya han sido rescatadas.

Ese es el mejor regalo de Navidad. En el fondo, sé que no todos serán salvados, pero algo es mejor que nada. Con los rusos de nuestro lado y la determinación sedienta de sangre de Cian, no pasará mucho tiempo antes de que el respaldo silencioso de ese terrible viaje sea llevado a sus rodillas.

—Aquí. Saoirse se sienta a mi lado unos días después y me da el último dulce de Navidad. —Sé que te gustan los de menta, así que te guardé el último de las hambrientas garras de Cian.

—Gracias. Desenvuelvo el dulce, lo meto en mi boca y lo mastico rápidamente. —¿Sabes de qué se trata esto?

Ella me lanza una mirada nerviosa y niega con la cabeza. —La enfermera solo me dijo que era importante.

—Lo mismo. Hace veinte minutos, una enfermera me sacó de la UCIN y me llevó a la oficina del médico con muy poca información. Enterarme de que también despertaron a Saoirse de su sueño activa la bomba de preocupación en mi mente y repaso mis últimos momentos con Liam. Parecía bien. Completamente tranquilo

mientras dormía las horas. No hubo alertas en las máquinas ni alarmas que recuerde.

—¿Crees que es malo? Saoirse se inclina hacia adelante y desliza su mano en la mía, apretando con fuerza. —Tal vez nos perdimos algo.

—No —digo rápidamente, acariciando sus nudillos con mi pulgar—. Estoy seguro… Estoy seguro de que no es nada. Si fuera así, nos lo dirían inmediatamente, ¿verdad?

—¿Lo harían? Sus ojos se encuentran con los míos y veo la preocupación girando detrás de su mirada. —Oh, Dios…

—¡Sr. y Sra. Gifford! ¡Lamento haberles hecho esperar! La doctora entra rápidamente y nos sonríe a ambos mientras se mueve alrededor de su escritorio. —¿Se encuentran bien, espero?

No me molesto en corregirla sobre mi nombre mientras me inclino hacia adelante en mi asiento. —¿Qué pasa?

—¿Mmm? Se sienta y saca una carpeta gruesa que coloca frente a ella. —¿Pasa algo?

—Sí. El agarre de Saoirse se vuelve como un tornillo de banco. —La enfermera me dijo que viniera aquí, dijo que era sobre Liam. ¿Está bien? ¿Pasó algo? ¿Nos perdimos algo? Era Navidad, ¿verdad? Había demasiados visitantes. Oh, Dios mío… —Su mano se lleva a la boca. —¿Le hicimos daño?

—Voy a detenerte ahí mismo —dice la doctora amablemente—. Sra. Gifford, estoy aquí con buenas noticias y lamento que la enfermera les haya asustado. Liam ha estado fortaleciéndose y sus últimos resultados de pruebas son los más fuertes que he visto. Estoy aquí para decirles que podrán llevar a Liam a casa pronto.

Mi corazón se detiene en mi pecho, atrapado entre el alivio y la emoción. —¿Qué? ¿Qué… cuándo?

—Por mis cálculos y asumiendo que le vaya bien en los próximos dos días, estoy segura de que podrán llevarlo a casa el sábado.

—¿El sábado? —pregunto sin aliento.

—¿Año Nuevo? Saoirse casi se atraganta con las palabras. —¿Me estás diciendo que nuestro bebé puede venir a casa en Año Nuevo?

—Sí. La doctora sonríe ampliamente. —Es hora de que Liam vaya a casa y comience su vida con su familia.

—Oh, Dios mío. Apenas puedo pensar. Tantas semanas de espera y observación, durmiendo poco o sin entender la jerga médica todo por un día que sentía que nunca llegaría.

—Sí —Saoirse jadea y se convierte en un grito mientras salta de su asiento—. ¡Sí! Lo sabía, ¡lo sabía joder! Me levanta de mi silla y me planta un beso fuerte en los labios, me abraza y luego sale corriendo de la habitación. —¡Tengo que decírselo a Cian!

Regresa medio segundo después mientras yo todavía estoy allí, aturdido. —¡Gracias, Doctora! Bruno, ¿vienes? Extiende una mano hacia mí con lágrimas brillando en sus ojos y la sonrisa más grande que he visto en su cara.

—Sí. Sonrío, lanzando una mirada de agradecimiento a la doctora y luego tomando su mano. —Voy contigo.

40

SAOIRSE

La mañana llega a las diez y media y, en lugar del sonido estridente de una alarma que me despierte, son los suaves besos de Bruno los que lo hacen.

—Mmm, cinco minutos más —murmullo en el hueco de mi brazo.

Los labios de Bruno se desplazan de mi sien a mi mejilla y se ríe suavemente. —¿Seguro?

—Mmmhmm.

—Entonces, ¿quién va a ir a buscar a Liam?

Me incorporo de golpe a la velocidad de la luz, sin previo aviso, así que, naturalmente, mi cabeza choca contra la mandíbula de Bruno mientras él intenta apartarse.

—¡Ay! —gritamos ambos y nos llevamos las manos a nuestras respectivas heridas, para luego estallar en risas.

—Joder, no he pensado en eso —se queja Bruno, frotándose la mandíbula.

—Ay —vuelvo a gemir, tocándome la cabeza—. Tu mandíbula es afilada.

—Tu cabeza es dura. —Bruno se inclina y me da un beso rápido en la coronilla—. Ahora levántate. Por cierto, el desayuno está listo.

Mientras se aleja, agarro un puñado de su camiseta y lo arrastro de vuelta para un beso completo y adecuado, que él acepta con una sonrisa. Nuestras narices se rozan brevemente antes de que él se apresure a salir, dejando la puerta del dormitorio abierta.

Liam.

Estoy fuera de la cama y vestida en diez segundos, luego recojo mi pelo en una coleta mientras corro hacia la habitación contigua donde mi precioso bebé duerme en su cuna sin preocupación alguna. Traerlo a casa en Año Nuevo fue la manera perfecta de empezar el año y, aunque solo han pasado dos días, todavía no puedo creer cómo se ve durmiendo en su cama. Sin tubos. Sin cables. Sin máquinas que lo abracen ni plásticos que lo mantengan alejado de mí.

Está aquí, es real y está en casa.

—Hola, bebé —le digo suavemente mientras me acerco a la cuna y me aferro al borde—. ¡Mira lo hermoso que eres!

Como si fuera una señal, dos enormes ojos azules se abren y me miran, y entonces Liam me regala la sonrisa más adorable y desdentada que he visto en mi vida. Mi corazón se deshace mientras se derrite. ¿Cómo puedo amar tanto a algo? Es casi como si no hubiera suficiente espacio dentro de mí para todo el cariño que siento por él.

Inclinándome sobre el borde, recojo a Liam en mis brazos y apenas puedo contener las lágrimas que brotan en mis ojos. Después de meses de verlo crecer en una caja, es difícil descifrar las abrumadoras emociones que surgen al tenerlo en mis brazos. Tan

pequeño como es, pesa y ese peso es un consuelo bienvenido contra mi pecho.

Gorjea contra mí, agitando ambos bracitos hacia mi cara y rozando su pequeña mano contra mi barbilla mientras lo acuno.

—Vamos, cariño. Hora del desayuno.

Me toma quince minutos llegar a la cocina donde mi familia está desayunando. He tratado con algunas de las personas más peligrosas del mundo, he manejado granadas y dinamita, pero nada se compara a lo delicada y lentamente que manejo a mi hijo. Cormac me asegura que con el tiempo mejoraré porque los bebés son mucho más resistentes de lo que parecen, pero ahora mismo estoy aterrada de dejarlo caer o hacerle daño, así que mis pasos son lentos.

Al acercarme a la puerta, la empujo con el pie para contemplar el caos del desayuno matutino.

Bruno está junto a la estufa friendiendo un delicioso tocino mientras Cormac y Cian se pelean por una botella de zumo de naranja. Rocky se mete un bocadillo de bacon en la boca, pero me mira un momento después y se lo traga rápidamente.

—Honestamente, si Evelyn estuviera aquí no sería tan caótico —se ríe Rocky.

—¿Viene a desayunar? —pregunto mientras entro y me siento en una silla de la mesa con Liam entre mis brazos, que gorjea feliz.

—Sí, va a recoger a Sarah de su turno de noche y vendrán juntas.

—¡Buenos días! —celebra Cormac su victoria al ganarle el zumo de naranja a Cian, pero es efímera cuando Cian usa su bastón para golpearle los nudillos. Cormac grita y deja caer la botella en las manos expectantes y risueñas de Cian. —Hijo de pu—

—Eh —le reprendo, cubriendo delicadamente los oídos de Liam. —¡Cuidado con el lenguaje!

—Es irlandés —se ríe Cian. —Me sorprende que no saliera del útero maldiciendo.

—Cierto, pero si alguien le va a enseñar, seré yo —le regaño suavemente. —Así que cuidado.

Cian levanta las manos en señal de derrota mientras mantiene la botella lejos de Cormac, quien finalmente cede y se desploma en su silla. Todas las pequeñas discusiones se olvidan cuando Bruno deja otro plato de tocino sobre la mesa y todos de repente actúan como si no hubieran comido en años.

—Joder, ¿así vas a estar dentro de unos años? —me río, tocando levemente la nariz de Liam. Bruno deja un biberón de leche junto a mí y besa la parte superior de mi cabeza.

—¿Quieres tocino? ¿Cereales?

—Tocino —digo, cogiendo el biberón. —Pero después de alimentar a este chico. No quiero que vomite sobre mi comida como anoche.

Bruno hace una mueca con una risa y asiente. —Justo.

Me acomodo para alimentar a Liam y observo cómo mis hermanos empiezan otra discusión sobre algún deporte, algo en lo que Rocky también se mete. Normalmente, me aburriría de algo así, pero después del infierno del año pasado, es agradable de ver. Las conversaciones normales entre personas que se preocupan los unos por los otros son prueba de que el vínculo irlandés-italiano sigue siendo fuerte.

Salir del hospital y volver al mundo fue extraño. Los italianos y los irlandeses han estado trabajando duro para reparar mucha tensión, y nadie ha estado ocultando el papel de Domenico en muchas de las cosas terribles que sucedieron. Anastasia ha devuelto a muchos de las víctimas de Domenico a los Estados Unidos y los tiene en su programa de recuperación, mientras Evelyn los aloja en sus hoteles alrededor de la ciudad para mantenerlos a salvo hasta que estén listos para volver a la vida. La mayoría de ellos no tienen seres

queridos, lo que los convierte en objetivos perfectos, así que los acogeremos si confían en nosotros.

Cian está liderando la búsqueda en el extranjero del tercer dinero secreto detrás del plan de Domenico y la Tríad ha admitido la derrota después de que Cormac los arrasara como una apisonadora. Quedan pocos como para considerarlos un problema.

Pensar que casi me rendí.

La vida fue tan oscura durante un tiempo que toda esperanza parecía aplastada.

Ahora estoy sentada, rodeada de amigos, hermanos peleando, un hombre que me ama y mi bebé en mis brazos. Hace seis meses, esto parecía imposible. Ahora, de alguna manera, es mi vida.

Bruno se sienta a mi lado con una taza de café y la deja, sus ojos fijos en Liam mientras este se alimenta con avidez del biberón. Su mano descansa sobre mi muslo y lo aprieta un poco mientras sonríe.

—Míralo —dice Bruno suavemente. —Nuestro pequeño luchador. Los dos. —Su mirada se dirige hacia mí y su sonrisa se amplía. —Te quiero.

—Lo sé —respondo sonriendo mientras mi corazón se hincha. —Yo también te quiero.

No puedo prometer saber lo que el futuro depara para ninguno de nosotros, pero hay dos cosas de las que estoy segura. Amo a Bruno y eso nunca cambiará, y Liam va a tener el mejor y más vibrante futuro que pueda darle.

Nunca pensé que me faltaba algo en la vida.

Ahora sé que está completa.

TAMBIÉN POR AVA GRAY

Capos de la Mafia Serie

Suyo para Reclamar || Suyo para Ganar || Suyo para Poseer || Suyo para Siempre

Un Imperio Criminal de Nueva York Serie

La Redención Irlandesa || La Retribución Rusa || El Ajuste de Cuentas Italiano || La Resolución Celta || La Redención Criminal

Escandalosamente Tuyo Serie

Pecado en Bata Blanca

Los votos navideños de la Bratva Serie

El secreto navideño de la Bratva || Atados por los votos de Navidad

El Bratva Valkov Serie

Robada por la Bratva || Cautiva por la Bratva || Capturada por la Bratva || Cautivada por la Bratva || Atrapada por la Bratva

Los Millonarios Machos Alfa Serie

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy || Cuando nos volvamos a ver... || Las Reglas que Violamos || Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe || Comienzos Helados || Un Multimillonario Zorro Plateado || Cautivada por el Mayor || El secreto del jefe: un bebé || El Escándalo del Bebé del CEO || El Obsequio Inesperado de Papi || Off Limits (SPANISH Edition) || Susurros Escandalosos

La Mafia Multimillonaria Serie

Embarazada de un Mafioso || Robada por la Mafia || Reclamada por la Mafia || Organizado por la Mafia || Encantada por la Mafia

Amor en Vacaciones Serie

Un Milagro Navideño en Silver Hills || Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara || El Regalo de Nochebuena || San Valentín con el Zorro Plateado || Su bebé prohibido de San Valentín

Relaciones Festivas de Medianoche Serie

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario

Corazones de Harén Serie

3 Papás SEAL por Navidad || Chispas de Amor en Pueblo Pequeño || Los Papás que la Protegen

---